BELÉN VARELA

EL CIELO DE LOS IMPERFECTOS

CONTRALUZ

BELÉN VARELA

El cielo de los imperfectos

A mi marido, Julio, por su admirable paciencia conmigo.
Y a los demás hombres buenos

PARTE I

Ninguna historia se crea en un solo momento, pero hay momentos que nutren por sí solos las historias.

Capítulo I
Un pequeño incidente

Los ritos funerarios se practicarán sobre cada sepultura de conformidad con lo dispuesto por el difunto o con lo que la familia determine.

Artículo 2 de la Ley de Enterramientos en Cementerios Municipales

Un nicho hueco de vida, un montón de vidas huecas y un gesto. Un absurdo, espontáneo e impulsivo movimiento de mi dedo corazón. Un aspaviento sin importancia. El primer indicio de una tormenta perfecta. Mi propia ciclogénesis explosiva. No la vi venir.

Confieso que conducir en ciudad sacaba lo peor de mí. En mi jaula sobre ruedas, secuestrada por el asfalto, me dejaba llevar como jamás lo hacía en ningún otro lugar. Aquel día, el tiempo se me había precipitado encima. Para mi frenética marcha fue solo un segundo y, sin embargo, llevaba un retraso de más de media hora. Gobernada por la cordura de mi puntualidad, me volví completamente loca.

Aparqué el coche de cualquier manera y entré a deshora. Al traspasar la enorme puerta de hierro que daba paso al camposanto dejé de rumiar mi remordimiento, estremecida por la imponente visión que tenía ante mí: un jardín de árboles y sepulturas. Un cementerio es una extraña contradicción.

Caminé con pasos apurados por la vía central, poblada de pequeñas e incómodas piedras que empolvaban la suela roja de mis zapatos. Entré en la capilla proyectando con mi cuerpo una enorme e indiscreta sombra. El sol del atardecer delataba mi retraso. Avancé por una nave lateral, deslizando mis pasos lentos sobre las puntas para no hacer ruido, y me senté discretamente al lado de Elisa. Tomé su mano, helada, y le pedí disculpas con la mirada. Siempre tan delgada, en ese marco se me antojaba transparente. Piel de mármol envuelta en punto de seda negro. Su cintura de muñeca, ceñida en cuero, y una hebilla en forma de T, seguramente Tod's. Las manoletinas, que achatarían cualquier figura, daban a la suya un porte casi místico de *prima ballerina*. Ni en las peores circunstancias perdía mi amiga su delicadeza.

El funeral comenzó enseguida y al ponernos de pie sentí su tristeza

en mi propia carne. Y lo vi. Sentado unos bancos más atrás, cruzando el pasillo central. Apreté la mano de Elisa y me centré. Había perdido a sus dos progenitores en menos de doce meses.

—¡Auu! Me haces daño.

Murmuré un perdón. Estaba dispuesta a no despegarme de ella ni un minuto.

La sujeté por el brazo mientras caminábamos tras el féretro hacia el panteón. Camelios abarrotados de flores. Luctuosos cipreses. Demasiada gente para un momento tan íntimo como enterrar el último vestigio de sus raíces. Aunque a Elisa siempre le había pesado el ambiente basto y tosco de su casa, la muerte es la muerte. Es el choque definitivo. El golpe de ordinariez que te recuerda cuál es tu sangre. Aunque esté seca.

Adán saludaba a diestro y siniestro con un gesto de falso pésame en los labios, sintiéndose la estrella del evento. El entierro de su suegra, al servicio de su propia telaraña. Me sacaba de quicio.

Al acercarnos al monumento, observé la arrogante imagen que ofrecía. Una capilla neoclásica coronada con una bóveda desproporcionada. Pretenciosa. Dos ángeles de piedra flanqueaban una entrada desangelada. Pompa inútil. Adán y Elisa habían comprado aquel mausoleo a la arruinada tercera generación de un industrial de la conserva. En mi opinión, un gasto rocambolesco para un acontecimiento tan simple como la muerte. Pero en aquel momento yo ya casi no tenía vela en ningún entierro —en este caso, literalmente— de mi compañera de juegos. Adán persuadía, o más bien manipulaba a su antojo, a Elisa. Él siempre había considerado que el cementerio de nuestra aldea tenía poca clase. Para Adán, nada tenía nunca suficiente clase.

Percibí el temblor de Elisa cuando comenzaron a cubrir la caja con inmensas coronas de flores y me giré ligeramente para envolver su espalda con mi brazo. Horror. No daba crédito a lo que veían mis ojos. Traté de ocultarme sin disimulo.

—Pero ¿qué pasa?

—Nada. Tápame —susurré.

Elisa pareció despertar de su encantamiento y se giró hacia mí bruscamente para recriminar mi extraña postura.

—¿Se puede saber qué te ocurre?

—¿Quién es aquel señor? El que va con una Barbie rubia de frasco carrasco. —Señalé hacia un hombre de cierta envergadura, un trapecio, acompañado de una línea recta y larguirucha.

—¿Hasta en el entierro de mi madre me vas a hacer reír? —me riñó y rio silenciosamente con los ojos, tratando de enderezarme. Pero me

duró poco el escondite: el hombre se dirigía hacia nosotras con paso decidido.

—Necesito hacer pis. Ahora vuelvo —me excusé escapando en dirección al edificio de servicios del cementerio.

Alargué mi estancia en los baños todo lo que pude, calculando el tiempo suficiente para una conversación de condolencias. El camino estaría ya sobradamente despejado. Me acerqué de nuevo a mi amiga exhibiendo mi embarazo con el fin de hacerme un hueco en *priority*. Derrapé a tiempo. Otra vez él…, y ahora también ella, la Barbie.

Me escabullí de nuevo entre la multitud y me situé estratégicamente de espaldas, simulando leer las losas de todas las tumbas que tenía a la vista: Familia Rubinos Conde. Familia Conde Maceiras. D. Enrique Maceiras 1917-1992. Muchos años, pensé y calculé. Setenta y cinco. No era tan mayor.

Por el rabillo del ojo, a mi izquierda, percibí una sombra. Y lo era. Una mujer con sus huesos vestidos de negro se doblaba sobre sí misma tratando de alcanzar algo en el suelo. Una frágil línea a punto de quebrarse. Me acerqué a ella con el sigilo que la situación me sugería. Me agaché a recoger el pequeño violetero que se le había escurrido entre las rendijas de un desagüe. Intenté atraparlo con dos dedos; inalcanzable. Traté de enderezarlo con un bolígrafo; se escapaba del frágil sostén en cuanto se me ponía al alcance. Todo resultaba inútil y mis lumbares protestaban por la postura. La mujer solo me miraba. No parecía disponer de fuerzas siquiera para pedirme que desistiese. Me puse de pie con el fin de recuperar el aliento y me agaché de nuevo, esta vez con una rodilla en el suelo y la otra flexionada, dejando espacio a mi barriga y libertad a mi mano derecha. La puntera de mi zapato emitió un sospechoso quejido y la rodilla del pantalón, empolvada, se unió a la indignación; preferí no escucharlas. Levanté el desagüe, saqué el estrecho jarrón y se lo entregué a su dueña, que sonrió con dulzura envuelta en un halo de gratitud. Mientras yo abría el bolso para buscar un pañuelo con el que limpiar mis dedos de barro, ella colocó una rosa blanca, vertió un poco de agua de una botella y encajó el florero en el hueco de una fría losa, también blanca. Observé el resultado. Rosa blanca. Losa blanca. Solo una letra entre la vida y la muerte. Leí las fechas de la lápida y me estremecí en un escalofrío punzante y doloroso. Sentí el impulso de acariciar mi barriga.

—Es el entierro de alguien importante, ¿verdad? —susurró.

—Supongo que todos somos importantes —respondí, pensando en su doloroso duelo.

La mujer me observó de arriba abajo y yo acompañé el movimiento

de sus ojos: la puntera de mi zapato rozada de barro, mi pantalón manchado a la altura de la rodilla, mi camisa holgada sobre una barriga prominente, mis pechos abultados, la medalla en mi escote, mi mentón. Fijó en la mía su mirada intensa y dulce, y me abrazó con su levedad de humo, entregándome todo el cariño que le faltaba. Estando allí, no estaba. Sombra de sí misma.

—Tú no perteneces a ese mundo. Cuídate de ellos.

Observé mi *blazer* de Prada, mi camisa de popelina holgada de Boüret, la inicial de Alockata en el pecho, mis Louboutin… No quise saber a qué se refería. Sacudí el barro del pantalón. Me retoqué el pelo y avancé de medio lado hacia el grupo para no perderla de vista. Embobada. Llegué a olvidar por qué me hallaba en el cementerio. No sé cuánto duró esa ausencia, solo cómo salí de ella.

—¡Ya la he encontrado! —anunció Elisa. Su marmórea mano tocó mi hombro y, con una fuerza desproporcionada para su ligera figura, consiguió situarme frente al enemigo y su energía—. ¿Qué haces rezando a la familia Maceiras? ¿Estás bien?

«Indescriptible», pensé, pero no dije nada. Si hubiese encontrado el menor resquicio entre las losas de piedra de aquel húmedo sitio, me habría dejado tragar por la tierra muy gustosamente.

—Quiero presentarte a Gonzalo Sedano y a su mujer, Natalia. Adán ya te ha hablado de ellos —dijo colgada del brazo de Sedano. No me parecía el lugar ni el momento para introducirme a un cliente del despacho—. Si se reconoce a un gran abogado cuando acude poco a los juzgados, te presento a la mejor profesional de España. Prevé hasta el más mínimo detalle para que tú duermas tranquilo. Entre nosotros —fingió confidencialidad—, este año la van a ascender a socia.

«No será sin tiempo», hablé para mi conciencia. Sonreí.

La mujer no resultó ser ni tan Barbie ni tan joven, vista de cerca. Más bien una persona que se cuidaba sin abusar. Como mucho, una Nancy.

—Adán dice que para ser un buen profesional de la abogacía es necesario ser un tiburón —rompió el hielo Sedano, alargando la mano en un saludo cálido y amable.

—Dejaré que lo averigüe por sí mismo. Es un placer conocerles —mentí. Pero su mujer adelantó las mejillas y me ofreció un desconcertante abrazo. Parecía un perdón sincero y espontáneo.

—Elisa nos ha propuesto que comamos juntos un día de estos. Espero que sea pronto —respondió Sedano mirando hacia mi prominente barriga. Su reconfortante sonrisa transformó a mi supuesto enemigo en una persona encantadora.

—Si lo dice por esto —señalé mi tripa—, aún tenemos tiempo, me

faltan todavía un par de meses para dar a luz.

—Es su tercer hijo, no debes preocuparte —interrumpió Elisa sin dejarme continuar—. En sus embarazos anteriores siempre se reincorporó antes de las seis semanas de rigor. ¡Es una incorregible *workaholic*! Dedicamos nosotros más tiempo a Nadia cuando la adoptamos que ella a sus dos hijos juntos. Estuvimos tantos meses en Rusia que se convirtió en una gestación completa. Y luego, todos los momentos que dedicamos a su adaptación. ¿Recuerdas? —enfatizó mirándome—. Quisimos pasar con ella las primeras semanas. ¡Son tan importantes en la educación de los niños!

Ni que le hubiesen dado cuerda. Elisa prosiguió con una perorata sin tregua que, aunque me vino al pelo para distraer la atención, resultaba muy poco adecuada. Siempre habíamos oído aquello de que era más valiosa la calidad que la cantidad de tiempo que se invierte en la crianza y, sin embargo, en su monólogo se evidenciaba un reproche a mi forma de actuar. Definitivamente inoportuna. Había acudido allí para consolarla. No para conocer a un cliente. Ni para escuchar lo buena madre que ella era. O lo mala madre que era yo.

Sedano y la Nancy consiguieron huir indemnes con la disculpa de no recuerdo qué compromiso. Yo seguí acompañando a Elisa en el largo rato de pésames y trivialidades de buena urbanidad. Aquello parecía un cóctel en el club social. Centenares de clientes y otros compromisos. Adán, mientras tanto, se dispersaba entre los grupos más alejados del panteón.

Cuando estábamos a punto de marcharnos, Elisa me enganchó de nuevo con más fuerza que antes para iniciar un interrogatorio.

—¿Por qué te escondías de Gonzalo Sedano?

—Digamos que no he quedado muy bien con él —titubeé en mi respuesta—. Le hice un gesto feo en el aparcamiento.

—¿Tú? —se asombró Elisa, dejando ver sus ojos atónitos bajo unas gafas de sol Chopard al más puro estilo *Desayuno con diamantes*. Estaba favorecida.

—Me sacó de mis casillas —me expliqué—. Llevaba más de cinco vueltas para aparcar cuando le vi dejar algo en el asiento trasero y cerrar la puerta del copiloto. ¡Parecía que se iba!

—¿Y por eso lo insultaste?

—No lo insulté. Solo levanté el dedo corazón. Corazón…, amor… ¡Le mandé amor!

—¡Dios mío, has quedado de pena porque te quitó el aparcamiento!

—No fue solo por el aparcamiento, sino por su manera de burlarse de mí. Yo le miré esperanzada, con el entusiasmo y el alivio de encontrar un hueco después de tantas vueltas. Y él me hizo un gesto

de no con el dedo índice. Un no del tipo ¡NOOOOO! Parecía decir: ¿ESTÁS LOCA? ¡AQUÍ NO HAY APARCAMIENTO PARA BARRIGONAS CON EL COCHE SUCIO!

—Estás como una cafetera. Creo que últimamente te desquicias demasiado. Serán las hormonas. Tómate algo para dormir. Ah, no puedes, claro. Pues al menos una tila, porque estás neurótica perdida.

—Por cierto, no ha venido Joaquín, o al menos yo no lo he visto.

—¡Ajá! Por eso te veo tan nerviosita, ¿eh? Querías encontrarte aquí con tu *crush*… —insinuó Elisa—. Pues ha venido al velatorio. Ha estado un rato, pero tenía que irse a casa porque su mujer está embarazada y necesita mimarla.

—¡Vaya! ¿Paula puede tener hijos?

—¿Por qué no iba a poder?

—¿No recuerdas que nos habló de una endometriosis complicada, entre otras intimidades que no debería haber relatado en la cena de Navidad? Tú le ofreciste lo de las adopciones a través de la fundación y…

Elisa me interrumpió y despachó mi extrañeza cogiéndome del brazo y recordándome cómo contrastaba la vulgaridad de esa chica con la exquisitez de Joaquín. Aunque había que reconocer que era una auténtica belleza. Y entre otra docena de pésames se disolvió mi perplejidad.

Durante el regreso a casa, la luna expresó su displicencia con una sonrisa fina y oblicua. Solo faltaría que, por ese ridículo incidente del aparcamiento, me dejasen otra vez sin ascenso. Pero, de toda la colección de sucesos de la jornada, mi cerebro se quedó enganchado a una única idea: dedicaba poco tiempo a mis peques. Y tampoco podía alegar que los ratos que pasaba con Alicia y con Lucas fuesen de gran calidad, porque siempre estaba cansada.

Subí las escaleras del edificio de mi casa a pie. Reptando, más bien. Me pesaba la vida, pero era un propósito que cumplía estrictamente desde que había dejado el gimnasio. Por supuesto, los pequeños ya dormían cuando entré. Aunque Alicia siempre mostraba la voluntad de quedarse despierta hasta que yo volviese, rara vez lo conseguía.

Aquella noche repartí el reconcomio de la vigilia entre dos angustias, la de no haber llegado pronto a casa y la del estúpido gesto del cementerio. No me gustaba decepcionar a mi hija. No soportaba perder el control. Solo faltaría que por un mínimo arranque de genio se fastidiase un ascenso que llevaba injustamente diferido más de seis años. Y aquella mujer sombra… «Claro que pertenezco a ese mundo y nadie va a dejarme fuera». Mi merecido y postergado derecho a ser socia no podía cuestionarse. No iba a consentirlo. Esta vez no.

En un incómodo duermevela, ensayé infinitas veces la conversación que mantendría con Gonzalo Sedano para excusar mi comportamiento. Si me dice esto…, si me dice aquello… Y entre diálogo y diálogo figurados aparecía Alicia con gesto de reprobación, obligándome a diseñar la disculpa que le daría.

Solo la lucidez de la mañana me permitiría concluir que la mejor excusa es la que no damos.

Capítulo II
Me llamo Olvido

Son derechos de las personas ante el Registro Civil: a) El derecho a un nombre y a ser inscrito mediante la apertura de un registro individual y la asignación de un código personal.

Artículo 11 de la Ley del Registro Civil

Me llamo Olvido. Al igual que el nombre de mis hermanas, el mío viene de una flor. Los nombres son importantes, no deberían ser puestos al azar.

Siempre he pensado que elegir el nombre de un bebé no es fácil. Desde luego, es mucho más difícil que producir vino o cualquiera de los demás entretenimientos para los que mi padre sí estaba cualificado. Los nombres no eran su especialidad.

Elegir un nombre adecuado es una habilidad equiparable a la precisión de una buena cirugía, porque de ella puede depender el resto de una vida. ¿Por qué las personas se lo toman tan a la ligera?

Mi padre ideó un sistema que otorgaba a cada hija el nombre de la flor reinante en el jardín de mi madre el día de nuestro nacimiento. A ella no le importó que mi hermana mayor se llamase Petunia porque, siguiendo la costumbre de su familia, acortó el nombre y la primogénita pasó a ser Tuna, con lo que la ocurrencia de mi padre se quedó en la intimidad familiar y en el bochorno anual al pasar lista cada primer día de colegio. Después de Petunia nacieron Dalia y Azucena. Sus nombres se convirtieron enseguida en Dalí y Chena.

—Pocas ces seguidas de hache hay en esta casa —decía mi padre en tono de burla. Él se metía con mi madre diciendo que el linaje de una familia de su entorno se descubría por el número de veces que se repetía esa combinación de letras durante una presentación y lo parodiaba: «Hola, soy Chío, la hermana de Chan y de Coché». Como ella no lo contradecía, a mí me parecía que tenía algo de razón.

Por la parte que me toca, todos en casa hicieron variados intentos por distorsionarme. Oli, Olvidito, Olvi, pero yo me plantaba siempre: «Me llamo Olvido». Se impuso mi terquedad infantil. Bueno, mi terquedad a secas.

Tras de mí llegó Cala, la cachorrita de sangre mestiza que alguien abandonó en nuestro jardín un mes de marzo y formó parte de la familia muchos años.

Es cierto, Olvido no es una flor, pero a mi padre no le dejaron inscribirme como Nomeolvides, los brotes que teñían el jardín de un añil intenso a finales de abril, el mes en que nací. Mi madre amenizó decenas de cumpleaños imitando la indignación de su marido cuando regresó después del trámite.

Olvido es un buen nombre. Precisamente, porque es fácil de recordar. Porque, aunque fue motivo de burla en los bocazas ignorantes de mis compañeros de colegio, fue tema de conversación para mis colegas de facultad. Yo no desaprovechaba la oportunidad de contar que en la familia de mi madre los nombres se ponían con un orden establecido: en primer lugar, el nombre de algún ascendiente paterno, seguido del materno y de la virgen que correspondiese en el santoral el día del nacimiento. Mi tío mayor, Pancho, se llamaba Francisco Valentín María de las Mercedes. Layo era Antonio Hilario Andrés María del Carmen, y así seguía con una retahíla que me divertía compartir y que algunas personas escuchaban con la boca abierta, hasta llegar a mi madre, Edelmira Romana María del Coro, que por fortuna se quedó en Coro.

Si enumerar los nombres de todos mis tíos me servía para exhibir alcurnia, narrar la osadía de mi bisabuelo hacía que me sintiese rebelde. El padre de mi abuela materna fue un intelectual que alcanzó el honorable título de presidiario por su actitud reaccionaria. Me encantaba contar su ingreso en prisión y presumir del día que le dieron el paseíllo.

—Se salvó gracias a un antiguo criado que lo reconoció y lo llevó de vuelta al talego.

La historia de un aristócrata intelectual republicano me otorgaba cierta identidad. Era la forma de compensar la balanza y de dar brillo a mi carácter contestatario sin perder mis nobles raíces.

En aquellas horas largas de pasillos de la facultad, en aquellos cafés hechos de novillos, en aquellas conversaciones de lengua densa y cabeza ligera, iba diseñando la ficción que representaba cuando quería ser yo misma.

Capítulo III
Un día azul y dos cortados

En la relación de trabajo, los trabajadores tienen derecho:

c) A no ser discriminados directa o indirectamente para el empleo o, una vez empleados, (...) por razón de sexo, incluido el trato desfavorable dispensado a mujeres u hombres por el ejercicio de los derechos de conciliación o corresponsabilidad de la vida familiar y laboral.

Artículo 4.2 del Estatuto de los Trabajadores

Hay días azules claros e intensos. Días en los que el ánimo se levanta antes que el cuerpo. Amaneceres que borran las preocupaciones nocturnas y anuncian que todo va a salir bien.

Me despabilé segundos antes de que el despertador taladrase mis sueños y di un salto para apagarlo. Hacía tiempo que no me encontraba tan enérgica, pero mi barriga esférica enseguida me puso en mi lugar. Trastabillé hasta el baño y me miré en el espejo. Un triángulo escaleno con el ángulo obtuso apuntando al frente. Nueva vida en camino. Ojos hinchados, ojeras profundas y una maraña de pelos de loca enmarcando el decadente cuadro. Necesitaba chapa y pintura, con esas cremas milagrosas que solo podía utilizar cuando no estaban mis diablos merodeando. Diablos.

Al abrir el primer frasco se me hizo tan extraño disponer de tiempo para mí… ¡Tiempo! Decidí perderlo. Me acerqué al dormitorio de los niños. Dormían. Lucas con sus piernas aún rechonchas, vencidas hacia los lados, y las manos relajadas con las palmas hacia arriba. La pura imagen de la tranquilidad. Alicia con un brazo sobre su peluche y el otro gravitando fuera de la cama. Tuve que contener el impulso de peinar sus cabecitas húmedas. Destilaban zumo de paz en su respiración suave y despreocupada. Olía a bebé dulce y apetitoso. Ángeles.

Me los habría desayunado, pero me conformé con el lujo de tomarme un café tranquila. ¡Ja! Desayuno y tranquilidad, binomio escurridizo. Debía salir zumbando si quería recuperar mi primer puesto en el pódium de la puntualidad (y, por qué negarlo, compensar

la metedura de pata de la víspera).

Las calles de la ciudad mostraban sus almas con la ilusión de sentirse limpias, dispuestas y amables. Respiraban el aire fresco de la mañana y reflejaban en sus pupilas acristaladas las primeras luces del día. Preparadas para servir. Libres del delirio de sus transeúntes. Creamos las ciudades para vivir mejor y las vivimos para morir peor.

El escaso tráfico de las siete de la mañana premió el madrugón.

—¡Vaaamooos! —expresé mi triunfo al pulsar el interruptor de la luz—. ¡Prueba suuuperada!

—¡Buenos días! ¿Decías algo? —La voz de una secretaria convirtió mi bullir en vapor—. Entré directa al baño y no encendí, disculpa.

—Pensé que estaba sola. Me gusta mañanear.

—Sí, la primera hora del día es la más productiva. Sin llamadas de teléfono, sin personas, sin ruidos. Trabajar sola y temprano es como meterse en la cámara de la hiperproductividad —respondió insinuando que buscaba soledad.

Yo también la buscaba. La lista de cosas que hacer antes de parir siempre se ve afectada por un sentimiento de futuro borroso, una especie de *post partum vacui*, de vacío ante la incertidumbre del alumbramiento. Las mujeres nos lanzamos a rematar todos los asuntos pendientes como si después de dar a luz no hubiese un mañana. Me había sucedido ya en mis anteriores embarazos, pero en este tercero se estaba adelantando y el fenómeno empezaba a mermar mi sensatez. Deseé que no fuese el parto lo que se anticipaba.

En cualquier caso, me urgía trabajar. En las películas, siempre se ve a los abogados centrados en un único asunto. La realidad es muy distinta. Decenas de operaciones abiertas. Asuntos más o menos complejos de empresas y personas cuyos negocios dependen de cómo redactes cada cláusula de un contrato, de cómo enfoques un determinado problema, de la jurisprudencia que consigas encontrar en apoyo de una idea… Decenas de decisiones, casi todas urgentes, casi todas cruciales. Además, en un despacho de abogados de empresa, como Watson & Robles, también se asesora sobre asuntos menores: se gestionan caprichos pequeños, delitos pequeños, negocios pequeños, pero casi siempre vinculados a personas grandes.

—Ave María Purísima.

Fin de la jornada productiva, auguré. El saludo de Adán prometía. Se quedó en el umbral de la puerta. El brazo izquierdo apoyado en el marco y la mano derecha en el bolsillo pronosticaban entrada lenta y conversación tediosa.

—¿Vienes a confesarte?

—No, más bien espero que lo hagas tú.

—Has usado una fórmula un poco obsoleta. Hace demasiado tiempo que no pisas un confesionario. Seguramente te vendría bien, aunque no puedo garantizarte que te den la absolución —le espeté con la más falsa de mis sonrisas, para disimular la sinceridad de mi afirmación. No soportaba a Adán.

—Jamás me podrán absolver si continúas luciendo ese escote espléndido de Venus bajo la americana.

«Gilipuertas», pensé. Pero me reservé el epíteto para mi propio deleite. A fin de cuentas, los insultos masticados con la boca cerrada otorgan el placer del saboreo lento, detenido y reservado.

—Querido Adán, Venus nació cuando Cronos arrancó con su guadaña los testículos de Urano. Si yo fuese la diosa del amor, tú, querido dios primordial de este cielo, estarías castrado. Si quieres otorgarme una deidad, te propongo Tiamat; soy madre y monstruo y elijo la forma que adopto. ¡Mira, ahora soy abogada! Si te parece, por favor, responde a qué debo tu visita —pregunté a la defensiva, temiendo que la improvisada reunión tuviese algo que ver con el incidente del cementerio.

—Pareces estresada. ¿Es por tus obligaciones familiares o en el Super Board tenéis algún asunto escabroso?

Tratar con desprecio el Risk Monitoring Committee[1] del despacho no hacía más que poner en evidencia sus celos. Nada puede mosquear más a un jefe ególatra que tener a alguien en su equipo con acceso a información privilegiada.

—Cuando tenga algún asunto complicado, sabes que no lo compartiré ni contigo ni con mi confesor ni con el mismísimo Josep Robles. Ahora, en serio, tengo muchas cosas que hacer. —No especifiqué «antes de parir»—. Ve al grano, por favor —continué en un disuasorio tono de impaciencia.

—¿Qué opinas de tu pupilo Máximo? ¿Ya lo has evaluado?

Se trataba de eso, de averiguar la posición de mi júnior en el *ranking* de ascensos. Nos encontrábamos en temporada de apuestas, quién es quién en el mapa de carreras. La política de promociones, *up or out*, de W&R se había convertido en un caldo de cultivo idóneo para chismorreos. La trayectoria profesional del despacho era clara y transparente. A toda persona que entraba a trabajar se le explicaban las reglas del juego: si tu evaluación estaba entre las mejores, ascendías a sénior en un par de años y a asociado en otros tres o cuatro. El sistema era aparentemente limpio, pero la ambición se servía en bandeja de plata. Si la mediocridad te dejaba en el mismo puesto varios años, abandonarías por voluntad propia. Si valías y te lo currabas, se te abría la promesa del paraíso, la gran zanahoria: llegar a

socio. Y digo bien, socio. Apenas se conocían mujeres en esa situación. No es necesario entrar en el porqué. Mi caso resultaba bastante paradigmático.

—No tengo nada que opinar. Mi evaluación está ya registrada en el sistema. Es un profesional normal y seguirá creciendo. —Sin proponérmelo, estaba respondiendo a su pregunta.

—Creo que no encaja con la cultura de este despacho.

—La valoración corre a mi cargo. Y te recuerdo que lo enchufaste tú porque es sobrino de un cliente.

—Precisamente. Sabes que es mejor terminar su primer año con felicitaciones y alabanzas y que lo incorporen al grupo empresarial de su familia.

Le hice una señal para que bajase el tono.

—No podemos quedarnos aquí a ese patán —siguió en un murmullo amenazante.

—Gracias por tu sugerencia. Ahora, tal vez a su excelsa deidad no se le presenten quehaceres, pero los humanos debemos cumplir con los nuestros.

Sentí mi teléfono vibrando una y otra vez. Le mostré mi intención de responder, evidenciando que él sobraba en mi despacho.

—Por cierto, hoy cenamos con tu amigo Joaquín Gutiérrez —anunció vuelto de espaldas y a la altura de la puerta.

Me levanté y salí disparada tras él. No lo soportaba. A eso había venido, en realidad, a soltarme el marrón. Siempre buscaba la forma de fastidiarme la hora de salida.

—¿Por qué no almorzamos? No es mi amigo, es un cliente, y me viene fatal cenar —supliqué.

—Él lo prefiere, y así tendremos menos límites para la sobremesa. La noche es larga y, como bien has dicho, es un gran cliente de este despacho. —Cerró su argumento mostrando sus ridículos dientes recién blanqueados.

—Dime una cosa: si el asunto es tan importante, ¿por qué no te ocupas tú mismo? Me quedan un par de meses para dar a luz y…

—¿Tiamat se ha vuelto madre y necesita palmaditas de autoestima? —Sus incisivos soltaron un destello tan espurio como su interés en mis necesidades.

—Adán, dispara.

—Está bien. Te necesitamos a ti. Ya sabes por qué. Y tienes más de un mes para dejarlo en marcha. ¡Te sobra tiempo!

La visita consiguió descentrarme del todo. Volví a mi mesa resoplando.

Aunque en cierto modo me sentía aliviada. Al fin y al cabo, había

omitido cualquier referencia a Sedano. El incidente del aparcamiento volvió a ocupar mi mente como una terrible pesadilla. Qué imagen de mí se habría llevado el nuevo cliente. Me dolían la mandíbula y la cabeza. Con el ibuprofeno prohibido durante el embarazo, Adán no me había estropeado la hora de salida, me había fastidiado el día.

Me senté ante el ordenador, enfadada. No revisé mis notas. No apilé las carpetas. No recoloqué los objetos de la mesa. Ninguno de mis rituales de concentración. Ni siquiera me peiné las cejas. Abrí la bandeja del correo electrónico. Error táctico. El error fatal que cometería cualquier principiante o cualquier persona desorganizada. Me entregué al secuestrador de tiempo con la flacidez de una rendición.

—¿Estás muy concentrada? —Escuché de nuevo una voz en la puerta.

—Más bien todo lo contrario. Necesito un café.

—No te muevas. ¿Cómo lo quieres?

Me remordió la conciencia. Toqué mi barriga y sentí alguna de las articulaciones del bebé cambiando de postura en su nido de agua. La cafeína no era buena para el niño.

Tampoco era bueno que yo siguiese de bajón.

Miguel reapareció un par de minutos después con un cortado sin azúcar para mí y una infusión para él.

—¡Tú también te has sumado a la moda del té verde! —afirmé mientras le sacudía un pelito del hombro, aprovechando su inclinación.

—Demasiado café para una sola mañana —aclaró—. Vengo con noticias frescas.

—No en mi despacho, por favor. —Me puse de pie como si mi silla tuviera un resorte. Miguel me ayudó con la chaqueta, que ya no me abrochaba. No necesitó más aclaraciones, ambos sabíamos adónde ir cuando queríamos hablar sin ser escuchados. Alfonso, mi asistente, era un tipo excelente y poco dado al cotilleo, pero muy amigo de Máximo.

Abandonadas en mi despacho, las tazas humeantes delataban nuestra huida hacia la privacidad.

—¡Vuelvo en quince minutos! —informé a Alfonso sin molestarme en abrir su puerta.

Apenas habíamos puesto un pie en la cafetería cuando Miguel arrancó con su chismorreo.

—Adán quiere deshacerse de Máximo. Le he oído decir por teléfono que es un incompetente y que va a arruinar nuestra relación con Joaquín Gutiérrez. Yo sigo creyendo que esos dos están metidos en algo turbio.

—¿Te pongo otro solo? ¡Te veo en plena forma! —soltó el camarero guiñándole un ojo desde detrás de la barra.

—Esta vez un cortado para ella y un té verde para mí, por favor —pidió con familiaridad.

—¡Eres la caña, Miguel! Sigues con tus teorías conspiranoicas, pero nuestro jefe solo es un manipulador. ¿Cuántos cafés de ac-tua-li-za-ción llevas? ¿Con quién has estado?

—No puedo decírtelo.

Mi teléfono volvía a vibrar.

—Tu júnior internacional sabe cosas de ese personaje y de sus negocios que los humanos jamás creeríais —respondió, emulando al replicante Roy Batty—. Tiene algo que ver con su etapa en la City. Como tire de la manta…

—El tío de Maxi es socio de Joaquín. Por supuesto que sabe de los negocios de la empresa y dudo que sepa nada que no haya sabido yo antes. Fin del cotilleo.

—Ch, ch, ch —negó con la cabeza—. Fíate de mí. Esta vez tengo información fresca, cercana y fiable.

Lo observé con aire condescendiente. A las personas les gusta especular. Les gusta pensar que tienen información en exclusiva. Que han descubierto alguna verdad compleja, más allá de lo evidente. Yo adoraba a Miguel, pero esa forma de conjeturar era tan vulgar que lo igualaba al resto de nuestros colegas. Me generaba ternura.

—Si Maxi fuese tan astuto, Adán ya lo habría fichado como secuaz para su equipo de sanguijuelas —respondí, recolocando con mi dedo índice un par de pelos rebeldes en su entrecejo—. Además, ¿qué supones que pasaría si lo despidiesen, con tanta manta de la que tirar? ¿Qué van a hacer?, ¿sobornarlo, matarlo?

—No descartes nada, los tentáculos de tu jefe tienen una longitud incalculable. Hasta ahora le resultaba útil tenerlo contigo, pero dicen mis fuentes que tu nuevo cliente *first class*, Gonzalo Sedano, abre otras líneas y cambia las cosas.

—¡Qué pesado estás con tus fuentes! ¿Qué cosas cambian?

—No lo sé. Ya lo averiguaremos —rio—. ¿Cómo te encuentras tú? Sabes que me das bastante envidia con esa superfamilia. ¡Y ya estás en capilla!

Yo no supe si se refería a mi próximo ascenso o a la criatura que venía en camino. No quise aclararlo. En ambos casos le habría respondido que estaba fatal, pero antes de que me diese tiempo a contarle la escenita del cementerio, entró por la puerta otra compañera del área laboral, a la que pertenecía Miguel, con ganas de seguir tejiendo la dichosa manta. Durante algunos años yo también

había dedicado una parte importante de la jornada a las confabulaciones; sin embargo, en esta etapa de mi vida tenía otras prioridades. Tal vez por eso, por no pararme un minuto a pensar, no fui consciente de que el centro de las murmuraciones podía ser yo.

—Te cedo mi cortado, querida. —Y me marché dejando abandonada la cafeína por segunda vez esa mañana.

El camarero hizo un gesto con la barbilla hacia Miguel, mientras secaba parsimoniosamente una taza con un paño blanco y rumiaba «¡Qué caaampeeeeón!», arrastrando las vocales entre las comisuras de su envidia. Me pregunté con quién había empezado mi colega la cadena de cafés. El comentario jocoso de aquel tenorio en celo dejaba claro que su fuente era otra mujer.

Eran casi las once de la mañana. Miguel «de reunión en reunión» y yo sin haber empezado. Le pedí a Alfonso que encargase un sándwich mixto para comer y me concentré. Tanto, que pasaban de las ocho cuando salí de mi burbuja. Me había olvidado del teléfono. Una llamada de mi madre, una de mi hermana Tuna y seis perdidas de casa.

—¡Mierda! —me repetí como un mantra mientras esperaba que alguien respondiese al teléfono fijo de casa. El corazón me iba a mil. Mi casa abandonada, mi trabajo sin hacer y mil inocuas intrigas haciéndome perder el tiempo. Aparentemente inocuas.

---

[1] Comité de Control de Riesgos.

Capítulo IV
Una noche turbia y una manzanilla

El que infligiera a otra persona un trato degradante, menoscabando gravemente su integridad moral, será castigado con la pena de prisión de seis meses a dos años. (...) Con la misma pena serán castigados los que, en el ámbito de cualquier relación laboral o funcionarial y prevaliéndose de su relación de superioridad, realicen contra otro de forma reiterada actos hostiles o humillantes que, sin llegar a constituir trato degradante, supongan grave acoso contra la víctima.

Artículo 173 del Código Penal

—¡Y mierda y mierda! —continuó mi autorreprimenda.

—¿Cómo? —susurró la voz de Amelia al otro lado, sorprendida por mis interjecciones. No acostumbraba a decir palabrotas.

—Perdón, soy Olvido. Me ha llamado. Lo siento mucho, se me ha complicado mucho la jornada.

—No pasa nada —me tranquilizó—. Es que Alicia se ha aprendido su número e intenta todo el rato hablar con usted. Ya le he dicho que no puede llamarla cuando está trabajando, pero en cuanto hago caso al pequeño, ella va directa al teléfono. También ha llamado su madre, ha dicho que no es urgente.

—¿Qué tal están los niños? ¿Puede quedarse hasta que llegue mi marido? No puedo ir a cenar a casa. Dígale a Alicia que mañana la llevaré yo al cole. ¡Plan de chicas! Y dígales a los dos que los quiero mucho. —Disparé mis preguntas, mis excusas y mis cariños con ametralladora. Sin pausas para respuestas. Con la prisa y el ansia del remordimiento.

—Ahora no les digo nada, que ya están casi dormidos. Mañana ya se lo dice usted.

La rabia me ardía en el estómago llevando a ebullición los rápidos movimientos del bebé. Sentía en las piernas el hormigueo de mi indignación, mientras mis brazos se quedaban flácidos e inútiles para la lucha. Me habría liado a tortas conmigo misma. Si al menos fuese por algún motivo interesante… Me apetecía tanto esa cena como hacerme una infusión con los calcetines de Adán.

No me gustaba Joaquín Gutiérrez. Bueno, no me gustaba como

cliente. Como animal humano era bastante agraciado. Un tipo alto sin excesos, de rasgos proporcionados, nariz casi perfecta y una profunda y seductora mirada con la que conseguía lo que se propusiese. Guapo por simetría. Aunque un petimetre.

Antes de ponerme la chaqueta para salir, descargué toda la furia en mi autobús Vudú. Adelanté a Joaquín varios asientos. Lo puse en la segunda plaza, justo detrás de Adán.

Mi autobús era inofensivo, pero me desahogaba mucho. Mi hija Alicia lo había coloreado en casa y me lo había regalado para que yo lo pusiese en el despacho. Y lo hice. Vaya si lo hice. Me resultaba muy útil. Escondido bajo el teclado del ordenador, me servía para subir en él a las personas que deseaba invitar a un viaje al fin del mundo con solo un billete de ida. Una terapia estupenda. No me esmeraba en dibujar sus caricaturas, solo dibujaba un pequeño avatar en un pósit y lo colocaba en las ventanillas, ordenados por prioridades: los asientos delanteros, para las personas que me urgía bajar antes; en los traseros, algún trotaconventos y el departamento de laboral al completo, excepto Miguel. Como quien hace un mandala, a mí me relajaba dedicar unos segundos a confeccionar cada pasajero con figuras geométricas.

En cuanto enfilé el pasillo, desahogada de trabajo y de rabia, mi jefe apareció por detrás y me pasó el brazo por los hombros.

—Hermosa compañía para la cena —emitió su juicio inoportuno, engolando exageradamente la voz.

La media docena de personas que estaba todavía en el despacho se giró para observarnos. Exhibía sus embates como si quisiese que todos escuchasen su procacidad; como si estuviese por encima del bien y del mal.

Joaquín nos esperaba en la puerta del club, con una sonrisa hechicera de esas que eclipsaban cualquier otra cualidad de su carácter. Tan encantadora y tan cercana, que me lancé a preguntarle por su próxima paternidad.

—¡Enhorabuena! ¿Cómo está Paula?

—Muy bien. ¡Estamos los dos muy emocionados!

—¿De cuánto está? ¡No sabía que estaba embarazada!

—Bueno, técnicamente…, podríamos decir que sí. —Guiñó un ojo —. Pero pensé que te lo habría contado Elisa, porque todo esto es gracias a ella y… —De repente interrumpió su explicación; una reacción a la nada sutil patada que Adán le propinó mientras nos empujaba a ambos hacia el enorme vestíbulo. Adán me tomó nuevamente por la cintura tratando de situar su dedo meñique sobre mi cadera. No quería atraer otras miradas apartándole bruscamente la

zarpa, así que procedí a realizar un giro a la indonesia en dirección al guardarropa. Puse el turbo, no señalicé y la mano de Adán quedó sospechosa y grotescamente próxima a la nalga de Joaquín.

Saludé a la pelirroja y simpática chica del mostrador y ella recogió mi chaqueta firmando con un guiño su contrato de participación en mi maniobra. Adán había quedado en evidencia, pero también había quedado en el aire nuestra conversación sobre la misteriosa paternidad de Joaquín. En el guardarropa dejé colgadas las ganas de seguir interrogándole.

«¿Cómo habrá ayudado Elisa en el embarazo de Paula?». El jefe de sala nos señaló la mesa con media reverencia. «Elisa es siempre una caja de sorpresas».

Saludé, al menos, en tres mesas. Todos clientes. Todos con sus asuntos entre las teclas de mi ordenador. Varios de ellos, pasajeros de mi autobús.

—Don Fulanito, ¿cómo está su mujer? —No escuché la respuesta. Sonreí y le di recuerdos. «Pobre señora, otra víctima silenciosa de la prepotencia masculina. Cuántas personas toleran el menosprecio de sus parejas o soportan sus devaneos». «Hola», por aquí. «Encantada de verte», por allá. En aquel ambiente de monarcas de los negocios, yo me sentía a la vez reina y valido.

Pero la bondad de Elisa seguía flotando en la nube de mis pensamientos. «Está dotada con el don del perdón perfecto; quién aguantaría, si no, las mamarrachadas de un patán como su marido». «Elisa está realmente comprometida con la infancia digna. Ella sí ha sabido dedicarse a una causa justa».

Elisa admiraba mi trabajo, pero yo la admiraba a ella. Nada más traer a su hija Nadia a casa, sensible a las dificultades que suponía una adopción, había creado una fundación destinada a facilitar los trámites a cualquier pareja. Lejos de limitarse a presidir la fundación, inyectarle dinero o buscar fondos, su implicación era realmente activa y aprovechaba su veteranía jurídica y sus muchos contactos para promover todo tipo de causas. Su organización había sido pionera en el impulso de la adopción homoparental, por ejemplo. Me constaba su defensa tenaz de tramitaciones complejas y, sobre todo, su búsqueda incesante de nuevos canales para ofrecer familias a niños y niñas de cualquier parte del mundo. Qué lástima que no estuviese en la cena con nosotros. Pero Adán había marcado una clara frontera que ambas aceptábamos porque los asuntos que yo solía tratar estaban más seguros en pocas bocas. Rara vez le confiaba a Elisa una preocupación de trabajo. Rara vez se la confiaba a nadie más que a las cinco personas que formábamos el Risk Monitoring Committee, en Londres.

La generosidad de mi amiga se quedó estancada entre mi nariz y mi conciencia durante toda la cena, que transcurrió como imaginaba: mucha cortesía, poca sinceridad, algunas risas y mi lógica y esperada indignación por algún halago inoportuno o por algún tema de conversación inapropiado. Cada vez que yo sugería que fuésemos al grano, Adán o Joaquín sacaban algún cotilleo nuevo. Primates insensibles.

—Estamos llegando a los postres y no hemos hablado aún del negocio que nos ha traído a esta mesa —soltó de repente Adán.

—Yo necesito una manzanilla, pero antes iré al baño —declaré sin ocultar que estaba harta, saturada, empachada; y no precisamente a causa de la cena. Adán necesitaba dirigir las conversaciones y yo necesitaba digerirlas. Ambos se levantaron al mismo tiempo que yo, en un gesto artificialmente cortés, y se sentaron en cuanto enfilé mi ruta.

Las instalaciones de aquel edificio estaban bien cuidadas en todos los detalles, excepto uno: la distancia que había que recorrer para alcanzar los aseos. Caminé por el largo pasillo con toda la discreción que permitían mis tacones y forzando la elongación de mi cuello para evitar que las miradas se dirigiesen a mi barriga. Anduve con holgura, pero con dignidad. Tanta tanta dignidad y tan solemne, que llegué a destino al límite de mi resistencia. El bebé debía de estar agazapando todo su cuerpo sobre mi vejiga y alcancé la puerta del baño con tanto apuro que tuve que detenerme y cruzar las piernas de una forma un tanto ridícula antes de abrir la puerta. Me alegré al comprobar que no había nadie alrededor. Al salir del váter, con un enorme espejo reflejando la imagen del triunfo, respiré aliviada. Aproveché para lavarme las manos, limpiar un poco el rímel gastado bajo mis párpados, echarme crema, rociarme de colonia, marearme con el olor a lavanda (cosas del embarazo) y absorber el brillo de la piel con unos pañuelos de papel exquisitamente dispuestos en el amplio tocador.

—Lista. Preparada para ese *importante negocio* —imité en el espejo la voz de Adán—. Ese inoportuno asunto que me ha robado el baño de mis hijos.

Al iniciar mi peregrinación de regreso a la mesa, observé el ceño fruncido de Joaquín. Desde la perspectiva que me daba el largo corredor, parecía la reacción a una declaración vehemente por parte de Adán. Tal vez estaba menospreciando el tema que íbamos a abordar. Apuré el paso, a pesar del ruido de los zapatos. Ambos se giraron hacia mí y, cuando llegué a la mesa, conversaban de lo pequeñas que eran las plazas de garaje del club. «Cuestión ligera para tanta intensidad. No soy idiota», pensé. Aún no era consciente de la

magnitud de mi idiocia.

—Volviendo a lo que nos ocupa —centró el asunto Joaquín—. La noticia de la noche… Tatatachán, xssss. —Imitó un redoble con platillos—. ¡Voy a importar fruta exótica!

Aquello sí que era un giro a la indonesia.

—¿Qué pinta un grupo pesquero importando fruta?

—Ese es el pequeño detalle que no puede salir de esta mesa: en este negocio no entran mis socios en la pesca.

—¿Y por qué quieres que intervenga yo si una empresa la puede constituir cualquier abogado júnior de Adán?

—Tengo el cliente, tengo el producto y tú pones… la sede. Tenemos que armarlo bien.

Ese «armarlo bien» explicaba mi papel en su nueva inversión. Ese «pequeño detalle» explicaba por qué querían deshacerse de Maxi, sobrino del principal socio de Joaquín en el grupo pesquero.

Fin de las intrigas y comienzo de un nuevo renglón en la lista de cosas que hacer antes de parir.

Tomé todas las notas mentales de las que fui capaz y lo emplacé para vernos en el despacho. No cabía duda de que Joaquín era de esas personas que no dejan su dinero parado ni se conforman con vivir bien. Era un empresario inquieto y activo. Y atractivo, pero eso debía obviarlo. Cítricos y frutas tropicales importados de la India con parada en alguna isla. Joaquín las ideaba y Adán las acompañaba. Pero mi jefe no dominaba los servicios financieros ni conocía a nuestros socios en otros países ni hablaba bien inglés. Esto último sobre todo. Yo percibía su sensación de ridículo cuando teníamos que interactuar con nuestros interlocutores y él apenas balbucía un *nice to meet you* arguyendo cualquier excusa para huir de la conversación. El inglés era su talón de Aquiles. Mejor dicho, el inglés era su talón visible. Su obsesión por no cometer errores era otra debilidad importante, la que lo delató. Pero no voy a adelantarme.

—¿Y para eso necesitábamos cenar?

—A mí no me mires —reveló Joaquín—. Ha sido Adán quien ha propuesto que fuese una cena.

Su rápida respuesta invitó a Adán a mirarme con lascivia, luciendo de nuevo esos asquerosos corales blancos, especialmente pulidos para sus martingalas. Me sentí terriblemente incómoda. Y, por supuesto, rechacé su caballerosa oferta de llevarme a casa.

Despejé bien el nuevo lanzamiento de mi jefe y conseguí que su balón no se enredase en mi portería de pensamientos. La optimización fiscal de la empresa de Joaquín no tendría problema, pero eludir a Maxi no iba a ser tan sencillo. Los dichosos cítricos se convirtieron en

otro hilo más para un garabato mental, que empezaba a volverse crónico.

«¿Por qué Elisa no me habló de su papel en el embarazo de Paula?».

«¡Qué no hará esta mujer por la natalidad ajena! Es un ángel».

«Y está casada con un demonio».

Una luna sarcástica, difuminada por la sombra algodonosa de una nube, me acompañó en el retorno a casa, burlándose de la paradoja de aquella larga y complicada jornada. Un comienzo azul intenso, agradeciendo la libertad de amanecer sola, y un final gris oscuro, lamentando la esclavitud de cenar mal acompañada.

«¡Mierda, no llamé a mi madre!». Me sumí en un desasosiego muy incómodo.

Capítulo V
No soporto a mi jefe

Todos los españoles tienen el deber de trabajar y el derecho al trabajo, a la libre elección de profesión u oficio, a la promoción a través del trabajo y a una remuneración suficiente para satisfacer sus necesidades y las de su familia, sin que en ningún caso pueda hacerse discriminación por razón de sexo.

Artículo 35 de la Constitución española

—No soporto a mi jefe —le decía a Elisa en broma, cuando Adán me hacía alguna judiada menor (las barrabasadas auténticas me las guardaba en el fondo de la memoria para que no enturbiaran nuestra amistad). Ella se reía sabiendo que se me pasaría.

Pero lo cierto era que hacía tiempo que había dejado de apreciarlo. No podía entender que Elisa siguiese viéndolo como un hombre brillante y deseable.

Cuando lo vimos por primera vez era atractivo. No por su físico, sino por su presencia. Llenaba los espacios.

Había venido a la facultad con el fin de dar a conocer el despacho, Watson & Robles, durante un programa organizado por la universidad para los alumnos del último curso. Nos cautivó. No sabría definir si el encanto estaba en el proyecto que nos contaba o en el olor a triunfo que desprendía. Un aroma hechicero en aquella etapa de la vida en la que se calcula el éxito por la marca del coche, el precio del traje y el brillo de los gemelos. Durante aquellos años de universidad privada, nuestras aspiraciones eran elevadas y el mundo, recién abierto a la globalización, se nos hacía pequeño.

Elisa entregó su currículum (y su alma) ese mismo día y no tuvo que pelear mucho por entrar. Su brillante expediente le abrió la puerta grande. En unas semanas entró con impulso en el frenético plan de carrera del despacho y se fue a Barcelona a escalar plantas. En un sistema de promoción como el de W&R, pronto se puede alcanzar un gran prestigio, un buen sueldo y un despacho con vistas al paseo de Gracia, siempre que estés dispuesta a competir con tu propia sombra.

Elisa subió en el mismo ascensor que la dejó estancada en la planta del medio cuando se casó con Adán. Reglas no escritas que todos

conocíamos y que su flamante esposo respetaba más que nadie: la casada, en casa. Tan simple como eso.

Adán me cortejó aquel primer día de presentaciones en la facultad. Respondía con amabilidad a todo el que se acercaba, pero no me quitaba el ojo de encima. Insistió y merodeó hasta que se aburrió. Al menos por un tiempo. A mí no me interesaba aquello. Aspiraba a la carrera judicial convencida de que me aportaría más estabilidad y más prestigio.

Me mantuve lejos del sedal de aquel pescajuristas durante mucho tiempo. Dos vueltas completas al sol en las que apenas vi su luz. Me preparaba entre cuatro paredes. A conciencia.

Estudiaba de forma obsesiva, sin dejar un hueco para la más mínima distracción, que yo sabía que era la causa de todos los abandonos. Había grabado los artículos del código civil y del código penal para escucharlos en los tiempos de mantenimiento. Un recital jurídico en la ducha, en la cama, en el coche o aprovechando los trayectos entre mi casa y el despacho del juez, Marcial Fariña, un viejo amigo de mis padres que me ayudaba a preparar la oposición.

Los días transcurrían lentos, constantes, apagados en una rutina perfecta. Siete de la mañana, ducha. Siete y quince, desayuno. Siete y treinta y cinco, hacer la cama, limpiarme los dientes y peinarme las cejas (me ponía muy nerviosa el picor de ese desorden del vello sobre los ojos). Siete y cuarenta, organización y ajuste de la pila de folios; columnas alineadas para cada una de las siguientes tres horas. Cincuenta y cinco minutos de estudio, cinco de descanso. Cincuenta y cinco de estudio, cinco de descanso. Cincuenta y cinco de estudio, quince minutos de tentempié. A las diez y cincuenta y cinco, vuelta a empezar, recolocando los montones con las manos. Esos cinco minutos de alineación y orden me ayudaban a concentrarme. Tres horas más. Quince minutos de paseo por el jardín si la tristeza crónica de las nubes me lo permitía. Cuarenta minutos de comida saludable con mi familia. Dientes, cejas y vuelta a empezar otros dos ciclos completos.

Los sábados estaban destinados a cantar los temas, es decir, a presentárselos a mi preparador, y a descansar. Iba hasta la casa del juez y volvía con el alivio de unas horas de descanso por delante y el agobio de perder tiempo de estudio. Pero así debía ser: paseos para oxigenarme; sueño para recuperar fuerzas. Seis días de estudio, una jornada de descanso en la que dormía una hora más, paseaba una hora más y socializaba una o dos horas más. Un ritual pensado y medido para rendir mejor en las pruebas. En el examen al que jamás llegué a presentarme.

—Estás muy pálida —me dijo un día Adán desde la ventanilla de su

cabriolé que casi nunca descapotaba (por no despeinarse). Y dejó a Elisa y a sus mejillas sonrosadas delante de la puerta de mi intimidad para que llenase mi tiempo libre.

Esas tardes que Elisa me acompañaba, nos escabullíamos en el jardín, nos tumbábamos sobre la hierba húmeda y nos disponíamos a capturar todos los rayos de sol que pudiésemos mientras ella me contaba sus aventuras y desventuras en Barcelona. Yo la escuchaba con admiración hasta que el frío húmedo en la espalda me recordaba que teníamos que volver a casa. Yo a mi promesa de futuro, ella a su prosperidad del presente.

Adán, oculto en el reino de los rascacielos, había convertido mi incorporación a su equipo en una gesta personal y había contagiado su obsesión a W&R y a mi propia familia.

A mis depredadores les atraían la cantidad de información que había almacenado en mi memoria, mi expediente y mi fluidez con el inglés. A mis padres les apenaba ver mi aspecto de folio en blanco y que no sacase partido a mis estancias en Estados Unidos. Mientras estos me pedían que bajase el ritmo y me sugerían que pensase en otras alternativas, aquellos me asediaban. Me acribillaban con las picaduras de sus trompas. Llamadas del propio despacho, de mis antiguos profesores, de alguna compañera. La saliva de sus probóscides ansiosas se me quedaba entre la piel y un picor ocasional empezaba a descentrarme algunas tardes.

Me encontraba exhausta. Pálida, aburrida y agotada. Tal vez por eso, la última llamada resultó devastadora. Mi propio preparador, mi referencia, mi estímulo consiguió convencerme de que escuchase la propuesta de W&R.

Un sábado, al terminar de cantarle los temas, me expuso con una contundencia incontestable las penurias de su profesión y las bondades de un moderno despacho de raíz española y espíritu internacional. Marcial me recordó el brillante papel de las juristas que yo admiraba, argumentó la necesidad de mujeres como yo en la abogacía y despertó mis sueños infantiles de Quijotesa entre las aspas de la injusticia.

Aquella fuerte determinación con la que me había acostumbrado a engullir un tema tras otro empezó a temblar en la extraña vaciedad de aquellos extenuantes días iguales. Mi vocación resultó ser un flan. Cada monótono día de oposición empezaba a parecerme un confinamiento inútil y aburrido. Cada hora de estudio se convertía en tres mil seiscientos largos segundos cayendo gota a gota y horadando mi voluntad.

La misma mañana que decidí escuchar la propuesta, acepté un

billete de avión y abandoné el paso lento de la constancia. Conservo el recuerdo de la ventana abierta, respirando el aire fresco del jardín. Las primeras gotas de una lluvia deseada desprendiendo un olor a tierra húmeda y a naturaleza sedienta. Sentía el impulso de salir a empaparme de la tormenta, de caminar descalza por el césped brillante, de desentumecer los músculos endurecidos por las horas de silla, hasta que el temporizador me recordó que tocaba volver a sentarse. Aquel viejo, inteligente y algo oxidado aparato que mi madre y mi tía María utilizaban para la cocina estaba ahora a mi servicio. Como todo en aquella inmensa y silenciosa casa. El reloj inició su tembloroso y senil quejido casi al mismo tiempo que el renovado y juvenil teléfono del salón dio el primer aviso. Apagué la alarma, encendí mi curiosidad y escuché los diligentes pasos de mi madre dirigiéndose a mi habitación. Su sonrisa, el olor fresco del campo, el timbre rancio del reloj, todo pareció conchabarse para que respondiese a la llamada con mejor disposición que otras veces. Me propusieron invertir un solo día. Se ocuparían de todo. Y así fue.

Un taxi en la puerta de mi casa al día siguiente, tarjetas de embarque en la mano y, en el aeropuerto, un joven consultor júnior sujetando un cartel con mi nombre. Una sola visita a aquella organización impecable, a aquel espacio moderno, ajetreado y aderezado con el perfume amaderado del éxito, se presentó ante mí como un oasis en el erial de mi monotonía. Eso pensé. «Solo es un oasis, no necesito quedarme aquí para siempre». En el avión de regreso, mi recién estrenada voluntad de cambio encontraba motivos suficientes para dar el paso.

Entrar en W&R presentaba una gran ventaja. Trabajar allí equivalía al mejor máster, sin invertir un solo euro más de las arcas familiares. Era la oportunidad de formarme en uno de los primeros despachos de España, el bufete con mayor proyección internacional. Empezaría en la sede de Watson en la City para volver a España en un par de años.

El flan terminó de desparramarse y mi cabeza comenzó a recrear la idílica imagen de mi vida en Londres con traje sastre, tacón alto y tal vez ataviada con aquella curiosa *barrister wig*[2]. Imaginé mi frente enmarcada en la línea recta de aquel flequillo abultado, los rulos blancos y las coletas lazadas de la peluca sobre mi espalda estirada. ¡Londres, mi primer destino! Confieso que un sueldo muy superior a la media, inimaginable en los primeros años de judicatura, terminó de endulzar la manzana que me había ofrecido Adán. La engullí. Me gustó. Era una época de libertad casi infinita y de nubes de sueños acomodadas entre la materia gris, disolviendo la ambición en la razón con cucharilla de plata.

No sé si llegué a apreciarlo de verdad. Tal vez lo admiré o tal vez me dejé fascinar por el halo de sus iniciales bordadas en la camisa y el obsoleto pañuelo de seda que asomaba tímidamente del bolsillo de su traje a medida. O tal vez me dejé transportar por la estela que se formaba a su paso.

No sé tampoco qué papel desempeñaron mis secretos en nuestra relación y qué papel desempeñaron los suyos. El caso es que un día estuve tan cerca del árbol de la ciencia que lo vi al desnudo. Y así, con la misma fuerza con la que lo había apreciado, empecé a despreciarlo y a observarlo siempre en cueros. Aunque disimulaba bien su transparencia, sé que se sentía incómodo conmigo. No lo soportaba.

---

[2] Peluca blanca característica de la vestimenta de jueces, abogados y abogadas en el Reino Unido.

Capítulo VI
Alicia

Los Estados Partes garantizarán al niño (y a la niña) que esté en condiciones de formarse un juicio propio el derecho de expresar su opinión libremente en todos los asuntos que le afectan.

Artículo 12 de la Convención sobre los Derechos del Niño

Llevar a los niños al cole es una de las cosas más divertidas de la maternidad. Siempre que obvies la pelea previa para que se levanten, desayunen, se laven la cara, se vistan, metan la merienda en la mochila y cojan la cazadora. Pasos tan naturales y tan concretos. Parece imposible que se conviertan en una gincana belicosa.

El primer combate de aquella mañana se había producido con unas medias de lana que a Alicia le parecían incómodas. Entró en la cocina con unos pantalones por debajo de la falda y otras improvisaciones desacertadas. La ropa preparada la víspera por Amelia yacía salpicada a lo largo de la habitación. Fragmentos de su explosión. Preámbulo de la siguiente contienda.

—Se echan enteras, mamá. ¡No sabes preparar desayunos! —reprochaba entre lágrimas e hipidos de indignación, mientras se llevaba las cucharadas de su desayuno a la boca con cara de asco.

Se resistía a tomarlo, pero yo necesitaba abandonar la batalla para cambiar a Lucas. La maternidad debería venir dotada con el don de la ubicuidad.

Volví a la cocina con los restos radiactivos de un pañal en una mano y el niño en la otra. Sorpresa y nuevo aprendizaje para el curso de madre por fascículos. Mi ausencia en la lucha arrojaba un resultado mejor de lo esperado. Alicia se había tomado todo y se relamía los restos con la lengua. Cuántas veces había empleado infructuosamente todo tipo de demostraciones, historias, enfados, juegos y otras artimañas en el conflicto galletas-leche. Lección mil y pico: en situaciones de guerra, el silencio funciona mejor que cualquier explicación.

Preparé un biberón y senté al pequeño en mi regazo observando cómo Alicia llevaba su taza al fregadero.

—¡Muy bien, cariño! —Ella se giró indignada y se fue a su habitación sin que me diese tiempo a entender qué había de malo en aquella felicitación. Sí, habría que revisar la frase varias veces para detectar el fallo. Y yo, desde luego, no lo vi hasta mucho más tarde.

Mientras, Lucas devoraba aquel engrudo succionando la boquilla. Alicia apareció de nuevo en la cocina, envuelta en un innovador modelito. Una diadema morada y una flor de estilo andaluz desentonaban con el resto del atuendo. Perdí la paciencia y subí el tono. Le ordené recoger lo que había dejado tirado y ponerse la ropa preparada del día anterior.

—Si consigues encontrarla —rumié mi hartura.

—No sé hacerlo solita —argumentó exhibiendo un puchero.

Celos.

—Cuando acabe de desayunar Lucas, te ayudaré —respondí sin echarle en cara que se había vestido ya dos veces sin necesitarme.

El pequeño chupaba ya en vacío. Con más de dos años debería desayunar con cuchara. Debería haberle retirado el pañal. Debería haber dejado el chupete. «Qué fácil es dictar instrucciones desde el cuartel general. ¡Que se vengan al frente!».

Alicia demandaba demasiada atención. La libertad de vestuario formaba parte de la individualidad y la autonomía que su escuela fomentaba. «No sé cómo me tragué esa bobada, con lo fácil que sería endilgarle cada mañana una falda idéntica al resto de sus colegas de aula. Todos libres: niñas, niños y progenitores». Libres de decidir. Emancipados de batallas matinales.

—¡El uniforme nos hace libres! —proclamé a la vez que me incorporaba con dificultad.

Mis lumbares protestaron, pero ese fue el problema menor. Con los gases de la deglución, el niño expulsó parte de la papa sobre mi hombro.

—¡Por Dios, Lucas, eres demasiado mayor para regurgitar como un bebé! —solté.

Ojos inmensamente abiertos. Boca arqueada. Labio inferior en subida intermitente. El puchero perfecto. Dejé al niño en su parquecito y cogí un trapo sin poder esquivar su disgusto.

Esta lección del curso de madre ya me resultaba demasiado conocida: no se les riñe por algo que hacen sin querer. Suspenso.

—Tengo que cambiarme la camisa —continué rebajando el tono de mi reproche. Limpié los restos de su ropa, le di un beso y lo animé a jugar agitando una pelotita de espuma que hacía ruido de cascabel.

—¡Parezco idiota! —le dije a Fede cuando entré en la habitación—. Debería haberme puesto un trapo. Voy a acabar usando un mandilón

como el que lleva Alicia en el colegio.

Él seguía mirándose en el espejo para hacerse el nudo de la corbata. Giró la cabeza, sonrió y colocó el cuello de la camisa. Estaba hecho un pincel, con su traje ajustado, su camisa bien planchada, los gemelos que le regalé al volver de Londres y ese olor a Eau Noir que me tenía enganchada (además de suponer una gran ventaja a la hora de comprar los regalos de Navidad).

Continué narrando la escaramuza de la mañana mientras me cambiaba de ropa. En pleno monólogo, sonó el timbre de la puerta. Amelia, la asistenta, llamaba siempre de forma insistente antes de entrar con sus propias llaves.

—Esta mujer es tan estridente… —protesté al vacío. Mi marido ya no estaba.

—A ver que te saco del corralito, amor —escuché desde la habitación.

«Corralito, qué palabra tan fea. Mis hijos no son ovejas».

«Ni son su amor».

Ayudé a Alicia a terminar de arreglarse y a guardar los restos de la refriega. Ella se rascaba la cabeza mientras la peinaba. Mantuvimos una conversación divertida.

—En el cole hay una niña que lleva dos trenzas. ¿Tú sabes hacer trenzas?

—¡Claro que sé!

—Mi amiga Braulia es tonta, pero su madre solo es madre y peina muy bien. —Se expresaba ahora con la dulzura, la aleatoriedad y la energía de una niña de buen humor—. Siempre lleva peinados muy bonitos. Papá dice que tú eres una *business woman* —pronunció en perfecto inglés— y por eso no sabes peinar.

«Madre que solo es madre» y «*business woman* que no sabe peinar». Se puso en marcha el velcro invisible de mi cerebro y ambas expresiones se me adhirieron al córtex prefrontal.

En cualquier caso, a Alicia le había sentado bien el hecho de que yo le prestase más atención y continuó una cháchara animosa hasta el cole. Le solté el cinturón y le peiné las cejas. Alicia seguía rascándose y eché un vistazo a su cabeza por si tuviese alguna heridita, pero solo vi las rojeces con las que suele condecorarla su hermano cuando le tira del pelo para reclamar su atención. Lo curioso era que ella permitía aquellos tirones como si fuese el más lógico medio de comunicación entre hermanos.

Me sentó tan bien ese rato de cháchara fresca e inocente…

«No, Olvido», centré mis objetivos. «Ahora no puedes pedir una reducción de jornada. Toca ser socia. Te lo deben». Y entré saludando

alegremente a la gente que me cruzaba por el camino.

Mi gozo alcanzó justo hasta la altura de la fotocopiadora. Máximo respondió a mi saludo arqueando las cejas y estirando las comisuras de los labios. Hablaba con una becaria. Ambos rezumaban hipocresía. Podrían ser imaginaciones mías; sin embargo, tuve la sensación de que se sentía descubierto. «O se está liando con esa mindundi o simplemente están cotilleando. Este despacho se ha convertido en un genuino mentidero», pensé durante el escaso trayecto a mi cubículo.

Escuché las campanadas de las nueve en el mismo momento en que colgaba mi chaqueta. A pesar de los incidentes infantiles y del colapso del tránsito matutino, había llegado puntual.

Le recordé a Alfonso que preparase la sala de reuniones para la cita con Gonzalo Sedano y que revisase el borrador de un documento, el protocolo familiar de una empresa promotora. No era abogado, pero era listo.

Elegirlo a él había sido una decisión muy cuestionada por el despacho. Un hombre como asistente personal les parecía chocante. Sí, en pleno siglo XXI. Yo veía a un estudiante de Empresariales criado en Suiza que hablaba a la perfección inglés, francés y español y chapurreaba el alemán. Tenía tanto interés en el puesto como yo en que él fuese una persona espabilada. Solo tuve que corregir un exceso de celo, cierto servilismo que me ponía muy nerviosa cuando trataba de llevarme el maletín o cuando me trataba de usted en presencia de extraños. Remilgos que aprendió haciendo no sé qué prácticas en no sé qué empresa de moda.

Alfonso asumía con precisión cualquier tarea, redactaba correctamente, pillaba al vuelo cualquier guiño para librarme de una reunión que se alargaba. Incluso se me pasó por la cabeza delegarle la lectura y la respuesta del tedioso correo electrónico, pero a veces las personas son muy imprudentes cuando hablan de ciertos negocios por escrito.

Casi había terminado de revisar mis notas sobre el asunto de Sedano, cuando escuché que Alfonso saludaba al cliente y le abría la puerta de la sala de reuniones. Me levanté como un muelle. Puntualidad y respeto, palabras sinónimas. Como un muelle con una pesada bolsa de agua colgando en la mitad superior. Agilidad y embarazo, palabras antónimas.

—¡Gonzalo, buenos días! —dije refugiando mi vergüenza en una mirada directa y una sonrisa segura. Tal vez centrándonos en el asunto, él olvidaría esa burda primera imagen que le había causado en el cementerio.

—¿Cómo estás? —respondió risueño. Y dirigiendo la mirada hacia

mi barriga, continuó—: ¿Todo bien? Admiro mucho a las madres, creo que su labor nunca es suficientemente valorada.

Solía sentirme mal con ese tipo de comentarios. Estaba allí como abogada, no como madre ni como mujer ni como amiga de mis clientes. No obstante, su entonación, su forma de mirar dulce y sincera, su sonrisa relajada y un ladeo suave y natural de su cabeza me tranquilizaron y agradecí su consideración, antes de ponernos a la tarea.

El encanto de Sedano fue *in crescendo*. Empezó a contarme su proyecto con una humildad que no me esperaba. Hablaba como un hombre de campo, arraigado a las tierras y a los valores de su padre, un agricultor pionero que había buscado la forma de aprovechar los restos de la poda y de la limpieza de los montes para generar energía con plantas de biomasa. La incorporación de Gonzalo, con su formación en ingeniería forestal, había permitido la diversificación: compostaje y actividades de consultoría para el medioambiente. Sus ojos chisporroteaban asomados al escaso hueco que dejaban sus párpados, elevados por una grata sonrisa.

—El reto que tengo por delante se escapa un poco de nuestro espacio natural de trabajo, aunque sea un desafío interesante —dijo, rompiendo de repente el ritmo y el encanto—. Supongo que Adán te habrá explicado algo. Vamos a empezar una planta de compostaje en Centroamérica y tengo que constituir una sociedad en las Islas Vírgenes. Creo que tenéis allí un despacho con el que podemos crear la estructura adecuada.

El tono de Sedano pasó a ser quebradizo, inseguro, frágil, como si la información que me contaba pendiese de un hilo demasiado fino. También mi escucha se tronchó un poco. «¿Por qué las Islas Vírgenes si Panamá ya es un país fiscalmente ventajoso?». O se me escapaba algún detalle o aquello no tenía ningún sentido.

—Adán me ha comentado que queríais rediseñar el grupo de empresas para optimizarlas fiscalmente, supongo que te refieres a eso. Pero nosotros no tenemos… —interrumpí mi aclaración, llevada por una intuición.

Una pequeña luz intermitente empezó a señalizar la prudencia como aparcamiento oportuno para mis palabras. Necesitaba contrastar toda esa información antes de profundizar sobre nuestra forma de actuar.

El bebé se removía dentro de mi cuerpo y coloqué la mano sobre mi barriga en un instintivo impulso de protección. O tal vez llevada por la necesidad de palpar su inocencia. Me sentía culpable. Probablemente, Adán me había contado más detalles y yo no los había

anotado. No era capaz de recordarlo.

Me sucedía a veces. Desconectaba de las reuniones largas y aburridas. Desconectaba, sobre todo, de las personas que no me gustaban. Me agarraba con fuerza a la primera liana que pillase en la selva de mis *tengoqués* y viajaba de acá para allá. De la lista de la compra al disfraz de la actuación («dónde encontraré felpa verde»). Y salto directo a «no cerré esa operación (por qué no me hacen caso y creamos un *holding*)». Y la otra mano agarraba el «no le he dicho a Fede que bloquee la tarde del 5 de junio». Y, tras unos cuantos paseos, asomaba brevemente la nariz entre ramas y lianas para ver qué se decía en aquellos espacios de acero. Dos frases, pillaba lo suficiente y mano derecha a la liana de «cuándo vence aquel plazo». Y mano izquierda a «tengo que vaciar el altillo».

Esquivé la mirada de Gonzalo y busqué con avidez entre mis notas mientras mi estómago se convertía en el tronco tortuoso de un carballo centenario y se clavaba en todos mis órganos. El niño batallaba cada vez más con su placenta, mostrándose más presente y más vivo, más inmaculado. Me producía una extraña sensación de desdoblamiento. Tiamat, madre o abogada. Me entró un calor repentino. El sudor y la autocensura empezaban a carcomerme el cuero cabelludo.

Como un oportuno ángel de la guarda, Alfonso llamó discretamente y abrió la puerta de la sala.

—Disculpad que os interrumpa. Tienes una llamada de Elisa, dice que es muy urgente.

Capítulo VII
A través del espejo

Todos contribuirán al sostenimiento de los gastos públicos de acuerdo con su capacidad económica mediante un sistema tributario justo, inspirado en los principios de igualdad y progresividad, que en ningún caso tendrá alcance confiscatorio.

Artículo 31 de la Constitución española

Las urgencias de Elisa empezaban a parecerse a las de mi hermana Tuna, que interrumpió la boda de Chena porque faltaba una de las monedas de arras y hasta que no apareció la decimotercera pieza bajo el reclinatorio de la novia no dejó que continuase la ceremonia.

—¿Dónde desayunamos mañana? —preguntó Elisa—. Tengo que salir ahora. Voy a la aldea para enseñar la casa de mis padres a una parejita y no volveré hasta tarde.

—Recógeme y decidimos sobre la marcha, ¿te parece?

—¡Claro! Y da recuerdos a Gonzalo de mi parte.

Ser la mujer del socio principal le otorgaba, desde luego, cierto visado especial, pero empezaba a traspasar las fronteras sin detenerse en aduanas. Aunque, todo hay que decirlo, en esa ocasión me había venido al pelo su atraco a la reunión.

Transmití a Sedano el saludo de Elisa y le pedí disculpas. Él respondió elevando cejas y párpados en sendas curvas simétricas y dibujó una sonrisa de perplejidad. Y entonces caí yo también. O mi asistente había sido indiscreto —cosa que dudaba— o mi amiga había desarrollado un curioso don adivinatorio.

Sedano retomó la conversación en el punto donde la habíamos dejado: una empresa intermediaria panameña con intereses en las Islas Vírgenes.

—Adán me comentó que trabajáis mucho allí. Y, por lo visto, tú eres especialista en paraísos fiscales.

Se me erizó el vello de todo el cuerpo. Afilé las uñas de pies y manos. Tensé las articulaciones y arqueé cada vértebra, sin retirar mis ojos de los suyos. Su afirmación era un ataque ético y tenía que dejarle claro mi papel y el del despacho en este tipo de asuntos.

—No exactamente. *Paraíso fiscal* es una expresión… —titubeé. Iba a decir *vulgar*, pero no quería ofenderle—. Es una expresión popular que puede llevar a confusiones. Nunca la utilizamos —aclaré, absorbiendo el bufido.

Omití que si Adán lo había explicado en esos términos, había cometido una infracción grave para la cultura corporativa de W&R. Nuestra firma trabajaba siempre dentro de la legalidad. Algo que no quedaba necesariamente garantizado en los mal llamados paraísos fiscales. Nosotros jamás traspasábamos la línea roja. Siempre capital limpio. Nada que esconder.

—Perdón, no sé muy bien cómo funciona esto —suavizó Sedano con amabilidad.

—Nuestro trabajo consiste en obtener la rentabilidad de tus inversiones con seguridad jurídica. Nada más —expliqué—. Asesoramos negocios legales, elegimos el país que más te conviene, creamos la sociedad *offshore* y contactamos con el despacho local que ofrece los servicios de *trust* para mantener la titularidad de los beneficios más o menos visible a las autoridades tributarias. Nunca nunca nada relacionado con evasión ni con origen ilegal del dinero.

—Yo…, eh…, la empresa… —ahogó su interrupción.

—Watson tiene centros financieros en varios lugares del mundo —continué—. Son oficinas de optimización fiscal. Un equipo internacional al que pertenezco se encarga de conocer a fondo la información tributaria de cada territorio y hacer que las transacciones sean seguras y legales. Por supuesto, países como las Islas Vírgenes Británicas, Bermudas, Jamaica, Bahamas, Antillas…, pero también en Europa: Liechtenstein, Suiza, Andorra, Irlanda. El propio Reino Unido ofrece ventajas fiscales.

—Entendía que tu equipo y tú… Bueno, Adán me dijo que Máximo Jamardo trabajó en un despacho de Watson en las Islas Vírgenes.

Me quedé estupefacta. En teoría, Maxi hizo las prácticas en uno de los despachos de Watson en el Reino Unido antes de que me lo encasquetasen a mí como becario. De hecho, habíamos compartido un par de veces, en sendos cafés sin pretensiones, alguna anécdota trivial sobre la vida en Londres. ¡Maxi en los British Overseas, no en la capital británica! ¿Por qué no me lo había dicho? Tampoco es que yo me prodigase conociendo la vida de mis compañeros, y menos aún de los más jóvenes. Pero ese dato sí era relevante.

Alojadas en las cuencas de mis ojos, las ideas se movían con el efecto centrífugo de su propia aceleración y presionaban mi cabeza con una molestia sorda, opresiva, abrumadora. Suposiciones, recelos, creencias y preguntas cruzadas. Por qué nadie me había dicho que

Maxi había trabajado en las Islas Vírgenes. Por qué esa urgencia por deshacernos de él, cuando podría perfectamente ocuparse de esta empresa. ¿Solo por si se enteraba del nuevo proyecto de Joaquín? Cada uno es libre de hacer negocios con quien quiera.

No obstante, lo que más me perturbaba era comprender por qué un hombre aparentemente tan coherente con sus valores…

No pude contenerme más y me explayé:

—Gonzalo, me acabas de contar tu proyecto y he creído ver a una gran persona al frente de una empresa de nobles aspiraciones. —No solía plantear esto a mis clientes, pero Sedano no era como Joaquín; de hecho, no se parecía a ninguno de los clientes que había conocido hasta el momento—. ¿Eres consciente de lo que significa crear otra sociedad en un centro financiero internacional? Quiero decir: tu empresa ya va a estar en un país con un sistema fiscalmente beneficioso. Crear una estructura opaca…

—Considero que ha habido un malentendido —cortó en seco con un tono duro, difícil de asimilar—. No pretendo evadir impuestos. Es nuestra intermediaria, Panama Green Projects, quien exige recibir sus ingresos en Road Town, Islas Vírgenes. A mí no se me habría ocurrido tal cosa.

Una atmósfera espesa invadía la sala. Se acababa de levantar un muro entre Gonzalo y yo.

—Tampoco voy a negarte —prosiguió— que esta planta va a suponer una inversión de más de 15 millones de dólares. He analizado el negocio y, aunque el riesgo es asumible porque deja un buen margen de beneficio, es mucho más interesante con esa estructura intermedia. Por supuesto, es ahí donde me tienes que asesorar.

—Ajá —afirmé, azorada.

—La gestión de Panama Green Projects permite escalar el negocio en otros países del entorno. Y eso tiene un impacto increíblemente beneficioso para el medioambiente.

—Comprendo. Y al fin y al cabo, un mejor rendimiento de la inversión no significa evadir impuestos. ¿Te refieres a eso?

—Tendremos la oportunidad de abrir no una sino varias plantas. ¿Has visitado alguno de esos lugares? —preguntó sin dejarme responder—. Si pudiésemos contribuir a preservarlos…

Cedí la palabra al silencio, ofreciendo a Sedano la oportunidad de seguir justificándose. Me dolía la espalda, me escocía la cabeza y se me estaba haciendo demasiado larga la reunión.

Quince o veinte inacabables segundos y continuó:

—Yo ya no aspiro a ganar más, acabo de cumplir sesenta años y he ahorrado lo suficiente para retirarme. Ni siquiera tengo hijos que

puedan heredar la empresa.

Su vehemencia parecía sincera. Me disculpé oprimiendo mis labios en un gesto de perdón. Con la coherencia de su disertación, con aquel noble propósito, Gonzalo había envuelto mis muñecas en un par de grilletes invisibles.

—Con este tipo de instalaciones conseguimos convertir la materia orgánica en vida. Más del 40 % de lo que se amontona en vertederos o se quema en incineradoras puede utilizarse para abono.

—Me has desarmado, lo reconozco. Entiendo tu propósito —respondí, templada por la fuerza y la sinceridad de su mirada. Él prosiguió:

—No es únicamente el aprovechamiento de residuos, es también la reducción de fertilizantes químicos. ¿Sabes las consecuencias que tiene ese tipo de abonos? Contaminación de acuíferos, lluvia ácida… Tu salud y la salud de tus hijos también están en juego.

Enfatizó esta última idea bajando la voz.

Y en esa frase final, en ese meter a mis hijos en el discurso, en ese descenso de tono, en esa última arteria dialéctica más propia de la oratoria política que de un sencillo hombre de campo, la cagó.

«No hay uno bueno». Sonreí de la forma más amable que fui capaz.

Me sentía mal. Joaquín, Gonzalo y la veintena de clientes con los que trataba a diario paseaban por las calles como hidalgos, pero en mi despacho se sacaban la chistera y se calaban sus cascos de vikingo sin el menor pudor.

Me sentía, sobre todo, decepcionada. Como quien recibe un plantón en una cita romántica. Acababa de enamorarme del sombrero de un ilusionista. Lo subiría al tercer asiento del autobús. O al primero, por impostor.

Me sentía frustrada. Engatusada con un asunto prometedor que en el último minuto había resultado ser la misma elusión fiscal de siempre. ¿Por quién me tomaban? Mi trabajo era estricto, serio, preciso, riguroso.

No defraudaba la ley, pero empezaba a defraudarme a mí misma. Tal vez aquella mujer sombra del cementerio tenía razón. Yo no pertenecía a ese mundo.

«¿Y qué más da? Al fin y al cabo, yo soy una mera empleada jugándome mi puesto y mi ascenso a socia. Así es este ecosistema; mi trabajo consiste en preservarlo».

Me despedí con un susurro prisionero:

—Haré lo posible para que tu empresa esté a la altura de tus intereses.

Dejé que mi asistente lo acompañase hasta la puerta. No fue un

gesto de descortesía. Necesitaba perentoriamente escaparme al baño. Un par de urgencias físicas: orinar y rascarme. Constaté con ello dos verdades inopinables. La primera, más obvia, que el café genera incontinencia de urgencia. La segunda, recién descubierta, que meter la pata produce urticaria. Me picaba la cabeza con una comezón obstinada. Me rasqué compulsivamente en cuanto salí del váter. La fricción desesperada me dejó el pelo como si me lo hubiese cardado. Me miré en el espejo con espanto.

«¡Vaya, no me queda tan mal!», pensé, observando que aquel pelo revuelto me daba un toque más actual.

«Y al fin y al cabo, soy buena en esto. No defraudamos la ley, solo la utilizamos a nuestro favor».

Dejé que mis cavilaciones se esfumaran mientras deglutía un sándwich vegetal del *catering* estrenando la nueva sala de descanso. Un espacio montado con el fin de obtener un buen posicionamiento en el listado de empresas excelentes para trabajar. Vistoso. Incómodo. Observé el continente y el contenido. Muy coherente: chicas y chicos monos y bien vestidos. Algunos apoyados elegantemente en taburetes altos. Otros, en sillones de diseño. Todos absortos en la lectura de mensajes. No es que me cayesen mal. Buenas personas, rehenes de su carrera. Como yo.

Llamé a mi madre antes de que nadie ni nada pudiese interrumpirme.

—¡Por fin, cariño! ¿Cómo estás? Andas con mucho lío, ¿verdad? Eres una mujer brillante, Olvido, y conseguirás hacer frente a todo lo que te propongas.

—Mamá, ¿me estás consolando antes de que me queje? —susurré—. Perdona que no te haya devuelto la llamada. He estado muy liada con clientes.

—No aclare, que *oscurese* —dijo imitando el acento argentino del ilusionista René Lavand. Desde que lo había visto en un espectáculo hacía años, utilizaba esa expresión cuando mis hermanas y yo poníamos alguna excusa—. Estaba preocupada por ti. Alicia me contó que estabas enferma, que tenías que estar aislada y por eso no podías estar con ellos nunca. Pero Federico me ha aclarado que solo habías cenado fuera.

—¡De dónde ha sacado Alicia esa fantasía!

—Habla con ella.

—He desayunado con ella y la he llevado al cole, mamá —le conté con una ligera sensación de alivio que no compensaba la pesadez de mi culpa—. ¿Qué tal estáis vosotros?

Tras dos minutos breves de actualización, cogí la carpeta de mi

siguiente reunión.

Alfonso ya había servido un café a la familia Saldaña cuando entré en la sala de reuniones.

—¿No viene Maxi?

—Se ha disculpado. No puede acompañaros porque tiene dentista.

«A lo mejor Adán no está tan desencaminado y este chico es un patán. Tendrá que aprender a priorizar». Retuve la nube de pensamientos entre mis mechones cardados y sonreí.

—Mejor así, sin adjuntos —expresó sin pudor el patriarca, tendiéndome la mano—. Estamos más a gusto contigo. Los coristas para los artistas —resolvió como cierre del saludo.

Manuel Saldaña padre, un hombre enjuto y confianzudo, era cliente del despacho desde hacía años.

En W&R teníamos tres tipos de clientes: normales, pijos y *gilipijos*. Los primeros acudían al despacho porque necesitaban la perspectiva multidisciplinar y la expansión geográfica de un despacho internacional. En ese perfil había cinco o seis grupos empresariales y, probablemente, Gonzalo Sedano. Luego estaban los pijos, que elegían el despacho por la garantía que les ofrecía la marca, aunque no supiesen exactamente de qué material estaba fabricada. Los *gilipijos* solo eran fieles a las tendencias. En muchos casos, jóvenes empresarios de segunda o tercera generación, que acudían allí porque estaba de moda, pero cambiarían en el momento en que apareciese alguno más exclusivo, más inaccesible. Como quien va a su club a servirse un Macallan hasta que alguien llega con un Hibiki en las manos y le dice que es la marca preferida de Francis Ford Coppola; entonces se convierten en entusiastas de los güisquis nipones y acompañan sus veladas con Yamazaki tras instruirse en algún blog de internet y realizar una degustación secreta en las catacumbas de su hogar, para dárselas de expertos.

Esta familia pertenecía al escaso grupo de los normales. La mujer, generosa de carácter y de cuerpo, claramente se había vestido y peinado para la ocasión. Ambos, personas humildes, bien enraizadas. Y con un caudal nada desdeñable. Las hijas, dos chicas jóvenes con pinta de haber resuelto su vida por méritos propios. El galante y simpático sucesor de la empresa, Manuel, un joven listo de sonrisa bondadosa.

—¡Madre mía! La última vez que te vi empezabas la carrera.

Manuel se sonrojó algo incómodo con su camisa y su jersey de pico.

No pude evitar la comparación con Sedano. Qué diferentes reuniones y qué disparidad de empresarios. Esta familia se dedicaba a la construcción y promoción inmobiliaria con un fin meramente

pecuniario. Su negocio carecía de una visión inspiradora, pero era un clan con valores.

Cerrar los términos del acuerdo familiar para la sucesión resultó tan fácil como una tertulia de sobremesa. Manuel Saldaña hijo asumía su nueva función como director general. Sus hermanas lo apoyaban y agradecían una discreta y poco exigente participación en el consejo.

Todos se despidieron cariñosamente, animándome a rematar la jornada y volver a casa. Empatía y sinceridad en las venas.

—En ocasiones veo buenos —suspiré mi agradecimiento.

Me deslicé de mi despacho sin hacer ruido. Escapé con la complicidad de Alfonso y sin despedirme. Llegaría a tiempo de baños y cuentos.

***

Mientras ayudaba a Alicia a ponerse el pijama, Lucas se restregaba la nuca con los dedos. Sueño. Se frotaba con tanta ansia que nos contagió un poco.

—¿Vas a querer más a Gustavo, mamá? —soltó de pronto la niña, acariciando mi barriga.

—¡No! Os quiero igual a todos.

—A Lucas lo quieres más.

—Háblame de eso. ¿Por qué lo dices?

—A él lo llamas *mi amor* y a mí me llamas *cariño*. *Amor* es más que *cariño*.

Con aquella declaración sincera estaba resolviendo su reacción de enfado cuando la felicité por recoger el desayuno. «Muy bien, cariño» era menos que «Muy bien, mi amor».

Lección mil y pico más uno: vigilar los apelativos.

Cuando ya me estaba durmiendo haciendo un esfuerzo ingente por no rascarme, me asaltó un pensamiento revelador. Me entró una tiritona.

Capítulo VIII
En el país de las liendres

Constituye discriminación directa por razón de sexo todo trato desfavorable a las mujeres relacionado con el embarazo o la maternidad.

Artículo 8 de la Ley para la Igualdad Efectiva de Mujeres y Hombres

—¿Piojos? Eso te pasa por llevarla a un colegio progre, Olvido. Ahí hay familias muy modernas y muy jipis, de las que no usan champú para preservar la grasa natural del cabello —soltó Elisa entre carcajadas cuando le conté mi sospecha durante nuestro desayuno.

No supe con seguridad si hablaba en serio y en mi cabeza empecé a rebatírselo. Esperé a que la máquina del café dejase de hacer el estridente ruido del vapor calentando la leche. La música de fondo, agradable, estaba un poco alta. Todo aquel ruido me regaló el paréntesis que necesitaba para no enfadarme. Varias personas solitarias apuraban sus tazas echando un último vistazo al periódico.

—¡Por cierto! Me ha dicho Joaquín que el embarazo de Laura ha sido gracias a ti. ¿Has ampliado los servicios de la fundación?

Dos mesas más allá, un grupo de jóvenes estalló en carcajadas. Se comportaban como quien llega de una juerga de la noche anterior, pero tenían la pinta fresca y aseada de una vida ordenada. Posiblemente, alumnos de nuestra propia escuela de negocios, que ocupa la planta alta del edificio.

—Ya me ha contado un pajarito que en septiembre te incorporas a la élite. ¡Al fin! Esta vez no te ha frenado la barriga —desvió Elisa la conversación sutilmente.

—¿En serio? ¿Crees que por fin me toca? —Fingí no saberlo.

—Mi pajarito dice que ha costado, porque siguen sin ver clara tu disponibilidad, pero los números te acompañan.

A ella le gustaba recordarme con quién estaba casada, y él aprovechaba para mandarme mensajes de «soy tu héroe y salvador». Pero yo sabía que no le debía nada. Más bien me debía él a mí. Si nuestro despacho encabezaba el ranquin de W&R era en buena medida

por mi capacidad para crear estructuras fiscalmente ventajosas.

—Volviendo a Joaquín, no me habías dicho…

—Alicia está tan mona... —interrumpió de nuevo Elisa, sin dejar que mi curiosidad revolotease sobre su fundación.

—Es muy rica —respondí aceptando el desvío—, pero se inventa cada cosa… El otro día le dijo a mi madre que yo no podía estar con ellos porque me encontraba aislada con un tratamiento.

—Estás muy poco con ellos. Y ahora que vas a tener a Gustavo deberías replantearte tu vida.

Sé que solo quería ayudar, pero me hería cada vez que disparaba una bala así. Ideas inoculadas por Adán. Inyectadas gota a gota para conseguir que Elisa se dedicase en cuerpo y alma a él y a sus intereses.

—¿Sabes?, tengo que irme ya al despacho. Me queda poco y quiero dejar rematadas varias cosas para poder parir tranquila.

Me picaba nuevamente la cabeza, pero evité rascarme, por pudor. Y porque Elisa no volviese a meterse conmigo.

—Solo vas a tener un hijo, no vas a desaparecer en un agujero negro. ¡Otro hijo! —dijo tocándome la barriga con una sonrisa cómplice. El primer gesto afectuoso que me hacía en las últimas semanas—. Además, todos sabemos cómo eres: trabajarás en el paritorio.

Otro balazo. Me incorporé para no seguir postergando el final de nuestro encuentro semanal y, ¡pumba!, mi barriga tropezó con la mesa y tiré un pequeño resto de zumo que formó una gran mancha de naranja en el suelo. Empecé a coger compulsivamente servilletas del dispensador y a empaparlas con el líquido pegajoso. El camarero desenfundaba su bayeta. Me sentía violenta. No me gustaba manchar. No soportaba llamar la atención. Aquel desayuno se me había atragantado.

Mi amiga me miraba muerta de risa. Le di un beso en la mejilla y salí.

De pronto, Elisa había descendido un escalón en el podio de mi admiración. Mucha fundación, pero dedicaba la mitad de su tiempo a redecorar su casa cada nueva temporada, a organizar galas benéficas y a otras tonterías. A veces me preguntaba si realmente había tenido dificultades para quedarse embarazada o si, simplemente, él no había deseado que se desmoronase su cuerpo perfecto.

Me incomodaban sus reproches. Llevaba un tiempo muy rara. Yo comprendía que la muerte de sus padres la tuviese ocupada o triste, pero también estaba distante. Y aunque siempre había sido algo crítica conmigo, su repentina obsesión por mi tiempo con los niños me hacía daño.

***

Coincidí con Miguel en la entrada del bufete. El edificio que ocupaba W&R era una espléndida muestra de la arquitectura modernista. Un portalón de madera lacada en blanco casi doblaba en altura a quienes lo cruzaban. Miguel hizo el gesto de dejarme pasar y de descubrirse un sombrero invisible. Él sí que era un hombre noble. Traté de responderle con una reverencia. Imposible describir el resultado. Rehusé su propuesta de café porque quería centrarme de una vez en el trabajo pendiente. Subimos juntos las escaleras hasta la segunda planta y le puse al día de mi estado. La prudencia (y el resuello, por qué negarlo) contuvieron mi deseo de contarle lo de Sedano y, sobre todo, el bombazo de Maxi. Aunque tal vez lo supiese ya. Si era así, si él también sabía lo de Maxi en las Islas Vírgenes, ¿por qué no me había dicho nada?

Traté de deshacerme del desasosiego para poder organizarme. Preparé con Alfonso una lista de tareas y, antes de dejarme engullir por ellas, llamé a Amelia para preguntar cómo había ido la exploración. Me quedé helada: los dos niños plagados de liendres y piojos. ¡No me lo podía creer! Siempre había pensado, al igual que Elisa, que eso era cosa de quinquis y otras especies desaseadas.

—Amelia, usted les está lavando la cabeza a diario, ¿verdad? —Ella se rio, dando por hecho que yo estaba de guasa. Pero no, yo no bromeaba.

Llamé al colegio y pregunté si había algún niño más con ese problema.

—Debéis dejarla en casa hasta que hayáis conseguido eliminar todas las liendres. Al menos, un par de días.

—Pero eso no responde a mi pregunta. ¿Hay algún niño con piojos? Entiéndame, estamos pagando por una buena educación y no me parece muy lógico que este colegio consienta la falta de higiene.

—Habrá más de uno. Los piojos se contagian con o sin higiene —respondía a mi comentario con cierto desprecio—. Te enviaremos ahora un protocolo y las recomendaciones de la escuela, pero te aseguro que lo mejor es que le quitéis los piojos de forma mecánica.

—¡¿Cómo?! —repliqué imaginándome algún invento fantástico.

—Le separas el pelo en cuartos y vas pasando la lendrera poco a poco; mechones muy finos. Lleva tiempo, pero es lo más efectivo.

—¿Lendrera? —pregunté.

—Es un peine especial que arrastra los piojos y los huevos. La gente suele aplastarlos entre las uñas para evitar que se adhieran a otra superficie. —Cuanto más entraba en detalles, más asco me daba. Aquella conversación era tan surrealista que solté una carcajada de

lucidez.

—Es una pesadilla —reflexioné en un volumen superior al esperado.

Estaba segura de que en ese momento tantearía a mi alrededor con las manos y estaría en la cama. La directora me devolvió unos balbuceos al escucharme. (Al menos no vio mis gestos de tanteo). Agaché el testuz y colgué, con mis sentidos algo nublados. Desconfiaba aún de la taimada maña seductora de los sueños.

No era una fantasía onírica: en mi casa había piojos.

¿Cómo podía estar pasándome eso a mí? Me rasqué la cabeza y salí disparada hacia el baño. Con la distancia que se formaba entre mi barriga y la ancha encimera de madera que cobijaba los lavabos, no conseguía ver nada más que la irritación del rascado.

No hacía calor, pero, de vuelta en mi despacho, abrí la puerta del balcón para intentar enfriar mi cabeza en todos los sentidos y concentrarme en el proyecto de Sedano. Me senté de espaldas a la mesa con las manos sobre mi regazo. Mis ojos holgando fuera, en la calle; mi mirada ocupada dentro, en mis neuronas. En la manzana de enfrente, el baile de una muchedumbre de palomas sobre el tejado de un edificio abandonado me hipnotizaba. Palomas okupas.

¡Paf! Me abofeteó de repente la voz de mi jefe.

—¿Le has dicho a Gonzalo que no tienes claro su proyecto?

—Empiezas mal, Adán. *Buenos días* sería un saludo más apropiado. También podrías preguntarme si estoy disponible.

—Sí, salta a la vista de todos lo ocupada que estás —dijo elevando el tono para que toda la plantilla se girase hacia mí. Alfonso se acercó discretamente a cerrar la puerta de mi despacho. Me puse de pie, impulsada por la indignación, y me dirigí hacia él, enfatizando un gesto de desprecio.

—No sé qué te pasa con este asunto, Adán.

—¿Con el asunto de los piojos de tus hijos? —Delató su espionaje.

—Adán, solo le he brindado a Sedano fórmulas alternativas. —Eludí su ataque—. Establecer otra empresa en las Islas Vírgenes supone un riesgo innecesario para él. Además, no me ha parecido su estilo.

Estaba a punto de continuar con mi justificación, cuando la intuición le pegó un mordisco a mi lengua.

—Estás fuera, Olvido. Déjalo —soltó abriendo la puerta con rudeza.

Desde el pasillo me gritó:

—¡Yo mismo me haré cargo! ¡Tú estás demasiado entretenida con… —señaló mi embarazo barriendo el aire con la mano en un gesto de desprecio— tus líos!

Vaya escenita tan poco propia del despacho y tan alejada de sus maneras aduladoras y pedantes. Frente a mí, en el espacio común, todos levantaban la cabeza y me observaban. Sonreí y volví a mi mesa con la dignidad gelatinosa.

Me sentía incapaz de pensar.

«¿El tal Gonzalo Sedano me va a frenar el ascenso? Al final no me equivocaba en el entierro: es un cretino. Adán no puede hacerme esto. Voy a ser socia porque me lo he ganado. Sería discriminación y lo saben. Me lo deben».

Y en plena rumiación marqué la extensión de Miguel para reclamar el café que me había ofrecido y vomitarle todo, mis ánimos y mis suspicacias. Llamada en vano. Él estaba en la Audiencia.

«No se puede tener un confidente en laboral, se pasan todo el puñetero día en los juzgados». Sentí una fuerte contracción, pero aún era pronto. Conocía de sobra esas falsas alarmas de Braxton Hicks que ya me habían dado la lata en los embarazos anteriores. Me rasqué la cabeza con desesperación. «Dichoso estrés».

No pude comer. Ni siquiera me acerqué al espacio de descanso. Revisé los demás asuntos programados para esa jornada, resolví como pude, columpiándome entre las lianas del cansancio y las de la ansiedad, y me fui temprano (otra vez). Estaba deseando lavarme el pelo.

Bajé al aparcamiento y, después de buscar el coche durante un rato, recordé que me había llevado Elisa. El desayuno con mi amiga se había quedado tan lejano en mi jornada, que lo había olvidado.

Elisa lo tenía tan claro, el nido de chismosos lo tenía tan claro, yo lo tenía tan claro, y él…

Adán había sido tan… tan agresivo.

Las calles del centro se parecían a esas pasarelas móviles del aeropuerto. Todo el mundo caminaba rápido, más rápido de lo natural. Todas las personas cargando con maletines y con problemas, adelantándose sin mirarse. Transitando sin prestar atención nada más que a su ritmo frenético.

El sentimiento de culpa me arañaba el estómago, incapaz de seguir aquel compás. Giré la cabeza hacia mi balcón; la luz apagada delataba mi escaqueo. Eran ya las ocho de la tarde para muchas familias. Eran aún las ocho de la tarde para nuestro despacho. Ese galardonado «mejor lugar para trabajar» que nos exigía calentar el asiento hasta las mil. Y yo me la estaba jugando.

***

Entré con ganas de espatarrarme en un sillón, pero era la casa la

que estaba espatarrada. Sillas sobre la mesa con las patas para arriba. El sofá desmantelado, con los cojines metidos en bolsas de basura. Un hedor ácido y afilado me atravesó desde la nariz hasta la nuca. Los niños veían la tele, sentados en el suelo, ajenos a la guerra en pleno campo de batalla.

—¿Amelia? —llamé. Para mí, el desorden era una forma de agresión.

—¡Mamiiiiiiii! —Salieron como flechas y se me abrazaron a las piernas. Coloqué el bolso y la americana sobre una de aquellas sillas invertidas y me dispuse a sentarme con ellos en el suelo. Amelia entró en el salón dándome el parte.

—Lucas ya está limpio y ahora vamos con Alicia.

—Yo lo haré, Amelia; mientras, usted vuelva a poner todo esto en orden.

—¡Qué va! Si quiere, voy haciendo la cena. Ahora, los cojines deben seguir así un par de días. Es lo que me han dicho en el colegio. Me parece una tontería —confesó—. Pero ellos sabrán más, que por algo están en el colegio.

—¿Qué le ha echado a Lucas? ¡Huele fatal! ¿Es lo que le dieron en la farmacia?

—Es vinagre. Esos químicos no se pueden echar a niños tan pequeños, y mi madre lo usó toda la vida. Seguro que la suya también.

Cogí a Alicia de la mano y me la llevé al baño, dispuesta a hacerlo a mi manera. Me pareció un poco ofensiva esa insinuación de que nosotras hubiésemos tenido piojos. No recordaba yo tal cosa. Espalda erguida, barbilla alta, recuperando la entereza.

Fui a buscar una banqueta de la cocina y la coloqué delante del espejo para poner a la niña a mi altura y no tener que doblarme sobre la bañera. Sujeté dos mechones de la coronilla con una pinza grande y, cuando empezaba a levantar la segunda hilera, lo vi. Me miraba fijamente a los ojos, con sus asquerosas patas apoyadas en las pistoleras. Desafiante. El tiempo detenido. Río Bravo. Olía a duelo. Me sentí John Wayne y disparé sin avisar. Él, más rápido, trepaba por la cabecita de Alicia, desapareciendo entre los mechones recogidos. «¡Qué ascooooo!». Llamé a Amelia, impresionada con la idea de que aquellos forajidos pudiesen estar invadiendo también mi cabeza. Ella acudió rápida, resuelta, a carcajadas. Me fastidió su actitud de recochineo.

—Si no es tan grave. Mire. Estas son las liendres. Aquí, en la nuca y en las sienes —dijo, señalando unos puntitos casi transparentes pegados al pelo—. Son los hijos, los huevos,; pero si hay hijos es que hay un padre piojo y una madre piojo en algún otro lado de la cabeza.

—Sí, al padre creo que lo he conocido.

—Por qué no me hace caso y la envolvemos a usted también en vinagre. Así se ablandan un poco y es más fácil.

—¡Vale! —afirmé, rindiéndome ante la evidencia de mi inutilidad.

—Usted también tiene —dijo mirándome fijamente a las patillas.

—¿En serio? ¿Y se ven? ¿Llevo todo el día enseñando mis piojos?

—¡No se preocupe, parece caspa!

Estaba a punto de desmayarme. ¡Caspa, parecía caspa! Antes de huir hacia la ducha, saqué toda la ropa de cama y la llevé a la cocina, rogándole a Amelia que se quedase un rato a ayudarme después. Ella me tendió una lendrera húmeda y asintió, transigiendo.

—Use esto. Acabo de hervirla. Y póngase antes suavizante para no quedarse calva con los tirones.

Siguiendo sus instrucciones, preparé un baño y me empeñé en la limpieza. Aunque lo cierto fue que solo conseguí sacar un par de piojos y una docena de aquellos asquerosos huevos de parásito mafioso. Como no sabía si mi cabeza seguía plagada o había acabado con la infestación, me aclaré con más vinagre y me cubrí la cabeza con una toalla. Así me encontró Fede cuando llegó.

—¿Qué pasa en esta casa? ¡Apesta a ensalada tabernera!

Se me había pasado contárselo, así que me entretuve con esa aventura mientras acostábamos a los niños y olvidé por completo el desagradable percance del despacho.

Ya en la cama, las sombras del asunto de Sedano se colaron de nuevo en mi cerebro. A veces la vigilia del sueño nos revela soluciones inesperadas, pero mi desazón por todo lo que estaba sucediendo en el despacho creaba una nebulosa en torno a cada uno de mis pensamientos y me impedía discernir con claridad. Maxi era un chico solícito que cubría su carencia de brillantez con horas y con voluntariedad. Se me hacía ajena a él esa forma de esfumarse. La opacidad de su currículum. La repentina irascibilidad de Adán. Todos los asuntos abiertos danzaban atarantados. Yo no era una persona desconfiada, pero la suspicacia empezaba a poseerme.

Traté inútilmente de calmarme y, antes de que lo hubiese hecho, escuché el llanto de Lucas. Me acosté a su lado y le acaricié la cabecita hasta que se quedó dormido. Me desmoroné de nuevo en la cama, desvelada. Quería alejar de mi cabeza todas las preocupaciones de esos días, pero mis neuronas estaban resultando un atractivo velcro.

Giraba en la cama de un lado para otro. Buscaba acomodo al cuerpo y a las ideas; ambos acababan siempre enredados entre mis piernas doloridas y mi barriga pesada. Apenas pasaba de la media noche, pero cada instante en vela se me hacía eterno. Me ponía de un

lado y me daba de bruces con el despacho. Me ponía del otro lado y topaba con el poco tiempo que dedicaba a los niños. Me colocaba bocarriba y el arco lumbar me recordaba que Elisa no era la misma de antes. Hasta una vez me incorporé para recostarme en un par de cojines, me fijé en Fede, durmiendo ajeno a todo, y me pareció injusto. Encendí la pequeña luz de lectura y desempolvé el libro que había comenzado semanas atrás.

Odiaba ese momento de la noche en el que los problemas se convierten en ochomiles inescalables y el duermevela transforma el tiempo en una lenta y sofocante sucesión de segundos.

Ya no me picaba la cabeza, pero mi almohada desprendía un hedor ácido insoportable. Como mi ánimo.

Capítulo IX
Un plan perfecto

La policía judicial depende de los jueces, de los tribunales y del Ministerio Fiscal en sus funciones de averiguación del delito y descubrimiento y aseguramiento del delincuente, en los términos que la ley establezca.

Artículo 126 de la Constitución española

Una manita suave me acarició la cara. No sé cómo se metió entre nuestras sábanas sin que la sintiese, pero allí estaba Alicia, pegada a mí, intentando arrancarme del sueño. Me giré para abrazarla. Le peiné las cejas y me di cuenta de la presencia de su hermano, que, por lo visto, se había vuelto a dormir pegado a su padre. Me dolía la espalda con esa sufrida normalidad que viene escondida en el paquete de la maternidad.

Me detuve a mirarla rememorando las primeras horas en las que ella, recién nacida, y yo compartíamos la cama. Yo trataba de imaginar en qué se convertiría aquella bolita diminuta y arrugada que se aferraba a mi pecho. Como si leyese mis reflexiones, Alicia se acurrucó más a mí y abrazó mi vientre. Adoraba a mi hija, adoraba su olor y su ternura, adoraba sus caricias. No adoraba sus pataletas. Tampoco me gustaban los piojos. ¿De dónde rayos los había sacado? La abracé un segundo más para recargar las pilas sin perder el control de la hora. Tal como estaban las cosas, no quería llegar tarde.

Necesitaba un café y un analgésico. Preparé los desayunos y me dirigí al dormitorio con todas mis energías volcadas en espabilarlos. Se estaban quedando pasmados en la cama.

—¡Qué te pasa, loca! —me bufó Fede, cubriéndose la cabeza con la sábana.

Fede no tiene horario, pero tampoco suele remolonear tanto.

—¡Que son más de las ocho y seguís ahí! ¡Va a llegar Amelia y vais a tener que correr para llegar al cole! —dije, zarandeando a Alicia con cariño.

—¡Pero si es sábado! —protestaron casi al unísono. Lucas abría y cerraba sus ojazos tratando de conquistar el día.

¿Cómo me podía pasar algo así, con las ganas que tenía de descansar? Definitivamente, debía bajar un poco el estado de alerta en el que parecía encontrarme. Me eché de nuevo en la cama a disfrutar un rato de esas risas intensas. A provocar las cosquillas que me devolvían a la vida en familia. El juego no me duró mucho, porque recordé que teníamos todo por hacer: organizar el nuevo armario de Gustavo, preparar su cuna y concienciar a los dos niños de los cambios que se avecinaban.

—El orden es práctico, aporta tranquilidad —me envalentoné ante la desidia de Fede.

Aunque no llegaba al límite maniático de Elisa, que medía la colocación de los adornos al milímetro, tener las cosas organizadas me parecía un mínimo necesario para el sosiego en casa. Cogí una caja del altillo jugándome la vida en la inestabilidad de una escalerita. Separé los jubones y los pijamitas que precisaban un lavado.

«Hay que subir al trastero a por el cochecito».

«¡Miér... coles! No podemos guardar aún la silla de Lucas. Dos trastos en medio de la entrada».

«¿Y cómo voy a hacer para salir a la calle con los tres?».

Mi cabeza nadaba en un mar de imponderables y las olas estaban salpicándome el juicio, cuando escuché el teléfono.

—¿Quieres que vayamos ya? —se ofreció mi madre al hablarle de mis preparativos.

—No, mamá. Aún faltan más de seis semanas. Es demasiado tiempo para que dejéis eso solo.

—¿Y por qué no os acercáis a comer mañana y así ellos corren por el jardín con su abuelo y tú descansas un poco?

Me apunté a la escapada al instante, atraída por la expectativa de reposo en aquel vergel de mis padres.

Sonó el interfono. «¡La que faltaba!».

Tuna entró en casa como una exhalación.

—¡Te llamo y no me coges nunca!

Abrió la boca y observó el salón desmontado por los piojos. Luego recorrió las habitaciones, desmanteladas por los preparativos.

—Pensaba acercarme por la tarde, pero mamá me ha telefoneado para decirme que se te ha activado el instinto de nido. Creo que es mejor que te ayude ahora mismo.

Como siempre, no dejaba de hablar a la vez que tomaba a los pequeños en brazos sin ninguna sensación de esfuerzo. Quise quejarme y no pude. En el fondo agradecía muchísimo esa forma de presentarse sin avisar que, aunque a veces resultaba inoportuna, casi siempre se convertía en agua de mayo.

El instinto de nido. ¿Cómo no había caído antes? También en los demás embarazos me había puesto hiperactiva con el orden y la limpieza.

—Estoy con mucho lío en el despacho —me excusé sin entrar en los detalles de mis preocupaciones.

—Pues me temo que también te has liado esta vez con la llegada del bebé —respondió mirando el caos del salón.

—¡Ah, no! Eso no es por el niño, es porque… —me acerqué a su oído para revelarle la causa en un susurro— hemos tenido piojos.

Las carcajadas resonaron en el edificio de enfrente. Me recriminó la exageración de la medida y empezó a bromear pegando su cabeza a la de los niños.

—¡Olvido, todos hemos tenido piojos alguna vez!

—Pues en el colegio de Alicia ninguno de sus amigos cercanos los tiene ni los ha tenido nunca. ¡No sabes cómo han reaccionado las demás madres cuando las he avisado!

—O sea que uno de mis sobrinos es un generador automático de parásitos. ¡Qué fenómeno! ¿Cuál de ellos será? —siguió bromeando con la cara arrugada para darles miedo y persiguiéndolos con las manos en forma de garras—. Tus amigas son unas pijas mentirosas. Apuesto a que ellas también están plagadas.

—No hables así delante de Alicia. Lo suelta todo. —Vocalicé la frase sin emitir la voz para que la aludida no escuchase mi advertencia. La niña se acercó a mí observando mi boca y tratando de descubrir cuál era nuestro secreto.

—¡Alicia! ¿Qué te parece si organizamos una merienda con tus amiguitos?

—Sí, pero que no vengan mis enemiguitos, por favor —suplicó ella, celebrando la ocurrencia de mi hermana.

Fede entró en el salón y me miró con cara de póker. No termina de acostumbrarse a la arrolladora forma de ser de mi hermana. Antes de que yo explicase nada, Tuna reveló sus planes.

—Alicia y yo vamos a preparar una merienda, salvo que se os ocurra algo mejor para una tarde lluviosa. Todos los papis y mamis estarán encantados de descansar un par de horas de sus peques, y a mí me divertirá ejercer de tía. Podéis iros a pasear con Lucas, si queréis.

Entró en la cocina, buscó un mandil y convenció a Alicia para que ejerciese de pinche y guía.

—¿Dónde está el chocolate? ¿Dónde guardan tus padres la harina?

En un santiamén tenía una tarta en el horno, una lista de la compra que harían juntas y la colada del bebé tendida.

Tuna desprendía una vitalidad y una fuerza increíbles, no solo

porque se cuidase o hiciese deporte, también porque estaba libre de cargas personales. Ni hijos ni parejas ni oficios estables. Se sustentaba con lo que le surgía y sin compromisos de larga duración. Volaba como un gavilán. Lo vivía todo por decisión propia y de forma consciente.

Fede y yo aceptamos aquel regalo de tiempo y salimos enseguida. Bueno, casi enseguida. Después de ordenar juguetes, cambiar a Lucas, recoger los polvos de colorete incrustados en el suelo del baño, volver a cambiar a Lucas, darle un tentempié y atender otros incidentes variados.

Nada más pisar la calle, el niño se durmió y aprovechamos para acercarnos al casco antiguo a tomar un vino. Me encantaba el ambiente que se creaba en esos rincones auténticos de las ciudades. Algo mágico que emerge de las calles de piedra estrechas y adoquinadas. Aunque chispeaba, apenas nos mojábamos y las terrazas estaban abarrotadas tanto dentro como fuera de los soportales de la plaza.

Pronto se acabó el encanto: demasiadas caras conocidas. Propuse dar la vuelta, pero ya estábamos enganchados a un grupo de conocidos que me preguntaban en bucle por la fecha del alumbramiento, el nombre que habíamos pensado y si era el tercero o el cuarto, porque habían perdido la cuenta.

—La gente no deja de sorprenderme —me desahogué al oído de Fede—. Si con dos pierden la cuenta, ¿qué rayos hacen con sus nóminas? Lo que no me pregunta nadie es si quiero sentarme, que es lo que deseo de todo corazón.

Las personas comenzaban a desdibujarse. Círculos sobre triángulos. Triángulos sobre rectángulos. Y, de repente, Miguel, mi querido compañero, compensando aquel desalmado entorno, haciendo aspavientos con las manos.

—Cada vez es más histriónico este chico —murmuró Fede—. ¿Nadie le dice nada en ese obsoleto despacho vuestro?

Como si lo hubiese escuchado, Miguel le saludó aclarando:

—No te preocupes, allí paso por heterosexual. ¿A que sí? —Buscó mi corroboración.

Su pareja rio el chiste y me felicitó con un enorme abrazo.

—Me muero de envidia. A nosotros nos encantaría tener familia numerosa. De momento, nos conformaremos con uno.

Fijé mis ojos en los suyos y lo reprendí silenciosamente por no haberme informado. Él elevó ligeramente los hombros con una sonrisa intermitente. Una línea discontinua entre el orgullo y la vergüenza.

—Eres…, eres… ¿Por qué no me lo habías dicho?

Volví a notar las dichosas contracciones. Mantuve el tipo y la sonrisa, pero debía de percibirse mucho mi estado físico, porque Fede me apremió para que nos marchásemos. De las contracciones, ni mu; no éramos primerizos. Lo que le preocupaba era el despacho.

—Me da igual si lo que hacen es una chapuza o un fraude. ¿A quién le importa? Lo que realmente me fastidia y nos complica la vida a todos es que pases tantas horas en esa factoría jurídica en la que triunfa más la presencialidad que el trabajo bien hecho. ¿Por qué aspiras a ser socia de esa gentuza?

Su pregunta profundizó todavía más en mi resquemor. Si nada se torcía y por fin me ascendían, ganaría la silla de la reina y una increíble seguridad económica. A cambio de mi libertad para disfrutarla, cierto.

La tarde no dejó tiempo para más reflexiones de trabajo. La idea de Tuna estaba resultando un éxito. Lo que nunca habría imaginado es que la fiesta era la tapadera perfecta de un oscuro plan de mi hermana.

Fede, que había llevado a Lucas a participar en el juego de los mayores, volvió con noticias frescas.

—Hay dos niñas con piojos.

—¿Quééééé?

—Tu inteligente hermanita está haciendo una revisión de cabezas con la excusa de ponerles coronas y peinarlas para la fiesta. ¡Es una *crack*!

—¡Tendré que avisar a sus padres!

—No te molestes, Olvido. Dudo que no lo sepan, yo mismo los vi rascarse durante la merienda. Si se lo dices, pueden suceder tres cosas: a) que los dejes en evidencia por haber mentido, b) que los dejes en evidencia por no haberse dado cuenta ellos mismos o c) que los dejes en evidencia por no haber despiojado a sus hijas. Mejor, cállate y aprende.

—¿¡Cállate y aprende!? —Me interrumpió una nueva contracción y me senté antes de continuar—. Si todos hacemos eso, no se solucionará nunca. Hoy tendremos que montar otra desparasitación de toda la casa.

—¿No te parece que exageras un poco, hermana? —salió Tuna al rescate de Fede, hablando desde la puerta del salón—. ¿Sabes que los piojos son tan antiguos como los dinosaurios? ¿Cómo piensas exterminarlos tú?

—¿A los piojos o a los padres y madres de esos niños? —repliqué resignándome.

—Solo son insectos. Ya puedes ir acostumbrándote, porque cuantos

más hijos, más piojos y más padres de amiguitos. Por cierto, tienes mala cara y los labios un poco abultados. Tú quédate un rato sentada y deja que me encargue yo de esto.

Seguí todas sus recomendaciones, incluido el silencio cómplice, cuando aparecieron los fariseos y se devoraron los montecristos y la tarta.

Sentí cierta descarga al saber que mi hija no era «la culpable» de la infestación. Tal vez tuviese razón Elisa y debería ser yo quien estuviese más pendiente de los niños.

Adoraba la pillería de mi hermana Tuna. No soportaba los piojos. No soportaba a los embusteros.

Capítulo X
El pazo, la paz y una duda

Cada individuo tiene derecho a una nueva oportunidad cada día, sin que las etiquetas o los prejuicios les afecten. Ni el origen ni el pasado ni las expectativas impuestas por el entorno personal o familiar deben limitar esta posibilidad.

La sociedad se esforzará por hacer efectivo este derecho.

Artículo 3 de la Constitución de la vida próspera

Robles y castaños y algún abedul despistado enmarcaban la sinuosa carretera. El parabrisas proyectaba un frondoso túnel de árboles, iluminado por las sonoras carcajadas del sol entre las hojas. Al fondo, la silueta de una paisana con su mandil y sus katiuskas nos revelaba la Galicia más rural y más pura.

Nadie más en el trayecto. Ni un coche. Ni un alma. Solo aquella mujer cuya figura me resultaba más familiar cuanto más nos acercábamos.

—¡¿Mamááá?! —grité sorprendida desde la ventanilla—. ¡Qué pinta llevas! Creí que eras una señora de aquí.

—¡Soy una señora de aquí!

Risas de manzana, su media luna asomaba por mi ventanilla. Estaba guapísima.

—¿Saco el pulgar o me invitáis a subir vosotros? —dijo mi madre pasándose la cesta al antebrazo izquierdo para elevar el dedo gordo derecho en un gesto de autoestopista.

Ágil y alegre sorteó las sillas de los niños. Aunque su figura seguía siendo estrecha, tuvo que hacer malabares para encajar su cuerpo en medio de ambos asientos. Alicia se despertó de una larga cabezada. Efecto arrullo del coche.

En el corto trayecto restante, mi madre nos mostró los frutos de sus andanzas por las huertas locales. Los niños, alborozados por su mera presencia. Yo, indignada por su aspecto descuidado. Mi madre, que siempre había sido una mujer muy elegante, envuelta en un mandil de cuadros.

Desprendí con dificultad los tirantes de las sillas. Solo quien ha

pasado por ese trámite sabe lo complicadas que son. Cada una un cierre distinto. Cada cual más difícil.

Alicia corrió hacia la entrada, donde el abuelo sujetaba a los perros. Pobres canes, a punto de despegar con las hélices de sus colas girando a toda velocidad. No sabían lo que se les venía encima. Federico cogió al pequeño en brazos para poder acompañar a la niña en su carrera.

Mi padre resultaba muy atractivo aún y bastante cultivado, a pesar de no haber salido apenas de la aldea. Perito mercantil por imposición familiar, al terminar los estudios volvió a su casa y a sus campos. Ni le iban los números ni las letras ni las ciudades. Eso sí, tenía un ojo excelente para los negocios con los que mantenía la casa familiar.

Antes de entrar, recorrí con mi madre el jardín en el que cultivaba sus horas felices. Me enseñó con orgullo la flor de la salvia, algunos lirios y unos profusos hibiscos rosa fucsia. Los rosales, repletos de color a pesar de los pulgones. En el invernadero, dejó las katiuskas y se puso unos zuecos. Entonces volví al ataque con su vestimenta.

—El mandil es una prenda afectiva —defendió—. Es una declaración de respeto y admiración. Las mujeres que cierran así su ropa —dijo cruzando el mandil— abren las puertas de su casa a cualquiera que lo necesita, regalan tiempo, escuchan con paciencia y vacían penas a base de llenar estómagos. No aspiro a ser como ellas, a cultivar como ellas o a remediar como ellas, pero créeme que hago todo lo que está en mis manos por parecerme.

Aunque casi me disuade con su discurso, en realidad me avergonzaba que no se cuidase más.

—¿Cuánto hace que no vas a la pelu? —le pregunté acariciando su suave coleta blanca.

—Soy una mujer libre, Olvido. Puedo lavarme, cortarme el pelo o hacerme un recogido italiano por mí misma y nunca notarás la diferencia con una de esas firmas parisinas que te encantan.

—Eso salta a la vista, mamá —respondí con un beso condescendiente—. Estás genial, pero podrías estar increíble.

—Siempre te ha perdido un poco la estética, Olvido. Algún día tendrás que elegir entre llevar una vida perfecta o simplemente vivirla tal como es.

Un millón de hormigas trepó desde mis ingles hasta mi garganta. Las paré con la lengua por no vomitar mi indignación.

—Solo era un consejo, mamá. ¡Te lo has tomado fatal!

—¡En absoluto! Acepto tu buena intención.

Cogió la tijera y repasó con los dedos el esqueje de un camelio, regalándonos a ambas unos segundos de tregua.

—¿Sigues contenta en W&R? Me ha dicho Elisa que vas a ser socia.

—¡Qué indiscreta! Me habría encantado anunciároslo yo en la comida —respondí. Y casi al mismo tiempo caí en la cuenta—. ¿Te ha llamado Elisa?

—Nos la encontramos el otro día delante de su casa —aclaró, hizo una áspera pausa, apretó los labios y continuó—: La va a vender.

Estoy segura de que mi madre censuraba el desapego de Elisa. Abrí la boca para justificarla, pero opté por cerrarla a tiempo. Mi opinión se retiró a sus aposentos.

—La que parece que ha venido para quedarse es Celia —dijo iluminando con su sonrisa un par de tulipanes despistados. Se detuvo un momento y siguió recolocando macetas en aquella zona que llamaba «hospital».

—¡Celia! La niña perdida.

Hacía años que Celia se había ido a Alemania. De niñas formamos un trío inseparable, pero su marcha había dibujado un cierre hermético a nuestro alrededor. Venía poco y apenas se dejaba ver. Según Elisa, nuestra antigua amiga no quería que supiésemos cómo le iba. Para ella, Celia era una perdedora. Para mí, una gran pérdida.

—¿Perdida? —repuso mi madre—. No sé quién andará más perdida de vosotras tres.

Soltó su broma revolviéndome el pelo como si yo fuese una chiquilla.

Otra vez las hormigas trepadoras y otra vez mi lengua haciendo *stop*.

—Olvido, está bien que tu imagen acompañe a tu estatus, pero no busques un estatus solo por imagen.

Y aquel brillante cielo azul se volvió denso y oscuro durante unos segundos. O el cielo o mi humor.

Interrogué al salón desde la puerta del jardín. Un ramo de hortensias presidía la mesa del comedor. Cubertería y vajilla meticulosamente dispuestas sobre un mantel de hilo blanco. En cada esquina una jarrita, un violetero, un frasco o un simple vaso pequeño con un ramillete de flores silvestres. «*Diga ser cierto*[3] que esta casa está ordenada, limpia y adornada con distinción».

No dije nada. Mi madre lo oyó todo.

Federico conversaba con mi padre en la bodega y los niños revoloteaban a su alrededor abusando de los pobres perritos, que se dejaban sobetear con docilidad. Tuna pastoreaba mi rebaño. En la cocina, María, la tierna tía de mi padre, me envolvió en un abrazo suave. Dulce olor a humo y a heridas sin cerrar. Ayudé a revisar y colocar bandejas y fuentes mientras indagaba sobre sus últimas lecturas. María era una gran suministradora de títulos para la lista de

la compra en la librería.

Cestas de frutas y verduras recién apañadas de la huerta se esparcían coloreando y dando vida a cada hueco de aquel cálido espacio.

Todo estaba perfecto.

Me volví hacia la esquina de la *lareira*[4], peinada con trenzas de ajos y cebollas. Apoyada en ella, mi madre me dirigió una repregunta con su mirada: «*Diga ser más cierto*[5] que la naturalidad alimenta la serenidad de esta casa».

No dijo nada. Lo oí todo.

No tardaron en entrar los demás arrasando con la paz de la cocina. Enorme. Desproporcionada. Aquella pieza de la casa siempre acogía a todo el que quisiese entrar, con sus fogones de hierro calentando un caldo u horneando un bizcocho.

Los adultos se lanzaron sobre una empanada de maíz que aspiraba a primer plato. María trató de apartar sus manos amenazando, sin mucho ímpetu, con un cucharón. La empanada se resignó a convertirse en aperitivo que mi madre regó con un vermú casero. El novato de la bodega. Coloreado con hibisco y aromatizado con laurel y otra docena de hierbas, desprendía un olor tentador. Lo habría saboreado de muy buena gana, pero me conformé con mojar los labios en la copa. Disfruté el resto del ritual con mi vaso de agua fresca del pozo. Tampoco estaba mal y el bebé lo agradecía.

Quien haya asistido a una comida con pequeños sabe que es casi imposible dar dos bocados seguidos. Un paréntesis para pañales. Dos paréntesis para sentar a Alicia. Tres paréntesis para dormir al pequeño. Mi madre me observaba y me lanzaba señales: *¿Quieres que vaya ya a vuestra casa y te ayude? Con ese trajín vas a dar a luz antes de tiempo*. Insistía. Lo cierto era que Lucas, que estaba algo lloroso, acabó sentado en mi regazo mientras yo batallaba en la estéril gesta de no ponerme perdida con la comida. Otra torpeza de la preñez: llenarse la ropa de lamparones.

El abuelo y Federico dormitaban en la biblioteca, mientras mi madre y María dirigían la recogida de la cocina. Me negaban el acceso.

—¡Descansa por una vez, Olvido! —me asaltó Tuna apuntando hacia la biblioteca con la barbilla. Una cafetera en una mano y una jarrita con ramas de cinamomo en la otra.

—¿Desde cuándo pones tú las flores? —inquirí, observando cómo dejaba la cafetera sobre la mesa del salón y la jarra en un estante.

—¿Te gustan? —Tuna giró despacio la cabeza, señalando su obra floral en todos los rincones. Abrió un aparador y dispuso tazas,

cucharillas y azucarero. Eligió piezas de juegos diferentes que, sin embargo, formaban un conjunto armónico.

—Me encantan. Pensé que las había puesto mamá.

—Nuestros padres necesitaban un relevo.

De repente, mi vista se quedó anclada en un peligro. Una araña se deslizaba a través de un hilo invisible desde una de las ramas de camelio que mi hermana acababa de colocar. Debajo, los niños se distraían con un puzle de madera.

—¿Estás viendo el fantasma de la abuela Maruja?

Mi mandíbula petrificada no me permitía responder. Tuna claudicó dirigiendo la mirada al jarrón.

—Dime que no es la araña lo que te asusta.

Cogió el hilo invisible, abrió una ventana y la lanzó.

—¿Traigo una botella de oxígeno o crees que podrás recuperar el conocimiento sin ayuda?

—¡Estás loca! Te podía haber picado.

—Al contrario, los que nos picarán serán los mosquitos que no se comerá la araña por haberme obligado a desterrarla.

Sirvió dos tazas de café.

—Pues yo prefiero un insecticida, gracias.

Tuna arrojó su cuerpo sobre un sillón orejero, como si quisiera desprenderse también de él, y empezó a levitar con su conversación.

—¡Claro! Mucho mejor inundar las habitaciones de partículas tóxicas y consumir energía.

—¡¿De qué vas?! Te recuerdo que llevas más de diez años saltando de capital en capital. Berlín, París, México, Nueva York, otra vez París… ¿Llevabas contigo la araña o la contratabas con un *renting*? ¡No presumas ahora de mujer de campo!

—¡Oye! Nunca se me había ocurrido, pero me estás dando una idea: Aracni-rent, su insecticida ecológico; al finalizar un año, se la vendemos por un euro.

Menosprecié su broma con un gesto de hastío.

—Venga, no me negarás que te estás convirtiendo en una urbanita esnob. Quién le iba a decir a la aprendiz de Atticus Finch que iba a acabar siendo socia de un taller de mantenimiento del Banco de España.

Mis hormigas internas se convirtieron en dragones de fuego. No abrí la boca para no quemar la biblioteca. Las llamas se me acumularon en las mejillas. Se adivinaban a través de mis ojos.

Mi padre y Fede mantenían los ojos cerrados en un evidente deseo de no avivar la ignición con sus pestañeos.

Hice amago de levantarme y Tuna me ayudó.

—Perdona si te he molestado.

—No sé. A veces… —rematé la conversación sin terminar la frase.

Mi hermana jaleó a los niños y los llevó de excursión a la finca de los árboles. Una medida más que adecuada, dado el riesgo de incendio.

Bajé hacia el río, que siempre había sido un buen lugar donde enfriarme. El bosque de robles brillaba con el verde intenso de los brotes nuevos. Las hojas jugaban con la luz, alborotándolo todo y salpicando mi cara de sombras redondas. La piel de mis brazos se erizaba con el tacto del aire fresco. Primavera recién estrenada, olor a verde, sabor a paz. Benzodiazepina natural.

Me acerqué al molino hurgando con sigilo en mis recuerdos. Había traspasado una cortina verde hacia mi infancia, con sus días largos del verano y sus cortas y lluviosas jornadas de invierno. Me senté en una piedra verdecida por el musgo y escuché la conversación de la corriente.

Atticus Finch y Amanda Bonner habían inspirado mi vocación. Héroes y heroínas. Principios, causas justas…

«A veces yo también dudo de si estoy haciendo lo que quiero». Podría haber terminado la respuesta a mi hermana Tuna, pero me callé. Enmudecí bajo la premisa de que las palabras apresan la realidad, la solidifican, mientras el silencio, sin embargo, nos hace libres. Aquello que no llegamos a pronunciar puede evaporarse en una niebla invisible o escabullirse entre las rendijas de nuestras dudas.

Me callé por no revolver en el baúl de mi conciencia. Mis asuntos no eran precisamente los más íntegros. Me callé por no rascarme la costra de una herida que me dolía. «¿En qué nos hemos convertido? Elisa, esposa florero, y yo, una estúpida conformista que ha consentido que la arrinconen por haber sido madre». Me callé por no llevarme la contraria.

Contemplé la corbata que tejían las rocas en el agua y sentí el trasero mojado. «Esta vez no va a ser así».

---

[3] *Diga ser cierto* es una fórmula hoy prácticamente en desuso que se empleaba en los interrogatorios.

[4] La *lareira* es una chimenea grande. En las casas gallegas tradicionales sirvió como corazón de las viviendas.

[5] *Diga ser más cierto* es la fórmula para la segunda pregunta, es decir, la que realizaría la parte contraria al mismo testigo.

Capítulo XI
No soy Victoria Kent

La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana en el respeto a los principios democráticos de convivencia y a los derechos y libertades fundamentales.

Artículo 27.2 de la Constitución española

Me apoyé en un tronco para levantarme y el movimiento de la piedra agitó a una pequeña familia de renacuajos que salió disparada, nadando al son de sus colas histéricas. En vez de volver a casa, decidí acompañar en el baño a aquellas promesas de rana. Metí los pies descalzos en el agua helada. ¡Congelada! Y al remojar mis articulaciones, humedecí algunos recuerdos que, igual que los renacuajos, se abalanzaron sobre mi orden mental.

Sentada en el regazo de mi abuelo, aparecí en el comedor de su casa de Málaga. Él me pedía silencio porque quería ver algo en la televisión. A mí se me retorcía la indignación por todo el cuerpo y en un primer momento traté de bajarme. Sin embargo, al verlo tan entusiasmado, opté por quedarme allí acurrucada. Dos señores hablaban con parsimonia en un escenario la mar de aburrido.

—Mírala, es Victoria Kent. Está otra vez en España —señalaba como si yo estuviese al tanto de los viajes de aquella persona—. Era muy amiga de mi padre. Fíjate, sigue igual. ¡Qué lista es! —Él seguía con su monólogo y yo buscaba alguna mujer en la pantalla. A primera vista, me parecían dos señores con traje de adulto serio. Sosos. Aburridos. Una conversación larga y tediosa. No entendía nada.

—¿Lo ves? Así vas a ser tú. —Palmeaba cuando ponían fotos de su juventud.

Y aquella mujer que a mí me estaba pareciendo una abuela vestida de abuelo apareció en la pantalla con su toga y su mirada inteligente.

—Ahí está usted, ante el Tribunal Supremo de Guerra —decía el entrevistador.

—Sí, sí, defendiendo a Álvaro de Albornoz —respondía la abuela de

atavío varonil.

Luego pusieron otra imagen de ella en Londres, con un traje de chaqueta y falda y unos zapatos de tacón. Entonces puse empeño en ver algo especial.

—¡Si es que Victoria Kent es única, como tú! —siguió alimentando un mito, sin ser del todo consciente. Ni él ni yo fuimos capaces de imaginar cuánto me impactaría aquella escena. Cuánto influiría una simple fotografía en mi vida.

A mi abuelo materno lo llamaban el Notario, porque trabajaba como oficial en una notaría. Ni siquiera había terminado sus estudios, pero mi bisabuelo le había conseguido un enchufe al terminar la guerra. La familia necesitaba más ingresos que aquellos que rentaba el esquilmado patrimonio familiar.

No era notario, pero se comportaba como si lo fuese. Era un gran especialista en construir una imagen social oportuna. Por eso nunca hemos sabido bien cuál de las historias que nos contaba era la correcta. Según él, su padre era un noble intelectual, un republicano con clase. Su patrimonio, inagotable. Hasta que se agotó, claro. Demasiadas lagunas en su narrativa. Y qué. Era mi abuelo.

Nutría mi vocación con sus historias. Cada vez que yo salía en defensa de alguna causa, él jaleaba mi testarudez y le decía a todo el que tuviese a mano: «¿Lo ves? ¿Lo ves? Esta chiquilla tiene madera. Va a ser abogada, como la Kent. ¡A que sí!». Entonces salía con lo de que había sido «medio novia» de mi bisabuelo. Algo que con los años, la madurez y la propia biografía de Victoria Kent consideré más que dudoso.

A mis hermanas y a mí nos encantaban esos cuentos. Yo le pedía que me narrase una y mil veces quién era ella y qué hacía, convencida de que algún día podría emularla. Así empecé a perseguir el futuro. Hasta que el futuro me alcanzó.

Escalofrío.

Mis piernas, lejos de quejarse, agradecían el agua fría del riachuelo. Sin embargo, mi fuego solo había cambiado de posición y una hoguera me ardía en el estómago. Victoria Kent representaba para mí la magnificación del feminismo. «Ser abogada en los años treinta era como poseer alas siendo ballena», decía el anciano. Y algo de cierto tenía. Aquella mujer no solo había conseguido volar, también ostentaba el reconocimiento de su entorno social y profesional. Había llegado a ser «la jefa de los jefes de las prisiones», según el filtro narrador del abuelo.

Y yo… Yo estaba ahí con los pies en el agua, atrapada en mis

principios, carbonizándome.

Hablar de las primeras abogadas entre mis amistades de la carrera resultaba controvertido y, por tanto, muy divertido. Por supuesto, nadie había oído hablar de la pionera de la humanización de las prisiones y del feminismo parlamentario. Ni uno solo de aquellos renacuajos de juristas. Ni una sola de aquellas aspirantes a la abogacía conocía a Victoria Kent o a Ascensión Chirivella. Nada sabían de los primeros pinos de la mujer en la abogacía. Por aquel entonces, la asignatura de Historia del Derecho abarcaba desde los sistemas prerrománicos hasta las Leyes de Toro de los Reyes Católicos. En absoluto nos hablaban de las heroínas que habían abierto el camino a la normalidad.

—No todas las mujeres están preparadas para asumir roles de liderazgo en la sociedad, y eso puede perjudicarnos a medio plazo.

Solía parafrasear a Victoria Kent siempre que surgía el tema de las cuotas de género. Disfrutaba con la provocación.

—Vamos, Olvido, ni lo estarán jamás, si no se les da la oportunidad.

—Es posible que haya muchas mujeres preparadas. Estoy de acuerdo. No obstante, una sola mujer, ¡una sola!, que diga una tontería en un consejo de administración o en un cargo público, y retrocederemos todo lo que hemos avanzado. ¿No veis que nuestros errores son el argumento de las alimañas machistas?

—Ninguna mujer podrá estar preparada si los hombres siguen acaparando los altos cargos e impidiendo a las mujeres avanzar en su carrera —replicó alguien a quien mi evocación no pudo identificar.

—Nadie te impide ascender si demuestras que realmente sabes y tomas buenas decisiones. El freno nos lo ponemos nosotras mismas cuando hablamos de esto. Dejemos de suplicar espacio y ocupemos sin cuotas el lugar que nos corresponde.

—¡Olvido! Solo dices tonterías. Observa a tu alrededor: ¿a cuántas mujeres ves en los ministerios o dirigiendo bancos? —Elisa ponía cara de hartazgo, aunque sabía de sobra que yo solo estaba jugando.

Me invadió un sofoco. Salpiqué con la mano a mi alrededor y me pasé la mano mojada por la nuca, la frente y por encima de la barriga. El bebé se movió bajo mis dedos. Sentí sus pies y su inocencia.

Así era Elisa cuando ambas estudiábamos Derecho, una ferviente defensora de las cuotas y de la mujer. Me abrumaba compararla con su rol actual de esposa caritativa, dirigiendo una entidad benéfica al abrigo de su macho alfa. Mojé de nuevo mi nuca. Sentí el agua. Escuché el arroyo.

Cuando nuestras conversaciones alcanzaban el punto de ebullición,

yo sacaba mi carta de triunfo: desempolvaba el debate parlamentario entre Clara Campoamor y Victoria Kent en 1931. Aquel en el que la prensa había aprovechado para ridiculizar el papel de las mujeres en la política. Clara Campoamor defendía el sufragio universal. Kent consideraba que el voto femenino era peligroso para las ideas republicanas. Según ella, la conciencia de las mujeres permanecía secuestrada por maridos o padres conservadores. Aún no estaban preparadas. Podían, a través de su papeleta, dar al traste con los ideales feministas. Adornando un poco la verdad, yo terminaba diciendo que el triunfo de las fuerzas conservadoras de 1933 había dado la razón al pronóstico de Victoria Kent. Y entonces nadie me lo cuestionaba, porque no tenían ni idea de aquella polémica crucial. Como yo no la habría conocido de no haberme dejado fascinar por mi abuelo, el Notario. Vacíos de la educación. Huecos que se completan cuando se tiene la suerte de poseerlos.

Chap, chap. Chapoteé inquieta. La gran carencia de nuestra sociedad. Chap. Nuestros libros de Historia deberían dejar dormir las guerras, con sus correspondientes villanos, para hacer un hueco a los avances científicos, a los hitos artísticos y a los logros extraordinarios de investigadores e investigadoras, de artistas y de activistas sociales. Solo así cambiarían los modelos que imitar, las gestas que abanderar, los valores que emular. Especialmente en la juventud.

Chop, chop. Los renacuajos y otros bichejos se alteraron de nuevo con mis movimientos ansiosos. El bebé, también.

Chap, chap, chop, chop. Qué mierda. Mi estrategia de ganarme el hueco sin cuotas no había funcionado. Mi honestidad, tampoco. El día que me iban a comunicar la promoción a socia, avisé de mi embarazo en los aperitivos y los postres se quedaron huérfanos de ascenso. Ese año no me lo propusieron. Tampoco los siguientes. Chop. Con el golpe me hice daño en el talón.

El sol ya no jugaba desde lo alto. Había descendido un poco y me miraba fijamente a los ojos, obligándome a cerrarlos. «No soy Victoria Kent».

Empezaba a refrescar. Superpuse mis puños con los brazos estirados hacia el sol. Calculé un par de horas hasta el anochecer. «¡Dios mío, he abandonado a mis hijos!». Me levanté con torpeza e inicié la marcha de vuelta, arrastrando mi cuerpo y mi conciencia.

Capítulo XII
La mujer mar y una marejada

El semáforo se puso en rojo. Una mujer vestida de azul acero arrancó con paso armonioso, aunque apenas avanzaba. Empujaba un carrito de la compra de color azul acero que le servía como apoyo. Mujer y carro formaban un triángulo ligeramente inclinado hacia delante en la parte superior. Su media melena, blanca y limpia, creaba una espiral a la altura del cuello. Su espalda, que imaginé también blanca y también limpia, hacía una onda en la cumbre. Era una mujer mar. El semáforo cambió. Nadie tocó el claxon. Todos respetaron el paso de esa ola color azul acero.

Me apoyé en el reposabrazos, empujé la silla con los pies para que girase sobre sí misma y recuperé mi posición en la mesa.

—Una mujer mar.

—¿Te pasa algo? —me respondió Miguel.

—¿Lo he dicho en alto?

—Me preocupas, Olvido. Demasiada presión. Y no vengo a liberarte, me temo. Necesito tus ideas.

—Mis oídos.

—Tus oídos y tus ideas. ¿Tienes un hueco para repensar conmigo un *downsizing*[6] en el hospital?

—¿Una reducción de la plantilla? ¿Hay menos enfermos o más accionistas? —le dije con chanza—. Te ayudo si me prometes que mañana me entregáis vuestra parte de la *due diligence*[7] que me debe tu departamento. —Y busqué la respuesta en su mirada.

En la lista de mis cosas que hacer antes de parir, figuraba la auditoría legal de una empresa que queríamos vender. Mejor dicho, nuestro cliente quería venderla. Nuestra labor era hacer una investigación rigurosa y detallada de todas las áreas para comprobar que cumplía con sus obligaciones legales con la diligencia debida. Todo lo teníamos que etiquetar en inglés. ¿Por qué? Tal vez porque los anglicismos combinaban mejor con las facturas de altos importes.

—Pero ¡si no era urgente!

—Para mí todo es urgente ahora, Miguel.

—Deberías bajar el ritmo. —Negó con la cabeza e hizo amago de levantarse—. Mejor me voy, porque no quiero ser responsable de un

ictus.

—*I get hiiiigh with a little help from my friends*[8]… —canturreé con una sonrisa—. ¡Vamos! Te ofrezco unos minutos de mis vulgares orejas a cambio de un montón de horas de trabajo. ¿Vas a rechazar esta oferta?

Tal vez nos llevó algo más de lo previsto, pero esa práctica de soltar las dudas en una cancha donde alguien ejercía de frontón siempre resultaba útil. Él tenía las ideas; solo necesitaba sacudirlas y airearlas un poco. Demasiado tiempo ovillándose en su cabeza.

Cuando sus ojos empezaron a chisporrotear de nuevo, sonrió y se levantó con la energía de un triatleta.

Cuánto me habría gustado poder hacer lo mismo con el asunto de Sedano, pero no era el momento. Le ordené las cejas y le enderecé la corbata antes de que saliese.

Me giré de nuevo hacia el balcón, buscando complicidad en la acera de enfrente. De una furgoneta parada en doble fila asomaba la espalda de un hombre triangular con media raya del trasero saliendo del pantalón. Arrastraba un saco de patatas que colocó sobre una carretilla de transporte. Encima de ese, un segundo fardo, y cuando parecía que no cabía nada más, atravesó otro saco con cebollas, algo más pequeño que los otros dos. Tomó la carretilla y se dirigió hacia la puerta de servicio del hotel de enfrente. Un chico joven, con la redondez de la obesidad agrandada por un mono azul, adujaba los restos de un cabo con el que habían amarrado una especie de pancarta en la fachada. Un círculo enroscando la cuerda en vueltas oblongas. El hombre triángulo saludó al joven círculo. Incoherencias.

Tal vez ese fuera el problema. En el asunto de Sedano había alguna contradicción. Alguna figura no encajaba y yo no terminaba de verla. Mi inspiración continuaba agazapada en a saber qué escondite de mi cabeza. La furgoneta del frutero se puso en marcha y el rectángulo dejó a la vista a Elisa, que hablaba con Miguel. El mismo Miguel que había salido unos minutos antes de mi despacho. Sentí un cosquilleo de celos y otro de recelos. Miguel era mío. ¿Desde cuándo eran amigos? Su conversación duró poco. Ella continuó caminando y él cruzó hacia nosotros, girando antes la cabeza a un lado y a otro para saltarse el semáforo con prudencia. «¿Por qué ella no me ha dicho que estaba cerca? ¿Por qué Miguel ha bajado a hablar con ella?».

Mi infértil intento de concentración apenas duró un par de minutos. El diligente Alfonso me informó de que me esperaba Manuel Saldaña en la sala y que Adán quería hablar conmigo. No atendí ni uno ni otro recado y me fui directa al foso para tratar de localizar a Máximo. Se había ido.

Entré a despachar al hijo del constructor. Yo no precisaba verlo hasta nuestra cita en la notaría; él sí necesitaba que yo lo viese. Traje y corbata. Un *pasaba por aquí* en el que leí su intención de asegurarse de que su abogada había entendido el nuevo rol que adquiría en la empresa. Lo que en términos vulgares se llamaría mear la farola. Acepté su micción con cortesía y me dispuse a levantarme.

Intuitivamente (o tal vez porque espiaba mis gestos a través del cristal opaco), Alfonso entró con respeto y me guiñó un ojo. Manuel, de espaldas a la puerta, no vio su mueca, pero la intuyó. Se levantó pidiendo disculpas por haberse presentado sin cita. Vencí el impulso de estirar los hombros de su chaqueta recién estrenada.

Sin el parasol paterno, Manuel resplandecía.

Adán, sin embargo, oscurecía. Apareció como un fantasma y se plantó en el pasillo acorralando mis movimientos. Erguí la cabeza e hice una reverencia para cederle el paso.

—Majestad…

No aceptó. No sonrió. No respondió a mi sarcasmo. Y en la ventana, un relámpago precedió a un trueno ensordecedor.

—Quiero el contrato de Joaquín Gutiérrez, ya.

—Lo tienes en tu bandeja de correo —alegué sin un atisbo de tensión. Si venía a la guerra, no iba a encontrarme atrincherada.

—¿Por qué está todo el departamento de laboral con una *due diligence*? Te he llamado. Necesito a Máximo para el asunto de Sedano. —Disparaba sus reproches con metralleta.

Vibró mi móvil. Leí la pantalla: cinco llamadas perdidas. No le había prestado atención durante la breve reunión con Manuel y el mundo temblaba en un seísmo incontrolado.

—La auditoría es urgente. Nos han pedido ya el informe —mentí. En realidad, solo omití parte de la verdad.

—¿Le urge al cliente o te urge a ti? —adivinó Adán, elevando el tono de voz.

Era yo la que tenía que garantizar que esa cuestión quedara lista antes de mi parto. Pero aproveché otra de sus balas y desvié el tema.

—¿Por qué quieres a Máximo con Sedano? No podemos entrar en ese asunto sin consultar el riesgo con el RMC. —Le molestó que pronunciara en inglés las siglas del comité de riesgos.

Estaba demasiado bravo para torearlo. Sin embargo, mi improvisada disculpa acababa de darme la solución: consultar el riesgo de la operación con el Risk Monitoring Committee. Si ellos daban su visto bueno, mi responsabilidad se diluía.

Mi móvil volvió a vibrar y giré la mirada hacia la pantalla.

—No te molestes. Lo hará Máximo.

—¿Ahora resulta que Máximo sí te sirve? ¡No hace ni una semana que ponías en duda su continuidad!

Respondió con una elevación de hombros.

—¡Está bien, quédatelo! Aunque te recuerdo que dijiste li-te-ral-men-te que no era inteligente —seguí como si a él le importase mi cesión.

Al fin y al cabo, qué me importaba. Su decisión me estaba librando de un asunto que me quitaba el sueño y tenía otra docena de cuestiones en las que centrar mi atención.

—No necesito su «inteligencia» —fanfarroneó, entrecomillando la palabra con un gesto de las manos.

En eso tenía razón: a Adán no le hacía falta la inteligencia de nadie. Él poseía la combinación más inteligente: frialdad y astucia. Perfectas para los asuntos que llevábamos.

La inteligencia sin humanidad es cortante, sin generosidad es estéril y sin moral…, sin moral, la inteligencia es el arma más peligrosa del ser humano.

—Lo siento, Adán, en esto no tienes nada que decir. Soy yo quien decide cuándo elevar un tema al consejo y tú no puedes interferir. Son las normas.

—No te has enterado —escupió en todos los sentidos—. ¡Estás fuera! Y no quiero volver a verte rondando a Sedano ni a Máximo.

Me limpié con el dorso de la mano las gotitas de saliva que habían escapado de su boca. Adán se echó a un lado con brusquedad y me permitió abandonar la sala de reuniones. Mantuve el paso ágil y sentí una vez más las miradas del dichoso foso de los chismosos.

Me dolía intensamente la sospecha de haberla pifiado por ese remilgo de última hora con la empresa de Sedano. Tenía un pálpito oscuro con aquel negocio, pero no era capaz de entender por qué me producía ese rechazo. Por qué me olía a sucio. Solo era compostaje, no había armas ni drogas. Panamá era un país verde. ¿Qué rayos me pasaba? ¿Por qué de repente ese miramiento?

Conduje con la cabeza pegada al parabrisas, tratando de descifrar la escasa visibilidad que concedía el chaparrón. La lluvia chatarreaba en la carrocería restando protagonismo a la *Gimnopédie* de Erik Satie que emitía Radio Clásica.

Llamé a Alfonso, le pedí que convocase una reunión del RMC y que reservase mi billete a Londres. «Mujer mar… Vas a ver lo que es una marejada, Adán Reinoso».

Después me dejé llevar por la música, con la conciencia tranquila de quien sabe que hace lo correcto y la certeza angustiosa de que me estaba dirigiendo al corredor de la muerte.

[6] Reducción de plantilla.

[7] Revisión de la actividad de una empresa para verificar que cumple con los requerimientos legales. Es común hacer este tipo de auditorías cuando se va a vender la empresa, cuando se va a buscar una inversión externa o cuando hay cambios en los consejos de administración.

[8] «Llegaré alto con ayuda de mis amistades». Álbum *With a little help from my friends*, de los Beatles (1967).

Capítulo XIII
Londres

Está exento de responsabilidad penal aquel que obre en defensa de la persona o derechos propios o ajenos.

Artículo 20.4.° del Código Penal

En el metro, un hombre sentado al otro lado de las vías se lavaba los dientes con dedicación. Una calva de fraile y una barba espesa enmarcaban sus sonrosadas mejillas. Tras el aseo, guardó el cepillo y el vaso en un fardo y abrió una cerveza. Al levantar la cabeza, reparó en mí. Sostuvo la mirada unos instantes, desplegó una sonrisa enorme, inclinó levemente la barbilla y me dedicó una cálida reverencia sin derramar una gota.

Su saludo habría resultado muy reconfortante de no haber sido el mendigo que acababa de lavarse los dientes en el atestado andén de una estación de metro.

Olía a Londres. Abrí de par en par los pulmones y la memoria.

Con veintipocos años, me había enganchado a la ciudad y al tipo de abogacía que estaba aprendiendo allí. Una realidad vertiginosa me obligaba a asimilar lo que no había entendido en cinco años de derecho y dos de oposiciones. Me adapté enseguida al lenguaje jurídico, a la marcha frenética del despacho, a la perspectiva internacional, global y pragmática del área que manejaba. Sin embargo, ante todas aquellas personas poderosas me sentía abrumadoramente pequeña.

Por supuesto, nunca llegué a utilizar la toga con su collar de ala y su peluca, pero muchos de mis compañeros sí lo hacían y a mí se me iba la vista tras esas vestimentas de cortes tan peculiares. Me deslumbraban en especial los QC, Queen's Counsel. Informalmente, a los consejeros de la reina se les llamaba *sedas,* por la bata de este material que vestían después de su nombramiento. El collar blanco fruncido con puntillas, los puños a juego, los zapatos de charol…, todo resultaba sobrecogedor, aunque he de reconocer que aquellas pelucas largas y redondeadas me recordaban a los perros afganos. Me costó mucho no hacer la broma. Jamás la hice.

No empleé la toga, pero sí me compré un traje en Ede & Ravenscroft, la sastrería que elaboraba la ceremoniosa vestimenta de las cortes. La experiencia de entrar en aquel establecimiento de madera de más de doscientos años mereció la pena. Me dejé todos mis ahorros y un anticipo para comprarme la icónica chaqueta Fleur sin cuello de cuatro botones, la falda lápiz y el vestido. Me ajustaron todo con la precisión de una cirugía y salí con la sensación de ser una *business woman*. Así disfrazaba mi bisoñez.

Durante mi entrenamiento, viajé a menudo a Jersey y a otros lugares. Conocí decenas de centros financieros internacionales. No solo los países donde Watson tenía sede, sino cualquier otro territorio que ofreciera una mínima ventaja impositiva. Estudiaba la fiscalidad extranjera con la misma avidez con la que me había entregado a las oposiciones los años anteriores. Y se me daba bien. Un año y medio vertiginoso y unos cuantos golpes de suerte me posicionaron en la primera línea de ascenso mucho antes de lo que nadie podía imaginar.

No mentiría si dijese que el propio Josep Robles me recibió en la escalera del avión privado en el que viajé de regreso de Inglaterra, pero sería faltar a la verdad. En realidad, él esperaba a un cliente del despacho, un empresario indio afincado en Londres a quien tuve la fortuna de caer en gracia por un golpe de suerte. Uno de esos oportunos incidentes menores con los que la vida nos sitúa en un lado u otro de la balanza. No había hecho nada especial. Sencillamente, el equipo de abogados que asesoraba a aquel hombre poderoso se encontraba secuestrado por el pánico. Una demanda de magnitudes escandalosas que tenía a todos los abogados al borde del abismo. Sin ideas y sin oxígeno para generarlas. En mi ingenuidad de novel aprendiz, aporté una impulsiva opinión libre de presión y de prejuicios. Pasé de ser First-Year Attorney[9] en Lombard Street a Associate[10] en la oficina patrimonial del magnate en Kensington Palace Gardens durante el escaso tiempo que me quedaba ya en Londres. Aquel viaje en avión privado fue mi último contacto con el empresario. Él quedó en manos de Robles. Yo, afortunadamente, también.

Me incorporé al despacho del paseo de Gracia, justo cuando Elisa se trasladaba como asociada a Galicia. Ella salía con Adán y yo entraba en el recién creado Risk Monitoring Committee. Ambas debíamos mantener el secreto.

Pertenecer a ese consejo no tenía nada de especial. Había aprendido a estudiar, a analizar la legislación fiscal y a generar estrategias para rebajar la carga impositiva de las empresas. Sin más. Se me daba bien. Y aquel grupo reservado a cinco personas se ocupaba

exclusivamente de eso, de analizar la legislación y, sobre todo, de evaluar los riesgos de ciertas transacciones. Nuestro deber de secreto solo trataba de garantizar la protección de la información acerca de empresas o de patrimonios que deseaban permanecer ocultos. Nos reuníamos un par de veces al año o cuando alguna operación era delicada y requería más información, más cuidado o más reserva.

A pesar de que guardar secreto era una de las exigencias más firmes del equipo, Adán nunca me perdonó que no le revelase nada de lo que allí se decía. Empezó a dirigirse a mí con ironía cada vez que me convocaban a una reunión. Yo empecé a responderle en el mismo tono. Petulancia, pedantería y puyas supuestamente humorísticas pasaron a ser nuestro código de comunicación en los momentos de estrés. Una especie de asidero endeble cuando un asunto se retorcía. Sobre todo, una vía para aliviar tensiones si surgían diferencias de opinión. Por aquel entonces no podía calcular la magnitud que alcanzarían aquellas diferencias.

En la evolución de ese delicado código acabé descubriendo cómo la ironía y el sarcasmo comparten esencia. Al igual que el amor y el odio. Una y otro se manifiestan a través de la broma; sin embargo, mientras la ironía es sutil, fresca y espontánea, el sarcasmo está más curado y, sobre todo, necesita intención, precisa cierta voluntad que le permita derramar toda su fuerza corrosiva. Del mismo modo, el amor y el odio solo se distinguen por la voluntad. El odio necesita razones y el amor requiere prescindir de ellas. Ambos son consecuencia de un impulso neurótico. El mismo impulso, la misma naturaleza. Al amar, sustraemos el entendimiento y conseguimos entregarnos íntegramente, sin preguntas. Para odiar necesitamos argumentos, razones que justifiquen la destrucción de nuestros antagonistas. Sin voluntad puede haber amor, pero no puede haber odio. Sin intención puede jugar la ironía, pero no el sarcasmo.

Nunca llegué a saber por qué nadie acudió a mi convocatoria en la City. De haberse cancelado, Alfonso me habría avisado. O no. Me encontré sola en aquella sala de reuniones, con una botella de Perrier y un vaso de cristal tan fino que podría romperse si apretabas mucho. Ganas no me faltaban. Mantuve el tipo, la postura erguida y la tentación de perderme en la pantalla del móvil hasta que una de las secretarias se asomó discretamente y puso fin a mi impaciencia.

—*I guess…, ah…, there may have been a misunderstanding…, madam*[11] —justificó el plantón con un posible error, mirando con lástima mi barriga.

Yo desenfundé una sonrisa enorme. *Die Walküre* en mi córtex prefrontal. Tambores y timbales en mi pecho. El bebé cabalgaba con

las valquirias.

—*Probably. At times hormones play tricks on us*[12]. —Defendí mi ridículo utilizando el argumento universal contra los errores femeninos. Le disparé con la bala machista de las hormonas. La herí y me herí a mí misma. Todo por no haberse puesto de mi parte. O, al contrario, por haberme mostrado una compasión que no necesitaba.

Me dirigí a Regent Street acompañada de mi orquesta interior. Entré en Hamleys y compré todos los juguetes que me cupieron en las manos, incluido uno de esos artilugios voladores que los vendedores exhibían en aquella tienda abarrotada de ilusiones.

Al salir, dudé si volver a tomar el metro o pedir un taxi. Todavía aturdida por los sucesos y por mi visita compulsiva a aquella juguetería, me planté en medio de la calle con las bolsas, el maletín y mis humillaciones del día compitiendo en peso. De pronto sentí una mano en mi hombro y una voz:

—*Focus!* —me ordenó el hombre del metro con su coronilla al aire, sus escasos dientes limpios y su olor a cerveza.

«¡Céntrate!». Aquel pobre mendigo tenía razón. Asombrosamente, fue él quien paró al taxi. A mí no me quedaban manos ni energías.

En el avión de regreso, sentada en primera clase, mi recién estrenada sensación de fracaso encontraba motivos suficientes para no continuar con aquello. Pero salir del paraguas de W&R presentaba demasiado riesgo para las finanzas de mi hogar (y un evidente daño a mi orgullo).

---

[9] Abogada de primer año.

[10] Asociada. Suele ser un puesto de experiencia en la carrera de abogacía en las grandes firmas.

[11] Parece que ha habido un malentendido, señora.

[12] Probablemente. A veces, las hormonas nos juegan malas pasadas.

Capítulo XIV
Sucesos inesperados

Se garantiza el derecho al honor (…) y a la propia imagen.

Artículo 18.1 de la Constitución española

Los sucesos inesperados tienen cierto afán de congregarse para actuar al unísono. Al surgir algo imprevisto, todos los demás incidentes tienden a precipitarse como si hubiesen estado ahí, agazapados, esperando su momento.

La reunión con los socios estaba planeada. De hecho, llevaba convocada semanas y se enmarcaba en nuestra programación anual de encuentros de gestión. Los asociados principales de cada sede se reúnen con los socios un par de veces al año, para planificar y organizar el despacho. Con quien no contábamos era con Josep Robles, el vicepresidente, en la sala de juntas.

Por primera vez en mi vida me incomodó haber llegado la primera. Bueno, la primera de los asociados. En torno a la mesa donde se había dispuesto el café, Adán y los otros dos socios adulaban a Robles con ademanes en los que se percibía más afectación que afecto. Él les seguía el juego, perfectamente familiarizado con la pantomima. Ridículo. Me acerqué y saludé con cortesía. En su chaqueta, amenazador, destacaba un pelo veterano que, al ver que captaba mi atención, se regodeó en su chulería y me sacó su lengua burlona, consciente de que yo no podría moverlo de su tumbona. Me quedé paralizada, haciendo un esfuerzo por desviar la mirada. Dudé si quitárselo o no, pero recordé que mi madre me afeaba la conducta cuando me dedicaba a sacudir en público la ropa ajena. Rechacé el café que me ofrecían, dispuesta a escapar de su conversación, pero antes de que pudiese iniciar la fuga, Robles se dirigió a mí con cierto aire solemne:

—Olvido Queizán, ¿adónde puede llegar una *smart girl* que a los veinte años ya ha viajado en avión privado con música de Beethoven y una copa de champán?

—Por lo que yo he podido averiguar sobre ese tema, a la terminal ejecutiva de Barajas —respondí pretendiendo ser más realista que

cómica, pero él rio mi sarcasmo y los otros dos le siguieron con sendas carcajadas. Risa coral. Gogós de un cantante solista.

—Vamos…, puede llegar a donde quiera y en su propio avión, si consigue entrar en las cuentas adecuadas con sus soluciones brillantes.

—Siempre que esté en una gran capital. En las ciudades corrientes, trabajamos con clientes menos lucrativos.

—Galicia es la cuna de algunas de las compañías que mueven más capital de España y, por supuesto, del mundo. Llegar a ellas solo es cuestión de voluntad y de elegir bien las prioridades —respondió apuntando hacia mi retoño con el revólver de su mirada. Ni siquiera me había preguntado por mi estado, directamente lo estaba condenando. O me estaba condenando a mí por traer un nuevo humano al mundo.

Intercambiamos una conversación desproporcionada. Yo curioseé sobre un par de compañeros y él me interrogó acerca de algunas cuentas potenciales. En cuanto entraron dos nuevas víctimas en la sala, me alejé con la excusa de dejar mis cosas en la mesa.

Nuestra red interna de rumorología se había mostrado incompetente y la asistencia de Josep Robles nos había pillado desprevenidos. La sorpresa se reflejaba en la cara de cada participante en cuanto se incorporaba a la sala. Uno a uno, el mismo proceso: abrían un paso de cebra desde el nacimiento del pelo hasta las cejas, completamente arqueadas. Sus iris se quedaban flotando en un lago blanco. Luego estiraban la mano con delatora torpeza y se la ofrecían al superjefe, tartamudeando un conato de saludo natural.

Pasé revista a mi atuendo, me peiné con disimulo las cejas, desordenadas bajo mi frente tensa, y envié un mensaje a Miguel. Estaba muy preocupada, porque su costumbre de llegar siempre un poco tarde le iba a costar un buen susto en esta ocasión. Apenas había terminado de enviarlo cuando lo vi entrar con desparpajo. Él también se quedó planchado al ver el plantel, pero derrapó y saludó con la espontaneidad que le caracterizaba. Lo envidié.

Nos fuimos sentando en torno a la enorme mesa de madera de haya que ocupaba el centro de un espacio diáfano y luminoso. Las líneas de las oficinas eran en general limpias y funcionales. Sin embargo, esta sala se aferraba a la singularidad del edificio a través de una estantería de palisandro. Una joya redimida milagrosamente de la demolición. La Oficina de Patrimonio la había considerado un elemento que había que incluir en la conservación del inmueble. Abarrotada de volúmenes de Aranzadi antiguos, esta representación del *art déco* pasaba desapercibida para la mayoría de las personas. «Cuántas otras joyas se pierden en los despachos porque nadie se

detiene a observarlas». Y no pensaba solo en la estantería. Tampoco en ninguna persona concreta de las que estábamos en aquella sala. O tal vez este pensamiento las abarcaba a todas.

Tras un breve saludo general de respeto, el discurso de Adán fue directo al grano; lo había ensayado para lucirse ante Robles. Se percibía una preparación de horas que debió de ocupar todo su fin de semana. Antes, Elisa me prevenía de estas cosas, pero llevaba una temporada tan reservada que ni siquiera me había enviado un mensaje de alerta. Adán se abrochó el botón superior de la chaqueta. Adornada con parsimonia, dirigió su mirada de verdugo a cada uno de los abogados de la sala. Durante dos o tres minutos halagó la firma, su historia, su trayectoria y sus últimos logros. Cuando había conseguido relajarnos, soltó la bomba:

—Sabéis tan bien como yo que la mitad de los que estáis aquí sobráis. —Sin pestañear, cogió con la mano derecha el informe que tenían ante sí los cuatro gerifaltes y les dirigió una mirada cómplice.

Ninguno de ellos era mejor que Adán, solo que él se regodeaba en nuestras reacciones.

—Llevamos meses arrastrando vuestra apatía. La crisis no está en el mercado, sino en vuestra actitud. Os arrellanáis en la autocomplacencia, mientras el despacho inicia un desplome lento que nos conduce a una pésima posición.

La mayoría se movía incómoda, pero yo estaba harta de sus baladronadas. No soportaba a los fanfarrones. Y, además, me hacía pis. Demasiado avanzado el embarazo, demasiado tiempo sentada en esa silla tiesa, demasiada hartura y, sobre todo, demasiada petulancia. Me disponía a levantarme y excusarme, cuando me dirigió una mirada fulminante y arremetió con la siguiente andanada. Parecía hablar solamente para mí.

—A lo mejor alguno piensa que ya debería ser socio, cuando ni siquiera merece el cargo que ostenta. Y lo peor es que la mayoría de vosotros, también los fracasados, lo sabéis. —Dirigió el mensaje a mí y luego se giró hacia el resto.

Respondió el silencio. Caras largas comprometidas con la disertación.

—Estáis de acuerdo conmigo, ¿verdad? Estoy tan seguro de que compartís mi opinión, que estoy dispuesto a dimitir si tan solo uno de vosotros levanta la mano para mostrarme su disconformidad. Solo uno —enfatizó—, y yo abandono de inmediato. Ahora mismo y de manera irrevocable, dejaré mi cargo. ¿Alguien quiere levantar la mano?

Yo estaba en la lista de nuevos socios esta vez. Sabía que no me podían situar en la de fracasados porque mis resultados se

encontraban por encima de los presupuestos. La única reprobación posible sería la captación de nuevos clientes, y eso estaba perfectamente justificado por el volumen y por la complejidad de los asuntos que llevaba. Así que veía clara su intención: que le diese mi plácet.

Estaba muy equivocado. Aunque alguno de los asociados principales no era precisamente de mi agrado, todos hacían un esfuerzo increíble por el despacho. Inspirado cada uno por sus propios motivos o por sus propias ambiciones, dedicaban más tiempo a la firma que a sus familias.

—¿Y bien? —instó.

Me invadió la determinación. Me sentí en la obligación de alzar la mano y traté de robar la mirada de Miguel buscando su complicidad. ¿Dos manos levantadas? Él, pálido, sobrecogido y atento a Adán, no me veía. Sentí en los brazos y en las piernas ese hormigueo irrefrenable del que sabía que me arrepentiría.

***

En contra de lo que suele ser habitual en estas ocasiones, no hubo comida de confraternidad posterior. Ni siquiera corrillos de café. Todos se retiraron a sus despachos como si se tratase de una reunión ordinaria, evidenciando su anormalidad.

Yo me tuve que escapar directamente al cuarto de baño. Mi orina era algo más abundante de lo corriente. Abundante y rosada. Me acerqué a recepción y pedí entre susurros una compresa. Antes de responderme, se miraron entre sí.

—Seguro que tenemos algo en el botiquín —dijo una de las recepcionistas, cogiéndome con suavidad del brazo—. ¿Estás bien?

—¡Claro! Estoy fenomenal. Solo es una ligera pérdida. No te preocupes, es lo normal.

—Tú eres la experta —sonrió exudando suspicacia.

Me llevó hasta un pequeño cuarto de la entrada donde las chicas de recepción guardaban toda una serie de enseres inútiles, como gasas, desinfectantes, sueros, pomadas, tijeras o pinzas. Entre toda aquella inutilidad se encontraban los codiciados analgésicos. Esos estaban siempre en rotación. Al fondo de un estante, algunos artículos de higiene que, en esta ocasión, me salvarían la mañana.

Alfonso entró en mi cubículo con cara de preocupación. Claramente, alguien le había puesto en antecedentes sobre lo sucedido en la sala de juntas.

Me anunció la sorpresiva visita de una clienta y me preguntó qué tal había ido.

—Qué manía de venir sin cita tiene la gente, ¿verdad? —Esquivé la respuesta y lo acompañé en silencio hasta la salita de reuniones donde la mujer me aguardaba.

Supongo que mi vecina, Teresa Vera, era la persona que menos esperaba ver en el despacho. Me disponía a despedirla explicándole cuál era mi especialidad cuando ella atajó diciéndome:

—Tengo un pequeño patrimonio y algunas inversiones que heredé de mi marido. Quiero que me ayudes a organizarlo.

Parecía haber oído mi reflexión.

Cierto era que ella vestía de forma ostentosa, cambiando cada semana de visón como quien se muda la ropa interior; sin embargo, nuestro edificio no era el culmen del lujo y su piso era un primero. No imaginaba que pudiese tener un gran capital que administrar.

—No sé si sabes que sufrí un infarto complicado.

Afirmé con la cabeza y no le respondí. De hecho, sabíamos que estaba viva porque su fiesta de resurrección tuvo en vela a todo el vecindario. En nuestro edificio había entrado todo un desfile de personajes para la celebración e incluso, decían, algún famosillo de la tele. Tal vez disimulé mal, o tal vez aquella mujer leía el pensamiento.

—Sí, se puede considerar que he resucitado gracias a muchos amigos que me curan con sus… artes. —Eligió la palabra tras buscar en el aire con los dedos.

Hablaba de ellos con más aspecto de enfadada que de agradecida.

—También tengo un sobrino, el hijo de mi hermano. Es un sol, Alvarito. Me trae, me lleva… Como él es enfermero, no cree en los métodos de mis amigos, pero me quiere mucho.

Durante más de una hora escuché la descripción de todos aquellos supuestos tratamientos a base de piedras mágicas y energías. Deduje que mi trabajo estaba relacionado con algunas inversiones y sus últimas voluntades. La despedí bastante desconcertada.

Llamé a Alfonso para resumirle el asunto y que le abriese la ficha de clienta. Apenas había empezado cuando pasaron los cuatro jinetes por delante de mi puerta. Adán me invitó a acompañarlos con uno de sus habituales piropos sexistas. ¿A qué jugaba ahora?

Nunca llegué a saber si me estaban convidando formalmente a comer o si querían charlar en la sala de juntas. Cuando me puse de pie para saludar, mis piernas empezaron a sentir el calor húmedo del líquido amniótico. Habría querido disimular, pero mis zapatos estaban encharcados y el suelo comenzaba a empaparse. Lo único que valió la pena de ese momento fue la cara de Robles, que perdió casi por completo la presencia de ánimo y tuvo que apoyarse contra la pared.

Me gustaría poder contar cómo se vive algo así, pero es

inenarrable. Mis pensamientos los acaparaban dos dudas: si debería haber levantado la mano en la reunión y qué ropa interior llevaba puesta. Una incógnita más que razonable cuando existe el riesgo de que te desnuden en un hospital.

Me latía el corazón como si estuviese corriendo una maratón. La sangre se había concentrado de golpe en mis mejillas. Mi frente y mi nuca parecían un manantial de agua fría, y no por el parto inminente sino de puro bochorno. Les pedí que se tranquilizasen, porque todavía tenía cuatro o cinco horas para llegar al hospital, pero nadie parecía creerme y me exigían con histeria que me sentase, cuando yo solo necesitaba rematar mis asuntos.

Mi asistente fue el único que no perdió la compostura en aquel insólito y repentino gallinero. Pidió a todo el mundo que saliese y llamó a los servicios de emergencia, que le confirmaron que no había de qué preocuparse si las contracciones aún no eran frecuentes. Me prometió que se ocuparía personalmente de recoger todo y yo le pedí que preparase algunas carpetas para enviármelas a mi casa; solo así aceptaría irme.

Nunca pensé que saldría por última vez de aquel noble edificio con tantos espectadores. Me trasladaban en una silla de ruedas escoltada por dos tipos con chaleco naranja. Yo me debatía entre saludar como una reina o esconderme debajo de la manta que me habían echado sobre las piernas. Curiosa despedida de Josep Robles, teniendo en cuenta nuestro primer encuentro.

El lance no había hecho más que empezar. Me sonó el móvil con insistencia.

—¿Amelia?

—Tiene que ir al cole a recoger a Alicia. Se le ha escapado el pis y cuando le han puesto ropa limpia se ha vuelto a mojar. Yo no puedo ir, porque Luquitas está malito.

—Amelia, voy camino del hospital.

—No, señora, estamos en casa, solo son unas decimitas —replicó ella.

—Digo que voy al hospital a dar a luz. No puedo ir a buscar a Alicia. Ya me encargo —rematé resuelta a solucionar el problema en el trayecto en ambulancia.

Llamé a Fede para que se hiciese cargo de la situación. No respondía. Dejé un mensaje con un tono indeterminado; algo entre la impaciencia, la dulzura y la indignación. Después telefoneé al colegio y les supliqué que utilizasen la muda de otra niña, porque no podríamos ir a buscarla. Colgué. Los técnicos de la ambulancia, que habían intentado disuadirme, aceptaron, por fin, mi determinación de

parir con el móvil puesto.

Entonces no supe que se trataba de un tráiler de mi nueva vida. Un breve adelanto de lo que me esperaba con familia numerosa. Tampoco imaginé que las sorpresas solo acababan de empezar.

PARTE II

La realidad parece a menudo el fruto de una invención. En el fondo, todo lo que nos sucede es una invención, una forma de narrarle a nuestra memoria aquello que creemos haber vivido.

Capítulo XV
Verdades achocolatadas

Se reconoce el derecho a expresar y difundir libremente los pensamientos, las ideas y opiniones mediante la palabra, el escrito o cualquier otro medio de reproducción.

Artículo 458 del Código Penal

—¡Madre mía! He tenido que poner el navegador para llegar hasta aquí. No conocía esta callejuela ni el local y, al ver la entrada, he pensado que era una frutería.

—No estás al día, Olvido. Desayunar sano es tendencia y este sitio es fantástico —respondió Elisa haciendo un movimiento envolvente con la mano para mostrarme el ambiente.

A la entrada, en un pequeño expositor de madera, convivían naranjas, melocotones, peras, ciruelas, manzanas, granadas e incluso hortalizas de un apetecible colorido. Tan diversas y tan intensa su pigmentación, que resultaba incoherente.

—Pues esto muy sano no puede ser. Manzana *granny,* granada o kiwi, frutas de invierno, con fresas, lichis y cerezas de primavera, paraguayos, melocotones y claudias de verano… Esta coincidencia o tiene muchas horas de cámara o muchas horas de viaje. ¿Y ningún roce, golpe, picadura…? Ni sana ni ecológica.

Elisa me miró y sonrió con la más absoluta indiferencia.

—He pedido una brocheta de fruta y un zumo de naranja para las dos. ¿Crees que conseguirás rebajar esa barriguita?

Miré su mano, que acariciaba la flacidez de mi vientre, abultado aún, y le respondí conteniendo con la gasa de mis dientes la sangre de mi herida emocional.

—Bueno, entre la lactancia materna y el ejercicio que tengo que hacer con los tres pequeñajos, considero que volveré a mi estado natural antes de que me invites a tu próxima fiesta.

Levanté la mano para pedir también una taza de chocolate. Me la merecía.

Lo cierto era que el local resultaba muy acogedor, con un obrador a la vista y la barra pintada en un coqueto color *teal* que salpicaba

puertas y ventanas. Unas estanterías de madera clara exponían tazas, platos, cuencos, teteras y soperas elegidas con mucho gusto. Algo que compensaba el efecto rudo de la piedra vista. Desde que se puso de moda dejar el granito al descubierto, la gente tiende a confundir el noble carácter de una piedra pulida con la tosquedad de una roca sin revestir. Sobre la barra, fuentes con campanas de cristal tentaban al paladar con magdalenas, *brownies*, bizcocho de castañas, pastel de nueces y un surtido de otros dulces caseros. Y pecaminosos.

—¡Mis cubiertos tienen un marbete con el precio! —Señalé la bolsita de cuadros de vichy de color azul cerceta, que contenía una cuchara y un tenedor. Llevaba prendida de un hilo de bordar una coqueta pieza de cartón con el importe escrito a mano.

—Sí, mira, son *vintage*. De plata labrada, como los de tu madre.

—Imitan la plata alemana, sí. ¡Qué originales!

No quise entrar en detalles, porque en nuestra casa familiar, salvo en la cocina, los cubiertos que utilizábamos a diario no eran de argentán, sino de plata de verdad. Algo que a las niñas nos espantaba, porque nos parecía que la comida sabía fatal. Pero mis padres consideraban que las cosas estaban para ser disfrutadas a diario y no para permanecer en cajones, a la espera de una ocasión especial. Había que fastidiarse con la dichosa plata.

Tampoco le expresé mi extrañeza ante esa tendencia a crear algo nuevo imitando un utensilio antiguo que se ha dejado de usar porque no funciona. Lo viejo es viejo. Yo estaba deseando tener mi casa para disfrutar de insípidos cubiertos de acero. Aunque lo que más me sorprendía de aquella costumbre era que cualquier cachivache de segunda mano adquiriese atractivo por calificarlo de *vintage*.

—Y los puedes comprar, si te gustan. ¿No es fantástico?

—¡Espera, espera! —dije de repente tocándole la nuca.

—¡Ay! ¿Qué tengo? —Se sobresaltó y encogió los hombros. La mujer que estaba tras la barra dejó de secar el plato que llevaba en la mano y se puso en alerta.

—Te han puesto una etiqueta a ti también. ¡Vaya, solo cuestas seis euros! —Le mostré un rótulo con el precio que yo misma acababa de robarle a mi taza.

—¡Qué susto me has dado, idiota! —Me dio con su cuchara en la mano.

La empleada volvió a su tarea con una sonrisa y bajé la voz para comentarle mi desaprobación.

—Aquí al que se descuida lo venden. ¿No ves que a todo le han puesto marbetes? —susurré señalándole el precio de la taza.

—Olvido, ¿cómo estás? —preguntó de repente, desoyendo mi

crítica al local.

Parecía hablar con cariño sincero. Parecía. Continuó:

—Ante todo quiero que sepas que tú eres mi amiga, no una exempleada de mi marido.

Supongo que quiso ser amable. Pero yo sentí otra cuchillada entre las costillas.

No podía contarle que su marido me había acosado a la vista de todo el mundo, pero tampoco aceptaba que ella viviese en tal estado de ignorancia respecto a su pareja. Yo no había sido la primera en sufrir sus torpes intentos de cortejo, casi siempre dirigidos a objetivos más inocentes y, por supuesto, casi siempre muy discretos. De hecho, yo solía enterarme de sus contubernios de refilón, en las cenas y en los demás momentos de asueto del despacho.

—Tal vez no lo creas, Elisa; siento que me he quitado un peso de encima —dije sin expresar cuál era mi verdadera carga—. Y me ilusiona el inicio de un proyecto por mi cuenta; recuperar esa idea de abogada de toga y juzgados… ¡Hasta me entusiasma la decoración de la nueva oficina!

—¡Y puedes echar la casa por la ventana con la pasta que te han dado! —soltó de repente con una energía nerviosa que quise ver como espontaneidad. Esa frescura y naturalidad tan propias de la inconsciencia.

La «generosa» gratificación era el mejor testimonio de culpabilidad de Adán y sus secuaces. Podría haberlos denunciado, y ellos lo sabían. Si me habían pagado era para comprar mi silencio. Así de fácil.

Un gasto inútil, porque igual que no había denunciado a W&R por su machismo, no era mi intención hacerlo por otras prácticas del despacho de dudosa ética.

Si Adán no fuese el peor marido de mi mejor amiga, puede que yo hubiese actuado de otro modo. Todo esto lo pensé, pero no se lo dije.

—Ahora soy mi dueña, Elisa. Lo que más me apetece es la independencia, tomar mis propias decisiones. Sé que, aunque me hubiesen hecho socia, nunca habría sido del todo libre.

Y en el mismo momento en que confesé esta certeza, me arrepentí de haberlo hecho. No considerarme socia de truhanes estaba bien, pero revelárselo a la favorita del sultán había sido una imprudencia.

—Necesitabas tiempo, Olvido. Nunca he dejado de decírtelo. No sabía cómo advertirte que todos hablaban de tu dejadez de los últimos meses. Desde que tienes a los niños estás… ¡Y fíjate que sales ganando!

Debió de notar mi cara, porque dejó la frase sin terminar y, de súbito, cambió de tercio.

—¿No te gustaría este color para decorar el despacho? —Elisa acarició la pintura satinada de la columna que teníamos al lado.

«Me gusta por donde ibas, Elisa. No te interrumpas. ¿Todo el mundo hablaba de mi dejadez? ¿Con cuántas personas has conversado sobre esto? ¿Sabes que mi salida ha sido fruto de una decisión meditada?

»¿Sabes que tu marido me acosa? ¿Sabes que su mirada libidinosa devora mis pechos inocentes cada vez que se cruza conmigo? Vives de espaldas a tu realidad porque a nadie le gusta sentirse envuelto en la mierda, aunque sea la propia.

»Es cierto, yo estaba dedicando menos horas que otros y lo hacía porque esos otros malgastan su tiempo en dimes y diretes. Podía permitirme salir antes porque era y soy mil veces más eficiente que todos ellos juntos. ¡Y ahora voy a demostrártelo! A ti y al resto. Querida Elisa, ejecuté y facturé más trabajo yo sola en los últimos años que todos los demás socios juntos. Pero nunca me preocupé de que esa facturación figurase en mis cuentas. Quise permanecer ajena a esas absurdas peleas de gallos "quién puso más" que se montaban al final de cada trimestre. Quién puso más horas. Quién tuvo a más júniores restregando sus caras en jurisprudencia. Quién se tragó más chuletones con los clientes. Quién puso más en la balanza horas-ingresos. ¡Cómo podía imaginar que iba a necesitar demostrar mi esfuerzo, cuando mi facturación era la tabla de salvación de todos ellos!

»¿Sabes que mi exjefe está metiendo la pata en muchos asuntos y que yo he tenido que ayudarle a sacarla en demasiadas ocasiones? El año pasado conseguí eludir la responsabilidad penal de tu marido. Metió la pata como secretario de un consejo de administración. ¿Te lo contó? ¿Te contó que estuvo a punto de ser imputado por un comportamiento doloso en una empresa que entró en concurso de acreedores? Me pasé meses sin dormir tejiendo su libertad y estoy segura de que tú ni te enterabas, enfrascada en la caridad de tu absurda fundación.

»¿Me preguntas de qué color voy a pintar el despacho? ¡Voy a pintarlo de integridad, de negocios honestos y de empresas nobles! Voy a perfumarlo con el olor a limpio de las personas respetables».

Todas esas palabras gritadas vehementemente en mi conciencia se diluyeron entre el cacao que yo revolvía, o más bien batía, con la cucharilla que tintineaba a capela con la taza. Se disolvieron en el sorbo más lento, más dulce y más prudente que había bebido en toda mi vida. Y saboreé mi comedimiento. Olí su aroma cálido, intenso, dulzón. Dejé que el chocolate marcase dos paréntesis en mi boca. Dos

enormes paréntesis acotando mis ganas de bramarle a mi amiga la dura verdad.

Ella se rio. Ingenua. Guarecida en su ignorancia. A salvo de su propia realidad. Y apuntó a mi bigote, dispuesta a ayudarme. Le devolví la sonrisa y utilicé la excusa de la limpieza para ir al baño y dejar que los posos de esos pensamientos que corrían ardiendo por mis arterias alcanzasen mis pies. Quería pisarlos allí mismo, para no hacerle daño.

Volví a la mesa resuelta a mantener mi reserva, pero necesité otro sorbo de chocolate para endulzar mi lengua, aún empapada del veneno de la rabia, y busqué un nuevo tema de conversación. Le pregunté por la nueva cubierta de la piscina y conseguí distraerme con su entusiasta relato de los desatinos de su actual ocupación: que si pretendían colarle el policarbonato; que si el vidrio mineral de la parte superior tuvieron que encargarlo en Italia para que el abovedado fuese perfecto; que si una de las paredes tenía una lasquita y gracias a su insistencia se la cambiaron; que si la madera de la estructura llegó en un tono diferente de la teca del suelo… Una letanía de problemas de niña rica que la transformaban en la Elisa de siempre. La que se construía su propio palacio de cristal. De vidrio mineral, para ser exacta.

Cuando salimos del café ya era casi de día, pero la luna menguante, a punto de nueva, nos esperaba aún para recordarnos el madrugón. Aunque el frescor de la mañana me ayudó a despejarme, me encontraba tan fatigada como si ya fuese otra vez de noche.

Hay conversaciones que tienen el poder de aplastarnos como una prensa de varias toneladas. No vienen necesariamente de personas malas. Ni siquiera tienen que ser conversaciones intencionadamente dañinas. Elisa estaba siendo una apisonadora para mí, pero era un bálsamo para muchas otras personas. Las parejas que adoptaban gracias a su fundación la veneraban. Sus amigas del club la admiraban. Su hija crecía feliz. Pero yo me sentía aplastada cada vez que hablaba con ella. No siempre había sido así. A veces, al menos antes, me hacía reír. Me gustaba hablar de nuestros gustos especiales. Me divertía compartir fiestas donde lucíamos modelito y clase. Adoraba comenzar los viernes con nuestro desayuno *early bird*. Pero en aquel momento, justo en ese momento de mi vida, Elisa me inyectaba mi propio veneno.

Capítulo XVI
La tentación vive abajo

El poseedor de un animal, o el que se sirve de él, es responsable de los perjuicios que causare, aunque se le escape o extravíe. Solo cesará esta responsabilidad en el caso de que el daño proviniera de fuerza mayor o de culpa del que lo hubiese sufrido.

Artículo 1905 del Código Civil

Tal vez las jornadas duras no son así por acumulación de acontecimientos negativos, sino por nuestra predisposición a recibir mal todo lo que suceda. El caso es que tras aquel horrible desayuno, volví a mi casa con un enorme lastre en el estómago, como si cada una de aquellas verdades engullidas fuese una pesada piedra. Como si todas las piedras, juntas y enfadadas, hubiesen acampado en mis entrañas con la intención de quedarse para siempre. Al igual que al lobo del cuento de los cabritillos, me entraron unas ganas terribles de beber el agua fresca de mi casa, pero al asomarme al portal me encontré ahogándome en el río.

Se abrió la puerta del ascensor y salió mi vecina, la acaudalada y excéntrica Teresa Vera. Aunque el espejo de la entrada delataba el pelo aplastado de su coronilla, de frente lucía impecable, con unas mechas bonitas y un maquillaje favorecedor; tal vez poco discreto para su edad.

—¡Niña! ¿Dónde está tu nuevo despacho? —me espetó sin darme los buenos días.

—En fin, ya sabe que me he cambiado. Pero no puedo llevar los asuntos que se abrieron en W&R. Es una cuestión deontológica —dije, por no mencionar mi nulo interés. No tardé en arrepentirme de mi escasa asertividad.

—Claro que lo sé, pero ya he hablado con ese secretario que tenías —contestó refiriéndose despectivamente a Alfonso y dejando que sus gafas de sol se deslizasen hasta la punta de la nariz—. No me gusta ese chico, por cierto. Menos mal que ya estás por tu cuenta. No es de fiar. Demasiado amable, ¿me entiendes?

—Eh… —No llegué a contestar. Ella continuaba su monólogo.

—Le he pedido que me devolviese los documentos que te dejé. Al menos me los dio ordenados. No me gusta ese chico —repitió, abrochándose una gabardina nacarada en un tono palo de rosa bastante acertado y mirándose en el espejo lateral—. Me alegra que hayas dado la espalda a todos esos a-me-ri-ca-nos. —Acentuaba la primera *a* y pronunciaba cada sílaba con menosprecio.

—Ingleses —aclaré sin que ella prestase el menor interés.

—Déjame tu nueva tarjeta en el buzón e iré a verte el próximo viernes.

—Tendremos que esperar unas semanas más, Teresa. Estoy de baja maternal… y necesito terminar de poner la oficina a punto. Aún están pintando la sala de espera.

Y entre la trampa de mis excusas encontró ella su argumento:

—¡Yo no necesitaré sala de espera! Organízate para atenderme en cuanto llegue. Me duelen las piernas. —Y echó a andar acomodándose su bolso de Prada en el antebrazo.

Para nivelar el cuadro, se cruzó con la vecina del segundo. Una mujer menos vieja de lo que aparentaba tras unos pelos canos desgreñados. Llevaba un impermeable, estilo Colombo, que se despertó de repente y abrió sus enormes ojales para mirar con envidia el brillo nacarado de la gabardina colindante. El perro, Trosky Segundo, con el que esa vecina guardaba cierto parecido en el andar y en el cabello, gruñó amenazándonos a todas. Teresa amagó un manotazo en el hocico.

La vecina del segundo (segundo piso y segundo perro) me miró con indignación, en demanda de auxilio. Yo dirigí mi vista hacia el reloj e inicié una desaforada huida por la escalera, dejando que mi coartada les diese la espalda.

—Tengo que dar el pecho a mi bebé. ¡Adiós!

Curiosas vecinas. Extremos de un balancín, unidas por un elemento común: el mal carácter.

Me prometí a mí misma buscar otro modelo para mi vejez. Se me vino a la cabeza mi madre y pensé en llamarla en cuanto llegase a casa.

Cuántas promesas me hice e incumplí en aquella vorágine de comenzar un proyecto nuevo. Cuánto temía equivocarme y cuánto me equivocaba por ese miedo. Debería haberme cuidado de Teresa. Debería haber cumplido estrictamente mi reserva. Debería haber elegido mejor mis asuntos.

La aventura comenzaba más allá de la razón y de la lógica, muy lejos de la perfección a la que aspiraba. Muy lejos de la imagen que había creado a partir de mis sueños.

Pero era ya mi aventura, mi propia batalla, y estaba dispuesta a pelearla, costara lo que costase.

Capítulo XVII
El turno y un reencuentro

Todas las personas tienen derecho a obtener la tutela efectiva de los jueces y tribunales en el ejercicio de sus derechos e intereses legítimos, sin que, en ningún caso, pueda producirse indefensión.

Artículo 24 de la Constitución española

Los imbéciles tienden a juntarse por categorías. Están los imbéciles normales, los que no se meten con nadie, simples necios sociales; y luego está la *first class*, esa clase superior de imbéciles narcisistas, que se encuentran tan absortos en su propia adoración que no son conscientes del efecto patético que causan en los demás.

Me presenté en el Colegio de Abogados algo despistada, porque hacía bastante tiempo que no pasaba por allí. El espacio se había quedado un poco anclado entre una pretendida modernidad de los noventa y unos cuantos muebles heredados de su ubicación anterior. El hombre que me atendió me resultaba familiar. Imposible no reconocerlo con aquel bigote estrecho y esa autopista de doble carril que formaba la gomina en su alargada cabeza.

—¿Cómo puedo ayudarla? —dijo con una agradable sonrisa.

—Necesito un impreso para inscribirme en el turno de oficio.

—¿Se refiere a la justicia gratuita?

Contuve mi respuesta y me limité a asentir con la cabeza.

— ¿Dispone del diploma de Práctica Jurídica?

Por absurdo que parezca, empezaron a temblarme las piernas. Durante un instante, me retrotraje a esos primeros años de trabajo en los que me asaltaban pesadillas nocturnas. Sueños angustiosos en los que no había terminado la carrera y tenía montañas de apuntes para estudiar.

«¡Mi título! ¿Dónde rayos puse el tubo con los documentos en la última mudanza?».

—Bueno… Soy colegiada y ejerzo. Me inscribió usted mismo hace unos años. Don José Antonio, ¿verdad? —Sentí un repentino cosquilleo de alivio, acompañado de un ligero vértigo por el riesgo que corría al aventurarme con el nombre.

Por mi trabajo, apenas pisaba los juzgados, y mucho menos el Colegio de Abogados. Además, a raíz de cierto incidente (que no viene al caso) había dejado de frecuentar los eventos oficiales. No obstante, las semanas previas al acto de jura había pasado bastantes horas resolviendo el lío administrativo de darme de alta y aquel hombre me había ayudado mucho.

—No suelo despistar una mirada tan despierta como la suya —respondió él, inclinando el bigote en un gesto que pretendía ser galante—. Puede llamarme Toño.

—¿Qué ha sucedido en el Olimpo para que Minerva se encuentre entre los mortales? —oí de pronto a mi espalda.

Me bastaron unos segundos para darme cuenta de que esa broma había macerado durante varias horas. Hubiese apostado todo mi patrimonio a que Barbosa, antiguo compañero de carrera, llevaba semanas agazapado en algún rincón de aquel espacio con el único fin de humillarme.

—Es posible que hayan descubierto una máquina para superar la barrera espaciotemporal. —Afilé la lengua y me lancé, directa, a la yugular—. Minerva es romana y el Olimpo griego. Te recomiendo repasar la mitología clásica antes de preparar tus burlas. Deduzco que has estado hablando sobre mí con tu buen amigo Adán.

—Vamos, Olvido —respondió adoptando la forma de un suricato para tratar de leer el impreso que estaba sobre el mostrador—. Tú no necesitas estar en el turno de oficio. Tomémonos un café y hablemos de negocios.

«He aquí un imbécil narcisista en pleno ejercicio de su extraordinaria capacidad para meter la pata».

Resultaba evidente que la alusión a las deidades provendría de su interesada cercanía a otro miembro de la tribu de los imbéciles redomados, Adán. Lo curioso era que no se soportaban, solo compartían la gilipollez y la aversión a mí. Mientras trataba de buscar una salida, en mi cabeza se formaba la imagen caricaturizada de esos dos majaderos haciendo bromas sobre mis pechos y mofándose de mi nueva situación.

Le pedí que me esperase fuera y, casi al unísono, el oficial (don José Antonio para él, Toño para mí) le indicó que hiciese sitio con un despectivo gesto de la mano.

Cumplimenté el documento bajo la mirada amable del oficial del Colegio, que me hacía sugerencias oportunas.

—¡Olvido! Cómo no iba a acordarme. Usted es aquella jovencita que vino referenciada por el juez Fariña —observó de repente, estirando aún más aquel curioso bigote—. Encantado de volver a

verla. Marque todas las casillas, si quiere; pero si tiene hijos, no le recomiendo menores. Es muy duro.

No tuve que preguntarle por qué sospechaba que tenía hijos: el bolso que había abandonado sobre el mostrador exhibía todas mis intimidades en una desvergonzada postura de asas abiertas. Un chupete y un pañal presidían la panorámica.

Comprobó mis documentos, me explicó la organización y me recordó dónde estaban las togas, para cuando las necesitase.

«Porras, ya no tengo la de W&R, tendré que usar alguna de estas. Espero que al menos estén limpias. Y que tengan mi talla».

Al terminar, me dirigió la mirada más comprensiva que había recibido en años y bajó la voz para lanzarme una pregunta:

—¿Conoce mucho a ese abogado?

—Digamos que en su día compartimos estudios —confesé.

—Entonces ya sabrá usted cuidarse de él —respondió guiñándome el ojo.

Me fui con una lista de documentos que guardé en el maletín. Dudé si dirigirme o no a la cafetería. El móvil interrumpió mis pensamientos y me permití responder, a pesar de que estaba trabajando. Ahora era dueña de mi tiempo. Amelia me recordaba que en una hora le tocaría el pecho a Gustavo y me preguntaba si no me importaba comprar unas zanahorias antes de subir.

Me puse tan contenta de resultar útil en casa que entré en el café Justicia con más entusiasmo del que me habría gustado mostrar. «¡Dueña de mi tiempo!», pensé. Una trampa entonces desconocida para mí.

El espacio seguía igual de rancio que siempre. Olía a una mezcla de escayola, madera demasiado encerada y café bueno. Busqué entre las mesas, superpobladas de varones con diferentes variedades de traje oscuro y corbata. Alguna chaqueta a medida, plácidamente acomodada en la espalda de su dueño, se enorgullecía de la minuciosidad con la que había sido confeccionada. Las otras, sin embargo, se descolgaban con holguras y arrastraban el aspecto triste de no disfrutar de descanso. Alguna mostraba, incluso, las arrugas del maltrato y suplicaba a su dueño una semana de vacaciones en la tintorería.

La máquina de café emitió de pronto un chirrido exagerado. Me sobresalté y me giré hacia la barra, donde descubrí a Barbosa sonriendo con cara de suficiencia. La suya era una chaqueta corriente, sin grandes fatigas y sin demasiadas pretensiones. De nuevo el chillido afilado de esa cafetera con cistitis. Tan desactualizada como el resto del local, paría cada café con sudor y lágrimas. Me fijé en que no era

la única mujer, aunque no abundaban. «Las abogadas no hacen vida social en el entorno de los juzgados», deduje por mi propia experiencia.

«O las abogadas han descubierto algún sitio mejor que este rancio tugurio», me animé a aventurar enseguida.

—¡Olvido! —escuché al tipo gritándome con aspavientos desde la barra.

Habría deseado el don de la invisibilidad. Enderecé los hombros y me dirigí hacia él desprendiendo rayos láser con mi mirada. No cayó fulminado. «Tendrás que seguir explorando otros superpoderes», me dijo mi ego.

—Querido, tengo poco tiempo. Ponme al día rápido, porque en diez minutos abandono este antro.

—Tendré que ir directo a la espinilla —soltó, complaciéndose con sus propias carcajadas.

De inmediato, sentí lástima. Se puede ser socialmente torpe, pero llegar casi a la cuarentena haciendo los chistes de un niño de ocho años me parecía patético. Me debatí un rato entre la ternura reminiscente de nuestro pasado compartido en la facultad y el desprecio más absoluto de ese presente deleznable. Qué desleal resultaba el transcurso del tiempo. Cuando estudiábamos la carrera, Juan Barbosa nos hacía reír con sus ocurrencias infantiles. Yo lo apreciaba con la misma intensidad con la que ahora, por idénticas bromas, lo despreciaba. Tal vez había cambiado yo, de tanto convivir con trepas desaboridos que confundían el rigor con la seriedad y la excelencia profesional con la distancia social. Sentí el impulso de ser amable con él.

Otra vez el chillido de esa máquina y un camarero regordete dirigiéndose a nosotros.

—A la señora no la conozco. ¿Qué desea? —le preguntó a Barbosa.

—Un café solo —respondí yo, manifestando mi voluntad de visibilizarme. No soportaba esos gestos machistas. Volví a mis prisas y apremié a mi colega.

—Centrémonos, por favor. Tengo que irme pronto —insistí—. ¿Cómo estás? ¿Cómo te van las cosas?

—De eso quería hablarte, precisamente. De que te vaya a ti igual de bien que a mí —declaró.

Reconsideré mi compasión. Alcé las cejas.

—Sé que dejaste el despacho porque Adán me lo contó. Creo que se propasó un poco contigo y tú siempre has sabido marcar las distancias con los tíos. Hiciste bien en irte y en ponerle en su sitio. También estaba liado con una de las recepcionistas. Je, je

Escuché el discurso sin abrir la boca. No desmentí nada. Cuando el imbécil se convierte en soplón es mucho mejor dejar que vierta todos los chismes de una tacada. Cuantas más falsedades derramaba él, más veracidades recogía yo. Mantuve la postura de escucha sin inmutarme, como si supiese de qué me estaba hablando, hasta que se vació de embustes.

—Bien. Agradezco tu apoyo —legitimé con una sinceridad recién estrenada.

—Quiero que vengas a trabajar conmigo. Somos viejos amigos y yo no soy un conquistador. Te valoro por tu agudeza y por tu dominio del derecho, Olvido. Tengo clientes muy importantes que vas a apreciar, te lo aseguro. Estoy dispuesto a ir al 50 %, una vez descontados los gastos del despacho. Lo tengo bien organizado. Tengo un buen espacio en propiedad y te dejaría darle ese toque exquisito de la gente con clase. No necesitarás meterte en el turno de oficio. No has presentado esa solicitud, ¿verdad?

«Tengo, tengo, tengo…, tú no tienes nada… ¿Te falta meter las ovejas en la cabaña?».

Mi mandíbula inferior quería preguntarle qué tipo de toque exquisito buscaba en el espacio. Mi mandíbula superior se moría por interrogarle acerca de lo que significa «despacho bien organizado» y «clientes importantes». Mi lengua medió entre ambos maxilares y entré directa al último asunto que planteaba.

—Hace mucho tiempo que deseo dedicarme a la justicia gratuita. No pienso en absoluto que se trate de abogacía menor. Todo lo contrario. Creo que representar a quien no tiene recursos para defenderse dignifica y da sentido a esta profesión.

—Eso lo dices porque no has tenido que hacerlo nunca —sentenció—. ¿Sabes realmente qué asuntos vas a asumir? ¿Sabes que vas a estar los fines de semana de guardia entre comisarías, cuarteles, juzgados y calabozos? ¿Sabes la cantidad de documentos que hay que preparar por cada persona a la que asistes? ¿Sabes que te llaman a cualquier hora de la noche y tienes que coger el coche y conducir hasta quién sabe dónde? —De pronto pensé en subir al Colegio y desmarcar la casilla de penal—. ¿Sabes que a veces dedicas un año a un proceso civil y tienes que devolver la asignación provisional porque finalmente el cliente no tiene derecho a la justicia gratuita?

—Veo que has practicado mucho este argumento y te agradezco la cruda realidad que me estás exponiendo, pero siento esta vocación desde niña. Entiéndeme, es una cuestión moral para mí.

—¿Qué valor tiene esa moral y cuánto te va a costar, Olvido? Desde tu palacio dorado, seguramente no hayas analizado la repercusión que

tendrá esa vocación en tu bolsillo. El turno no se ha convertido en la abogacía menor porque los profesionales tengan poca pericia o poca experiencia, sino porque la sociedad no te va a compensar el esfuerzo. Ni en dinero ni en gratitud. La mayor parte de las veces son los propios representados los que te desprecian por defenderles. ¡Déjate de sermones y sé práctica!

No sé qué ruido se estaba volviendo más molesto, si el de la histérica cafetera o el de mis propios pensamientos. De pronto se encendió la pantalla del móvil, vi el reloj y lo dejé casi con la palabra en la boca. No leí el mensaje.

Conduje más rápido de lo que me hubiera gustado. Los destellos de la conversación con Barbosa se encontraban en mi cerebro como los coches de choque en una pista de feria. «Así que Adán va presumiendo de su caza».

Cuando entré por la puerta de casa, Amelia me censuró con una sonrisa poco consistente. Acunaba al niño boca abajo, como un oso perezoso, entre el columpio que formaban sus brazos. El bebé tenía la carita congestionada de tanto llorar. Me lavé las manos y me lo puse al pecho sin esperar a sentarme, destilando mi culpabilidad en cada uno de sus suaves gemidos de complacencia. Amelia no dijo nada. Hubiese preferido que me riñese, para poder tener una adversaria de quien defenderme.

Tampoco había comprado las zanahorias.

Capítulo XVIII
Un arpa, un taxi y un poema de Lorca

Toda persona tiene derecho a la libertad y a la seguridad.

Artículo 17 de la Constitución española

La aplicación se abría con una lentitud extenuante. En la pantalla se desplegaba el monocorde menú gris sobre un fondo blanco enmarcado en azul.

«A ver cómo era esto… Carpetas, no. Escritos. Sí. Vamos, aquí es».

Y ante mí aparecieron los sucesivos desplegables: Iniciadores, clic. De asunto, clic. Remitente, Queizán de la Vega, Olvido. Tecleé. Un cosquilleo de excitación apremiaba mi primera demanda en libertad. Sobre un nuevo menú azul, Órgano, aparecieron cinco nuevos apartados: comunidad, provincia, partido judicial, órgano, orden.

«Qué rollazo. Echo de menos a Alfonso. Vamos, tú puedes hacerlo sola».

Nuevo apartado, clic: Interviniente.

«¿Catorce recuadros?».

Tipo de persona, tipo de intervención, tipo de identificación, número, nombre, primer apellido, segundo apellido, fecha de nacimiento.

«¿Por qué no coge la fecha de nacimiento? Ah, con guiones, no; con barras. Esto es una pérdida de tiempo».

Lugar de nacimiento, clic, país de nacimiento, clic, nacionalidad, nombre padre, nombre madre…

«¿Y del perro? ¿No hay un recuadro para el nombre del perro?».

Empezaba a salir un tibio y denso humo por todos los orificios de mi cabeza. Se me estaba evaporando la paciencia.

«La libertad está sobrevalorada. ¡No me compensa!».

Una demanda de divorcio. Ja. El primer asunto que presentaba ejerciendo de forma independiente era una petición de independencia. Paradojas.

«Debería haber dicho que no era mi especialidad».

Un divorcio, en plan Ana Diosdado en *Anillos de oro*. Y con el recuerdo de aquella serie, me animé. Lola, la protagonista de aquella

serie, también era una mujer que empezaba mayor.

«Y lo hacía muy bien.

»Eso era una serie.

»Y qué. Yo parto con una ventaja: cuando ya tienes experiencia, aprendes más rápido.

»O no».

Zanjé mi diálogo interno, que no me llevaba a ningún lado. La realidad era que no me hacía a la idea de estar brazo sobre brazo y no tenía más clientes que la excéntrica Teresa Vera. Y más que no disponer de asuntos activos, me negaba en redondo a reconocerle a Elisa o a mi familia que me aburría y que, por el momento, mis gastos superaban con mucho a mi esperanza de ingresos.

El día que se presentó allí, la mujer venía sin cita. Sonó el timbre de la puerta y, ¡ta-chán!, clienta nueva. Algo que no podía suceder en W&R. Nadie entraba por la puerta sin más. Los clientes se dirigían a nosotros por referencias o porque nosotros íbamos a presentarles nuestros servicios.

Yo estaba en mi oficina por casualidad. Vigilaba que el electricista camuflase bien los cables de impresoras, cargadores, ordenadores, lámparas y cualquier otro chisme que hubiese que conectar. No soportaba los alargadores.

Mi despacho tenía aún los muebles cubiertos por plásticos, así que el encuentro con mi espontánea clienta se produjo en la luminosa sala de espera, que ya estaba pintada y lista, a falta de un par de plantas y cuadros. La senté de espaldas a las ventanas, que daban a un patio de manzana, y la mujer, sin pestañear, narró toda su odisea matrimonial (incluido cierto nivel de detalle que yo no necesitaba escuchar).

Yo había oído toda aquella narrativa intentando extrapolar los datos relevantes. En la casa de enfrente, un hombre joven tendía la ropa. Cada dos o tres bragas o calzoncillos, movía el tendal desplazando las prendas a su derecha, para encontrar un nuevo tramo de cuerda virgen. Cada movimiento, un chirrido desagradable. Mientras, la mujer seguía detallando diálogos del tipo «yo le dije, él me dijo», con un valor emocional en el que yo no estaba en absoluto interesada. Aunque procuraba no distraerme, reconozco que me perdí algunos fragmentos, probablemente irrelevantes, de la historia. «Tengo que instalar un vinilo traslúcido; que no se vea ese desagradable paisaje de intimidades del vecindario».

—Y el arpa. Eso es lo único que te pido.

Lo que podría haber durado una media hora se había alargado casi dos y yo, en fin, no sabía a qué se refería.

—Tú dirás qué quieres que hagamos con el arpa —traté de

disimular.

—¿No lo entiendes? Si me quedo con el arpa, mi hija solo querrá estar conmigo. ¡Que le den, maldito farsante!

Salvada por la campana. Tomé nota de sus datos y durante las siguientes semanas traté de negociar con su marido un convenio regulador. El arpa resultó ser un escollo para firmar un documento civilizado de acuerdos de aquel divorcio.

Suspiré aliviada. Había presentado, por fin, el escrito de demanda y salí del despacho con una doble sensación de alivio: conseguir adjuntar la larga y pesada lista de documentos y librarme de aquella mujer durante las dos o tres semanas que tardaríamos en recibir la contestación.

Busqué el teléfono para enviarle un mensaje de aviso. Me lo había dejado en casa. «¡Miércoles! Bah, no importa. Así estaré tranquila un rato». Pensé, y me equivoqué. La tranquilidad ya había huido de mi vida.

Encendí Radio Clásica nada más subirme al coche. Martín Llade terminaba su *Sinfonía de la mañana* y empezaba *Música a la carta*, un programa que apenas conocía; a esas horas estaba siempre trabajando. Amaya Prieto me pareció sensata y le di una oportunidad a su espacio. No me arrepentí. Empezó a sonar *El Moldava*, de Smetana, en respuesta a la solicitud que un oyente había enviado a la emisora. Cerré los ojos antes de girar la llave de contacto y me desplacé mentalmente a la selva de Bohemia. Subí el volumen. Conduje arrastrada por la corriente entre los bosques y pastizales y disfruté como hacía tiempo que no disfrutaba la música. Me dejé arrastrar por el caudal del río hasta los rápidos de San Juan; y allí, entre sus címbalos y timbales, escuché un pitido.

«¡El airbag! ¿Por qué pita el airbag?».

Interrumpí aquel poema sinfónico para llamar a Audi y preguntar si podían echar un vistazo al coche. «¡Mierda, el teléfono!».

De pronto vi el rótulo de un taller: «Mecánica rápida. Especialistas en inyección, diésel y gasolina». Y bajo los textos, los símbolos del aceite, del radiador, del ABS… Y, ¡eureka!, también del airbag. Puse el intermitente y me asomé para ver si de verdad eran rápidos. Ya no podía demorarme más o llegaría tarde para dar de mamar a Gustavo. Me atendieron enseguida. Vaya si lo hicieron.

—Ya tenemos lo que es, señora. —Se acercó a mí un joven muy menudo, mostrándome la pantalla de una tableta digital. Señalaba una línea de letras con la mano derecha. Yo, sin embargo, miraba fijamente el tatuaje de su mano izquierda.

—Yo pronuncio tu nombre —leí en alto el texto, que empezaba en

el dedo corazón y llegaba hasta la muñeca, y seguí recitando el poema de memoria:

> en las noches oscuras,
> cuando vienen los astros
> a beber en la luna
> y duermen los ramajes
> de las frondas ocultas.

—Mire, es el airbag delantero del conductor —respondió él, muy serio, ignorando mi declamación. Me subió un cosquilleo de rubor desde debajo del ombligo hasta los mofletes—. Creo que no debería circular así. Si deja aquí el coche, se lo revisamos.

—¡Claro! Por supuesto —contesté, sin pensar demasiado.

Probablemente, aquella frase en su mano era casual. Me sentía ridícula. Él no había comprendido mi arranque poético y yo había quedado como una ligona de discoteca.

El joven se desplazó a un pequeño cuartito cerca de la entrada donde reposaba un refulgente iMac de 27 pulgadas. Una desnuda bombilla incandescente se resistía a morir y emitía una luz amarillenta y antigua sobre el cabello abundante del mecánico. Tecleó mirando a la pantalla utilizando todos los dedos, con la agilidad de un mecanógrafo profesional. Imprimió un recibo del vehículo con un presupuesto provisional.

—¡¿400 euros?! —exclamé.

—Lea bien, por favor —replicó él sin inmutarse, con un desconcertante tono entre la firmeza y la amabilidad—. Eso sería el importe de la mano de obra en caso de cambiarlo por completo. El airbag, como le pone ahí, rondará los 500 euros. Si hace falta, tendremos que pedirlo, pero es posible que solo haya que reparar el anillo. Eso serán solo unos 180 euros —continuó explicándome los detalles mientras yo lo miraba perpleja, posiblemente con la boca abierta, y calculaba el mejor y el peor escenario posible.

—¡Ajá! Está bien —solté en una resignada respuesta de aceptación mientras firmaba el documento.

— ¿Quiere que llame a un taxi?

—No —respondí orgullosa—. Ya lo cojo ahí abajo. —Y señalé la calle. Aunque no estaba convencida del lugar exacto, sabía que por allí había un edificio de la Seguridad Social con una parada de taxis delante.

Inicié la marcha y escuché a mi espalda:

—Y yo me siento hueco / de pasión y de música. / Loco reloj que

canta / muertas horas antiguas.

El mecánico del iMac terminaba el poema de Lorca mientras me acompañaba hasta la puerta. No dijo adiós.

Yo balbuceé un grotesco «chao», sin terminar de cerrar la boca. Mi subconsciente continuaba recitando:

> Yo pronuncio tu nombre,
> en esta noche oscura,
> y tu nombre me suena
> más lejano que nunca.

Mi yo consciente trataba de recordar en qué calle estaba la dichosa parada. Como quien escucha una canción y no es capaz de sacársela de la cabeza, me vi obligada a deambular sin dejar de recitar.

Empezaba a hacerme un lío, cuando vislumbré la blanca letra T sobre el cuadrado azul en una indicación vertical que señalizaba mi salvavidas. No me había perdido.

Ningún coche en la parada. Me puse a esperar. El edificio público respaldaba mi confianza en que pronto llegaría un taxi.

Los cinco o diez minutos siguientes dejé de recitar porque mis pensamientos saltaban del coste del arreglo a la incertidumbre.

«¿Habré hecho bien en dejar ahí el coche sin pedir un segundo presupuesto?

»¡Cuánto tardan aquí los taxis!

»¿Qué hora será?

»Y yo pensando que no llevar el móvil me aportaría cierta tranquilidad… Podría estar llamando a la centralita de Radiotaxi.

»Y ahora se pone a llover.

»Pediré ayuda dentro».

Entré en el edificio de la Seguridad Social levantándome el cuello de la gabardina para mostrar mi situación de desamparo y hablé con el vigilante de la entrada. Me ordenó traspasar el arco de seguridad y dirigirme a Información.

—Solo es un momento.

—Ponga el bolso en la cinta, por favor —me ordenó muy seco.

Coloqué el bolso en la dichosa cinta y, una vez que salió del túnel, lo cogí entre ambos brazos y rebusqué dentro, como si no confiase en aquel conducto de rayos equis. Efectivamente, faltaba la cartera. Me quedé mirándolo perpleja. Me apoyé en la mesa de registro y vacié el bolso. No estaba la cartera. De pronto recordé que la responsabilidad era mía, no de los rayos. Había cambiado de bolso para que me cupiese la carpeta con la demanda de mi nueva clienta. «¿Y cómo

pago el taxi?».

Diseñé una estrategia mientras me dirigía hacia Información. «Pediré al taxista que espere un minuto en la puerta de casa y subiré a por la cartera». Satisfecha con la solución, me acodé en el frío mármol que hacía de mostrador y pregunté si podían llamar a un taxi. Un hombre que (des)atendía el punto de (des)atención a la ciudadanía tardó varios segundos (que se me hicieron eternos) en levantar la vista del papel que estaba leyendo. Dejó que las gafas se deslizaran hacia la punta de su nariz en un ilustrativo gesto que duró veinte segundos más y, blandiendo su sello en una clara posición de amenaza al documento, espetó:

—Está usted en un organismo público, no en un servicio de telefonía.

Pum. Estrelló el tampón con más fuerza de la necesaria. El desafortunado papel, que sufrió el golpe con sumisión, me dedicó una mirada solidaria con sus ojos de papiro. Elongué la cabeza todo lo que pude y me giré rumiando una despedida entre las muelas.

Fuera llovía todavía más. El día se estaba poniendo muy desapacible y tuve que refugiarme en los soportales otro rato infinito. En cuanto cesó el chaparrón, salí de nuevo a la calzada para ver si conseguía atisbar algún taxi en la siguiente perpendicular, que me parecía ligeramente más transitada. Seguían sumándose los minutos y mi temor de no llegar a tiempo se incrementaba. Dudaba si volver o no al taller y pedir que lo llamasen. No. No podía quedar tan mal con mi mini-Lorca.

De pronto vi la luz verde de un taxi a unos doscientos metros y sentí el color de la felicidad. Un tono que a veces es blanco, de una luz de marcha atrás cuando buscas desesperadamente aparcamiento y vislumbras que otro coche está dejando su plaza; o el rojo de un semáforo, cuando necesitas que el autobús se detenga para darte tiempo a alcanzar la parada. Me lancé hacia el vehículo sin apenas ver al hombre que abría la puerta y se subía al asiento trasero antes que yo. Un ciudadano o un funcionario, vaya usted a saber, que había salido a la carrera del edificio de la Seguridad Social.

—¡Eh! ¡¡¡Eh!!! —grité airada—. ¡Lo he parado yooo! ¡Llevo aquí más de media hora! —continué exaltada, protestando ante el conductor, que había bajado la ventanilla para indagar a quién correspondía la carrera.

—Disculpe, no sabía. ¿Fue usted quien llamó? —dijo cortésmente, mostrando su disposición a arreglar el entuerto.

—Llamé yo —respondió el hombre con una sonrisa de disculpa desde el asiento de atrás—. Pero si quiere, se lo cedo a usted.

En un periquete, él había dejado de ser un bandolero para convertirse en un educado ciudadano con derechos de pasajero. Yo había dejado de ser una dama para convertirme en una histérica grosera sin derecho a utilizar el servicio.

—No se preocupe —resolvió el taxista pulsando un botón—. Llamo yo a un compañero que vendrá enseguida.

—De acuerdo. Gracias. Y… disculpe —tartamudeé dirigiéndome al afortunado.

Traté de mantener el tipo y me dispuse a esperar lo más erguida que pude. Su amabilidad había sido para mí como el fuego lento para una cebolla: había perdido completamente la entereza.

—¡Olvido! —Alguien pronunció mi nombre.

Joaquín Gutiérrez me saludaba desde el asiento de atrás de un coche con chófer. Parados en plena calzada, formaban un pequeño atasco. Delante de mí seguían pasando algunos coches que dificultaban el saludo. Intenté despedirle con la mano.

—¡Te llevo! ¡Ven!

—No te preocupes, ya viene mi taxi. —Emplaté mi argumento encebollado y leí en su cara que había presenciado la escenita anterior.

—¡Vamos, me pilla de camino!

Lo decía con una dulce vehemencia, pero yo ya no veía en su insistencia nada más que un interés opaco. Le entregué mi gratitud con un nuevo gesto de despedida y sonrisas a la marinera.

Esperé cinco minutos más, pero el colega de aquel educado taxista no daba señales de vida, así que empecé a hacer cálculos: «Tiempo de recorrido en taxi, 8 minutos. Tiempo de subir a casa a por dinero: 2 minutos. Tiempo de espera, indefinido. Si camino a buen ritmo, estaré en casa en menos de 20 minutos». Y así fue. A ratos corriendo, a ratos andando y siempre entre esporádicos chaparrones que me parecían bendiciones en el sofoco de la carrera. «¿Cómo he podido perder así la forma física?». Empezaban a arderme los pechos. La campana de la naturaleza estaba convocando a mis glándulas mamarias.

Cuando entré por la puerta, Amelia esperaba recorriendo el salón con el bebé en brazos. Se desplazaba de esquina a esquina, como el vigía de un torreón de defensa. Me dirigió una mirada condescendiente pero no dijo nada. Yo me lavé las manos sin quitarme el abrigo y me arrojé sobre el sofá. El niño buscaba con avidez su alimento, entre los hipidos del llanto recién aplacado. Noté la humedad en el trasero, pero no me importó. En cuanto enganchó el pecho, emitió un hondo e intermitente suspiro y comenzó a succionar tranquilo. Mantuve, embobada, la mirada profunda del bebé. Qué

pronto perdona un corazón tierno. En ocasiones, trataba de asir mi pecho con su pequeñísima mano, que resbalaba por el sudor y se dejaba caer, relajada, manteniendo el movimiento de succión rítmica. Gorjeos de gratitud.

El suceso del taxi y el microencuentro con Joaquín se habían desdibujado en la niebla de un tiempo ya muy alejado. En otro plano de mi existencia.

—La han llamado muchas veces por teléfono. —Entró Amelia y me entregó el móvil hendiendo con el hacha de su mirada la magia que madre e hijo habíamos creado.

—Gracias, Amelia.

Y, sin saber muy bien por qué, comencé a narrarle todas las causas de mi tardanza: la avería del coche, las diferentes posibilidades de arreglo (incluidos los costes), la aíantipatía del funcionario y su sello mortal, el desastroso olvido de la cartera y hasta, algo edulcorado, mi intento de hurto de un taxi. No dije nada de la propuesta de Joaquín. Porque había sido un error rechazarla y por no pronunciar su nombre. Más lejano que nunca. Tal cúmulo de verdades se parecía mucho a una gran mentira.

—No necesita darme explicaciones, doña Olvido.

Pronunció ella mi nombre,
más lejano que todas las estrellas
y más doliente que la mansa lluvia.

Capítulo XIX
Un menú en bicicleta

El que por acción u omisión causa daño a otro, interviniendo culpa o negligencia, está obligado a reparar el daño causado.

Artículo 1902 del Código Civil

Amelia cogió al niño de mis brazos y lo hundió en su pecho mullido. Una mujer rellenita. Esférica. Como un algodón de azúcar. Tal vez por eso mis hijos la adoraban. Redonda y mullida, se sostenía en milagroso equilibrio sobre unas finísimas piernas. A veces me preguntaba si llevaría un plomo en los zapatos, como los tentempiés. Su calzado, en cualquier caso, no parecía elegido por estética. Lo suyo no era el buen gusto. Y qué. Qué le importaría a un bebé la inclinación estética de sus cuidadores.

—Mira qué espabilado estás ahora que has comido —se dirigió Amelia al bebé, que estiraba la cabecita por encima de su hombro en un movimiento tenso.

—Necesita que le facilitemos la digestión —aclaré como experta, casi en el mismo momento en que el niño emitía el incómodo ruido de los gasecitos.

—¡Ahora sí! —celebró Amelia—. ¡Vaya eructo, compañero! Así se hace.

—¡Vaya! —dije casi sonrojada—. A ver si consigue que se duerma, porque últimamente se resiste a la siesta. —Me escapé al baño con la excusa de secarme la ropa, aún mojada por la lluvia, y aproveché para esconder mi opinión sobre semejantes expresiones. «Con razón hay que estar corrigiendo el vocabulario de Alicia. Hasta Lucas dice ya barbaridades».

Traté de situarme de nuevo en mi rol profesional y organicé mentalmente las llamadas que tenía que hacer. Aunque me provocaba bastante pereza, empezaría por la mujer del divorcio.

Arrimé la oreja a la puerta de mi dormitorio, tratando de escuchar la rabieta del niño. Ni un sonido. Me pegué más. Nada. Comprobé si el móvil estaba silenciado y salí de puntillas hacia el salón. Pasé junto a la habitación esperando ver a Amelia con el niño en brazos. Nada. Me

dirigí a la cocina, dispuesta a reñirle por no acostarlo. Amelia zarandeaba las cazuelas tranquilamente.

—¿Y Gustavo? —inquirí.

—Ya se ha dormido. —Me plantó la noticia sin anestesia.

Me costó unos minutos razonar por qué conmigo no se dormía así de rápido. Pensé en la postura de la digestión, en mis hombros huesudos, en que le huelo a mamá y a mimo. Y esa última explicación me sumió en la calma necesaria para ponerme a trabajar.

Me disponía a llamar a Teresa, cuando vi en la pantalla varios mensajes desde un número desconocido:

«¿Por qué no has querido que te llevase?

»Seguimos siendo amigos, ¿verdad?

»Espero que sigas guardándome en tu corazón.

»Y en tus secretos».

Un sapo invisible saltó en las charcas de mi estómago vacío.

Una de las primeras medidas de W&R cuando abandoné mi trono fue bloquearme el acceso a mi ordenador y a mi teléfono. A pesar de Alfonso. Y hasta puede que con su ayuda. Así que tuve que deducir que era Joaquín.

«¿Qué secretos, pretencioso? ¿Que compras la fruta a través de las Islas Vírgenes para dejar allí todo el beneficio? Elusión fiscal de nivel principiante y te crees el capo de la clandestinidad. ¿O es que temes que se enteren tus socios de toda la pesca? ¡Ja! Por eso se ha quedado Maxi en el despacho, ¿verdad? Lo habéis involucrado para que sea el guardián de tus chanchullos. Muy listos. Y él, otra clase de imbécil: el pringado».

No le respondí.

Envié un mensaje a mi vecina Teresa.

«Si estás ahora en casa, puedo bajar».

Y sin darme tiempo de separar el dedo de la pantalla, me estaba telefoneando ella.

—Pensé que te habías olvidado de mí. ¡Vaya! Acabo de caer en que tu nombre anuncia el despiste. Espero que no sea un mal augurio. —Rio sonoramente con esa pobre y sobada broma que a ella le resultaba ocurrente y divertidísima.

El felpudo con las iniciales grabadas me pareció un detalle un poco hortera. Me sorprendió y me gustó el timbre, un sonido de carillón que no había escuchado hasta el momento en ninguno de los demás pisos.

—Lo compré con mi marido en Suiza hace muchos años —explicó al abrir la puerta y sin que yo le preguntase.

Entendí enseguida que toda su casa requería una visita guiada,

como quien va a un museo. Un recibidor pequeño se achicaba todavía más por la abrumadora saturación de sus paredes. Metopas y cuadros rodeaban un enorme pergamino «antiguo, auténtico, lo trajimos de Egipto» enmarcado en dorado. A la izquierda, un bargueño «toledano auténtico», siguió aclarando, «con incrustaciones de marfil auténtico». Repetía la referencia a la autenticidad en cada detalle que me mostraba. La profusión de recuerdos de viajes continuaba por el largo pasillo. Tantos eran, que me costó darme cuenta de que las paredes estaban forradas con piel. Cuando estábamos llegando al final, la toqué con disimulo para cerciorarme.

—Piel auténtica. Las cosas buenas ni cansan ni se estropean —sentenció.

—Es cierto —afirmé con sinceridad.

No compartíamos el gusto, pero en eso de elegir las cosas buenas, sí le daba la razón. Sentí algo de envidia porque no se me hubiese ocurrido a mí.

—Claro que tú, con esa chusma que tienes en casa, no podrías mantenerla en condiciones. —Y me recorrió un escalofrío. Siempre parecía adelantarse a mis pensamientos.

—Me temo que no, efectivamente —convine, sin disimular ya mi estupor.

El salón estaba oscurecido por unas gruesas cortinas verde hoja. La mesa de cristal parecía un diseño de los años sesenta, por lo visto, «un capricho» de cuando se casó.

—Pero entonces no teníamos dinero, no te vayas a creer. Yo me casé con él porque le quería de verdad. Me casé «enterita» y enamoradísima. Y él no dejó de contentarme hasta que se marchó. —Narraba su devoción por él señalando un retrato que presidía el salón. Un hombre atractivo, con un ancho torso desnudo y alas de ángel—. Lo pintó uno de mis amigos, que también le quería mucho.

Resultó que el autor del cuadro era la pareja de un conocido adivinador. Me reservé la opinión y me senté en el sofá para tratar de centrar la conversación. Me costaba prestar atención con tal exhibición de cachivaches. No acepté el güisqui ni el vaso de agua que me ofreció. Ella se sirvió un buen doble con hielo y se lo bebió de un sorbo. Me dejó anonadada.

—Verás, no es que no me fíe del director del banco, pero hay que entender que él va a lo suyo. Y yo miro por lo mío. Me entiendes, ¿no? La semana pasada me llevó a una presentación de varias empresas por si quería apoyar alguna.

—¿Una ronda de financiación?

—Eso es. Me ha hecho prometer que no diría nada de que él me

había dado el chivatazo. Por lo visto, son unos conocidos suyos que necesitan pasta para poner en marcha el negocio. ¿No te extraña que, en vez de prestarles el dinero el banco directamente, me llame a mí? Ya se lo he dicho a mi sobrino, Alvarito: estos buscan algo más.

—Bueno, tal vez no cumplan los requisitos que el banco exige para financiarles el proyecto. —No me dio tiempo de preguntarle a qué se dedicaban.

—Es una *start-up*, me explicó. Tú sabrás cómo se escribe, porque yo no aprendí inglés y estos lo hacen todo así, hasta el nombre de la empresa. ¿Cómo era…?

Se rascaba el cardado de la coronilla con el índice, el meñique estirado hacia el techo. Sobre su cabeza se formaba una peineta. La mirada, tensa y perdida hacia arriba. No me atrevía a interrumpir aquel proceso de búsqueda de información en la caverna de su memoria.

—Micifuz es el gato… —continuó en un claro ejercicio asociativo —. ¡Bicifuz! ¡Eso es! Bicifuz: llevan comida en bicicleta. Pero no la hacen ellos. Imagínate que coges ahora el teléfono móvil, tocas a unos botoncitos y buscas el restaurante que más te gusta, eliges el menú que quieres y media hora después tienes la comida en tu casa. ¿No te parece una idea muy buena?

Lo cierto era que en aquel momento me resultaba novedoso. Se parecía a las pizzas a domicilio, con la diferencia de que no fabricaban ellos la comida, solo la recogían y la entregaban con un medio de transporte ecológico. Tenía buena pinta. Cogí la carpeta que me entregaba. Se llamaba en realidad Bicifood y el dosier había sido elaborado con detalle. Un acabado satinado, una estética muy armónica, imagen de calidad y una maquetación profesional. Faltaba ver el contenido y las condiciones, antes de decirle nada. Le prometí estudiarlo con calma y le pedí el contacto del director del banco con el fin de averiguar algo más sobre el negocio y sobre su papel de celestina.

¡Vaya con mi vecina! Financiar una empresa emergente con la cantidad que me había parecido leer en un primer vistazo no era, precisamente, jugar al Monopoly.

Cuando ya estaba en la puerta, me anunció:

—Quiero que en el contrato incluya que me traigan la comida gratis a mí. Solo con no tener que pensar qué cocinar todos los días, ya me compensa lo que voy a invertir. ¡Anda, vete, que me estás entreteniendo y quiero echar la siesta antes de ver la película! —remató su petición sin el menor atisbo de preocupación.

Bajé directamente al aparcamiento. Si me daba prisa, le daría una

sorpresa a Alicia en el colegio. Al llegar a mi plaza, encontré un hueco triste y solitario en el espacio que debería alojar mi coche. Caí en la cuenta: lo había dejado en el taller. Empecé a remontar las estrechas y oscuras escaleras del sótano con sentimiento de frustración. A la altura del portal ya estaba indignada con mi despiste.

Capítulo XX
Un Jaguar antiguo

(...) Todos tienen derecho (...) a utilizar los medios de prueba pertinentes para su defensa, a no declarar contra sí mismos, a no confesarse culpables y a la presunción de inocencia.

Artículo 24.2 de la Constitución española

«Va a ser verdad que con cada hijo perdemos más neuronas».

Tres escalones.

«O seré yo, que me meto en demasiados frentes».

Ocho escalones.

«No debería haber empezado a trabajar tan pronto. Gustavo aún es muy pequeño».

Antes del vigésimo peldaño estaba tan disgustada conmigo misma, que solo me faltaba darme un par de bofetadas.

Tres, giro y ocho escalones más.

—¿Tienes el coche averiado? —Escuché la voz de Teresa cuando ya casi alcanzaba la segunda planta. —Puedes llevarte el mío. Yo no lo voy a usar.

No quise saber cómo lo había averiguado. Descendí el tramo que acababa de remontar y me acerqué a su puerta. Asomaban, a través de una rendija, la mano de mi vecina y una ligera fragancia de cebada destilada. Cogí el pesado llavero del que colgaban las llaves del coche y un montón de cachivaches que supuse destinados a ejercer como amuleto.

Salí del garaje como si el *whisky* me lo hubiese tomado yo. Temía rayarlo en las ajustadas curvas de acceso al garaje. Y, mucho más aún, temía que Alicia sacase alguna de esas armas de manchar que siempre llevaba en la mochila.

Estaba tan contenta de verme en la puerta del cole que casi me desplomo cuando se me subió encima. Me abrazó con la fuerza de todos los abrazos que nos debíamos de tantos días que no había podido ir a buscarla. Me propuse hacerlo más a menudo.

Una vez que se repuso de la sorpresa del «coche nuevo», le advertí de todos los riesgos de mancharlo.

—Verás, este coche me lo ha prestado la vecina Teresa.

—¿La que siempre está enfadada?

—No creo que esté de mal humor. A mí me parece que lo que está es triste, porque su marido se murió y debe de encontrarse muy sola. ¿Sabes?, a veces las personas tristes, como hablan poco, parecen enojadas.

—¡Ah! —respondió sin prestar mucho interés—. ¿Y mi silla?

De pronto caí en que no llevaba elevador para la niña. Le puse la mochila debajo del culete y le ajusté el cinturón repitiéndole:

—No puedes tocar nada ni manchar nada, porque este coche es muy muy… —Quise evitar las palabras *caro* o *lujoso* y busqué algo que decir mientras le sacaba los zapatos y los dejaba en el suelo para que no ensuciasen la tapicería de piel—. Es muy delicado —acabé la frase.

—¡Qué rollo! ¿Como cuando tú estás en el salón?

—Sí, como cuando esta-mos en el salón —acentué la responsabilidad compartida.

—Cuando estamos con-ti-go en el salón —matizó ella—. Papá y Amelia nos dejan jugar, si tú no estás. Eres una de-li-ca-di-ta, mamá. Lo dice Amelia.

Me habría gustado aislarme y rumiar su comentario, pero tuve que cantar con ella todo el trayecto: *Eran tres alpinos*, *La Tarara*, *Soy la reina de los mares* y todo lo que nos dio tiempo de desafinar hasta llegar a casa.

Con el despliegue vocal rebajé el enfado, pero no entré indiferente. Crucé una mirada seca con Amelia y bajé a devolverle las llaves a Teresa.

Apenas unos segundos más tarde, volví a entrar para buscar la silla de paseo de Lucas, simulando naturalidad. Como si no hubiese olvidado recogerlo al volver del colegio.

—No pude traer al pequeño. Hemos venido en el coche de nuestra vecina y no tiene sillas de niños —le expuse a Amelia mi improvisada explicación.

Me dirigí a la guardería empujando la silla vacía por la calle que me llevaba hacia mi destino. Me inclinaba más el sentimiento de culpa que la empinada cuesta. Tuve que bloquear las ruedas frente a un escaparate para descolgar el móvil que vibraba con insistencia.

—¡Miguel, cuánto me alegra hablar contigo! —respondí sujetando el teléfono con el hombro para seguir remontando la calle.

Cra-cra-cra, protestaron mis cervicales y se aliaron con el resto de mi espalda, dolorida de dormir mal y de despertar peor. Qué injusta retribución al esfuerzo.

—Te vas a alegrar más cuando gires la cabeza hacia tu izquierda.

Te llevo.

Casi se me cae el teléfono en el intento. Miguel esperaba en su coche, unos metros más abajo, en dirección opuesta a la mía.

—No me hagas volver a bajar —retomé la conversación, creando una de esas extrañas escenas en las que le hablas a un auricular, cuando tienes a tu interlocutor a escasos metros.

Después del eterno proceso de plegar la silla justificándome por no tener la agilidad suficiente, me subí al coche y expresé mi alivio con un suspiro enorme.

—¡Te echamos de menos, Olvido! —dijo, y me dirigió una mirada sincera antes de arrancar.

—Y yo a vosotros. Me siento un poco kamikaze en esta aventura en solitario. —Estaba a punto de contarle mis exiguos y menesterosos asuntos, pero me mordí la lengua.

—Creo que has hecho bien en irte. Tu antiguo departamento está huérfano. No han designado gerente y Adán se está haciendo cargo del equipo. Nuria me contó ayer que vio salir de su despacho a Sedano un poco turbado. Cuando se dio cuenta de que ella los estaba observando, le lanzó una de sus miradas de Norman Bates —contó entre risas.

Ambos nos reímos, porque siempre nos pareció un patético intento de amenaza.

—Algunos asuntos… —titubeó—, algunos de tus asuntos los está llevando Máximo. Hasta ha hecho ya un par de viajes a lugares exóticos. Huele raro.

—Sobre todo teniendo en cuenta que hace unos meses Adán quería cargárselo.

Me dejé llevar por los celos, supongo. Me fastidiaba que me reemplazaran como si nada y, encima, por un júnior tan corto de entendederas que había necesitado enchufe para entrar. Y atropellé a mi rabia cambiando de tercio:

—¿Cómo va vuestra adopción?

—¿Sabes cuál es la versión de tu salida?

Hablamos los dos al mismo tiempo.

—¿Te refieres a lo de que estaba estresada y presenté mi dimisión? —Me picó la curiosidad.

—Me refiero a la versión más conocida, la que se cuenta en todos los corrillos. —Ese *todos* acompañando a *los corrillos* se me clavó en la aorta—. Elisa empezó a sospechar que Adán y tú estabais liados, se lo contó a Josep Robles y este se presentó aquí para deshacer el entuerto antes de que la sangre llegase al río. Y con el jaleo, tú te pusiste de parto.

—Me troncho. ¡¿En serio?! ¿Y mi hijo es de Adán? Menos mal que

es idéntico a Fede, porque en ese nido de víboras hay de todo menos discreción y el chisme acabará llegando a sus oídos.

—Olvido, tú no tenías nada con él, ¿verdad? —Parecía estar convencido de mi inocencia, pero a mí me molestó la pregunta y él trató de justificarse—. Dicen que tuvisteis un rollo hace muchos años delante de medio despacho cuando Elisa y él estaban a punto de casarse.

Ya habíamos llegado a la guardería, así que mi negativa consistió en un ambiguo movimiento de cabeza y un discreto portazo.

—¡Va más rápido de lo que esperábamos! —Bajó la ventanilla para seguir hablando.

—¿Qué?

—La adopción, digo. Se está agilizando bastante. Ya sabes.

Me despedí elevando el pulgar con el triste vacío con el que acababa de abandonar el coche.

Le observé marchar. Conducía el mismo vehículo que cuando lo conocí, una década atrás. Todos nos habíamos burlado alguna vez de su abandono. Creo que la negativa a comprarse otro modelo era una provocación. Una forma más de rebelarse. Un desacierto. Hay personas a las que adoramos precisamente por sus desaciertos. Miguel era una de ellas.

«Se está agilizando la adopción», repetí en mi cabeza. No hace falta que le pregunte quién es el hada madrina de ese fenómeno.

Desde la verja de la guardería vi a media docena de peques compitiendo por la fuente.

La fuente.

¡La fuente! Qué idiota había sido. Misterio resuelto. Ya sabía quién había sido la misteriosa informadora de mi compañero de despacho durante aquellas últimas semanas en Watson & Robles.

Tecleé un mensaje mientras esperaba a que me abriesen. No obtuve respuesta.

Capítulo XXI
Siete kilos de cacao y una proposición deshonesta

El deber y el derecho de secreto profesional del profesional de la Abogacía comprende todos los hechos, comunicaciones, datos, informaciones, documentos y propuestas que, como profesional de la Abogacía, haya conocido, emitido o recibido en su ejercicio profesional.

Artículo 22 del Estatuto General de la Abogacía Española

Un hilo de luz blanquecina rozaba mis párpados cuando el graznido del teléfono acuchilló mis sueños. «Con tanta tecnología, ¿no pueden inventar un despertador inofensivo?». Antes de asimilar mi reflexión, me di cuenta de que el bebé no me había interrumpido en toda la noche. Con el cuello aún resacoso de beberme mis sueños, volví la cabeza hacia la cuna. No estaba. Me giré para alertar a Fede y, ¡bingo!, Gus descansaba en mi cama. Fede, no. En algún momento de la noche se habían cambiado las fichas. Me sentí incapaz de recordarlo.

Tomar conciencia de mi inconsciencia nocturna me reveló el grado de deterioro de mi descanso: había resuelto el alimento de mi hijo sin enterarme.

El teléfono emitía una luz de aviso.

«¡Miércoles, que estoy de guardia!».

Por fortuna, era solo la notificación de una llamada reciente, la única perdida de la noche. Telefoneé al cuartel de la Policía Nacional. Tenía que asistir a una mujer detenida.

Contemplé la laxitud del niño, custodiada por la ausencia de problemas. Deseé que fuese eterna y contagiosa. Me deslicé con suavidad de la cama y coloqué un parapeto de almohadas que protegiese sus movimientos. Busqué el vigilabebés en un par de cajones de la cómoda y abandoné con la seguridad de poder oírlo desde el comedor. Me urgía el café. Y un analgésico.

Alicia y Lucas estaban de conversación con Fede en la habitación; saludé en susurros recordándoles que Gustavo dormía. Repartí besos fugaces y salí de puntillas para no entretenerme. A pesar de mi empeño, me costó una hora abandonar mi casa. No me maquillé, no

me esmeré en el peinado. Solo era una delincuente.

Tras dos vueltas a la manzana, dejé el coche en un sitio mínimo y me enorgullecí de mi aparcamiento. Respiré, dividida entre el orgullo de mi precisa maniobra y la incertidumbre de lo que iba a hacer a continuación. Solo había pisado la comisaría para renovar algún pasaporte. Guardé mis dudas en la guantera y entré disfrazada de seguridad y confianza.

La mujer llevaba detenida 24 horas y la juez de guardia había instado de oficio la declaración, para garantizar su derecho de *habeas corpus*. Era el riesgo del que Toño, el oficial del Colegio de Abogados, me había advertido.

—Te toca guardia de penal en viernes, tendrás un montón de arrestados que atender.

Los detenidos no pueden pasar más de 72 horas sin haber sido puestos a disposición de la autoridad judicial. Una medida con sentido, si evita que se prolongue la detención de una persona inocente. Un fastidio, si todos los detenidos se los tiene que ventilar una novata. Con experiencia, pero novata.

Cogí la documentación que me cedió la policía y la leí con preocupación. Me acerqué a la sala donde la detenida esperaba. La mujer se sostenía la cara entre las manos. Un pelo mate y ligeramente desgreñado delataba su abandono. Le expliqué algo de lo que ya estaba al tanto: que tenía todas las bazas para quedarse detenida hasta que la juez de instrucción la citase de nuevo.

—Es un delito contra la salud pública. Es grave, ¿sabe? Tráfico de drogas. Se enfrenta a una pena de tres años de prisión.

—No puede ser. Yo solo estaba enviando un paquete a una amiga.

—Pero ese paquete contenía dos kilos de hachís.

—Era una simple caja de Nesquik. ¡Cómo iba yo a pensar que tenía droga dentro!

Me debatía entre darle una colleja o mandarla a freír espárragos. Quién quiere enviar una caja de cacao por correo. Para ser mi primera asistencia penal, no estaba nada mal.

De estudiante, solía decir que había dos tipos de delincuentes a los que me negaría a atender: traficantes de drogas y violadores. Sin embargo, aquella mujer no pertenecía al colectivo que yo había caricaturizado en mi lista de indefendibles. No parecía precisamente una mafiosa. Su aspecto miserable destilaba algo de inocencia. Tal vez de necesidad. Decidí escuchar su relato. Antes, me toqué la oreja, para encender un dispositivo de alerta imaginario. Quería estar atenta a cualquier indicio de maldad.

—La policía la detuvo ayer en la oficina de Correos cuando usted se

disponía a enviar un paquete. Si la encontraron allí es porque ya estaban investigando; sabían lo que contenía esa caja. Es decir, que no era su primer envío.

No salía de su boca ni una sola palabra.

—¡Atiéndame! Debe contarme qué pasó, porque es un delito importante, ¿comprende?

La mujer me miraba con ojos cansados y asustados. Su tez cetrina pedía a gritos hidratación. Una raíz canosa marcaba un surco en aquel pelo opaco.

—Envié dos paquetes más. El primero hace unos tres meses y el segundo, el mes pasado. Creo.

—¿A quién se los manda y quién se los entrega a usted? Cuénteme todo lo que sepa. Yo no soy la policía, soy su abogada y necesito saber lo que ha pasado para poder defenderla, ¿comprende?

—Me los dio mi amiga para que se los enviase a su hijo, que está en Irlanda estudiando y allí no tiene cacao sin gluten. Es lo que me dijo ella.

—Pues nada, habrá que saber si ese *chocolate* tampoco tiene gluten —murmuré, desconfiando.

No respondió a mi indirecta.

—Mire, yo no soy una experta, pero esa versión no es muy creíble. Ese paquete de cacao que usted mandaba a Irlanda cuesta 25 o 30 euros. Enviarlo, otro tanto. Si su amiga está tan limitada de medios, ¿cómo podía hacer esa tontería? Y otra pregunta que tendrá que aclararle al juez: ¿por qué no lo envía su amiga directamente?

—Ella está separada y el hijo vive allí con su padre. Si lo hiciese ella directamente, el padre se enteraría. Él no quiere que le manden nada. Es un hombre muy malo…, con ella y con el niño.

—Bueno, pues el hijo de su amiga y su amiga tal vez no sean tan víctimas como le han hecho creer.

No sé por qué estaba dando por buena su versión. O si siquiera me tragaba lo que me estaba contando.

—¿Desde cuándo la conoce? ¿Qué más sabe de ella? ¿Le han dado algo por hacer esos envíos?

—¡Qué va!, no me dan nada. Lo hago porque yo también tengo un hijo y entiendo que los críos se acostumbran a sus cositas. Bastante duro es estar fuera de casa, para que te falte también la comida que te gusta.

Me habría gustado entrarle al trapo, pero la conversación empezaba a hacerse densa y sin apenas información. Opté por insistir en mis preguntas y la mujer siguió narrando su supuesta inocencia.

—La conocí en las clases de yoga del centro social. Elisabeth se

mudó a mi barrio hace poco y se unió al grupo porque estaba la pobre muy dolorida de la espalda. Es inglesa o de por ahí. ¿Eso ya se lo dije? Y da más pena cuando cuenta su vida con ese acento. Le tuvo que costar escapar de su país y andar por ahí sola, con su hijo pequeño. Pero ella salió adelante y crio al niño, ¿sabe? Y yo sé bien lo duro que es eso. Creo que llevaba casi dos años viviendo en España cuando lo reclamó su padre.

El relato, tal como lo refería, resultaba sumamente incoherente, pero no quería entretenerme en los detalles.

—Verá, eso no nos interesa. Su amiga la ha metido en un lío, usted va a declarar ante un juez y necesitamos saber cuál es su papel en esta historia. El suyo y el de su amiga.

—Ella me contó todo esto que le digo a usted. Me dijo que ahora el hijo lo pasa mal allí, le cuesta adaptarse, con esa enfermedad. Y no se imagina usted cómo se quiere a un hijo.

Mi silencio permaneció inquebrantable.

—Yo no he hecho nada malo. Solo envié esos paquetes al hijo de esa mujer. Ni siquiera los abrí. La primera vez, sí. Quise asegurarme de que lo que me daba era cacao. A ver, que tonta no soy. Y hasta destapé la caja para comprobar que lo de *adentro* era lo mismo que lo de *afuera*. ¡Y lo era! ¡Era Nesquik! Así que en los otros no lo abrí; solo lo envié. Ya venía con la dirección y todo. Ella me lo acercaba a mi casa y yo lo llevaba a Correos, que me queda muy a mano. Cojo la línea 11 —se refirió al autobús, como si el dato tuviese alguna relevancia— y me bajo justo a unos metros. Ella sí me daba para el bus y todo eso.

—¿Le dio dinero, entonces?

—¡Cinco euros! —se defendió—. Para el autobús… y un café.

«Madre mía, qué ingenuidad la de esta mujer y qué abuso el de la inglesa “o de por ahí”». Si la historia era tan sencilla como decía ella, tal vez no sería fácil defender su inocencia, pero desde luego iba a resultar difícil demostrar su culpabilidad.

«¿Para qué rayos me habré metido en el turno de penal?».

Traté de consolarla, sin implicarme demasiado, por si acaso. Volví a fijarme en su aspecto abandonado. Desde luego, si era una traficante, no estaba invirtiendo las ganancias en sí misma.

Evidentemente, la juez no le pidió tantas explicaciones. Leyó el atestado policial, le hizo dos preguntas y ratificó su detención.

—¿Quiere que avisemos a alguien?

—No. Le voy a pedir solo una cosa, por favor: que no se entere mi hijo —suplicó con una vehemencia que durante el resto de nuestra charla había permanecido dormida—. Prefiero que me lleven a la

cárcel desde aquí, pero que no me vean mis vecinos, que si se entera el niño, me muero. —Como si hubiese recibido un disparo, como si la idea imaginaria de su detención en público la reventase por dentro, su cuerpo soltó el escaso aire que le quedaba y su piel fláccida terminó de arrugarse. Globo abandonado en la resaca de una fiesta. Así se la llevaron, triste y más cabizbaja aún que cuando la vi por primera vez.

Al salir de la declaración tenía dos notificaciones en el teléfono y una áspera atadura en la boca del estómago.

Opté por priorizar mi responsabilidad familiar devolviendo una llamada perdida de casa. Mi nudo se transformó en una enojada maraña de cordería cuando Amelia me preguntó qué preparaba de comer, porque no encontraba nada en la nevera.

—¡¿Cómo que nada?! Federico hizo la compra ayer.

— Sí, trajo un aceite muy bueno que no quiere que use yo, un vinagre de no sé qué gaitas, una nueva marca de pañales que absorben mejor y dos bandejas de *carpaccio* para una cena de ustedes dos. Mandanga de verdad, aquí no hay ninguna, doña Olvido.

«Y dale con *doña Olvido*».

Respiré hondo y le respondí que cogiese dinero de la cajita que yo dejaba en la cocina para emergencias y que fuese a comprar lo que considerase. ¡Yo estaba trabajando! Puede que el enfado no fuese con Fede ni con Amelia. De hecho, con quien estaba verdaderamente enojada era conmigo misma por haber olvidado hacer la planificación semanal y por dejar que Fede fuese a la compra.

La otra notificación era una llamada del turno. Tenía que asistir en su declaración a un carterista veinteañero que se encontraba en la comisaría, así que volví a entrar por la puerta. Esta vez más llena de confianza.

El ladronzuelo se había deshecho de los monederos antes de que lo pillasen y se conocía las posiciones de todas las cámaras. Nadie lo había visto, no llevaba nada encima que lo incriminase y, aunque la policía jurase conocer su afición por los bolsos ajenos, no podían demostrar que hubiese participado en ninguna de las dos sustracciones denunciadas en el centro comercial ese día. Un maestro del hurto y, sobre todo, un gran conocedor de la legislación procesal y penal. Sabía qué tocaba hacer y qué pena le podría caer si lo hubiesen detenido con alguna cartera encima. Distinguía perfectamente entre hurto y robo y entre delito y falta.

—¿Has pensado que todo el tiempo que dedicas a estudiar el ángulo de las cámaras o a observar el comportamiento de tus *clientes*, como tú los llamas, podrías dedicarlo a algo más productivo? Con todo lo que sabes, podrías ser abogado.

—Yo no tengo la pasta que tiene usted. No puedo tirarme años viviendo de la sopa boba. Estudiar es para ricos que tienen la comida en la mesa.

—No me vengas con un discursito de víctima social. Te has metido en esto porque quieres. Hay trabajo para gente lista como tú. Has elegido convertirte en un criminal y eso no va a sacarte de pobre.

—Usted no tiene ni idea. Con esos vaqueros ha querido aparentar que es uno de los nuestros, pero no se ha resistido a acompañarlos de una americana cara, por si se cruza a un colega en los juzgados. ¿Cree que esas zapatillas de Saint Laurent, que le habrán costado 400 pavos, son coherentes con su discursito moral?

Tardé unos segundos en asimilar lo que me estaba diciendo. No por la verdad o la falsedad de sus acusaciones, sino por esa precisión con la que no solo había leído las marcas de mis prendas, sino también mis intenciones. Las había leído antes de que yo misma me percatase de ellas.

—Ya que eres tan inteligente, ¿por qué no cometes un robo de verdad? Uno que te lleve a chirona los cuatro años que necesitas para estudiar Derecho.

—Necesito cinco. Se olvida del curso de acceso a la universidad. Y no podré hacerlo hasta que cumpla veinticinco. Así que tendré que esperar dos años para ese golpe. Si usted vende un tercio de su armario, puede financiármelo ahora. ¿Qué le parece esta obra social? —Me guiñó un ojo y reparé en que era bastante guapo.

Un crío mono, listo, que hablaba bien y obraba mal. Tal vez su madre lo había mirado alguna vez como yo había observado a mi bebé esa misma mañana. Probablemente, no sería una locura ayudarlo a salir del hoyo. Escuché su declaración poseída por una admiración absoluta, y cuando nos disponíamos a firmar todo el papeleo del turno y me encontraba a punto de sucumbir a su verborrea, se acercó a mi oído y me susurró:

—¿Puedes hacerme un favor? —Había cambiado al tuteo. Un trato de complicidad y de cercanía que yo no había autorizado—. Nos ayudará a los dos. A ti, porque te saldrá bien mi defensa y te apuntarás un tanto. A mí, porque me supondrá una ayudita para esa carrera que quieres que estudie.

Me aparté de repente y observé su sonrisa, astuta y persuasiva.

—Estás obligada a guardar secreto y quieres ayudarme, así que te diré algo que me vendrá muy bien. —Se acercó una vez más a mi oreja y siguió hablando. Yo fui tan torpe que no frené a tiempo su confidencia—. Las carteras están en una papelera del pasillo que va a los baños de la segunda planta, justo al lado del Pull&Bear. Ve antes

de las ocho, que pasa el de la limpieza. Cógelas, ve al baño, saca el dinero y luego las echas en un contenedor que…

No le dejé continuar.

—Estás cometiendo una grandísima estupidez. Me había equivocado con tu inteligencia —mentí y busqué en la pantalla de mi móvil la excusa para salir de allí sin mirarle a la cara.

Terminé de rellenar la correspondiente montaña de papeles, con la luz del móvil chivándome una alerta. Otras dos llamadas de la guardia. La predicción de Juan Barbosa no se había quedado corta.

Me dije que debería ponerme en contacto con Amelia para ver cómo habían solucionado el tema de la comida. Ella no respondió a mi llamada.

Capítulo XXII
Un vigilante de 2,5 metros

Son cómplices los que cooperan en la ejecución del delito con actos anteriores o simultáneos.

Artículo 29 del Código Penal

Hasta aquella primera mañana en el turno, era cierto que había necesitado algo de acción. Llevaba un par de meses amenguándome en la coqueta celda de meditación que había decorado como despacho. Sin apenas asuntos que atender y con el ánimo por los suelos, estaba un poco desmoralizada. Ahora bien, mi primera jornada de inmersión en el averno estaba resultando agobiante. Pasar de esa quietud depresiva a protagonizar aquel atracón de episodios de *Canción triste de Hill Street* me estaba estresando.

De la comisaría al hospital. Allí, tras recorrer varios kilómetros de *parking* y otros tantos de pasillos, asistí a tres necios. Dos triángulos isósceles bastante atractivos tomaban declaración a una chica y dos chicos a quienes acababan de coser con varios puntos de sutura después de alunizar contra el escaparate de una tienda de bicicletas. La cría apenas llegaba a los dieciocho; los otros dos, ligeramente mayores que ella. Entre los tres no sumaban ni la inteligencia ni la malicia mínimas para cometer un atraco. Por lo que decía el dueño del establecimiento, uno de ellos había estado la víspera, preguntando por las bicis. Se ve que al niño le parecieron caras y se le ocurrió que con unas rayas de coca podía montar un autoservicio. «¡Vaya tres iluminados!». Entre los ojazos azules de la chica, un zurcido amoratado opositaba a cicatriz. En su precioso rostro quedaría un recordatorio perenne de sus días rebeldes. Ninguno de ellos parecía un delincuente común. Críos desorientados en una adolescencia tardía. La madre del más espabilado tuvo que ser reducida por un agente cuando, en plena declaración del chico, entró sin preguntar y le asestó un cachete con toda la fuerza y la rabia de su decepción. Un padre esperaba fuera con el rostro demudado de la preocupación. No pude quedarme a consolar a ninguno.

Recorrí de nuevo los kilómetros de pasillo y los kilómetros de

aparcamiento para regresar a la comisaría, donde me esperaba otro «pobre hombre». Había sido interceptado entrando en la autopista en dirección contraria. A ese le habría dado el cachete yo misma. Por supuesto, él «solo había ingerido unas gotitas con el café», pero el etilómetro indicaba 0,85 mg/l. Apestaba. Dudé si yo misma podría conducir o no después de respirar un rato a su lado. Salí haciendo eses y con una nube de frío invisible envolviendo mi cuerpo.

Decidí tomarme una infusión. Hambre, desde luego, no tenía. Me acerqué al dichoso centro comercial donde habían detenido al ratero. Me quedaba (casi) a mano. En las escaleras de subida a los locales de hostelería de la tercera planta, un escaparate me llamó por mi nombre: *¡Vamos, Olvido, ven! ¡Esto es para ti!* Bajé las escaleras hipnotizada. Me lo merecía. Estaba trabajando muchísimo. Al llegar a la vistosa cristalera de Adolfo Domínguez, vencí la tentación de preguntar por unos zapatos estilosos, avance de temporada.

A escasos metros de aquel comercio empezaban a asomar las tiendas del grupo Inditex.

«Mmm».

Me dirigí al pasillo de los baños. Miré varias veces a mi alrededor y sopesé el riesgo de meter la mano en la asquerosa papelera. Localicé la cámara y volví, decidida, a la tienda que me gustaba. Me probé los zapatos. No me gustaba comprar en centros comerciales, pero ya que estaba allí…

El dependiente hacía gala de sus dotes de venta animándome a llevármelos. Eran muy monos, desde luego.

—Tiene el bolso sin cerrar. Tenga cuidado. Se le podría caer lo que lleva.

Lo dijo señalando mi *tote bag* y todo lo que este masticaba con la boca abierta: dos chupetes, un babero, una cajita de no sé qué, un zapatito rescatado del olvido en el parque el día anterior, la billetera, un bolígrafo aferrado amorosamente a un sobre, toallitas higiénicas…

De pronto se me encendió una bombilla y salí escopeteada sin los zapatos, bajo la mirada atónita del vendedor.

«Pobre, estará pensando que me ha ofendido su consejo».

Al llegar al pasillo en cuestión, ralenticé la marcha. Notaba las pupilas de aquellas entrometidas cámaras enfocándome e imaginaba a la persona de seguridad en su garita, observando todos mis movimientos desde su cara redonda. Apenas había gente en aquel espacio enorme. Una mujer con un cochecito de bebé entraba en la tienda de lencería y un chico joven salía de la zapatería. Ambos caminaban alejándose de mi zona de acción. Cero riesgo de colisión. Me dirigí hacia los baños tratando de parecer natural. Al alcanzar la

papelera, tiré el sobre dejando caer ac-ci-den-tal-men-te el boli. Cogí el patuco de plástico que me habían dado al probarme los zapatos y lo utilicé a modo de guante para hurgar entre la porquería. No eran dos, sino al menos tres las carteras, y aún no había llegado al fondo. Las deslicé en mi bolso y seguí hurgando.

—¿Puedo ayudarla? —escuché a mi espalda. Me giré despacio bajo la sombra rectangular de aquel vigilante de más de dos metros. Su mirada me incriminaba. Sentí mis mofletes ardiendo de fiebre culposa. Ojeé discretamente la boca del bolso y me alegré, por una vez, del caos que lo habitaba: el desorden de aquellos cachivaches se estaba convirtiendo en cómplice de mi delito.

—He querido tirar un sobre y se me ha caído un bolígrafo —argüí.

El hombre me miraba sin mostrar el más mínimo ápice de confianza.

—No sé cómo se enganchó así en el papel, pero es que salía de la comisaría y guardé todo sin mirar —improvisé una coartada que me otorgase credibilidad—. Soy abogada, ¿sabe? Salí con unos papeles en la mano…

El guardia había dejado de escucharme y estaba volcando la papelera. Observé su genuflexión servicial. No llevaba armas ni grilletes, pero mi alivio solo fue provisional. Entre chicles masticados, servilletas con restos de helado de yogur y otros residuos, pareció reparar en algo. Me temblaban las piernas y mi cara había pasado directamente del color de la fresa al de la chirimoya.

Se giró lentamente y escondió las manos tras la espalda. Me disponía a encontrar una excusa para el hallazgo de otra cartera, pero mi inteligencia estaba escondida detrás del sentimiento de criminalidad y no salía ni una gota de aire de mi garganta seca.

—¿Cómo era su bolígrafo?

—Un…, un… —Me costó articular la primera sílaba, pero luego me lancé con una velocidad desproporcionada—, uno de esos clásicos… Negro, con la pestaña plateada y la punta de la caperuza redondeada. Con la típica estrellita blanca.

—Caramba, «la típica estrellita blanca» —se mofó—. ¡Es un Montblanc, señora! Tome y guárdelo bien. ¡Es de los buenos! —dijo en un tono paternal, entregándome el bolígrafo.

Tuve que hacer un esfuerzo por sostenerle la mirada y, a la vez, mantener con las riendas mi lengua, que relinchaba: «Vaya. El interrogatorio tenía como fin comprobar que el objeto era de mi propiedad. ¿Cuántas personas han podido perder un boli en la papelera del centro comercial esta mañana? Pues, mire usted, su exceso de celo casi me provoca un infarto».

Me disponía a marcharme cuando él dirigió su mirada hacia mi bolso. Mi lengua dejó de relinchar. Él apuntó hacia mí con la linterna de sus enormes ojos de faro. Tragué, apreté la boca y encogí los mofletes. Bajó de nuevo la vista hacia mi brazo izquierdo. Icé las cejas y arrié los labios. Mi corazón parecía un tambor batá percutiendo sobre mi conciencia. Estaba a punto de levantar los brazos y rendirme.

—Por cierto —dijo—, cierre bien el bolso o le echarán mano a la cartera. Esta temporada se están colando algunos pillos en los centros comerciales. En este, no, por supuesto, pero dicen que en otros… —Esta vez era él quien estaba dando demasiadas explicaciones.

Entré al baño para refrescarme la cara y relajar la tensión de mis articulaciones. Escondida en un minicubículo como una vulgar mafiosa, comprobé el interior de las carteras. Algunas conservaban su dinero.

«¡Bravo, Olvido!».

Caminé por el pasillo con la cabeza erguida y el pecho lleno. Lleno de orgullo y de leche sin consumir. Me remordió la conciencia, no por las carteras, sino porque a mi hijo lo alimentase un biberón. Entré en Pull&Bear, busqué las cámaras, y me situé en un cajón donde pudiese rebuscar entre las prendas sin ser observada. Conseguí depositar allí aquel tesoro. Había rescatado los monederos de una muerte segura en un triturador de basura.

Salí de la tienda algo sorda por el volumen de la música y bastante orgullosa de mi hazaña. No podía delatar a mi cliente, por supuesto. Pero al menos sus víctimas se iban a librar del tedioso papeleo de la denuncia, la anulación de tarjetas y todos los jaleos asociados a sufrir un hurto. Solo había que confiar en la honradez de quien removiese de nuevo aquellas prendas. Cualquier persona que encontrase una cartera la llevaría a objetos perdidos sin siquiera abrirla; cuánto más si fuesen tres.

«¿O no?

»¡Miércoles!».

Volví sobre mis pasos, consciente del tiempo que estaba derrochando en algo que no me incumbía. Traté de encontrar una explicación razonable para justificar mi segunda entrada en el mismo comercio. No tuve que hacerlo. Desde el escaparate observé cómo una dependienta hablaba con aquel rectángulo gigante que se encargaba de la seguridad. Este sostenía las carteras y escuchaba una expresiva explicación junto al cajón de ropa. Ambos contemplaban, con asombro, que las tres estaban intactas, billetes incluidos.

Sonreí satisfecha.

«No debería preocuparme tanto. Sí, se puede confiar en las

personas. ¡Ja! La convivencia con el delito no podrá convencerme de lo contrario».

No me había tomado aún la infusión y el histérico sonido del teléfono ya me estaba volviendo a conectar con el deber, así que me permití unos segundos en el hipermercado para comprar un refresco de cola. Cola sin azúcar.

«Los edulcorantes saben a rayos.

»Vamos otra vez a la comisaría. Hoy te hacen el carné de socia, Olvido».

Finalicé aquella extenuante primera jornada de guardia. El coche me acogió con una cálida bienvenida. Habíamos ganado una agradable complicidad durante el día. Su tapicería olía a One, de Calvin Klein, por el roce de mi americana.

Me sentía exhausta pero llena de energía, y compartí mi entusiasmo con aquel nuevo e inesperado compañero de fatigas, a falta de un Miguel u otro colega con quien desahogar mi cansancio.

—¡Por todos los cretinos que desconfiaban de mi capacidad como penalista! —alcé una copa imaginaria.

El coche ignoró mi brindis y pidió un cambio de marcha.

—Vamos, no te pongas así. Para ser mi primera jornada en modo Atticus Finch, el balance no ha sido malo —recapitulé en alto—: esa pobre ingenua cuya inocencia me resultará fácil demostrar. El imprudente que verá el escarmiento a su ebriedad con una retirada del carné y un pequeño susto…

Continué con el repaso en silencio.

No había sido buena idea revisar la jornada. Un ejército de escalofríos empezó a recorrer mi esqueleto. El carterista, que en esta ocasión se iba a llevar la libertad como único rendimiento de su pericia, me había zarandeado un poco. Pero el segundo toque, el verdadero acto de aterrizaje en la realidad de ese día, lo habían provocado los alunizadores. Aquellos chiquillos se habían estrellado contra mi seguridad. Aquel padre y aquella madre angustiados en el hospital podríamos haber sido Fede o yo. Los chiquillos no iban a pisar la cárcel. No tenían antecedentes. Lo peor era que el consumo de alcohol y de cocaína les iba a otorgar el premio gordo: una eximente incompleta. Vaya mensaje: si cometes un delito, mejor drógate primero.

Ascuas de apetito y de preocupación calcinaron mis tripas. La llamada de la naturaleza también se incendió, tensando más mi remordimiento que mis pechos. Ambos dolían.

Plop, plop, plop. El coche despreció mi intranquilidad. Se había quedado sin gasolina. El testigo del combustible me había avisado

justo al salir de casa, pero yo había postergado su nutrición con mi dichosa manía de ser más puntual que un Patek Philippe.

—Pues ya sois dos los que no habéis comido hoy por mi culpa —murmuré cerrando la puerta con transigencia, e inicié una marcha lenta hacia la gasolinera, apartando de mi cabeza el dichoso escozor de no haberme ocupado de mis hijos. Otra vez volvía a las andadas.

«No. Ahora soy dueña de mí misma. Mañana les dedicaré toda mi atención antes de ir al cole. Los llevaré yo. Y por la tarde, al parque. Veamos, ¿qué tengo mañana?».

Así era mi nuevo trabajo. Una libertad un poco engañosa. Acarreaba un pequeño saco de asistencias gratuitas, para una honrosa factura de ¡doscientos euros! Doscientos euros en total por cinco asuntos liosos. Facturaba más por una hora de trabajo en W&R y sin moverme de mi asiento. Una jornada completa y cero atención a mi familia. Tragué saliva pensando en cómo iba a mantener un despacho con esos ingresos.

«Menos mal que no he comprado los zapatos».

La mitad de una cara sin sonrisa ni mirada asomó tras el telón de un cielo desdibujado por las luces de la ciudad.

Capítulo XXIII
Confesiones íntimas y altercados menores

Toda persona tiene derecho al descanso, al disfrute del tiempo libre, a una limitación razonable de la duración del trabajo y a vacaciones periódicas pagadas.

Artículo 24 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos

Una mujer mayor, con sus canas azuladas bien compuestas, detenía su mirada escrutando las últimas hojas del periódico como si quisiese conocer hasta el último anuncio, la última esquela, el último suceso. Y en cada cambio de posición de su mirada, emitía un ligero sonido, entre el siseo y el zumbido. Al otro lado de la barra, la camarera apenas prestaba atención a sus comentarios; estaba concentrada formando el dibujo de un corazón en la espuma de cada taza que servía. Era coqueta, como la mujer, como la cafetería, como las lavandas que gobernaban cada uno de los reinos de violetas repartidos primorosamente por la cafetería. Cestas de flores nobles e independientes. El sol formaba un contraluz con los rayos oblicuos del amanecer.

Cogí mi café en la barra y me senté en una mesa baja con dos butacas pequeñas. Esperaba a Elisa. Llevaba días desayunando con ella porque la encontraba un poco baja. La muerte de sus padres; Nadia, tan autónoma y tan mayor… Y, sobre todo, deshacerse de la casa de sus padres. Aunque ella lo negase, tenía que dolerle. Podría engañar a cualquier otra persona, pero a mí no. Estaba más nerviosa y preocupada desde que iba a la aldea a solucionar aquello.

La puerta se abrió de repente y la luz inundó el espacio en un halo delator. Un millar de minúsculas partículas de polvo en suspensión se revolvieron creando un etéreo y deslumbrante velo. Desde dentro, apenas se distinguía quién entraba. Elisa, sin embargo, sí me vio. Entraba exultante.

Con una sonrisa que sobresalía de su cara menuda, se desató el cinturón de la chaqueta, la dejó caer sobre el respaldo del sillón e hizo una señal a la camarera de la barra para que trajese otro café y un par de churros. Apenas levantó la voz, pero la camarera le hizo una señal

de conformidad desde su guarida.

—¡Te invito a una ración de grasas saturadas! Vamos a celebrar que he firmado por fin la venta —canturreó dándome palmaditas en las rodillas.

—¿En serio? ¡Cuánto me alegro! Espero que sea una persona maja; a ver si se nos va a llenar el pueblo de cretinos.

—Es una parejita ansiosa de naturaleza. Se cansarán del rural antes de cosechar sus primeras berzas ecológicas, ya verás —decía muerta de risa.

—Y ahora, a tope con la fundación, supongo.

—La fundación va como un tiro. —Encendió los ojos como brillantes—. Estamos ayudando a tanta gente… ¡Es genial!

Desde que la había creado, Elisa se quejaba a menudo de la burocracia de las adopciones. Estuve a punto de felicitar ese logro que me parecía fruto de su perseverancia, pero algo en lo más hondo de mi subconsciente me frenó. Tal vez fue su forma de decir *genial*, o tal vez algún gesto imperceptible de su cuerpo. El caso es que no continué averiguando cómo había conseguido superar las trabas administrativas. Y ella cambió de tercio.

—¿Y tu chiquipandi?

—Milagrosamente a salvo. Ayer Lucas sumergió a Gus en colonia con el noble propósito de ponerlo guapo antes de ir al parque. Agoté todo el acopio de suero que teníamos en casa para lavarle los ojitos y estuve a punto de ir a urgencias.

—Menos mal que estabas preparada.

—¿Ya has olvidado esa etapa? ¡Mi casa parece una farmacia! Tengo todo un altillo de la cocina lleno de medicamentos. Cuando no es la fiebre, son los oídos, o la garganta, o la piel…

—Te confieso que me alegro de haberme plantado en una hija. Nadia nunca se ponía malita y es tan disciplinada y tan buena que parece un ser de otro planeta.

«Pues sí, de otro planeta. En el mío, las crías de humano se ponen vulgarmente enfermas y son corrientes, zascandiles y ruidosas». Desvié la conversación con el fin de no irritarme con ella.

—¿Sabes a quién me encuentro con frecuencia? ¿Te acuerdas de Barbi?, ¿Barbosa? Siempre que lo veo me invita a tomar café. ¡Sigue igual! Y, cómo no, haciendo las mismas bromas infantiles.

—¿En serio, Juan Barbosa? Pero si no tiene ni pizca de salsa. Mira, tienes que buscarte a alguien más interesante.

Y de repente sacó el teléfono y me mostró la pantalla.

—Mira qué pibones. Tienes que hacerte un perfil en Flirter.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja! —Mis carcajadas resonaron entre las violetas y

todo el mundo se giró a mirarnos. Elisa bajó el tono.

—No te lo digo en broma. Un encuentro de vez en cuando con alguien más exótico que Barbosa. ¿Por qué te crees que estoy tan contenta?

—¿¡Pero qué dices!? Yo no estoy flirteando con Juan; solo te he dicho que coincido en los juzgados con él.

De pronto me di cuenta de que, elaborando mi defensa, había dejado pasar su revelación. Ella esperaba mi reacción con una cara de gamberra que yo no recordaba desde la adolescencia.

—Dime que es una broma.

Más arruguitas en sus ojos y una acentuada coma rematando su mejilla izquierda.

—No —insistí, en un tono tan grave y tan seco, que se descorchó la botella de aquella confesión íntima—. ¿En serio te has liado con un tipo que acabas de conocer en internet?

Elisa se lanzó a contarme todas las peripecias de su cita a ciegas y cómo pretendía volver a quedar con aquel tipo o con cualquier otro que conociese a través de la aplicación. Aunque jamás lo mencionaba, hacía tiempo que su relación con Adán había dejado de ser apasionada. Si es que alguna vez lo había sido.

Deshice el corazón de espuma con la cuchara y le di un sorbo al café, que se había quedado frío. En ese momento agradecí más que nunca no estar en W&R. No me apetecía encontrarme con su marido cada mañana. Aunque, bien pensado, él ya llevaba tiempo haciendo algo similar sin necesitar herramientas digitales. Reflexionar sobre el despacho me dejó un regusto amargo e incoherente, entre el alivio y el vértigo. Elisa ni se percató de mi evasión momentánea.

—No me digas que no te gustaría probar. ¿Cuánto hace que no…? Je, je, je.

Esa pregunta, formulada por cualquier otra persona, sería ofensiva, pero Elisa la convirtió en una situación cómica.

—No voy a responder si no es en presencia de mi abogada —respondí con la mano en el pecho. Luego me acerqué de nuevo a ella y susurré—: Pero has de saber que no nos va mal en ese sentido. Ni mucho menos.

Ella no atendió a mi respuesta.

—Vamos, hazte un perfil. Mira, es fácil. Ponemos una foto… —propuso.

Me apuntó con la cámara de su teléfono, dispuesta a sacarme un primer plano.

—Ni se te ocurra. No tengo tiempo, y mucho menos ganas de *eso*.

—Vamos, no seas sosa. Mira, tiene un modo retrato que te quita las

ojeras y sales guapísima. ¡Mira qué monísima estás!

Recibí el comentario como una inyección de vitaminas. Aunque el pinchazo de las ojeras había dolido, el piropo había actuado como reconstituyente.

—¡Guapísima! —dijo mostrándome la pantalla y buscando mi aprobación.

Me fijé en las manchas bajo mis párpados en curiosa armonía con los cestos de flores. Ni filtro ni nada. Aquel cansancio arrastrado de días y días con sus respectivas noches de poco sueño y mucha actividad habían incrustado mis ojos en un cuenco de Gundivós, negro y rugoso. Criar a los tres niños tan seguidos les estaba pasando una elevada factura a mis huesos, a mis neuronas y a cada uno de los poros de mi piel. Aunque en ese retrato solo asomaba una ligera sombra de mi agotamiento. El resto lo arrastraba con el cuerpo, amarrado a una pesada cadena que atravesaba mi médula espinal.

Elisa continuaba con su batería recién cargada.

—Mira, aquí la editamos y… ¿Ves? ¡Ya no se te nota el cansancio!

—Tienes razón. Venga, anota ahí —respondí enderezando la espalda y dándole una señal de ánimo a mi cerebro.

Elisa abrió los ojos con cara de sorpresa y preparó los dedos en el teclado de su teléfono. Yo arrimé mi butaquita a la suya e inicié mi dictado:

—Soy una mujer entusiasta y con mucho ánimo. Aunque tengo treinta y siete años, parezco más joven porque llevo una vida sana y practico mucho deporte.

—¿En serio vas a mentir?

—¿No parezco más joven?

—No sé, pero pon directamente que tienes treinta, no que haces deporte.

—Deporte tal vez no haga, pero no me puedes negar el ejercicio que practico. Levanto pesos de entre 6 y 18 kilos todos los días varias veces. Observa. —Señalé mis músculos fláccidos.

Ella consideró que era mejor poner una edad falsa que exagerar con lo del ejercicio y yo le concedí la incongruencia.

—Corrige, entonces. Seguimos: me gustan el cine, la lectura y, sobre todo, me encanta escribir. Busco a alguien pacífico, inteligente, fácil de llevar y muy muy muy amable.

Elisa tecleaba a una velocidad pasmosa.

—No te pases. Amable es suficiente.

—Vaaale. Anota: fácil de llevar, amable y que le gusten los niños.

—¡Eso no!

—¿Por qué no? Cada uno tiene sus gustos y puede que haya alguien

así.

—¡No, porque los espantas!

—Es mi perfil, ¿no? Pues escribe: punto y aparte. Quiero un hombre rico y sano. Mi primera cita perfecta sería una sesión de cine con mis amigos, mientras este hombre perfecto me muestra su profundo interés quedándose en mi casa a cuidar de mis hijos. Punto y aparte. Imagino mi vida perfecta con este hombre rico que se queda en casa, disfruta de las tareas domésticas y atiende mis necesidades con compromiso y amor. Podría estar escribiendo una novela en la tranquila biblioteca de mi casa (o de la suya) y sintiendo la libertad de un amor verdadero.

—¡Bah! Eres una ñoña incorregible. Paso de ti.

Llegué al despacho feliz. Aunque me preocupaba un poco que Elisa quedase con desconocidos, me había sentado bien encontrarla tan alegre.

La jornada laboral empezó con Manuel Saldaña. Otra vez enfundado en un traje impecable. Otra vez sin cita previa. Pero en esta ocasión en mi nuevo despacho. Alegó su clásico «pasaba por aquí». Acepté un café. Rechacé su propuesta.

—Manuel, no puedo llevar vuestra empresa en este despacho. Verás…

—Tranquila. Técnicamente, no es la misma cuenta. Lo que te propongo no solo será con otra sociedad, sino en otro sector y con nuevos socios.

—Déjame valorarlo. No quiero correr riesgos. Por mantener mi compromiso legal de no competencia, pero también por mi propia higiene mental.

—En cualquier caso, mi padre no está muy contento con ese Máximo que te ha sustituido. Le ha ofrecido montar un trust en las Islas Vírgenes. Algo turbio.

—Un trust no tiene por qué ser turbio —defendí tímidamente—, solo es una sociedad más con la que podríais optimizar fiscalmente la empresa. —Esta vez, la expresión que tanto había utilizado en mi trabajo anterior hizo eco—. Pagar menos, quiero decir.

—Ya sé. Pero no es solo eso. Da la sensación de que este tío se lleva algo, no sabría decirte por qué. No suena muy limpio. Además, ya sabes cómo es mi padre con el dinero, que no lo guarda bajo el colchón porque no le dejamos, y ese tipo le habla de un paraíso fiscal.

Mi mandíbula se tensó. Qué ceguera la de Maxi. Hay un básico en el asesoramiento a otras personas: saber qué es lo que quieren. Ofrecerle a aquella empresa una elusión fiscal era el equivalente a ofrecerle calefacción a un pingüino.

«No, si ese elemento va a crear una categoría de imbéciles solo para él».

—Imbécil *honoris causa* —verbalicé mi irritación.

—¿Cómo? —reaccionó Manuel con la boca tan abierta que pude ver la cicatriz de su operación de amígdalas.

—Tu padre, no —me justifiqué—. Perdón, quería decir que… Es igual. No puedo meterme en asuntos que no son de mi incumbencia. ¿Entiendes?

—Supongo. Algo me adelantaron. Dicen que podrían inhabilitarte.

—¿Cómo? —Levanté mis antenas. Y desenfundé mi espada.

Comprendía que Adán me alejase para gestionar sus chanchullos sin mis miramientos. Aceptaba, como era lógico, que no se me permitiese la concurrencia. Toleraba los rumores y las sandeces. Pero lo que no estaba dispuesta a consentir era una amenaza.

Sabía que si aceptaba trabajar con Manuel Saldaña me la jugaba, pero el chico tenía razón: su nueva empresa no era cliente de Watson & Robles.

—Pues va a ser que por sus amenazas no vamos a pasar. Infórmales de que llevaré tu nueva sociedad. O, mejor aún, devuélveles la amenaza y diles que seguirán con la cuenta de Saldaña, si no se ponen tontos. Díselo a tu manera, pero hazlo. Arréglatelas para que te den el visto bueno, así evitaremos problemas. ¿Te parece?

Mis glándulas segregaron el cortisol que necesitaba para activarme de modo definitivo. Nitroglicerina en vena.

***

—¡Mamáááááááá! —gritó Alicia como si hiciese semanas que no me veía.

—Mamiiiiiiii —salió Lucas disparado tras ella. Pese al jaleo que estaban montando, Gustavo no se despertó de su siesta.

Abracé a mis hijos con el bolso descolgándose de mi hombro y ahogándome un poco con sus tirones inconscientes. Prefería asfixiarme que deshacerme de la intensidad y el cariño de su saludo. Peiné las cejas de la niña y toqué el pantalón húmedo de Lucas.

—¿Te has hecho pis?

—No. *Pimpié* —respondió él señalando un borrador mágico de limpiar paredes.

—Uy, uy, uy… —Fingí la sospecha de un delito infantil que en realidad ya era una evidencia—. ¿Qué has pintado esta vez?

—¡Una novia! —contestó apuntando con un dedo a una pared garabateada en varios colores.

—¡Qué dinámica parece esa novia!

—Noooo, mamá, noooo —reconvino Alicia—. Es una noria. Mira. Hay niños y niñas con sus mamás. ¿Lo ves? —No me atreví a decir que no veía más que rayas imprecisas y temblorosas. Algunas aspiraban a círculos en azul, otras parecían triángulos de color magenta. En ocasiones se superponían creando una purpúrea chafarrinada. El conjunto resultaba… una mancha vistosa. Y ensuciaba la pared.

—Por la tarde limpiarás lo que falta, ¿verdad?

—No —sentenció su hermana—. Vamos a dejar esa parte porque le ha salido muy muy bien. ¿Verdad, pequeñíííín? —se dirigió a él, sujetándole las manos con fuerza y tirando de ellas hacia abajo sin poder disimular su pelusa.

Lucas se desprendió del violento halago con una patada en la espinilla de Alicia. Es muy difícil disimular y hacer como que no ves algo así, especialmente si por tu cuerpo circula una carga explosiva.

Inspira. Espira.

—Haremos una cosa: le sacaremos una fotografía al dibujo, la imprimiremos en papel para poder guardarla y seguiréis borrando las manchas de la pared. ¿Trato hecho?

—¡Y le pondremos un marco! —se animó Alicia.

—¡Un *maco*, noooo!

Comenzaba el duelo de las 14:30.

Comida exprés. La amenaza de Adán planeando entre cucharada y cucharada, atragantándome la digestión.

Duelo de las 15:30 y fin de mi descanso. El móvil emitía una notificación de la agenda.

—¡Miércoles! Llego tarde.

Capítulo XXIV
Los tulipanes no tienen quien los riegue

Todos tienen derecho (…) a la integridad física y moral, sin que, en ningún caso, puedan ser sometidos a tortura ni a penas o tratos inhumanos o degradantes.

Artículo 15 de la Constitución española

La mujer esperaba arrimada al escaparate de un quiosco. Permanecía allí, plantada en la calle con una hastiada languidez. Se había resignado al escaso resguardo de un toldo que alguna vez fue azul oscuro y que los años convirtieron en un desgastado y triste índigo. Más que llover, el día lloraba. Lágrimas cohibidas, leves, distantes.

—Disculpe —saludé azorada.

Puede que no llegasen a cinco los minutos de exceso sobre la hora de nuestra cita, pero eran casi trescientos segundos de descortesía. Pensé en el rebaño de causas que me habían retrasado. Qué difícil me resultaba estar en todas partes a la vez. Encerré mis razones en el establo. Me estaba organizando fatal. Debería haber salido antes.

—Si le parece, podemos subir al despacho y le pongo allí un café.

—Se lo agradezco, pero me desaconsejan la cafeína —respondió deslavada, como una madeja de lana mojada.

Al entrar, reparé en que los tulipanes que adornaban el mostrador de recepción se habían desmayado. Necesitaban agua. No los regué. En el patio de manzana de la sala de espera se escuchaba el canto desgañitado de una imitadora de Rozalén. No cerré la ventana. Fuimos directamente a mi despacho.

Hablamos mucho más que la primera vez que la vi en el juzgado. Allí, sometida a la desnudez del examen forense, al foco de las miradas policiales y a la presión de las preguntas de la juez, parecía más fuerte. De un modo paradójico, el estrés la endurecía. Tuve la sensación de estar sentada ante un pangolín. Al enfrentarse a la presión, se envolvía en el fuerte escudo de sus escamas. Sin embargo, en la intimidad de lo cotidiano, se mostraba tímida, blanda y huidiza; se abandonaba a la aceptación de su vida.

Desde mi cómoda posición de persona dueña de sí misma, no me

entraba en la cabeza que quisiese retirar la denuncia por malos tratos. No podía entender que justificase cada una de las palizas como «un impulso ocasional». No comprendía que se sintiese querida, porque él simplemente era «un gatito».

—¡Tu gato araña! —Elevé la voz con cierta vehemencia. Me arrepentí al instante.

—Noooo. Si no suele hacerlo, de verdad. —Erizó sus escamas—. Solo es un niño mimado que se siente bien cuando lo cuidas.

Encogí los glúteos para no levantarme del asiento. No lo comprendía. Me indignaba su elección de una *mascota* agresiva y caprichosa. Buscando una excusa para no exhalar mi rabia, miré hacia la pantalla y fingí teclear algo a la vez que murmuraba un «disculpa un segundito». Esa distracción ficticia me permitió pensar en una posible razón para su sumisión; tal vez necesitaba dinero. Llené de aire mis pulmones antes de abordar el tema con la mayor prudencia que pude.

—¿Tienes trabajo?

—Tengo un pequeño negocio. Una tienda de zapatillas.

Me quedé mirándola fijamente y caí en la cuenta. ¡La tienda de zapatillas! Yo había visto a esa mujer antes de conocerla en el juzgado, pero no la había reconocido. El día que la había asistido, durante el turno de violencia de género, tenía el rostro congestionado, un ojo púrpura medio cerrado e hinchado, y el labio partido. Su cara, su verdadera imagen, me había pasado desapercibida. Sin embargo, al hablar de la zapatería, caí en la cuenta. Aquel espagueti demasiado cocido que estaba ante mí era Sandra Bullock. Bueno, una mujer que guardaba un parecido increíble con la actriz y que me había vendido el verano anterior las zapatillas Victoria de mis hijos.

La tienda estaba en pleno centro y tenía todas las tonalidades deseables. Yo había equipado a Alicia y a Lucas con cuatro o cinco pares. Me enamoraba aquel comercio. Pasaba inadvertido entre los grandes escaparates de una calle comercial y, sin embargo, albergaba en su interior un verdadero tesoro de alpargatas y zapatillas en todos los formatos. Su cristalera, de tamaño modesto, resultaba muy atractiva por el orden y el colorido. Dentro, perfectamente organizadas, cientos de cajas risueñas esperaban su turno. En menos de un minuto, Sandra Bullock te presentaba en el mostrador el color y el tamaño que estabas buscando. El encanto del comercio, los gestos tímidos de su dueña y su singular parecido con la intérprete habían construido en mi imaginación una película diferente sobre su vida.

No daba crédito. Tenía ante mí a un heroico pangolín en extinción y a una humilde empresaria de éxito.

—¿Y cómo te va? —me atreví a preguntar. Tal vez su negocio no fuese rentable.

De pronto, su rostro se iluminó. Los ojos chisporrotearon, perdió una buena parte de su laxitud y creció dos o tres centímetros en la silla.

—Supongo que bien —afirmó, juntó las escápulas enderezando la espalda, y esbozó una sonrisa—. Tengo mucha suerte, porque el edificio era de mi familia. Lo vendí, pero me quedé con el bajo comercial. No queríamos…, bueno, a mi marido no le apetecía vivir allí. Había que invertir demasiado en la reforma. —Bajó dos centímetros y formó una ce con el dorso—. Prefería un piso en un edificio nuevo. —Descendió dos centímetros más—. Y a mí me daba igual. —Elevó en un breve espasmo los hombros, antes de redondearse por completo.

Traté de procesar su mengua con un silencio. No me atrevía a preguntarle nada más.

Siguió ella:

—La ventaja de tener un local propio es que no pago más que la luz y las mercancías, y, como son artículos que no pasan de moda, nunca tengo exceso de *stock*. Dispongo de una buena tesorería, un margen razonable…

Se expresaba con una terminología profesional y con cada palabra que emitía sobre el negocio, crecía de nuevo. Yo, contagiada de su confianza, retomé mi interrogatorio.

—¿Estudiaste, Sandra?

—Fátima —me corrigió.

—Uy, disculpa. Es verdad. Es que te pareces muchísimo a Sandra Bullock.

—Bueeeno. Ya quisiera —respondió con un tono cantarín, elevando de nuevo los hombros y creciendo un poco más.

—¡En serio! Yo estuve en tu tienda hace unos meses y me recordaste a Lucy, la taquillera del metro en la película *Mientras dormías*. ¿Nunca te lo han dicho? Perdona, me estoy desviando.

—Estudié Empresariales —retomó ella la conversación, con algo de rubor en las mejillas—. Siempre me atrajo la idea de tener mi propia empresa, y mi madre me animaba mucho. A mí me apetecía una tienda de zapatillas. No sé, algo así de andar por casa… que no fuesen batas. A ella le espantaban.

Se rio y gesticuló con modestia; sin embargo, ya estaba, como mínimo, cinco o seis centímetros por encima de la estatura con la que había empezado nuestro encuentro. Hablar con ella sobre el negocio era como regar los tulipanes: se enderezaba.

«¡Miércoles, los tulipanes!».

Volví a observar su rostro, más fresco que cuando había llegado, y comprobé mi impresión del primer día: la nariz más fina, las facciones más suaves, pero tanto los gestos que hacía como sus enormes ojos y su boca se asemejaban mucho a los de la actriz.

—No necesitas a tu marido. ¿Por qué quieres seguir con él? —solté de repente, con el exceso de confianza que me otorgó el verla fuerte. Fue un impulso de sinceridad inoportuna.

Ella no se desinfló esta vez, pero yo percibí su coraza invisible. Mi ataque a su pareja había creado una barrera infranqueable entre nosotras.

—Yo no quise poner esa denuncia. Me vi forzada por la doctora que me atendió en urgencias. Mi caída fue accidental. Es cierto que peleábamos. Pero ambos lo hacíamos. Digan lo que digan los cotillas de mis vecinos. Quiero a mi marido y él me quiere a mí, aunque a veces discutamos como cualquier matrimonio normal. Todas las parejas tienen desavenencias. Y si algún día he acabado en urgencias es porque llevo un demonio dentro con el que a veces lo provoco y nos enzarzamos. Nada más que por eso.

Había subido la intensidad, el tono y el ritmo de sus palabras, pero no el volumen. No me la imaginaba descontrolada ni endemoniada. No podía. Me negaba. La acompañé a la puerta con las escasas energías que me habían quedado después de nuestra conversación. Ahora era yo quien languidecía. Me arrepentía de haber provocado su distanciamiento. Me vaciaba por dentro la retirada de su denuncia. Le prometí que me ocuparía y de verdad pensaba hacerlo. Aunque no le anuncié toda la verdad.

Me dirigí hacia el ventanal de la sala de espera y contemplé el enjambre antes de cerrar. En algunas ventanas se escuchaba el entrechocar de platos y cubiertos. Una madre llamaba a sus hijos para que merendasen. «¡Mmm! Cómo me apetece un bocata de crema de cacao con los míos». Una pareja regañaba sin violencia, pero también sin disimulo. «Fede y yo nunca discutimos». Un joven con el torso sin cubrir tendía una braguita junto a un juego de sábanas y dos camisas. Una mujer hurtaba a Lorenzo un poco de vitamina D mientras leía un libro, escoltada por dos macetas de violetas africanas. Algo me llamó la atención en su aspecto etéreo y triste. «¿La mujer del jarrón del cementerio?». Olía a ropa limpia.

Cerré la ventana y organicé mentalmente mis siguientes pasos: «Prepararé un café y, mientras la cafetera calienta el agua, regaré los tulipanes».

El timbre del teléfono interrumpió mis planes. Una prima, a la que

hacía casi veinte años que no veía. «Con lo bien que me venía ese café».

En cuanto empezamos a charlar, me di cuenta de que su llamada traía encargo, pero le dejé disimular y nos pusimos al día. «Sí, tres hijos, sí». «Ya, recuerdo que tu niño no dormía. Lo pasaste fatal. Normal». «¿Y tu padre? Claro, esas edades…». «¡No me digas! Chica, ánimo». Y tras casi media hora de rodeos, soltó por fin el paquete que traía su llamada. Me senté a tomar notas. Su hijo se había metido en un lío por soltar visones de una granja. Enseguida empezó a esbozar las razones del chico, que si era muy ecologista, que si lo único que había hecho era liberar a unos pobres animales de su cadena perpetua, que si yo sabía que era un buen chaval… (y qué iba a saber yo, si lo había visto cuando yo era una adolescente y él un bebé).

—Ya sabes cómo son ahora: ¡no cree en el sistema!

Escuché con poca paciencia. Lo que me pedía el cuerpo era mandar a «su niño» a la porra. El bueno de Juanito abría las jaulas de sus visones mientras encerraba a su madre en casa para que lo mantuviese a base de sopa boba. Pero ya había metido la pata lo suficiente por ese día. Envainé la espada.

Un aviso en la pantalla del ordenador me recordó que era hora de desconectar. Aún llegaba a tiempo de recoger a los niños en el jardín. Llamé a Amelia. No me cogió. Conduje hasta el parque, decidida a salirles al encuentro. Ni rastro de ellos. «Qué manía de no coger el teléfono. A ver ahora cómo los localizo». Cuando ya estaba a punto de abandonar la búsqueda, los vi: correteaban por una pequeña explanada con dos columpios, cercana a nuestra casa. Un sitio espantoso.

—Te lo he dicho un millón de veces —la abronqué desde el coche, aprovechando que no me oía—. Esos columpios están demasiado cerca de la calzada. Si sale uno corriendo, no llegas a tiempo. ¿Y no ves toda esta porquería de los tubos de escape?

Un trozo de esparto me frotaba el estómago con jabón de rabia.

Entre la distracción y el enfado, no vi que el semáforo se había puesto en rojo. Tampoco vi las luces de freno del coche que me precedía.

—¡¡Mierda!! —exclamé, con toda mi furia masticada, cuando sentí el golpe.

Había alcanzado al BMW que tenía delante. ¡Mierda y mierda! ¡Por estúpida! Me puse a buscar la carpeta de la documentación del coche, dispuesta a rellenar el parte de accidentes. Cuando abrí la puerta, me di de bruces con la mirada indulgente de Gonzalo Sedano.

—¡Olvido! Es curioso que nos volvamos a encontrar en el coche —

dijo sonriente, como si realmente se alegrase.

—Je, je. —Intenté devolverle la sonrisa.

El suelo tembló bajo mis pies. En algún rincón de mi cerebro había mantenido la esperanza de que no se hubiese fijado bien en mí. Conservaba la ilusión de que tal vez con el brillo del sol en los cristales no hubiese visto mi corte de mangas. Se había comportado con tanta naturalidad después del entierro… Y allí estaba otra vez, entronándose en su amabilidad.

—Mira, no ha sido nada. —Señaló la defensa de su coche, que yo veía ligeramente rayada—. Lo arreglo con un pulidor que tengo en el garaje.

Balbuceé algo parecido a «vaya, sí, ups, lo siento, sí, adiós». Y cuando volví la mirada hacia el parque, ya estaban enfilando la cuesta de descenso a casa.

—Ya es casualidad —insistió él—, ¡precisamente hoy! Me he acordado de ti esta mañana y he conseguido tu nuevo teléfono. No he querido pedírselo a tu asistente. Bueno, a tu antiguo asistente, quiero decir.

—Bueno. Esto… Yo ahora no puedo.

—Me gustaría llamarte un día y que me des tu opinión sobre un tema. —Su ceño se había convertido en un acordeón y la sonrisa ya no le dibujaba patas de gallo—. ¿Recuerdas Panama Green Projects, la sociedad que gestionó la adjudicación de la planta de compostaje?

—Claro —afirmé.

—Ahora me ha contactado otra, CRGP, con la misma propuesta pero en Costa Rica. También requiere el cobro de una comisión en las Islas Vírgenes.

—¿Costa Rica Green Projects? —deduje al instante—. ¡Vaya, qué poco creativos!

—La propuesta ha llegado a través de Máximo.

El barullo de los bocinazos cesó de repente. Cerré la puerta del coche.

—¿Crees que es él quien está cobrándote las comisiones?

Mi cerebro trabajaba demasiado rápido para seguir su razonamiento. «Si Máximo ha estado en Road Town, le habrá resultado fácil constituir allí las sociedades fideicomisarias, solo necesita una conexión en Watson. Pero ¿cómo consigue la adjudicación de esos contratos? ¿Contactos? Cualquier becario de Watson tiene suficiente con seguir el ritmo de aprendizaje en un despacho; es casi imposible ampliar la red de relaciones. Pero es que este tío, además, es corto. Poco espabilado, vamos».

—Estás pensando lo mismo que yo, ¿verdad? —leyó Sedano en mi

cara—. No es solo una cuestión fiscal. El otro día vi salir del despacho de Adán a Joaquín Gutiérrez. Ambos exultantes. Supongo que él también ha conseguido negocios por allí.

—Lo suyo es otro tipo de… Es importación de fruta. Compra barato, vende caro y el beneficio se queda escondido en otro país —aseveré y me arrepentí al instante—. Lo siento mucho, no puedo relacionarme profesionalmente con clientes de W&R, es uno de los pactos que se firman con el contrato y tengo que cumplirlo.

—Pues el modo en que te quitaron del medio no parece haber sido cumplidor, precisamente.

Me electrizó su comentario. Sedano no me parecía el tipo de cliente atento a las intrigas y los cotilleos. El vello erizado se clavaba en mi ropa respondiendo por mí. Él continuó:

—Mejor te llamo un día y comemos. Nadie puede impedirte comer con un amigo, ¿no es así?

—Sí, claro —respondí lacónica. No me dio tiempo de elaborar una contestación más sincera.

—¡Arranquemos, que estamos atascando el tráfico!

Y la tarde se convirtió en noche en el ajetreado trajín de baños y cenas, de muchas risas y alguna llantina, de peleítas traviesas y cuentos tranquilizadores. Y en esas horas dulces, al cerrar la persiana de mi habitación, vi la sonrisa de Gioconda de una tímida luna escondida tras una nube púrpura. No quise escucharla. Apagué la luz y encendí mis pensamientos. «Este Maxi es un fenómeno. Se está pasando de la raya. Ese es el peligro de poner a un tonto a custodiar la caja fuerte. Dos en un día. A este paso voy a tener que pagarle una comisión por mandarme clientes con sus meteduras de pata».

«¡Mierda!». Había olvidado dar de beber a los tulipanes.

Capítulo XXV
Mentiras con sabor a fresa

El testigo que faltare a la verdad en su testimonio en causa judicial será castigado con las penas de prisión de seis meses a dos años y multa de tres a seis meses.

Artículo 458 del Código Penal

«Las mentiras nunca rentan, Olvido», solía decirme mi madre en su habitual serenidad cuando yo inventaba alguna excusa para evitar citas incómodas.

—Es una mentira piadosa.

—¿Piadosa con quién? —me dijo un día.

—No puedo decirle que no quiero salir; se sentiría mal —repliqué yo.

Aunque ambas sabíamos que lo que yo trataba de evitar no era que aquella persona se pusiese triste o se enfadase. Lo que eludía era mi propio sentimiento de vergüenza. Me protegía a mí misma huyendo de la verdad. Y, a veces, en aquellas huidas tropezaba y la caída era aún más dolorosa. Mi madre tenía razón: invirtiendo en embustes, siempre se arriesga más que afrontando las consecuencias de la sinceridad.

En mi nuevo despacho la carga de trabajo era notablemente más irregular. Había días muy densos y otros bastante más ociosos que cuando estaba contratada en W&R. Supongo que no perder el tiempo en rumorología me permitía concentrarme más, y esa era una ventaja. Sin embargo, mi cuenta corriente también había empezado a reflejar esa irregularidad. Cada vez que iba a un cajero, el *smiley* que daba los buenos días me fruncía el ceño y me torcía el gesto.

La merma en mis ingresos fue la primera razón por la que despedí a Amelia, pero, siendo fiel a la verdad, no fue la más importante. Había asumido que realizar más tareas de casa me convertía en mejor madre. Y, sincerándome del todo, me celaba de ella. Me daba rabia que le diesen tantas muestras de cariño. Y un día cualquiera, con dos bebés y una pequeñaja, me convertí en Correcaminos, bip, bip, con el día persiguiéndome como el Coyote.

No es que antes no tuviese ritmo, que lo tenía. Lo que hice fue

elevarme al cubo. Doblaba el madrugón y me multiplicaba por tres para limpiar, recoger, comprar… y perseguir niños. «Todo es cuestión de organizarse», pensé erróneamente. Con Gus enganchado a mí como un macaco, recorría la casa de un extremo a otro solucionando los imprevistos más variopintos.

A veces, no madrugaba porque, sencillamente, ni siquiera me había acostado. Los niños traían a casa cuantos virus encontraban por ahí. Los saludaban, los invitaban a entrar y luego los compartían generosamente con el resto de la familia. Cuando no era una gastroenteritis, era un catarro, una gripe o cualquier otro bacilo con sus correspondientes sarpullidos, molestias respiratorias y un largo etcétera.

Noches de fiebre remojada en la bañera tibia, de relevos de pijamas y palanganas, de carreras por el pasillo con niños llorosos. Y el momento cumbre, cuando por fin bajaba la temperatura y el convaleciente, aliviado, despejado y alegre, arrancaba una oratoria fresca con un discurso improvisado sobre cualquier tema. Yo derramaba junto a su cama los restos de mi cuerpo rendido y el enfermo trataba de recomponerlos con su conversación. Entonces me sentía contenta porque su cháchara era la señal inequívoca de que estaba bien. Vencíamos a la enfermedad y yo caía derrotada.

Aquella mañana, Gustavo no chupaba y lo notaba muy caliente. Aunque llevaba un par de días pachucho, lo habíamos manejado alternando analgésicos. Pero aquella calentura, que al tacto parecía superar los 38 °C, me tenía mosqueada.

Traté de tumbarlo en su cunita, pero se ponía firme como un soldado y lloraba, así que lo mantuve pegado a mí como quien porta una bolsa de agua hirviendo. Cada vez me daba más calor.

Vestí a Lucas goteando sudor y peleé con Alicia para no llegar tarde al cole. Cuando enfilamos la entrada al aparcamiento del colegio, el bebé se había dormido. Así, *a priori*, su sueño tendría que sonar a alivio; sin embargo, para mí suponía un dilema. Algo parecido a ese acertijo del lobo, la oveja y la lechuga en el que te plantean que los cruces de uno en uno sin que se coman entre sí. No podía dejar al bebé dormido; tenía que acompañar a Alicia a su aula y entregársela a su profesora. Una norma que el colegio cumplía a raja tabla. Normalmente era fácil. Lioso, pero fácil: desenganchaba a los pequeños de sus sillas, salíamos todos, como corte que acompaña a su reina, corríamos tras ella, volvíamos sobre nuestros pasos y yo los sentaba y abrochaba de nuevo para seguir la ruta de entregas. Sin embargo, cómo iba a sacar a Gus sin despertarlo, con lo que le había costado dormirse.

Dudé un instante. Miré a mi alrededor y evalué el riesgo. Los pequeños estaban seguros en sus respectivas sillas. Eché un vistazo al aparcamiento de profesores y me di cuenta de que el coche me resultaría visible desde la puerta principal. Apenas los perdería de vista unos segundos. Abrí las cuatro ventanillas lo suficiente para que respirasen aire fresco, pero poco, para que ningún extraño introdujese el brazo. Observé a dos madres que alargaban la despedida, acodadas en las puertas de sus coches. Su presencia disminuía la probabilidad de que entrasen merodeadores en el recinto. Tomé a Alicia de la mano, corrí a una velocidad que la elevaba del suelo y entré disparando saludos de cabeza, sin detenerme hasta llegar al aula. Le pedí a la niña que dejase el chaquetón en la percha del pasillo y cogiese su mandilón, mientras yo volvía la cabeza tratando de vigilar el coche. Como no se veía desde ahí, decidí dar por cumplido el trámite de entrega gritándole desde la puerta a su profesora:

—Alicia está aquí fuera.

Ella dijo algo que no fui capaz de comprender. De lo que estoy segura es que no me respondió «Muy bien, gracias, no te preocupes».

Descendí las escaleras del área de infantil de dos en dos, lanzándole besos a la niña por el aire, bajo la mirada de reproche de dos profesoras que charlaban apoyadas en las puertas de sus respectivas aulas. «No se corre por los pasillos», sentí sus pensamientos atravesándome el cerebro. El vestíbulo se me hacía eterno y los zapatos, demasiado altos.

Cuando llegué al coche, Lucas había robado el chupete de su hermano y ambos lloraban desconsoladamente, flanqueados por las dos mamás, que trataban inútilmente de consolarlos desde las ventanillas.

—Estos niños tienen fiebre —dijeron en un dúo vocal de madres perfectas. ¿Por qué rayos no se meterían en sus respectivas vidas perfectas?

—Solo el pequeño —respondí con una falsa sonrisa de (in)gratitud.

—Ch, ch, ch, ch —negó la guardiana de Lucas, acompañando su chasquido con un movimiento lento de su cabeza y la boca en posición de tocar la flauta—. Es-te tam-bién.

Ellas tenían razón y yo tenía dolor de corazón. ¿Cómo me había pasado desapercibida la fiebre del pobre Lucas?

Ocupé el asiento, arranqué y di las instrucciones al coche para que llamase a Manuel Saldaña.

—¿Deseas - llamar - a - Elisa? —soltó una voz humana disfrazada de robot.

—No. Llama a —pronuncié lentamente— Manuel Saldaña.

—¿Deseas - llamar - a - Miguel Botana?

—Mierda. No.

—Llamada - a - Miguel Botana - en curso.

Toqué a todos los botones tratando de encontrar el que cortaba la llamada y conseguí hacerlo antes de que al otro lado se descolgase el teléfono. «Me encantará hablar contigo, Miguel, pero no ahora». Miré por el retrovisor. Contra todo pronóstico, los niños se habían vuelto a dormir. Vi sus mejillas encendidas. Los dos al pediatra, sin falta.

Segundo intento.

—Llama a Manuel.

—¿Deseas - llamar - a - Manuel Saldana?

—¡Síííííí! —grité eufórica. Me arrepentí enseguida al darme cuenta de que podía despertar a los niños. Volví a mirar por el retrovisor. Nada. Dormían plácidamente.

—¡Buenos días, Olvido!

—Verás, Manuel. Tenemos que quedar más tarde. El coche me falla y tengo que llevarlo al taller. —No sé por qué motivo me pareció que arreglar el coche era un acto de responsabilidad más serio y justificable que atender a mis propios hijos, pero no dudé en soltar esa improvisada mentira.

—Sin problema. Nos vemos a las doce.

Colgué al mismo tiempo que un estropajo de alambre empezaba a subir por mis piernas hasta el estómago. «Olvido, has mentido».

«Por qué rayos me sale ahora un pareado», bufé mi fastidio.

Avisé a la nueva canguro para que me esperase en casa a las 11:30 en punto y seguí conduciendo hasta la consulta del pediatra como si me encontrase en un *rally*. Llegué al pediatra con los dos niños apretujados en la silla y abordé a la recepcionista con mi urgencia.

—La doctora tiene antes a otros pacientes.

—Pero estos están muy malitos.

—Esos también. —Señaló a una media docena de niños y niñas sonrosados.

—Tengo que estar a las doce trabajando.

—Supongo que esas también. —Señaló a sus madres.

Me acerqué a la sala, cogí al pequeño en brazos e inicié una conversación apremiante, pero con pinta de tranquila. Al menos eso creía yo. Les comenté que tenía que trabajar y, claro, en fin, ya saben, qué jaleo… Nadie se ablandaba y yo veía que el tiempo se me echaba encima. Y así, sin más razones que la angustia de llegar tarde, el estropajo que llevaba toda la mañana frotándome el estómago alcanzó la garganta y se puso a picar la cebolla que se me había incrustado cuando oí a los niños llorar en el aparcamiento del colegio. Las

lágrimas me escocían tanto que las dejé salir.

Mi plan no era dar lástima, pero aquellas mujeres empezaron a consolarme y yo me dejé.

—Eres una valiente. Fíjate, animarte con tres con los tiempos que corren. Míralo por el lado bueno. Si la niña está bien, al menos tienes una a salvo.

—Y ellos, sin embargo, tan tranquilos —inició una de aquellas mujeres la reivindicación feminista.

—Mi marido ni siquiera sabe el nombre de la pediatra —coreó la otra.

Y sentí más lástima aún, porque había sido yo quien se había empeñado en tener más hijos. No era culpa de Fede. Había sido yo quien había decidido prescindir de Amelia. Fede quería que siguiese.

Se abrió la puerta de la consulta. Un padre, que, por cierto, resultaba muy atractivo, acomodó a su niña en el cochecito y salió por el pasillo.

—Marcos Nosequé —se escuchó decir a la pediatra.

La mamá del tal Marcos se volvió hacia mí:

—Pasa tú, que vas más apurada —cedió de repente.

Yo me eché a llorar todavía más y la envolví en un incómodo abrazo. Con un niño haciendo de bolsa térmica en la mochila y un brazo empujando el cochecito, dibujábamos una forma bastante extraña. La mujer me separaba sin disimulo. Tal vez porque temía contagiarse o, lo más probable, porque mis lágrimas negras estaban empapando el cuello de su pulcra camisa blanca. Me sentí aún peor.

La pediatra no prestó demasiada atención a mis hipidos. Ella misma colocó a Lucas en la camilla, mientras yo sacaba a Gustavo de su mochila. Los auscultó, los tranquilizó, los hipnotizó y se quedaron igual de febriles, pero maravillosamente tranquilos. Me pidió que me sentara, me dio el parte, otitis, y me lanzó el consejo que no le había pedido:

—Las mamás y los papás creemos que podemos con todo, pero solo tenemos un cuerpo, Olvido. ¿Estás durmiendo bien?

Respondí señalándole el paisaje. Ellos me miraban con ojos vidriosos y agradecidos.

—Ve a casa, dales esas gotas y los analgésicos que ya te conoces y trata de descansar.

—Gracias. Lo haré —mentí.

Aquella pediatra llevaba consigo la mejor medicina de la historia de la humanidad: hablaba mucho menos de lo que escuchaba y conseguía oír lo que no decíamos.

Los dejé en casa un poco más tarde de lo previsto; antes de salir,

preparé un cuadrante con los horarios de los medicamentos y lo pegué en la nevera para que la canguro no se confundiese.

—Recoges tú a Alicia, ¿verdad? Yo no puedo salir a buscarla con estos peques en casa.

—¡Claro! Ya lo había pensado —mentí de nuevo y me fui zumbando.

Manuel me esperaba paciente en una cafetería frente al despacho. Me hizo una señal de calma en cuanto me vio remontar la cuesta. Movía ambas manos con suavidad de arriba abajo, pidiéndome que ralentizase la marcha. Y mis pulmones se lo agradecieron disminuyendo lentamente el resuello. Así era el hijo de Saldaña desde que tenía alas. Resuelto, tranquilo, firme, pero con la esencia generosa de su familia.

La cafetería, un establecimiento ochentero de aire clásico, acogió mi llegada con un bullicio cálido. Un camarero entrado en años se acercó a la mesa antes de que mi trasero tocase la silla y recogió mi encargo de un solo doble en taza grande. Lo necesitaba. No es la cafeína lo que despierta, sino ese muro invisible que te aísla de los problemas en cuanto te acercas a la boca una taza de buen café. Ese gesto de cogerla entre las manos, sentir el calor en las palmas, olfatearlo y anticipar el placer del primer sorbo. Lo necesitaba de verdad, para salvarme de mis mentiras. Lo necesitaba para dibujar el límite entre mi papel de madre estresada y mi función de abogada serena.

Manuel parecía disfrutar tanto como yo de aquel momento. Sonreía con cierta pillería que anunciaba un buen asunto. Como hijo de empresario, él habría sido una potencial víctima de *gilipijismo*, pero tal vez por la madre gallina, o tal vez por la humilde timidez del constructor, se había mantenido al margen de aquel mundo vacío de fidelidad.

Era el perfil de cliente que yo deseaba. En aquel momento, más que nunca. Por su forma de ser. Porque me sentía más cómoda como abogada de empresa. Por dinero (también por dinero).

Y un poco por provocar a Adán, lo reconozco.

No pude imaginar que acabaríamos con un cadáver bajo nuestras almohadas. Sin precipitarme y sin justificarme, nuestro delito no fue intencionado.

—¿En serio vas a ser socio de un diseñador de moda? No te veo luciendo trajes de cuello mao o de lino blanco.

Manuel reía todo lo que le decía, pero estaba francamente involucrado en este asunto.

—No tiene que ver con la moda. Vamos a rehabilitar un balneario

de aguas termales en la ribera del Sil. El suelo pertenece a su familia, aunque hace muchos años que aquellas piedras están abandonadas.

Ojeé otra vez el punto del mapa que me había mostrado en el teléfono.

—Es un sitio precioso, pero ¿te das cuenta de que es muy difícil el acceso?

—Posiblemente por eso dejaron de utilizarlo. Por lo visto, ya los romanos se beneficiaban de sus aguas minerales. Hay restos arqueológicos que demuestran que allí hubo algún tipo de baños.

—¿Y la Oficina de Patrimonio no se mete?

—Estuvieron en su día, pero ya se encuentra todo en orden. Ahora hay que construir sobre las ruinas de esta casa —dijo, señalándome unas líneas en el plano que había extendido precariamente sobre la mesa de aluminio de la cafetería—. Esta es la zona destinada a baños medicinales y aquí hay una fuente de agua sulfurosa que se conserva bastante bien, con su clásica cubierta de fundición como la de Troncoso, en Mondariz, pero mucho más pequeña.

Abrió la galería de fotos de su móvil y me las mostró. Me quedé fascinada. En medio de un empinado bosque de carballos, las ruinas exhibían un esplendor antiguo y atrayente.

—¿Cómo pudieron dejar esto abandonado?

—Él dice que esas tierras pertenecían a su familia desde hace muchos años, pero que ni siquiera conocía la existencia de esa casa hasta que la heredó.

Los restos de la vivienda mostraban los daños de alguna ocupación ilegal y el desfalco del abandono.

—Este sitio no es sanador por sus aguas termales, sino por la paz que se respira —continuó mostrándome una colección inacabable de fotos.

Revisé los documentos. Permisos, concedidos. Proyecto básico, aprobado. Exigencias de construcción en espacios protegidos, cumplidas. Contrato, no ofrecía duda.

Sin embargo, algo no me encajaba. ¿Por qué un empresario solvente quería asociarse con la constructora para la ejecución de la obra? ¿Por qué compartir beneficios? ¿Por qué no un simple encargo? Como promotor, podía contratar la edificación sin inversores y sin más complicaciones que el pago regular de las certificaciones de obra.

—Fui yo quien le pedí una participación. Él se arriesga menos; yo me implico a tope. ¡Me encanta, Olvido! Es un lugar mágico.

No me convencía. No me cuadraba. Manuel mostraba una pasión increíble, sí. ¿Y qué? No hay ilusión que ofusque la codicia de los millonarios.

—¿Por qué no comemos para celebrarlo?

—Me encantaría, pero tengo algo de prisa.

—Es cierto. Perdón. ¿Qué tal van tus pequeños?

No recordaba haberle dicho que mis hijos estaban malitos. Lo miré con cara de póker.

—Te vi entrando en urgencias de pediatría esta mañana, justo después de que se te estropease el coche —aclaró.

Sonrió con arruguitas, me guiñó el ojo y yo plegué los labios en señal de disculpa. En mis riñones, o algo más abajo, se agitó un hormiguero y miles de patas de insecto estallaron en un baile de san Vito que me recorrió velozmente la piel. Me sentía fatal por no haber sido sincera.

—¿Me acompañas a comprar unas fresas para el postre? —repuse con una descarga de confianza, agradecida por su comprensión.

Me acompañó de buena gana, ante la mirada del plasta de Barbosa, que en ese momento salía del fondo de la misma cafetería.

—Ese tipo te sigue. El otro día me lo crucé delante de tu despacho.

Sí, a veces resultaban curiosos nuestros encuentros casuales. Era muy pesado. Pero tanto como seguirme, me pareció exagerado.

Compré fresas para ambos, él me agradeció el imprevisto detalle y nos fuimos cada uno por su lado.

Capítulo XXVI
Una mujer entre rejas y una prisión invisible

Para asumir la dirección de un asunto profesional encomendado a otro letrado, deberá solicitar su venia, si no constare su renuncia; y en todo caso, comunicárselo con la mayor antelación posible a su efectiva sustitución.

Artículo 9 del Código Deontológico de la Abogacía

La cárcel no es siempre, como se ve en las películas, un lugar sórdido y oscuro. Al menos, eso me pareció en mi primera visita a un centro penitenciario. Para empezar, el recinto se encontraba rodeado de una densa fraga arbolada. Se accedía a él tras recorrer un extenso manto verde de arbusto bajo matizado por los brotes amarillos de la retama, de la carquesa o del tojo y por las pintas rojizas o moradas de algún brezo desordenado. Pequeñas aldeas, unos prados y un cartel anunciando la cascada del río Oitavén me tentaban a detener el coche, iniciar una caminata y olvidarme del mundo.

Un vigilante me acompañó por un pasillo exterior acristalado. Lo más tétrico del recorrido fue el sonido de su calzado en el pavimento. En la sala de visitas nos esperaba ya la mujer de la droga en el cacao. Estaba sentada al otro lado de un cristal. Eso sí resultaba similar a cualquier película. Tenía los ojos llorosos y yo no había ido a darle buenas noticias.

—Necesito que me digas la verdad.

—Ya le dije que soy inocente —seguía ella con su vehemencia cansina—. ¿Cómo iba a saber lo que había dentro de esas cajas?

—Pues recibiste una transferencia de 1200 euros de tu amiga. ¡Qué bien te pagó por un simple envío de Nesquik! —señalé con sarcasmo.

—Eso fue otra cosa. —Se sonrojó, por fin—. Teníamos una boda y yo compré el regalo de parte de las dos.

—Lo siento, no puedo seguir confiando en ti —respondí incorporándome—. Solo te digo que la juez quiere hablar contigo. Posiblemente, te ofrecerán un trato que yo ya no estoy dispuesta a conocer.

Ella me pidió que esperase y empezó a soltarse.

—Yo sabía que había algo turbio. Claro que lo sabía. Pero no me imaginaba que sería algo de drogas. Ella también es madre, y una madre no quiere meterse en nada de eso, entiéndame. Mi situación es extrema. Mi hijo está estudiando Farmacia en Santiago y yo tengo que hacerme cargo de sus gastos.

Me retorcía por dentro que utilizase de nuevo la excusa de la maternidad. Moví la cabeza mostrando mi decepción y dejé que continuase con su argumentario.

—Por favor, sáqueme de aquí. ¡Es la primera vez que me salgo de la raya!

Un torrente húmedo de frustración empezó a brotar de sus lacrimales. Yo no le dije que también disponía de esa información. Evidentemente, la policía estaba al tanto e interpretaba esa necesidad de ingresos como un móvil. Tener una necesidad no la eximía de su culpabilidad en un delito. Seguí escuchando, aferrada a mi indiferencia.

—Trabajo en la limpieza, y eso no da para pagar estudios universitarios, ni siquiera llego a fin de mes. ¡Por eso acepté hacer cosas extraordinarias! El niño no sabe a qué me dedico. Le dije que trabajaba en una oficina y no es del todo mentira. En realidad, limpio las oficinas —se disculpó con un gesto de inocencia—. Solo es una mentira piadosa.

Mi corazón se estiró, se aferró a los lóbulos de mis orejas y los agitó como si fuesen las campanas de mi conciencia.

—¿Piadosa con quién? —repuse, evocando la reflexión de mi madre, y me retiré el pelo hacia atrás, disponiéndome a escuchar mejor.

—Solo le disfracé un poco la verdad para que no se avergonzase de su madre.

—¿Y crees que se avergonzará menos cuando sepa las «cosas extraordinarias» que has hecho esta vez? —Abrí el grifo de mi indignación, liberando aún más el caudal de su culpa. Su pequeño cubículo empezaba a inundarse y amenazaba con desbordar hacia mi lado—. Esa amiga tuya te ha metido en un lío y tú vas a tener que colaborar con la juez para salir de aquí.

—Yo pienso que mi amiga tampoco sabe nada. Ella está como yo, sola y desesperada.

Aquella cándida apreciación me hizo dudar de nuevo de su culpabilidad. La amiguita inglesa había hecho esto varias veces con otras mujeres en situaciones similares. Por supuesto, quien esperaba el paquete no era un joven estudiante, sino una pareja de camellos experimentados. Se lo expliqué sin miramientos y le ofrecí la solución

más favorable para ella.

—Entiendo que te van a proponer una rebaja en la condena a cambio de que cuentes más cosas de las que me estás contando a mí. Si colaboras, te soltarán y probablemente no volverás por aquí, porque es la primera vez que te pillan.

Ella se ahogaba en su lago de lágrimas, consciente de que se había dejado engañar. Consciente de que en el fondo de su inocencia pesaba la responsabilidad de elegir a quién creer y a quién cuidar.

—¿Están ya dulces las fresas? —Cortó de repente su afluente de lágrimas.

Me quedé perpleja. ¿Todo el mundo conocía mi vida?

—Tienes una marca en la muñeca. —Señaló con la mirada.

Giré el brazo buscando esa huella.

—Sí, muy dulces. En cuanto salgas, vendrás a verme e iremos a comprarlas juntas.

El sol jugaba a esconderse entre los árboles durante todo el trayecto de regreso. A ratos, enorme, retándome de frente. Otras veces, más pequeño, en un costado de la carretera. Yo me distraía con su juego y con mis propias cavilaciones. La mañana estaba más presente y más inquieta.

«¿Podrías defender a un violador?

»Jamás. Pero menos aún a un traficante de drogas».

Era la rotundidad con la que respondía a la pregunta que más me hacían cuando empecé la carrera. Los años de estudio, de debate (a veces bronca) en la cafetería, de lectura reflexiva me fueron enseñando a entender que las penas debían ser adecuadas al delito y que la sociedad tenía que fomentar ese derecho. Sin embargo, no terminé de convencerme hasta que la noticia de una persona que había permanecido en prisión más de veinte años por un delito que no había cometido acaparó durante semanas los telediarios. Los entonces incipientes avances en el estudio del ADN señalaban inequívocamente al verdadero culpable. Todos los informativos empezaban la noticia con dos imágenes: la de un risueño joven abrazado a su madre y la de un hombre envejecido, con la mirada perdida, rodeado de periodistas. La mujer se había suicidado pocas semanas después de la condena con la desesperante sensación de creer a su hijo culpable de un asesinato. Los detalles de aquel asunto mal resuelto y de aquella justicia mal impartida pasaron a ser nuestro tema de conversación y removieron en nosotros la voluntad de promover el derecho de las personas a un juicio justo.

En Radio Clásica, *Summertime* cantada por Barbara Hendricks. Si decía la verdad, si su papel había sido el de hacerse la tonta sin saber

qué contenían los envíos a Londres… Si sus razones eran tan nobles como darle estudios a su hijo…

Cuando llegué al centro de la ciudad, acunada por la melodía de Gershwin, me indulté. Al fin y al cabo, mi cometido no era ayudar a una narcotraficante, sino facilitar que la juez pudiese continuar con su investigación. Clic-clic, clic-clic. El intermitente me sacó de la inconsciencia.

Miré la hora en el salpicadero. Habría necesitado un rato para revisar el contrato antes de que Manuel firmase en la notaría. Pero el tiempo era uno de los lujos que se había dado más prisa en desaparecer de mi vida. Apuré el paso.

El oficial de la notaría me salió al encuentro en cuanto pisé la entrada. Me ofreció un abrazo y un café. Yo acepté ambos, muy gustosa.

—¿Te pasa algo? Tienes ojeras —me preguntó, cariñoso.

«¡Ja! No sé por qué», pensé.

—Solo estoy cansada —despaché mi explicación. Cómo aclararle en qué consistía mi vida a un soltero sin más compromisos que el gimnasio y las cañas con amigos. Apenas eran las doce de la mañana y yo llevaba más de cinco horas de actividad frenética. Cuatro, si descontaba la visita al centro penitenciario, que me proporcionaba un paréntesis musical.

Él se aproximó a mí susurrando, como si hubiese alguien más en aquel pequeño *office* reservado al personal y a algunas personas de confianza, entre las que me incluía. Acerqué la cabeza, contagiada por su sigilo.

—Viene tu exjefe.

—¿Adán? ¿Es que no hay más abogados en esta ciudad?

—Algo anda urdiendo, Olvido. Últimamente pasa mucho por aquí con temas inmobiliarios. Y tú deberías saberlo mejor que nadie. ¿No eres muy amiga de su mujer? —preguntó mostrándome las palmas de las manos con los codos bien pegados al cuerpo. Con su perfecta raya lateral en el cabello y su aspecto impecable, parecía un emoticono.

Evité darle explicaciones. Elisa y yo manteníamos el espacio invisible que me permitía obviar el abrupto tema de su marido. Si en la conversación salía algún asunto que tuviese que ver con mi antiguo despacho, ambas nos guarecíamos en el elegante limbo de los problemas eludidos.

—Necesito revisar el contrato. La última versión la elaboraban los «servicios jurídicos» del diseñador, pero nadie me ha dicho que esos servicios llevaban ese nombre y ese apellido.

No podía evitar pensar mal. No sería la primera vez que Adán hacía

algún sutil cambio, un par de palabras, una coma o un marcador que modificaba el sentido de alguna cláusula. Él sabía que yo conocía sus mañas, por eso era mejor permanecer en la sombra. «¿Es esta su forma de duelo?».

Me quedé en el *office*, dispuesta a verificar cada cláusula en busca de cepos. Llamé a Manuel, que me respondió con voz fatigada. Sí, ya sabía que la sociedad la constituía con la hija del constructor. Sí, se había olvidado de comentármelo, pero era ella quien estaba interesada en el balneario de sus bisabuelos. Papá pagaba un capricho. Sí, ya estaba remontando la cuesta y en unos minutos nos veríamos. Adiós. Adiós.

—Ave María…, ejem. Buenos días.

—Ya termino —respondí lacónica.

—Manuel Saldaña era cliente de Watson & Robles —delató desde la puerta, en un tono que pretendía ser acusador. Araña alerta, siempre tejiendo para su red. Yo, en mi ingenuidad, no lo vi. No distinguí aquellos hilos invisibles. Estuve corta de vista.

Saludamos a mi cliente que entraba por la puerta y aproveché para responder con testigos a la insinuación de Adán.

—Esta empresa la constituye Manuel Saldaña hijo, como sabes. Vuestro cliente es su padre. Así que no estoy infringiendo ninguna cláusula de competencia. Además, me consta que has dado el visto bueno.

Con una sonrisa arrogante, busqué la confirmación de mi cliente. Él, lejos de asentir, puso cara de circunstancias. Se me encogieron los argumentos a la vez que el músculo pubococcígeo.

En realidad, yo no había acreditado la recepción de la venia. En fin, no había recibido una respuesta escrita de W&R. Tampoco la había pedido. Me había fiado de la gestión de mi Manuel. Mis muñecas se atrajeron entre sí como dos imanes. A mi alrededor empezaron a crecer unos barrotes invisibles, el enverjado de una prisión profesional. No era competencia desleal, pero lo parecía.

—En cualquier caso, en este asunto no hay ninguna controversia, no necesitamos venia —lancé el órdago forzando la separación de mis muñecas. Mostré las palmas al techo, pegué los codos al cuerpo y puse cara de triunfo. El emoticono que antes había representado el oficial de la notaría. Solo que a mí se me cayó el bolígrafo de la mano. Me sentí sumamente ridícula, pero no pensaba amilanarme.

La socia de Manuel asomaba en el quicio de la puerta con su figura imponente. Alta, esbelta, sin caer en la flaqueza, y con un aire espiritual en su belleza y en su postura. Nos dirigieron a todos hacia otra sala imponente. El oficial me consultó con la mirada si había algo

que matizar. Curvé mis labios apretados y batí un poco mis neuronas con un gesto rápido de negación. Podía dar por válida la escritura.

—Yo de ti, también preferiría a esa chica que a su padre, qué quieres que te diga… —bromeé en cuanto pisamos la calle. Manuel pareció contrariado e improvisé un derrape—. Me refiero a que me parece más fiable, menos altiva que el diseñador. ¿No esperarías un comentario machista por mi parte?

—Bueno, la verdad es que lo estaba interpretando mal. Perdona —respondió con sinceridad—. Y perdona también por no haberle comentado a Adán que serías mi abogada. ¿Te he metido en un lío?

—¡Qué va! Es su forma de marcar territorio —concedí insincera, mientras mi pelvis iniciaba una nueva revolución.

—Sí, le encanta mear las farolas.

—No quería usar esa expresión, pero, ya que lo dices…

—¿Te acompaño a comprar fruta? —bromeó.

Me despedí con un abrazo y le prometí visitar la obra en cuanto tuviese un momento. Una promesa un poco hueca teniendo en cuenta mi ritmo de vida. Pero lo cierto era que me apetecía mucho conocer el lugar después de todo lo que comentaban Alba y Manuel sobre su magia y sobre las propiedades del agua.

La sociedad había quedado constituida, pero mi trabajo no había terminado. Con esa empresa no nacía un asunto cualquiera. Quién nos lo iba a decir.

Capítulo XXVII
La guasa del titiritero

Los españoles son iguales ante la ley, sin que pueda prevalecer discriminación alguna por razón de nacimiento, raza, sexo, religión, opinión o cualquier otra condición o circunstancia personal o social.

Artículo 14 de la Constitución española

El dinero no te zafa de morir, por mucho que sea. Los millones que amasas en el banco siguen ahí cuando estiras la pata. Lo supe siempre y me impresionó aquella noche, en el momento en que vi la imagen de Teresa con su cabeza colgando en la sala de espera.

Que nadar en millones no te libra de la muerte lo sabe cualquier necio sin estudios de Derecho. Lo sabía mi vecina, que tenía suficiente para pagar todos los visones con los que calentaba su soledad. Lo sabía el hijo de mi prima, que no disponía de un chavo para reembolsar todos los visones que había liberado para enfriar su aburrimiento. Lo sabía también el sicario, a quien no llegué a preguntar si tenía con qué retribuir la minuta de su consulta.

Había citado al ecopulgas y a Teresa. El tercer protagonista del día no estaba previsto.

Había pasado por el colegio, por el juzgado, por la procuradora y por el banco, todo ello después del *hogarathlon* en el que se estaban convirtiendo mis mañanas. Mi casa recogida, mis hijos convenientemente depositados en sus jaulas escolares, mis demandas presentadas, mis notificaciones recogidas, mis documentos firmados y mis facturas… Mis facturas sin resolver del todo. Tendría que ser más aguda cobrando. Lo más azaroso del trabajo autónomo es el desagradable momento de pedir que te paguen. Me preparé un café largo antes de la primera reunión. Lo necesitaba.

El hijo de mi prima, sin otra ocupación que ducharse (y no debía de hacerlo a menudo), llegó tarde y se justificó diciendo que los despertadores son un atentado contra la salud. Él era más partidario de seguir el ritmo natural del cuerpo, de los ciclos circadianos y esas cosas. Carecía del don de la palabra y cuando hablaba masticaba un chicle inexistente. Nada más llegar, me había narrado cómo le había

ido esa mañana o, mejor dicho, cómo no le había ido. Siempre hay quien considera que dar el parte de su movimiento intestinal aporta algo. El chiquillo, por lo visto, además de alergia al peine y al desodorante, sufría de estreñimiento y le había parecido oportuno contarme su fracasada excursión al baño como excusa por su retraso. Aguanté estoicamente los primeros dos minutos, luego le corté y abordé el asunto al que venía.

—Solo te cogieron a ti, pero entiendo que sois varios. ¿Te apoya alguna organización?

En mi memoria sonaban diferentes asociaciones de liberación animal que, suponía, estaban detrás del incidente.

—No, no. Yo voy por mi cuenta —inclinó la cabeza y sonrió como si llevase un pitillo en la comisura de los labios. Arrastraba las palabras de tal modo que me pareció que podríamos buscar una eximente en alguna sustancia no legal, y se lo insinué.

—Qué vaaaaaa, yo de eso nada. Yo solo unos porros, pero ese día no iba *fumao*. Lo mío es objeción de con-cien-ciaaa. —Ralentizaba cada sílaba como si la fabricación de frases fuese impulsada por una manivela antigua y pesada—. A mí me due-le la pa-ta-ta —afirmaba golpeándose el pecho con el puño— cuando veo los animales en las granjas. Ya solté una vez vacas, pero ahí no montaron tanto pifostio y no se enteró nadie. Es por la pasta, ¿me entiendes? La gente de las vacas gana menos y a la peña le interesa meee-nos. Pero los visones…, claaaaaro. Ahí sale la policía, medioambieeente, la preeeensa. Todo está montado por el sis-teee-ma. Con los visones pierden más pasta, porque esos no se ordeñan, esos los pagan bien los ricos. Y ahí sale la banca, sale la ministra, sale todo dios a proteger sus intereses. ¡Pues ahora que los busquen! Je, je, je —ironizó exhibiendo de nuevo esa sonrisa lateral de cigarrillo invisible.

Me resultaba tan inaudita su retahíla de argumentos que no sabía si darle una conferencia medioambiental, una charla social, un curso básico de lectura o si pedirle un poco de lo que fuese que fumaba. Opté por otro café y aproveché la escapada para utilizar la respiración del parto, expulsar la placenta de mi indignación recién nacida y volver con mis argumentos jurídicos recién peinados.

—Verás, aunque llegase a comprender todo ese complejo sistema del que me hablas, en el plano jurídico solo hay unos hechos y una ley que los tipifica como delito y prevé unas consecuencias.

—Ya, pero ¿quién hace esa ley? ¿No te das cuenta? Ahí es donde está el sistema…

No le dejé terminar.

—Cuando toque, ya votaremos, y a ver si se puede cambiar la ley.

Ahora, vamos con los hechos. Unas cámaras te grabaron abriendo las jaulas de más de 10.000 mustélidos —expuse, mostrándole el escrito de acusación—. En concreto, una variedad conocida como visones americanos. Es una especie invasora, exótica y dañina para nuestro ecosistema. Tu «liberación» constituye un delito ambiental grave.

—¡Pero ahora son liiii-breees! —insistió, en un ejercicio de pobreza intelectual que volvió a desviarme de mi objetivo.

—Escucha: a mí, como a cualquier persona medianamente cuerda, también me espanta la idea de encerrar animales en granjas inmundas para que los humanos nos hagamos abrigos, nos comamos huevos o tiremos más carne de la que comemos. Pero no puedes tomarte la justicia por tu mano —reprendí a aquel desconocido que un día había sido el simpático niño de mi prima y me incorporé. Necesitaba mover las piernas y las intenciones para no darle una colleja—. No te pongas el despertador si no quieres, pero levántate cada mañana para hacer algo útil de verdad. Únete a una organización que realmente sepa sobre ecología. Ayuda con acciones útiles.

»La cría de visones puede ser terrible; aun así, soltarlos en pleno monte en Galicia es un crimen. ¿Has visto las noticias? Esta misma mañana han visto visones en las islas Cíes, en las Ons… ¿Lo entiendes? —Él pareció inquietarse con mi afirmación—. Depredadores de nuestra fauna autóctona, que se comen todo lo que pillan en los parques naturales, en los campos de nuestros paisanos y en cualquier espacio que les quede a mano. Si querías hacer algo sonado, lo has conseguido: ya tienes al menos tres organizaciones ecologistas, un centenar de voluntarios, la mitad de los empleados del Seprona y varios agentes de la autoridad encargándose de buscarlos y devolverlos a sus jaulas.

Tuve que dar un par de vueltas a mi jaula antes de continuar. Él me observaba sin pestañear.

—Lo que has dejado en libertad es otra clase de animalitos. Has soltado a los urbanitas descreídos, a los que no reciclan porque «todo va al mismo contenedor», a los que edifican en suelo no urbanizable porque «a quién le hace daño una sola casita», a los que cazan furtivamente o cogen el marisco en época de cría. A todos esos les has dado licencia para etiquetar la ecología como una excentricidad de cuatro pirados. ¡Has sido un…, un inconsciente! —Me detuve un momento para comprobar que seguía vivo. A pesar de mi insulto, no movía una sola de sus greñas—. Has puesto en libertad el cinismo de los acomodados. Esos que confundirán tus delirios posadolescentes con el trabajo serio y riguroso de cientos de organizaciones, de miles de personas en todo el mundo que de verdad estudian, cuidan y

defienden el medioambiente. ¡Y ahora vamos a ver cómo conseguimos que tu condena sea lo más reparadora posible y lo menos lesiva para tu escasa lucidez!

Me sorprendí faltándole al respeto por segunda vez. Me sentí mal por ello. Me senté de nuevo, guardando un silencio largo y denso. Necesitaba pensar.

—Lo siento —balbució, dejó la puerta de sus labios entreabierta unos segundos y reanudó—: ¡Qué bien haaablas, tíaaa!

Mi furia se ablandó y mi argumentación me removió por dentro. Observé al chico, que de repente me pareció más joven y menos ajeno.

—Si quieres hacer algo útil, ¿por qué no buscamos la forma de llevar a los tribunales a esas granjas? Por lo poco que he podido ojear en la legislación, estoy segura de que la cría de estos animales en semejantes condiciones es más que discutible —confesé—. Eso no te eximirá de nada, pero tal vez podamos darle un giro a «tu causa» —entrecomillé con los dedos.

Me arrepentía de haber sido tan tajante y me ofrecí a ayudarlo con otro tipo de acciones. De eso me arrepentí aún más, pero fue meses más tarde.

No fue fácil deshacerme de sus abrazos y de sus halagos. Y resultó más difícil todavía rechazar su ofrecimiento de bajar a la calle a dar unas caladas al porro que, según él, ambos necesitábamos. «Un par de calaaadas, tía». No llegué a preguntarle si se refería a mí como pariente o como colega. Su repentina vehemencia me sorprendía. Tan poca flema para la vida contrastaba con el tesón que mostraba ofreciéndome la marihuana *ecofriendly* cultivada sin pesticidas ni fertilizantes por un colega suyo.

Conste que a veces me planteaba si no me vendría bien algún calmante natural para hacer frente a mis ajetreados mediodías.

Dediqué la primera hora de la tarde a investigar sobre la legalidad de las granjas. Me sumergí en una absorbente búsqueda de jurisprudencia de la que me rescató Teresa Vera. Llegó envuelta en otra elegante gabardina forrada con un sospechoso pelo suave. Una de esas provocaciones invisibles que hace la vida en su curioso afán por crear casualidades con sus marionetas. Tuve la sensación de que en algún lugar de la atmósfera, justo sobre nuestras cabezas inocentes, el titiritero se regocijaba en su travesura. Se tronchaba de risa mientras manejaba las piezas y cruzaba los extremos aparentemente distantes de una misma línea aparentemente inabarcable. La primera diablura de aquel aciago día.

Teresa salió del ascensor quejándose de la lluvia y atusándose un moño italiano formado con los restos cardados de una antigua melena

que ahora deslucía mate, algodonosa y falta de vida. Llamaba especialmente la atención por el contraste con las chispas de sus ojos que, aunque no eran grandes, brillaban siempre con un entusiasmo vital. Refulgían con la vida que le faltaba al pelo y que pronto le faltaría a ella. Cruzó el vestíbulo arrastrándome por el brazo. Me desquiciaba esa seguridad con la que conquistaba los espacios.

Dio una vuelta de reconocimiento y alabó la decoración.

—Austera y luminosa.

Arrugó un poco la nariz, sin embargo, cuando vio que los cristales de la sala de espera eran opacos.

—Es un patio de manzana y es mejor ocultarlo a la vista.

Teresa terminó de fruncir su cara en un revelador drapeado de desaprobación.

—¿Has dado vacaciones a las secretarias?

—Aún no tengo asistente. Y no creas que no añoro a mi maravilloso Alfonso.

—Claro, ahora os da por poner chicos a hacer cosas de chicas, como si eso fuese a cambiar lo que realmente somos: esclavas de ellos. Os juzgáis más libres y solo trabajáis el doble —sentenció.

—¿Quieres un café, una infusión, un vaso de agua…? —interrumpí su discurso machista.

—Quiero que te sientes y me asesores —ordenó—. Para eso te pago.

Su exigencia me recordó que aún no me había abonado la factura anterior, pero no me pareció oportuno comentarle nada. Mi cuenta corriente seguiría temblando.

Quería montar una fundación. Alguien le había dicho que era fiscalmente rentable. Se me ocurrían mil causas justas a las que entregar su dinero (de hecho, cualquiera que no fuese la lucha contra las granjas). La única que no se me pasó por la cabeza fue la financiación de investigaciones en parapsicología.

Escuché con el mayor esfuerzo posible para no mostrar mi estupefacción.

—La dirigirá Chazaquiel. ¿Lo conoces? El vidente de la tele.

¡Claro! Chazaquiel, el cantavainas de los programas del corazón. Debía de ser uno de los ruidosos celebrantes de fiestas en casa de Teresa. Uno más entre aquellos personajes que habían contribuido, según ella, a la resurrección.

—Teresa, estaré encantada de ayudarte a buscar algo útil para destinar tu dinero. Una fundación es algo muy serio, y no digo yo que esas investigaciones que proponen tus amigos sean… —No encontré ningún eufemismo sinónimo de *estafa*—. Simplemente…, supongo que

deberíamos canalizarlo por alguna vía más académica. ¿Qué te parece si investigo un poco y te hago una propuesta? Confía en mí.

«Y desconfía del hatajo de oscurantistas que te venden patrañas», me guardé para mí.

—Te estás portando muy bien conmigo, niña. Lo tendré en cuenta, créeme. Tengo un regalito reservado para ti. ¿Te gusta el Dom Pérignon? Yo no lo bebo y a mi sobrino, Álvaro, no le gusta. ¡Lleva años en mi nevera!

—De momento, te invito a un café —desprecié su roñoso ofrecimiento de un capricho caducado.

—Y dale con el café, nena. ¿No tienes un buen *whisky*?

El timbre de la puerta me salvó de la respuesta. Aguardé en la puerta al imprevisto cliente y lo acomodé en la sala de espera, para terminar la reunión con mi vecina. Teresa, curiosa, asomaba su algodonoso moño desde la puerta y ojeaba la maniobra, con las gafas apoyadas en la punta de la nariz.

—Disculpa. Voy a tener que contratar a alguien, sí —convine al entrar de nuevo en el despacho.

—No te fíes de ese hombre —escupió sin discreción su juicio—. No me gusta la pinta que tiene.

Mientras anudaba aquella hilvanada propuesta de mi vecina, llegaba desde la sala un rítmico campanilleo, como un sonajero. Tilín-tin-tin. Tilín-tin-tin. Tilín-tin-tin. Un sonido molesto, con el poder de alterarnos a ambas. Teresa apuró sus últimas dudas y se levantó con un gesto desquiciado. Ya en la puerta, se giró con brusquedad y me increpó:

—¡Chiquilla, tú no puedes estar aquí sola con ese energúmeno! ¡Mira qué pinta tiene! Voy a esperarte en esa sala de marras.

—Está bien —concedí en voz baja para invitarle a una dosis de discreción. Ella echó a andar murmurando por el pasillo:

—Ya podías tener sillones más cómodos. Pero, claro, si recibes a delincuentes… ¡Tú tienes más categoría que este antro de abogaducha que te estás montando!

Y continuó masticando quejas ininteligibles, mientras yo hacía pasar al destinatario de sus humillaciones.

Disimulé como pude. El hombre parecía obviar el desprecio que acababa de recibir.

—Estoy empezando a acostumbrarme, no se preocupe —dijo nada más sentarse y leer en mi gesto una disculpa. En cuanto puso el trasero en la silla, comenzó a golpear entre sus manos un juego de llaves. Las pasaba de un lado a otro como si fuesen una pequeña pelota—. Precisamente, vengo para que me ayude a presentar una

denuncia por racismo. Me han detenido y maltratado solo por ser extranjero.

—Xenofobia —corregí impulsivamente.

—¿Qué?

—Quiero decir que, más que a racismo, usted se refiere a xenofobia. A que le han tratado mal por ser extranjero —le aclaré, sin poder evitar pensar en el comportamiento y los comentarios de Teresa.

Su relato me dejó estupefacta. Al principio interrumpía su parlamento para que cesase ese molesto tilín de las llaves, pero acabé tolerando el tic. Su nerviosismo era lógico. Había sido detenido por la policía hacía unos días por una orden de búsqueda internacional y lo habían tratado con la brusquedad y la falta de respeto que no merece ni siquiera un verdadero delincuente.

—¿Ve? —decía a la vez que desplegaba documentos sobre mi mesa —. No tienen ninguna prueba de que yo haya estado allí. Fue una puritita confusión —insistía con una vehemencia cansina—. Que tal vez me duplicaron el pasaporte, qué sé yo. Yo no le miento.

Aproveché que el hombre necesitaba ir al baño para buscar la noticia en internet. Aparecía en varios periódicos la detención de un sicario colombiano con sus siglas: G. A. F. E. «Desafortunado acrónimo —me dije—. Los padres de Gabriel Andrés Fernández Espinoza le jugaron una pésima broma». Aunque, tal vez, nadie se para a pensar en las iniciales cuando elige el nombre de sus hijos.

—Diosito castiga si se miente, y yo soy un hombre de fe —disparó desde la puerta al entrar de nuevo en mi despacho. Aunque había guardado las llaves, continuó con su historia moviéndolas en el bolsillo. Crish-crish, crish-crish.

Me explicó todos los detalles de su interrogatorio. No se refería a violencia física, sino a que lo hubiesen considerado un criminal. La irrupción en su casa de un par de agentes armados, las luces azules, el cordón de seguridad, la salida esposado de su casa…

Lo cierto era que las imágenes de internet mostraban un enorme despliegue con la típica escena de hombre encapuchado entrando en el furgón y tratando de esconderse de los medios. Gesto inútil. No era de extrañar que sus vecinos le denegasen el saludo y rechazasen su compañía en el ascensor.

El auto de libertad tras su detención dejaba clara la confusión. El último delito que se le imputaba al sicario se había cometido en Colombia dos meses antes, y este chico llevaba casi un año en España. Salvo que tuviese el don de la ubicuidad, este Gabriel Andrés no había sido. Tenía un tocayo en su país de origen. «Vaya, o sea que no fue

una familia sino dos las que obsequiaron a sus vástagos con unas siglas insultantes».

¿Por qué lo obligaban, entonces, a personarse semanalmente en el juzgado? De haber sospechado de su culpabilidad, estaría en prisión provisional. Su novia había declarado que estaba con él en las fechas de autos. ¿Realmente lo hacían solo porque era colombiano? Tilín-tin-tin. Tilín-tin-tin. Leí atentamente los informes y releí el auto del juez acompañada del molesto campanilleo.

No desconfié de su versión. Ni me cuestioné de qué vivía en España. Tampoco le pregunté por qué, de los mil quinientos abogados que había en la ciudad, me había elegido a mí.

Solo cuando se iba, solo cuando sujetó las llaves en el puño, solo cuando me miró con esos ojos negros y afilados, únicamente cuando repitió «Diosito castiga si se miente», sentí que le había abierto la puerta a un asesino.

En la sala de espera, Teresa parecía dormir en el sillón. Para estar de vigilancia, se la veía muy relajada. Demasiado. Su cabeza colgaba inerte hacia delante. Su gabardina forrada de visón yacía rendida en el suelo.

En el patio, los ecos de una docena de vidas cotidianas. Voces, platos, la válvula de una olla a presión y una mezcla de olores a fritangas y verduras. Cenas ajenas a la muerte.

Capítulo XXVIII
En ocasiones veo vivos

El que no socorriere a una persona que se halle desamparada y en peligro manifiesto y grave, cuando pudiere hacerlo sin riesgo propio ni de terceros, será castigado con la pena de multa de tres a doce meses.

Artículo 195 del Código Penal

El miedo siempre gana en la batalla contra la razón. Detuvieron al colombiano antes de que llegase la ambulancia. Entre otros motivos, porque yo llamé a la policía antes que al centro de emergencias. Tenía miedo. Mucho miedo. Miedo a que él regresase, miedo a acercarme a ella, miedo a recoger un abrigo salpicado de culpa… El miedo pudo contra toda reacción lógica.

Aquella noche y las siguientes no conseguí conciliar el sueño ni la vida. Los niños me pesaban en los brazos, su constante afán por jugar con todo, por desordenar. Me alteraba su barullo y el sentimiento de culpa por gritarles se amontonaba sobre la enorme giba de mi conciencia. Una mortificación en forma de joroba se había instalado en mí a base de remordimiento tras lo sucedido con Teresa y el colombiano.

En mis sueños, me perseguía el sicario y me amenazaba por no haber confiado en su inocencia. La policía me detenía y me acusaba de haber constituido un paraíso fiscal en la aldea. Allí, Elisa amasaba montañas de dinero en una casa medio derruida, y Adán, con toga de magistrado e impecables puñetas, me perseguía a través de una plantación de maíz, siguiendo las instrucciones de Robles, que observaba la batida desde una silla de socorrista situada en medio de aquel enorme bosque dorado de espigas.

Todo tan absurdo como espeluznante. Aunque lo que verdaderamente me horripilaba era haber provocado una nueva detención de Gabriel Andrés, cuando lo de Teresa había sido un simple accidente vascular. Su segunda muerte. Casi.

—Mamá, ¿tú crees en los sueños? —preguntó Alicia removiendo su leche con galletas desde su banqueta de la cocina.

Apreté la cafetera un poco más. La estrujé con la tensión que

necesitaba para deshacer el nudo de mi estómago y me giré hacia ellos. Lucas la contemplaba, sentado a su lado, desparramando migas con sus manos menudas. Gustavo, envuelto en la mochila, acompañaba el ritmo de mi cuerpo.

—No, claro que no. Solo son pesadillas… —dudé y ella no me dejó terminar la explicación.

—Si crees en tus sueños, se pueden hacer realidad —sentenció con una seguridad poco acorde a su voz infantil.

A pesar de la prisa que tenía (como siempre), me acerqué a la tercera banqueta. La aparté de su sitio y me senté frente a ellos, dispuesta a escuchar y aclararles que los sueños solo son la consecuencia de nuestros pensamientos. Y que la realidad se construye con cada una de las acciones del día, no con las ilusiones o con las divagaciones de la mente. Sopesé cómo les explicaría algo tan complejo.

—¡Lo dice Tarta de Fresa! —canturreó ella con su voz alegre.

Lo aseveró con esa muralla de inocencia que protege a la infancia del discernimiento y de los recelos adultos. Y yo me debatí entre reírme por su ocurrencia o hundirme en la más absoluta miseria por la gravedad con la que me había tomado su cándida reflexión. Anoté la anécdota en una libreta para contársela a Fede y templé mi desayuno prestándoles más atención.

El hospital estaba en obras y recorrí un vestíbulo invadido de andamios para llegar a los ascensores. El edificio, un hervidero de gente. Un polo con el cocodrilo de Lacoste chocó su manga con la de una bata blanca de hospital; esta, a su vez, esquivó una camiseta de rayas sin marca y con aspecto de saldo. Enfermeras, auxiliares, médicas y celadoras se entremezclaban con ingenieras, amas de casa, abogadas, barrenderas o tenderas. Todas eran personas, pero se reconocían a leguas los dos bandos: las que iban a curar y las que iban a ser curadas. Se distinguían por sus uniformes, por sus gestos y por el ritmo de su marcha. Las curadoras apuraban el paso con los surcos del exceso de trabajo esculpidos en sus frentes. Las pacientes arrastraban sus cuerpos y sus rostros lastrados por la preocupación y la incertidumbre.

Subí remolcando mi espíritu entre toda esa masa. En cada descansillo, enjambres en movimiento esperaban los ascensores. De nada servían las sugerentes invitaciones a usar la escalera que adornaban paredes y peldaños. Solo la quinta planta permanecía ajena al bullicio. Un hombre accedió al ascensor cuando yo salía. Nadie más.

El sobrino de Teresa, que esperaba en una espaciosa sala, se incorporó al verme. Lo reconocí por las fotos. No sé cómo me

identificó él a mí. Nos saludamos con familiaridad.

—¿Cómo está?

No respondió. Negó con la cabeza y me invitó a pasar.

Abrí la puerta de la habitación despacio, procurando no hacer ruido. Ya la habían desconectado de la ventilación mecánica. Calma sedada. Solo quedaba esperar unos minutos, horas…, tal vez un día o dos. El tiempo que ella demorase en cruzar al otro lado del valle. Así relajada parecía un ángel con su cara transparente y su cabello mate esmeradamente peinado. Álvaro le acarició la mano y me observó con sus ojos verdes empapados en gotas de rocío. Con esa mirada limpia de las personas generosas. Solo había hablado con él por teléfono un par de veces, pero, no sé por qué, tuve la sensación de conocerle desde hacía mucho tiempo.

De repente, tres golpes rápidos, seguros y dolorosos atronaron en la puerta. El empleado de la funeraria invadió nuestro silencio y la paciente e íntima atmósfera de espera se transformó en la helada preparación de un velatorio.

—Es ella, ¿verdad? —Nos miró a ambos, empeñado en confirmar cuál era la finada. Tal vez mi aspecto le llevaba a confusión. Aunque, en fin, yo no yacía lívida en una camilla de hospital.

—Sí. Y tiene que ser de zinc, ya se lo dije a su jefe —respondió tajante Álvaro. A continuación se giró hacia mí para explicarme—. Quiere, bueno, quería un féretro de zinc por si su cuerpo apareciese incorrupto como el de santa Clara.

—Ya —se inmiscuyó el empleado—, pero mi jefe le ha dicho que eso tarda. No va a poder ser, ya casi no se hacen. Cójale uno corriente. Mire, ahora que no me escuchan en la empresa: esto es lo que es y, por mucho que nos los llevemos acolchados en rasos…, ¡van a donde van!

En su falta de tacto traslucía una ataraxia inhumana, una indiferencia ante la muerte que probablemente no había nacido de una mezquindad natural, sino de la prolongada convivencia con la tragedia. Ocho horas al día entregadas a la desdicha ajena en turnos alternos de lunes a domingo. Me preguntaba cómo sería su vida fuera del tanatorio; si cultivaría alguna afición.

—Es lo que ella quería —insistió un Álvaro dudoso, y volvió su mirada hacia mí buscando mi consentimiento. Yo subí los hombros e hice un gesto de aprobación a la propuesta del rudo pero pragmático empleado.

—Venga conmigo y le enseño lo que tenemos. —Álvaro buscó de nuevo mi aceptación.

—Yo te espero. Ve —lo animé. ¿Cómo iba a dejarlo solo en ese

momento?

Volví a preguntarme dónde estaba toda la cohorte de amigos de Teresa ahora que no pagaba las rondas y las fiestas. El de la funeraria empujaba a Álvaro hacia la puerta con su empirismo arrollador.

—¿Querrán maquillaje normal o que le pongamos…?

Me quedé sola, aún impresionada, mirándola con una pizca de pena, un pellizco de rabia y una dosis enorme de culpa. Un lento latido, monitorizado en una pantalla, iba narrando el paulatino desenlace de su vida. Al fin y al cabo, ella no había resultado ser tan egoísta como decían. Excéntrica, sí, pero no insensible ni egoísta. Me había dejado el coche sin que yo se lo pidiese. Su dura sinceridad era también una forma de interesarse por mí…; y, sobre todo, aquel gesto de esperarme, de quedarse a vigilar cuando su intuición vio más allá de lo que yo había visto. Sola. Curioso final para alguien que podía comprar cualquier cosa. Podía permitírselo todo. Todo menos la amistad verdadera. Todo menos la vida.

Me acerqué a la estrecha ventana de aquella fría habitación tratando de burlar, a través de las rendijas de la persiana, la penumbra en la que nos encontrábamos. No pude evitar pensar qué haría Álvaro con todo el dinero que iba a recibir. Aún no le había dicho que su tía lo había nombrado heredero universal.

Volví a mirar a Teresa y su sosegado paso al otro lado. Me senté en la silla y me puse a revolver en el bolso. Cualquier momento me parecía bueno para ordenarlo, pero en ese caso, además, necesitaba distraerme de esa desconexión angustiosa, lenta, rendida.

Contemplé el móvil en busca de alguna llamada que me distrajese. Nada. Todo mi mundo en una cómplice suspensión. Paz. Volví a mirar a Teresa. Turbación. Sus ojos se clavaban en los míos. Revolví de nuevo el bolso en busca de una ocupación que alejase de mi mente aquel espejismo. Era imposible. Estaba clínicamente muerta y sin asistencia mecánica. Alucinaciones. El estropajo que habitaba últimamente mi cuerpo recorrió mi espalda y se alojó en mi estómago, limpiando con fruición cualquier resto de normalidad.

—¿Solo estás tú, niña? —se escuchó la voz aguardentosa de Teresa, que parecía recién despertada de una siesta reparadora.

Visiones y acúfenos. Demasiado. Me estaba volviendo loca.

Me quedé tiesa. No sabía si huir o contestar. Dudaba si mi respuesta se la daría a un fantasma o a una resucitada. Opté por tocar el botón de la campana. También elegí no desmayarme, que era otra cuestión que me urgía decidir.

—¿Te has quedado congelada? Si es que aquí hace un frío del demonio. ¿Has venido tú sola? El interesado de mi sobrino no se ha

pasado a verme ni un día. ¡Qué cara tiene! Sin iniciativa y sin interés por cuidar de su pobre tía. Si no llega a ser por las oraciones de mis amigos, me voy al otro barrio.

—Eh… —Tardé en emitir una palabra inteligible—. No…, no es así. Él ha estado aquí todos los días. Solo ha ido a buscar… —dudé—, a encargar el féretro, porque los médicos la daban por muerta. —Me atreví a compensar con mi sinceridad su mal juicio sobre su sobrino.

En mis pesadillas había olvidado introducir una conversación con el espectro de mi vecina, pero la vida había conseguido adelantar otra vez por la derecha. Mis realidades eran aún más extrañas y más temibles. Y esta broma pesada del titiritero era solo el preámbulo de la obra completa que tenía preparada para mí.

—¿Lo ves? Para eso sí que se da prisa. ¡Al menos será de zinc! Se lo he dejado muy claro. Yo soy muy buena, no hago mal a nadie. Si mi cuerpo se conserva incorrupto, como las santas, quiero que puedan encontrarlo así.

Su voz tenía el ronco cavernoso del roce de los tubos con los que había estado respirando; su discurso se veía entrecortado por el esfuerzo de un corazón que latía tímidamente. Pero la vehemencia con la que se expresaba no se correspondía con una persona cuyo cerebro hubiese estado apagado durante casi una semana.

***

Quedar con Elisa no era la mejor opción, pero necesitaba contárselo a alguien, así que comimos juntas en un nuevo restaurante vegano que acababa de abrir cerca del puerto deportivo. Suficientemente casual para un día entre semana, decorado con gusto y con una carta interesante.

—¡La segunda vez que resucita! Es un gato.

—Es Inanna —declaré, convencida de que Elisa me seguiría.

—¿Quién?

—La diosa Inanna, la que resucita cada año.

—De esa no me acuerdo. Cuéntamelo —me pidió en un tono casi infantil, como cuando de niñas yo la asustaba con las leyendas que leía en la biblioteca de mi casa.

—¿No recuerdas a Inanna? La diosa incoherente. La del amor y la guerra.

—¡Ni la menor idea! Venga, recuérdamelo.

—Inanna construyó su trono con la madera de un árbol que ella misma había plantado. Cuando le tocó casarse, tuvo que elegir entre el ganadero Dumuzi y el agricultor Enkimdu. Aunque se decantó por el más rentable, o sea, el primero, un día emborrachó a Enkimdu y le

robó los hechizos con los que este dirigía las cosechas.

—Vamos, que se los tiraba a los dos.

—Hay quien dice que sí, que le iba la marcha. Pero no se conformó con esto. Un día bajó al inframundo a luchar contra su hermana y hacerse con el averno. ¡Pero no se puede ganar siempre! La batalla fue larga, así que te resumo que la hermanita se la cargó y el mundo se sumió en la esterilidad del invierno…

—Pero resucitó, de eso estábamos hablando, ¿no?

—Claro. ¿Y a que no sabes quién la salvó?

—Ni idea. Ni la más remota idea. Yo creo que esa historia no me la habías contado.

—El propio Enki la rescató de la muerte al ver que la Tierra se secaba con su desaparición. ¿Te das cuenta? Enkimdu superó su humillación por un propósito más grande: ¡salvar el mundo! —exclamé con los brazos abiertos de admiración—. ¿No es maravilloso?

Elisa me miraba con expectación y una sonrisa juguetona y yo seguí adornando un poco más la narración:

—La tomó entre sus brazos, le aplicó el agua de la vida, le peinó las cejas, le arregló las vestiduras y, hala, la sacó de Irkalla (el infierno). Pero, claro, allí no podían conformarse con la buena intención de otro dios. Le pidieron algo a cambio a Enkimdu y eligió a Dumuzi, el marido de Inanna, como sustituto.

—Mira qué listo, el Enki, se quitó al marido de en medio.

—No del todo. Desde entonces, Inanna y Dumuzi hacen turnos con sus vidas: ella reina durante la primavera y el verano, para que broten las flores y se apareen los animales; él lo hace durante el otoño y el invierno.

—¿Lo ves? El fulano ese despejó el terreno. Muy listo —siguió bromeando Elisa—. Sería el matrimonio perfecto, con seis meses de descanso, ¿no crees?

—En realidad nunca están juntos —aclaré—. ¡Cuando uno está en la Tierra, el otro desaparece! Es más parecido a lo de *Cruz de navajas*. Solo se cruzan en el portal. Por cierto, ten en cuenta cómo acaba esa canción.

—¡Adán no va a sacar una navaja por mí! Eso te lo aseguro —susurró y me entristeció—. En fin; no sé cómo recuerdas todas esas cosas, Olvido. Tienes una memoria prodigiosa y un talento natural para contar cuentos.

—No sé por qué guardo esas cosas y luego olvido la lista de la compra.

—Oye, ¿crees que tu vecina resurgirá cada verano?, ¿has comprobado si su marido regresaba mientras ella moría? —Se

tronchaba de risa—. ¡A ver si el marido va a ser el de la funeraria!

—Puede ser, pero esta vez no le hemos dado tiempo suficiente. La próxima habrá que matarla durante todo el invierno.

Mal sabía yo que mi conato de chiste iba a ser, en realidad, una premonición.

—Pero en realidad a ti no te gustaría descansar de Adán, ¿verdad?

—Ya lo hago. Él nunca está en casa, ya lo sabes. —Quitó hierro con un gesto de picardía.

—¿No seguirás con ese jueguecito de las redes?

—Mira. —Me mostró el teléfono con una foto suya de hacía, al menos, diez años—. ¿A que estoy bien? Desde que he puesto esta foto, me salen más planes.

—Ya te he dado mi opinión. ¿No lees las noticias? El otro día un fulano mató a una chica con la que había quedado por internet y resulta que era su tercera víctima. Las drogaba y las violaba. ¡Es una locura!

—Tengo cuidado y empiezo quedando en un sitio público.

—¿Empiezas quedando en público? Encima te arriesgas a que te vea alguien conocido.

—Me lo estoy pasando genial. No seas carca.

Adornó su insensatez con algunas anécdotas divertidas de sus citas y, aunque casi nunca pasaba de un café o una comida, me dejó más inquieta que la vez anterior.

Eso sí, consiguió restarle importancia a la desasosegante resurrección de Teresa.

Me fui a casa con el remordimiento de no haber pisado el despacho en toda la mañana. Tampoco pensaba ir por la tarde. Quería un rato de parque, de meriendas, de juegos, de llantos y de abrazos de mis hijos, con sus vidas frescas y espontáneas.

Esa noche, el cansancio derrotó al remordimiento y me dormí, pero el terror se quedó una vez más habitando mis pesadillas.

Capítulo XXIX
Amistades orbitales

Todas las personas tienen derecho a la amistad, a la buena compañía y a disfrutar de un entorno social saludable, sin que en ningún caso puedan ser sometidas a la soledad.

Artículo 4 de la Constitución de la vida próspera

Como un excremento (con perdón) atrae a las moscas, las personas adineradas atraen a un montón de seres interesados. Negociantes, embaucadores, charlatanes, araneros y sacacuartos orbitan en torno a una viuda millonaria. Nunca me habría imaginado la cantidad de farsantes que había florecido en el frío carácter de Teresa Vera. En aquella fiesta solo desentonábamos su sobrino y yo.

Y no me refiero a la ropa. De hecho, yo había desempolvado un antiguo consejo de mi madre: «Si os invitan a una fiesta sin código de vestimenta, recurrid a un vestido negro con fular alegre, chaqueta y collar. Si el evento resulta ser formal, os retiráis el pañuelo y la chaquetita para que el escote y la joya luzcan. Si es informal, mantenéis las prendas exteriores». No me falló la idea y, en cuanto vi las indumentarias ajenas, me desprendí de la americana y dejé los hombros a la vista. El vestido era un clásico de Balenciaga con corte saco que, prescindiendo del cinturón, disimulaba mi cintura, algo distendida todavía. A pesar de que el vestido contaba con cierta veteranía en mi ropero, tenía el estilo perdurable de una prenda buena. Me sentía a gusto, salvo por los zapatos. Aunque adoraba los taconazos, mi espalda portabebés me estaba jugando una mala pasada.

Mi vestidor era la única batalla que había mantenido con Fede durante la reforma del piso. Para mí era imprescindible tener toda la ropa a mano y organizada. Me gustaba ver las prendas ordenadas por tamaño, tejido y color. La amplitud facilita las buenas relaciones tanto en una familia como en un perchero. Cada miembro de una tribu necesita su propio espacio, el hueco que le permite manifestar su esencia y autoafirmarse, aunque solo sea un breve lapso de tiempo al día. Del mismo modo, una blusa no puede manifestar su grandeza si en el espacio que habita se limita a ser una manga entre otras muchas

como ella. Un buen armario es un reconocimiento a la personalidad de cada pieza de ropa. A mí, aquel pequeño capricho me aportaba armonía y no me obligaba a castigar a ninguna prenda al encierro en un altillo.

Salí de casa con demasiado retraso. Y aunque lo fácil iba a ser argüir mi ocupación con los niños, la realidad era que en mi despacho había llovido mucho. La mujer del Nesquik había venido a agradecerme la libertad que no me debía. Fátima se había presentado poco después para reprocharme que su marido estuviese imputado en un delito de violencia contra la mujer. Ambas lloraron. Ambas mojaron mis dudas y ablandaron mis prisas.

Me alegraba que la madre del futuro farmacéutico pudiese salvar a su hijo de la vergüenza (al menos, por un tiempo). Aunque también temía que eso le diese alas para volver a buscar «ingresos extraordinarios». No acepté el regalo que me traía.

Me disgustaba la rabia de mi particular Sandra Bullock, pero entendía que el fiscal hubiese impulsado el proceso. Los indicios de violencia eran demasiado evidentes y, por lo visto, había varios atestados policiales por las llamadas de su vecindario.

—Fátima, te aseguro que retiré tu denuncia, pero no se puede hacer nada con las declaraciones de tus vecinos. Todas las visitas de la policía son una prueba que el juzgado debe tener en cuenta.

—Pero yo no quiero este juicio. ¡Ya he perdido a mis padres y no pienso dejar ir a la única persona que me queda y que me conoce de verdad!

Yo no me atrevía a rebatir sus súplicas. Sin embargo, Fátima acababa de utilizar las palabras adecuadas para describir su relación. Él la conocía, sí, pero no la quería. Estaba acostumbrado a ella y la dominaba, la provocaba y aprovechaba su debilidad para vejarla una y otra vez. Dejé que derramase toda su pena y que empapase con ella la alfombra. Abandoné mi sillón de abogada y me senté en el confidente que estaba a su lado, sin decir nada. Escuché sus sollozos y con cada uno de ellos fui humedeciendo mi impaciencia hasta que se reblandeció. En la inconsistencia de esa empatía estrenada, ella se abrazó y se desmoronó. Soltó sus escamas de pangolín y me pidió ayuda para separarse.

—Te lo aseguro —le dije. Y esta vez no había nada que ocultarle—. Te acompañaré en todo el proceso. A cambio, prométeme que vas a dejar que te ayude.

No sé por qué me impliqué tanto en aquel asunto. Supongo que asumí un rol de hermana mayor que no me correspondía, pero hacía que me sintiese a gusto. Mi Sandra Bullock iba a volver a brillar en su

tienda de zapatillas.

Aquella intromisión en los asuntos ajenos me había compensado con creces. Era la primera vez que me implicaba de esa manera. La primera vez que dejaba a alguien entrar en mi corazón. O, quizá, la primera vez que fui consciente de ello. En W&R nunca me interesaba por las vidas de mis clientes. Si preguntaba algo, era por mera cortesía. Me importaba un comino lo que les sucediese.

Tal vez debería haber puesto algunos límites. El caso es que llegaba tarde a la fiesta de resurrección de mi vecina.

En medio de un molesto y exagerado bullicio, Teresa me presentó a todos sus invitados como la mejor abogada de España. Su sobrino, entre tanta especie extraña, resultaba un joven muy atractivo. Me senté a su lado siguiendo las tajantes instrucciones de Teresa, que lo obligó a levantarse para apartarme la silla. Él sonrió y me juró complicidad con sus ojos verdes de gato.

Frente a nosotros, un conocido adivino de la tele. Lucía una melena rubia que partía de su vértice craneal dejando a la vista una brillante y sonrosada coronilla. No sabría decir si era feo. Era, más bien, una cara corriente adornada con unas gafas enormes de montura cuadrada, cuyas patillas formaban una especie de serpiente con brillantes. Supuse que eran falsos, por supuesto, aunque tal vez la adivinación dejase más dinero de lo que yo pensaba. Para rematar el cuadro, aquel hombre vestía una túnica de lentejuelas en un tono azul eléctrico que sobre su piel mortecina producía un efecto de espectro festivo. Junto a él se sentaba su pareja, un joven bastante guapo e inopinadamente culto.

—Es sorprendente lo que se ha descubierto hace poco en la Santa Asíndeton —afirmó el vidente, tratando de captar nuestra admiración.

—Santa Síndone —corrigió con cariño su acompañante, a la vez que los demás reprimíamos una carcajada.

Sentí el pie de Álvaro, el sobrino de Teresa, dando un toque a mi pie en un prudente gesto de desahogo bajo la mesa.

—No voy a ser capaz de retener ese nombre para contarlo en televisión mañana —confesó el adivino, dirigiéndose a su protector con ojos de súplica.

—Pues di Sábana *S*anta o Santo *S*udario —le consoló él.

—*Sudario* me parece una palabra taaaan ordinaria —contestó él con una voz falsamente amanerada y prosiguió—: ¡Qué más da! El caso es que se ha descubierto que Jesucristo no tenía Rh.

—¿Era Rh negativo? —preguntó Álvaro.

—No, no. Ni negativo ni positivo. ¡No tenía Rh!

No pudimos contenernos e iniciamos una explicación sobre el factor

Rh. Álvaro trataba de explicarle que el factor Rh se refería a una proteína que se puede encontrar o no en los glóbulos rojos. Si la sangre carecía de esa proteína, se consideraba que ese factor era negativo. El otro asentía con la cabeza, sin mostrar el más mínimo asomo de reproche hacia su pareja. Mostraba la aceptación incondicional del cariño sincero.

—No me estáis entendiendo. En esa sábana no hay ni positivo ni negativo. ¡No hay Rh!

Lo dejamos por imposible.

Álvaro y yo habíamos establecido cierta amistad tras el episodio del hospital. Nada une más que compartir un secreto, y nosotros manteníamos cuidadosamente reservado el inconfesable episodio del féretro de pino con el que habíamos estado a punto de traicionar la voluntad de la resucitada.

En aquella cena, rodeados de liviandades y falsas amistades, construimos una unión más sólida todavía. Una cadena aún más fuerte. El eslabón inquebrantable de encontrar un rival común. Tener como compañero de mesa al ignorante e interesado Chazaquiel nos unió mucho. Acordamos que pasaría a saludarme en cuanto volviese a visitar a su tía.

Pero el vidente no era el único personaje curioso. A mi izquierda se sentaba un supuesto abogado que ejercía también en las ciencias oscuras. Afirmaba haber ayudado a la resurrección de mi vecina mediante unos huevos de mármol con propiedades curativas. Se los había «impuesto», burlando la vigilancia de los médicos en la unidad de cuidados intensivos. ¡Para matarlo! En cualquier caso, ni su sobrino ni yo lo habíamos visto en ningún momento por el hospital.

También estaba su modista, una autodenominada bruja que le leía el tarot a la vez que le diseñaba vestidos de fiesta. Le auguraba una larga y próspera vida y aseguraba que en su paso por la «puerta de la muerte» había vencido a Satán y que ahora estaba más fortalecida que nunca. Algo con lo que tal vez discrepase la comunidad médica, pero que a Teresa la llenaba de entusiasmo y vitalidad.

Lo más normal de aquella extraña fiesta era un grupo de alegres e histriónicas mujeres con las que cada año viajaba a la feria de Sevilla. Un evento donde se cargaban las pilas en primavera. Al finalizar la cena, hicieron una exhibición de baile que, según ellas, habría lucido mucho más con los trajes de flamenca que se hacían. También en Sevilla y también a medida.

No me costó excusarme de la huida. Mi cansancio se exhibía por sí mismo. Argumenté que tenía que amamantar a mi bebé y desperté la ternura de aquellas mujeres alegres, que me despidieron cantando

«Algo se muere en el alma…».

Aquel circo de farsantes me puso en alerta, pero no quise ser sincera con Teresa. Ella tenía su vida así montada y parecía disfrutarla. Debería haberme atrevido a decírselo. Qué fácil se ve todo cuando se toma cierta perspectiva.

Capítulo XXX
Casual Friday para Alicia

Toda persona tiene derecho al descanso, al disfrute del tiempo libre, a una limitación razonable de la duración del trabajo y a vacaciones periódicas pagadas.

Artículo 24 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos

—¿*Casual Friday* en W&R? Es un insulto, Adán. Es una blasfemia contra Pasithea. Tú sabes bien que en este despacho da igual que nos relajemos en el vestir o que instauremos la tarde de asueto de los viernes. Los miembros de esta polis solo se van a casa cuando el ojo de Zeus no los vigila.

—¿Pasithea…? Esta vez te has pasado, ¿no crees?

—Pasithea, esposa de Hypnos, diosa del descanso. —Yo misma me sentí petulante con mi referencia.

—No pierdes la oportunidad de exhibirte, ¿verdad? —atacó, pretendiendo herir mi orgullo.

Lo cierto era que yo había estado buscando en internet para recordar exactamente el mito del descanso. Como casi siempre que preparaba una batalla contra sus absurdas normas. Era cierto que me gustaba la mitología, que la había devorado de niña, pero la mitad de las historias tenía que refrescarlas. Y lo cierto era que empezaba a cansarme de la broma. Como él.

—Considero que todos hemos reconocido en este gesto una oda al sarcasmo. Al despacho le acabará saliendo cara esta farsa. No podemos decirles que su atuendo puede ser informal y que los viernes salen a las dos, si luego los citamos a unos cursos supuestamente voluntarios que se impartirán «casualmente» cada tarde de viernes. Unas reuniones en las que ellos mismos tendrán que presentar contenidos.

—Tú lo has dicho, esos cursos serán voluntarios. Además, la formación es ocio y se la llevan consigo cuando se van. ¡Es un regalo! ¿Acaso un máster no se hace los fines de semana? ¡Por algo será!

—¡Mira, mira! —Señalé unas sombras en el techo—. Es la cara de Pasithea, creo que viene a felicitarte por tu brillante insulto a la

inteligencia. Ahora en serio, Adán. Es mejor que pongáis cualquier disculpa antes que implantar una medida que desde el primer momento vamos a incumplir.

Por supuesto, él no me hizo caso. El *casual Friday*, ese viernes relajado que nos permitía liberarnos de trajes (aunque ni hablar de vaqueros) y ponernos oxford de ante o mocasines (nunca tenis, gomminos ni náuticos, por supuesto), se había reducido a una jornada en que las mujeres llevábamos vestidos más informales y ellos reservaban una corbata en el bolsillo, por si acaso. El horario seguía prolongándose hasta que el trabajo, siempre en un volumen mayor del aceptable, permitía una honorable retirada, nunca antes del gran superintendente, Adán Jato.

Subí la música, abrí las puertas de los armarios de cocina para buscar ingredientes dulces y cerré las ventanas de mi memoria para no encontrar evocaciones amargas. Cuánto me alegraba haber dejado atrás esas estupideces. Por fin disfrutaría de un viernes ligero con *soul* a todo volumen.

Ooh, baby, let's, let's stay together
loving you whether,
whether times are good or bad,
happy or sad,
ooh, yeah…
Whether times are good or bad,
happy or sad…

Entoné con toda la intensidad que pude, venciendo por una vez al qué dirán los vecinos. Tenía ganas de sentir la libertad en mis horas, en mis pensamientos y en mis cuerdas vocales. No recordaba haber cantado a voz en grito desde los veranos de la carrera, cuando el tiempo libre era verdaderamente libre, los días eran largos y las responsabilidades cortas. Por un momento me olió a mar, a bosque, a tierra mojada y al calor del atardecer en las piedras del porche. Canté más fuerte coreando a Seal como si alguna vez hubiésemos compartido un escenario.

Let's, we ought to stay together,
I'll keep on loving you whether,
whether times are…
Oh, times are good
or times are baaad!!!

Abrí el libro de recetas y ojeé el móvil. Unté un bol con mantequilla y, tal como ponía en la receta, encendí el horno. No sabía muy bien en qué posición debía quedarse. Ciento ochenta grados, sí, era fácil. Pero en cuál de las otras siete funciones tenía que situar la otra rosquita. La posibilidad de elegir entre tantas opciones siempre es una fuente de incertidumbre. Las disyuntivas deberían limitarse a sí o no, encendido o apagado, patatas o arroz.

Todavía no me había repuesto de la compra de ese lunes, cuando me dirigí al lineal del arroz y me enfrenté a aquella locura: basmati, salvaje, bomba, arborio, vaporizado, integral, glutinoso, aromático y otra docena de posibilidades derivadas de la combinación de todos estos términos. ¡Arroz! Solo buscaba arroz y tuve que bucear quince minutos en internet para saber cuál era el adecuado para acompañar unos simples huevos fritos.

Introduje todos los ingredientes en el bol y cogí la batidora para que la mezcla fuese homogénea, tal como indicaba la receta. Batí con perseverancia, probé con el dedo y me enorgullecí del resultado. La masa estaba deliciosa y aún no había pasado por el horno.

Coloqué la batidora en posición de firmes, una perfecta vertical en el centro del bol. Abrí el horno y, «¡descansen, ar!», la batidora buscó una posición más relajada y la cocina se convirtió en un campo de batalla. La masa de mi frustrado bizcocho alcanzó una altura insospechada y se proyectó hacia rincones inaccesibles. Corrijo: rincones inaccesibles a cualquiera que no sea una pringosa masa de bizcocho. El bol se hizo añicos y se dispersó por la encimera, el suelo y algunos alimentos que se transformaron instantáneamente en altamente peligrosos. Ninguna persona, ni matemática ni física ni arquitecta ni artillera, habría podido hacer el cálculo vectorial de todas aquellas trayectorias.

Me fastidió. Me fastidió mucho. Muchísimo. Me enfadé y dejé de cantar. Me sentía terriblemente frustrada. Maldije cada gota y cada cristal con juramentos en enoquiano, en pársel y en otras lenguas oscuras.

Eso sí, en cuanto se me pasó la rabieta, decidí reubicar mis emociones. Estaba decidida a crear un día especial para mi hija y no estaba dispuesta a permitir que una simple batidora lo arruinase. Me entregué a la causa con la música más alta y cantando más fuerte para espantar cualquier atisbo de malhumor. Me senté a saborear un café recompensa.

Eché un vistazo al móvil. Ni una llamada. ¡Bien! Repasé en mi libreta de la cocina la lista de tareas. Ya tenía en casa las guirnaldas de hojas y los globos verdes para el bosque. Taché. Cestitas para

colocar cada merienda. Cestero – Casco Vello. Anoté. Mantel de cuadros. Añadí comillas debajo: también las cogería en el Casco Vello. En el bazar, las servilletas de papel y la goma eva roja. Nuestras pequeñas invitadas se entretendrían haciendo sus caperucitas. Abrí la nevera para comprobar que seguían intactos los frutos rojos. Taché. Las flores frescas las recogería debajo de casa. Buqués de golosinas. Taché.

Contemplé la cocina recién recogida. Me negaba a pelear de nuevo con el dichoso bizcocho. Bajé la música y llamé a mi madre para que me recordase la receta de su tarta de galletas. Mantequilla con azúcar en una capa, mantequilla con cacao en la otra (claro, por eso queda a rayas). Sí, remojar bien las galletas en leche hervida con canela. Todo fácil. Todo chupado.

Lo que no me contó era que cada una de esas estúpidas galletas se deshacía entre los dedos cuando tratabas de rescatarlas del bol donde deberían, simplemente, absorber un poco de la leche. Volví a llamarla. Se moría de risa.

—¿De verdad no quieres que vayamos a ayudarte? Al menos nos invitarás a la fiesta, ¿no?

Dejé que se enfriase la leche, tal como ella me recomendó, mientras hacía los demás recados. Al entrar en el portal, me permití un suspiro enorme e inicié la remontada de escaleras con un manejo torpe de los paquetes. Las flores ahuecando mi axila, las bolsas chocando contra las paredes.

Al llegar al primero, mi vecina Teresa esperaba con la puerta del ascensor abierta.

—Anda, niña, pasa. ¡Pasa y deja todo eso ahí dentro, que pareces una pordiosera! Ni que en esta casa no pagásemos el mantenimiento del ascensor.

—Gracias, Teresa. Es que hago tan poco ejercicio que al menos…

—Qué tontería. En mi época no hacíamos ejercicio y mira qué bien me conservo yo.

—Está bien, reconozco que esto tampoco es bueno para mi espalda —concedí.

—Además, tengo esto para ti —me ofreció de repente. Eran dos cajas de Bicifood sin abrir—. Es la comida que me han mandado para ayer y para hoy. No tengo apetito y tú tienes mucho jaleo. ¡Come, niña, que te estás poniendo muy flaca!

Me despedí con cierta preocupación por su estado y con nuestra comida resuelta.

En cuanto crucé la puerta de casa, emití el segundo gran suspiro de la mañana. Todo lo que podía pasar ya había sucedido. Me

equivocaba.

Cuando Fede llegó con los niños, me planté en la puerta del salón con los brazos cruzados. Los globos que había pegado en la pared se desprendían. En vez de un bosque, había un salón desordenado. Las cestitas estaban aún sin sus meriendas, la mesa a medio poner… Ni de broma iban a ver aquello sin terminar. Además, quería que la temática Caperucita fuese una sorpresa.

Alicia y Lucas salieron disparados a su habitación, con abrigos y todo. El bebé dormía plácidamente en su cochecito y Fede se resignó a comer en la cocina, mientras yo remataba la dichosa tarta de galletas insurgentes.

—¿Comida preparada?

—Teresa nos la ha regalado. Se la ha traído Bicifood.

—¿Qué tal le va?

—¿A Bicifood? Bien, supongo, pero no terminan de despegar. No sé hasta qué punto será buena idea esto de la comida a domicilio.

—Pues mira qué bien nos ha venido hoy. ¡Esto está buenísimo! Pero yo en realidad me refería a Teresa. ¿Qué tal le va a tu clienta favorita?

—Está como una cafetera, Fede. El lunes me la encontré toda dispuesta porque iba a «mi» notario.

Hice unas comillas con los dedos y de la manga pastelera cayeron dos gotas de chocolate sobre mi pelo.

—Quiere hacer unos retoques en el testamento y prefiere hacerlo sin mí.

—A ver si es que te va a dejar de heredera —se rio a carcajadas.

—¡Qué va! Estoy casi segura de que quiere dejarles algo a sus amigos, los brujos. Le están comiendo el tarro con que su sobrino no la cuida lo suficiente. ¿Te lo puedes creer?

—De esa mujer me lo creo todo.

—No te pares mucho, por favor, Fede —supliqué cuando le vi la intención de prepararse un café—. Cambia a los pequeños.

—¡Qué más da! Está todo fantástico. ¿Por qué te matas tanto?

—Ve a ver qué están haciendo. Están demasiado silenciosos.

—Solo son niños, no te líes.

Su lentitud iba elevando mis nervios al mismo ritmo que la cobertura de chocolate se iba desparramando. En vez de un tronco, parecían los restos de una ofrenda votiva. Traté de cubrir el desperfecto con lentejas de chocolate. El color de estos dulces se derritió en cuanto tocaron el chocolate y aquel desafortunado postre se convirtió en un barrizal salpicado de confeti barato.

—Recuerda esto, Fede. Es importante. La tarta tiene que

desaparecer del salón antes de que entre ningún padre a recoger a sus hijos.

Mi suegra se presentó antes de tiempo. Cómo no. Nunca llegaba puntual, salvo que hacerlo supusiese un problema. Entró por la puerta con el pecho por delante como las gallinas. En realidad, la madre de Fede se parecía a un gallo, sobre todo desde que se teñía el pelo de un tono caoba que, sobre su base canosa, se convertía en carmín. Su cuerpo había ido adquiriendo el aspecto de un triángulo escaleno con el ángulo más agudo dirigido hacia el suelo. Unas finas pantorrillas y unos pies mínimos sosteniendo un busto andamiado. Gallo armiñado.

Se sentó en el sofá nada más llegar, como solía hacer. Llamó a los niños para que fuesen a saludarla. Fin de la decoración sorpresa. Luego me pidió un café, hurtó la esquina de un pastelito y se puso a opinar sobre la colocación de los adornos, mientras dirigía cada una de mis maniobras. Yo corría de un lado a otro con Gustavo acomodado en mi cadera.

Con dos bandejas en la mano, escuché a la vez mi teléfono y el timbre de la calle. Llegaban los primeros invitados. Se trataba de un asunto de la guardia. ¿Quién podía esperar que me llamasen del Colegio de Abogados cuando estaba de tercera suplente? Sí, era cierto que me habían llamado a mediodía para que estuviese atenta al móvil, pero aún tenían que detener a otros diez delincuentes antes de que me tocase a mí.

Y con aquella sorpresiva convocatoria al turno comenzó una de las más absurdas travesuras que hice en mi vida.

Capítulo XXXI
El vuelo de un colibrí

Es derecho fundamental de las aves vivir libremente en el cielo abierto.

M. R. Shah, juez de la Corte de Gujarat, India

No sé si las cosas se retuercen o las retorcemos, pero está claro que existe una tendencia exponencial a la complicación. Aquella tarde cuyo inicio no se podría demarcar porque ni siquiera había almorzado se abalanzó sobre mí en una tormenta inesperada. Comenzó con un goteo disperso, como esos días que entre sol y nubes empiezan a caer guijarros de agua densa. Mi suegra, con su cresta y su mallete, gota fría. El turno de guardia, una gotera. Y la primera familia que llegaba a la fiesta, un verdadero chaparrón. Fuera, también empezaba a llover.

Invité al padre y a la madre a quedarse, deseando intensamente que no lo hiciesen. Ellos agradecieron mi ofrecimiento insincero y se instalaron en el salón. Con el bebé acomodado en mi cadera, acompañé a sus gemelas idénticas a la habitación de Alicia. «Idénticas en facciones y en vestidos. ¡Cómo se puede tener tan mala leche!». Aún no habíamos cruzado el pasillo, y yo ya no sabía cuál era cuál.

Con la excusa de ayudarme a colocar globos, llevé a Lucas al salón. Una vez allí, insinué una despedida y acompañé a los progenitores de las gatitas siamesas hasta la puerta. Cuando regresé, el niño estaba alcanzando peligrosamente las brochetas de frutos rojos, ayudado por su abuela.

—¡Por favor, no le dejes, que se va a poner perdido! —supliqué en vano.

No esperé a la réplica. Se escuchaban llantos en la habitación de Alicia. Hice un lanzamiento de Gustavo hacia Fede y me acerqué a disolver la disputa. Del variado repertorio de disfraces que había en aquel cuarto, todas habían elegido el mismo. Las niñas aprovechaban mi confusión con los nombres para no obedecer.

—No soy Patricia —decía la primera.

—Pues Carla.

—No se llama Carla —saltaba la verdadera Patricia—, se llama Carlota.

Tal vez sería mejor que lo resolviesen ellas. Me di la vuelta y las dejé maullando y arañándose. No tenía tiempo para jugar a las adivinanzas.

Aproveché para colarme en el vestidor y ponerme los zapatos de vestir. Me urgía salir hacia la comisaría.

—¿Tienes que trabajar? —cacareó, indiscreta, mi suegra.

—Solo salgo un momentito a hacer una gestión de la fiesta. —Me negaba a reconocerle el motivo de mi huida.

—Mami, ¿te vas? No te vas a marchar de la fiesta, ¿verdad que no? —Alicia se asomaba a la puerta y me miraba con carita de disgusto.

—Voy a buscar mi disfraz, cariño… Vas a ver qué sorpresa os he preparado —mentí sin piedad y volví sobre mis pasos para darle un beso y coger un nuevo conjunto para Lucas. Las moras habían decorado el pantaloncito de piqué del niño.

«No será porque no les he avisado».

El timbre sonó de nuevo y salí a la puerta con la percha en la mano. ¡Me alegré tanto de que fuesen Tuna y mi madre!

—¡Agua de mayo! —exclamé entregando a mi hermana el nuevo atuendo para Lucas—. Necesito que cambiéis al niño, recibáis a las visitas y entretengáis un poco a esa tropa de delincuentes mientras asisto a una persona en el turno.

—¿Estás de guardia?

—No me tocaba, pero una redada de drogas ha acabado esta madrugada con el cupo de abogados del turno y los demás suplentes —le susurré a mi madre tratando de que el resto de la familia no me oyese.

Ni siquiera cogí mi gabardina. Debía fugarme ya mismo por la escalera. Se escuchaban voces dentro del ascensor. Más padres con más hijos.

Al dejar atrás la primera planta me pregunté qué tal estaría Teresa. Empezaba a acostumbrarme a que abriese la puerta a mi paso. Demasiado silencio. Glup, sonó la nuez de mi garganta. No era momento de pararme. Seguí bajando los escalones de dos en dos y tuve que agazaparme tras la puerta de incendios. Otra familia puntual entraba en el ascensor.

***

Los gritos se escuchaban desde la entrada y el policía que vigilaba los accesos me acogió con la misma alegría con la que yo acababa de saludar a Tuna y a mi madre. No tuve que identificarme ni que pasar el bolso por el detector de metales. El hombre me deslizó con prisa hacia el despacho donde otros dos agentes intentaban calmar a la

persona que les reprobaba el trato. No era una mujer tradicional. En su agudo mentón asomaba una barba que había conseguido superar la profunda capa de maquillaje. La minifalda de cuero negro dejaba ver unas piernas musculosas perfectamente depiladas. Sus rodillas quedaban cubiertas por unas botas altas de charol rojo, a juego con un pañuelo de seda anudado al cuello con un toque de distinción. La peluca despeinada y un corsé rasgado eran los únicos signos discordantes de su cuidada imagen.

—Esos dicen que soy un hombre —se quejó hipando y señalando a los policías. Sus pestañas postizas no se habían movido ni un ápice y su rímel permanecía intacto a pesar de las lágrimas que sí habían conseguido labrar un par de surcos en cada mejilla.

No me atreví a contestar. Permanecí en silencio, mirándola. Tenía que resolver aquello pronto y no pintaba bien. Una pelea se solucionaba rápido: declaraciones, papeleo y cada uno a su casa o al calabozo, según la situación. Pero este no iba a ser el caso.

—No hemos querido ofender, pero creo que salta a la vista —se justificaba el agente, que tenía aspecto de no meterse a menudo en problemas.

—Ha tenido suerte, Aurora —dijo una complaciente policía con quien ya había coincidido en varias ocasiones—: le ha tocado una de las mejores abogadas que ha pasado por esta comisaría.

El inteligente halago no tenía como fin alabar mi trabajo, sino calmar a la mujer.

«Muy bien jugado», pensé.

—Tengo derecho a estar a solas con ella. —Acompañó su respuesta con unos histriónicos gestos de las manos para indicarles que se fuesen—. ¡Tengo mis de-re-chos! —insistió, convirtiendo la palabra en una aguda muy aguda.

Aún no habían abandonado la sala cuando ella empezó a desahogarse.

—No es que no me quiera, es que es un bru-to. —También volvió agudo el apelativo de su pareja—. Me quiere a su manera, y esta vez se le ha ido de las manos. Pero esto no lo puedo consentir más. Tiene que llevarse un susto, ¿entiendes?

Yo lo entendía todo.

—Tu pareja te ha pegado y os han detenido a los dos.

—Él no es malo, entiéndeme —seguía ella con ese discurso que empezaba a resultarme familiar—. Pero es que mira qué golpes, qué patadas. —Se levantó la blusa y me mostró dos manchas púrpura en el pecho. Se bajó la cremallera de las botas y sus piernas estaban arañadas y enrojecidas—. Estos son ma-los tra-tos, ¿a que sí? Pues

esos gendarmes ignorantes dicen que es una pelea entre hombres. ¡Entre hom-bres!

—La policía me ha dicho que estás indocumentada. ¿No puedes pedir a alguien que traiga tu DNI o tu pasaporte? Facilitaría mucho las cosas.

Ella me miraba con desconfianza. Clavaba sus ojos en los míos tanteando de qué lado estaba yo. Tal vez porque yo era mujer, tal vez porque siempre la consideré una mujer, la detenida me confesó su problema. Aunque estábamos solas, se acercó a mí y susurró:

—Nunca lo llevo encima. Mis padres me matarían.

—Comprendo —le devolví el susurro—. Pero ahora estamos en la comisaría, no están tus padres y tenemos que rellenar unos documentos en los que se exige tu identificación.

—Aurora Arias Aramburu, veintidós millones… —comenzó a proclamar escandalosamente, en una actitud reivindicativa, para que la oyesen los policías.

—Ellos también te van a creer, pero tienes que entender que sin tu documento no pueden trabajar.

Respondió con un gráfico silencio. Adelantó los labios de forma intermitente como si estuviesen sorbiendo toda la incomprensión del mundo. Me dirigió una mirada oblicua y empezó a agitar sus enormes pestañas como si fuesen alas. Colibrí de garganta rubí. Vuelo quieto, sostenido, incorpóreo, espiritual. Contemplé su aleteo, admirándola. Picaflor perfecto. Elevada su dignidad, sobrevolaba la ignominia a la que se veía sometida.

Y entonces lo tuve todavía más claro.

—Es violencia de género —sentencié tajante.

Asomé la cabeza y me dirigí a la pareja de policías que esperaba fuera discretamente.

—Silvia, tenéis que llamar a la persona que está de guardia en violencia de género. Este caso no es del turno ordinario.

Silvia se acercaba con cara de póker y gesticulaba con perplejidad.

—Está bien, pediremos un informe forense. No tiene DNI ni pasaporte, no podemos comprobar nada.

En cierto modo tenían razón. Sin su documento de identidad, la determinación de su sexo dependía del informe del médico de guardia. Y a ver qué forense nos tocaba. Me temblaron las piernas. Aquello se complicaba cada vez más y en mi casa me esperaba un tribunal para dictaminar si yo era o no una mala madre. No podía fallarle a Alicia. Y aún tenía que comprar el dichoso disfraz que justificara mi repentina ausencia de la fiesta.

—¡No! —volvió a exaltarse Aurora—. ¡No y no! —insistía—. ¡No va

a verme ningún forense! ¡Soy la víctima!

—¡Bien alegado! —corroboré exultante. Acababa de encontrar ella solita mi tabla de salvación—. Quedarás en buenas manos, ya lo verás.

Inicié mi fuga.

—No, por favor, no te vayas. Quiero que este asunto lo lleves tú. Eres la mejor, lo ha dicho ella.

Y señaló a la policía.

—No puedo. No me corresponde.

—Te pagaré tus honorarios. ¡Tengo dinero! —Agitaba sus alas.

El abogado del turno especial de violencia de género salía de la puerta contigua con tal celeridad que me sobresalté.

—¡Bendito relevo! Te había entendido que no estabas en el turno de oficio —saludé con cinismo.

—Solamente estoy en el turno especial de violencia de género. Es por una cuestión de principios —respondió Juan Barbosa.

—Pues también te había entendido que no había que dar tanta importancia a la moral.

Me extrañó que no saltase ante mi provocación. Fijó sus ojos unos segundos en los míos, pero no dijo nada. Silvia, la policía, se giró hacia él con un gesto compasivo. Entonces comprendí lo difícil que es conocer a las personas. Barbosa mantenía sus razones y sus principios escondidos en algún pozo y evitaba ahogarme en él.

Le cedí el paso con un gesto de perdón. Él simuló abrocharse la chaqueta a la altura del vientre, como quien esconde una cuchillada silenciosa. Entró y yo salí, cargada de culpa.

Apenas había dado tres pasos, cuando sentí un golpe brusco sobre mi hombro. Una mano que detenía en seco mi evasión.

—¿Estás de coña? ¡Es un tío!

—Parece mentira —le recriminé—. Un abogado con principios no entrará a ese despacho cargado de prejuicios, ¿verdad que no? Pues ella es Aurora Arias Aramburu y te toca defenderla a ti.

—Que la vea un forense —replicó indignado Juan Barbosa—. Este asunto es tuyo, Olvido. No puedes irte.

—¿Lo ve? El abogado no me cree —clamaba Aurora lloriqueando en busca de cobijo.

Se me encendió una bombilla.

Me acerqué a ella, le deslicé una tarjeta en el bolsillo, le susurré un trato y me descalcé.

Capítulo XXXII
Unas botas de siete leguas

Se reconocen y protegen los derechos (…) a la producción y creación literaria, artística, científica y técnica.

Artículo 20 de la Constitución española

Subí las escaleras con la firme determinación de no volver a establecerme propósitos absurdos. Aquellos siete pisos me parecían catorce y aún tenía que ejercer de anfitriona de una pandilla de críos de cinco años sin decepcionar a sus padres.

Entré en casa con toda la naturalidad que pude, ante las miradas perplejas de mi familia. Trataba de imitar la voz de Caperucita, pero subida a aquellas plataformas de talla gigante me parecía bastante más al lobo. El pañuelo de seda, anudado a mi cabeza, aún destilaba el perfume dulzón de Aurora. En realidad, el atado se parecía más a una pañoleta gallega que a un *chaperon* de Perrault.

Alicia y sus amigas se peleaban por probarse las botas de Caperucita. Y aunque al principio me resistí un poco (no me parecía higiénico), entoné un «todo por la causa» y organicé un sistema de turnos.

Aquellas plataformas fueron la sensación del cumpleaños. Una excelente e improvisada sorpresa a medio camino entre las botas de siete leguas y las de Priscilla, reina del desierto. Ninguna de las niñas había comentado nada sobre la preciosa decoración, la deliciosa merienda en cestitas o los buqués de golosinas, pero aquel charol rojo les había fascinado.

Mi hermana, mi madre y yo nos moríamos de risa observando las caras de algunos padres al recoger a sus hijas. Me escaneaban con la mirada tratando de diagnosticarme bajo ese *look* híbrido entre madre entregada, aldeana estridente y *drag queen*. Aquel viernes especial para Alicia había resultado menos glamuroso de lo que prometía, pero bastante más divertido.

Cuando Tuna y mi madre se despidieron, la casa estaba impecable. Los restos pegajosos de aquella ajetreada merienda se habían evaporado con el calor de su energía inagotable y los niños habían

caído rendidos antes de terminar el primer cuento.

Yo agradecí sentarme en el sofá con Fede. Aunque por poco tiempo. En cuanto apoyé la cabeza sobre su hombro, un muelle invisible me obligó a incorporarme de nuevo.

«¡Teresa!».

Envié un mensaje a su teléfono móvil. Sin respuesta. Llamé a su teléfono fijo. Sin respuesta. Y sentí la mirada reprobatoria de Fede cuando me calcé de nuevo (esta vez, unas cálidas zapatillas) para bajar a visitarla.

—Vamos, ¿no puedes descansar ni medio minuto? —imploraba con la mirada insinuante de sus ojos negros.

—Me encantaría, pero no estoy tranquila. No salió a espiarme ni cuando bajé ni cuando subí de la calle. Tal vez se encuentre mal.

Mi vecina tampoco abrió cuando toqué el timbre, así que tuve que recurrir a la dueña de Trosky Segundo para que me dejase las llaves. La piel que envolvía las paredes se había impregnado de un fuerte olor a orines. Solo había una tenue luz al fondo, en el salón. Recorrí el largo pasillo cubriéndome la nariz con el cuello de mi blusa, sin saber qué me esperaba en la siguiente estancia. La casa persistía en su orden atiborrado alargando el trayecto.

El olor se intensificó al cruzar la puerta de la sala. El cardado de Teresa, enredado y descompuesto, sobresalía del respaldo del sofá. Ella estaba sentada en posición de loto sobre los cojines empapados de pis. Hierática la postura, con la mirada fija en la enorme mesa.

—No funciona —balbuceó llorosa.

—¿Qué es lo que no funciona, Teresa? —seguí la conversación como si la avería que quería mostrarme fuese lo único estropeado de aquella estancia.

—Mira, cógela. —Señalaba hacia el centro.

Traté de encontrar el objeto al que se refería.

—Ahí. Cógela —insistía.

Tanteé con la mano sin perderla de vista, hasta que ella iluminó un poco sus ojos opacos. Cogí el tarjetero y se lo acerqué.

—¿Esto?

—Sí. Mira: no funciona —susurró, sujetando aquel compendio ordenado de tarjetas de crédito con las dos manos y pegando los labios a los bordes. Sopló con suavidad. Luego, más fuerte. Soltó el poco aliento que le quedaba—. No suena. Él la tocaba tan bien… —lloriqueó sin lágrimas.

La vida puede secarnos, deshidratarnos por completo. Sobre todo, cuando la hemos vivido a través de otras vidas.

Sobre la mesita auxiliar pegada al sofá, bajo la ostentosa lámpara

de plumas, contemplé un retrato de la pareja. Las chispas que hasta aquella noche había visto brillar en sus ojos eran la única huella reconocible de Teresa. Él era guapo. Ella, una muñeca. En aquel asiento húmedo, un guiñapo apagado. Un trapo solitario empapado en sus propios excrementos.

¿Cuántas horas habría permanecido así? ¿Dónde estaban sus amigos brujos? ¿Acaso no habían adivinado su estado?

Traté inútilmente de levantarla para cambiarle la ropa antes de que llegara el médico. No se dejaba. Endurecía su cuerpo desecado y se aferraba a la armónica.

—Déjame aquí. ¿No lo sientes? No quiero irme. Además, ahora llegará mi comida. Me la traen en bicicleta, ¿sabes? Tengo que estar aquí. ¿No lo sientes? —repetía.

—No voy a sacarte de aquí, Teresa. Solo voy a ponerte guapa.

—Ja —respondía —. No, así estoy bien.

El médico de atención a domicilio entró hecho una furia. Estaba indignado conmigo por el olor y por haberla dejado sola en ese estado.

—Por la mañana la vi… normal. Creo. Sin apetito, pero bien. Y tenía que organizar el cumpleaños, pero también tuve que salir a trabajar por una urgencia —me defendí.

—¿Y no tiene más hijos? —preguntaba, acusador.

—Solo tiene un sobrino. Yo no soy su hija. Soy su… —No supe si decir *abogada* o *vecina*. Él no me dejó terminar.

—Pues dele esta medicación y mañana llévela al hospital para que la examinen. —Empezó a extender una receta, apoyado en la mesa del comedor, tratando de alejarse de aquella pestilencia.

—¿Vamos a dejarla aquí así?

—No pensará mandarla al hospital a que limpien lo que usted no ha limpiado, ¿verdad?

Teresa presenciaba aquella incriminación absolutamente ausente, desde el infierno frío y húmedo de su asiento favorito. Recluida en la isla que había ido creando a base de desplantes y egoísmos.

Aquella estampa esperpéntica se alió con la actitud del médico, sordo a mis explicaciones, y me enervé.

—¿Quiere escucharme de una vez? —grité—. Esta señora no tiene a nadie aquí. Yo no soy más que la única vecina que le hace caso. ¡Y tengo tres hijos muy pequeños esperándome arriba!

—¿Los ha dejado solos? —acusó él, más indignado todavía.

—¡Por Dios, no! Están con su padre. Haga el favor de llevarse a esta mujer en una ambulancia y dejar de buscar culpables.

—¡No estoy sola! —proclamó de repente la enferma—. ¿No lo sientes?

Entonces tomé al médico por el hombro, lo acompañé al pasillo y le expliqué en voz baja:

—Verá, no va a morirse, se lo aseguro. Ya ha amagado más veces, pero no. No va a morirse. Sin embargo, en esta ocasión ha sucedido algo en su cabeza y será mejor que la examinen en urgencias. No soy médico, no sé lo que le pasa. Pero sí soy abogada y sé lo que le va a pasar a usted si no actúa de forma diligente.

Aunque no era mi intención, mi comentario surtió el efecto de una amenaza y el doctor accedió a llamar a una ambulancia para llevarla al hospital.

Me moría de ganas por acostarme y descansar del día más largo y más extraño de mi vida (al menos, hasta ese momento).

No pude dejarla ir sola.

En la fría sala de urgencias de aquel hospital, me pregunté cómo habría hecho Aurora para volver a su casa con mis zapatos. Mis pies eran notablemente más pequeños que los suyos.

Vaya jueguecito se traía el titiritero con sus marionetas de trapo: Inanna del averno y Caperucita feroz.

Capítulo XXXIII
El jardín de las flores vivas y la paciencia exánime

Los poderes públicos (...) facilitarán la adecuada utilización del ocio.

Artículo 43.3 de la Constitución española

Salir de lo rutinario está bien. Salir para viajar a un espacio donde la rutina es arte y los días giran una y otra vez sobre sí mismos sin desviarse un milímetro de su eje está todavía mejor. Y yo deseaba abrazar las tranquilas costumbres de la casa de mis padres hasta aburrirme.

Salir es genial, si no fuese porque el proceso de hacer las maletas es como entrar en la casa del espejo de Lewis Carroll. El camino no va lo que se dice derecho. Empecé a preparar una bolsa de playa con bañadores, toallas, chanclas… Cuando parecía que había terminado, veía en la lista que faltaba la crema de protección. Me daba la vuelta y los niños estaban revolviendo la bolsa.

—Pero ¿qué estáis haciendo?

—Solo queremos ver si has puesto nuestros cubos.

—¡Y *nuestas* palas!

—¡Claro que no! Esta es la bolsa de las toallas. Encargaos Lucas y tú de preparar los juguetes de la playa y los ponéis aquí —respondí, entregándoles una pequeña mochila.

Cuando me puse con la ropa, empecé a dar vueltas y revueltas: por si llueve, por si hace sol, por si vamos a un sitio elegante… Por si se manchan la ropa de lluvia, por si se ensucian la ropa de sol, por si se embadurnan la ropa elegante. Y corría del armario de su habitación a la cesta de la ropa y de allí a un altillo, donde guardaba más prendas del verano anterior. Y de nuevo a la maleta, completando y organizando cada vez con más rapidez. «¡Pero qué de vueltas daré con este equipaje! ¡Ni que fuera un sacacorchos!». «Bueno, al menos con esta maleta parece que he terminado». Pero no era así. Faltaban los juguetes «imprescindibles», como el espantoso cazamariposas que mi suegra le había regalado a la niña por su cumpleaños. Sí, sí, un cruel utensilio con el que capturarían a los pobres insectos. O como el peligroso flotador de cisne que, además de inseguro, tenía un tamaño

que desafiaba a cualquier bolsón de mi casa.

Por fin. Solo quedaba meter mis cosas. Pero no, tampoco era un camino derecho. Cuando llegué al vestidor, Fede había llenado nuestra maleta hasta los topes con toda clase de atuendos para las vacaciones. Por más que le preguntaba sobre algo, siempre tenía una razón indiscutible: para jugar al pádel con sus cuñados, para correr temprano alguna mañana, para bucear si se daba la ocasión…

—Bueno, probaré a coger la maleta que está en el trastero —cedí, esperando que él se ofrecería a ir a buscarla. Pero no lo hizo.

Y cuando me parecía que ya estaba todo listo, recordé que debía vaciar la nevera.

Y así seguí girando por una curva y luego por otra; pero siempre acababa en el mismo sitio. Errando de un lado para otro y dándome de bruces contra mi propio reloj.

—Mamá, no llegaremos a comer, lo siento. (…) Lo sé. Lo haré. (…) Yo también a ti. Gracias.

Pero la comprensión de mi madre no pudo retener toda la tensión que se había ido acumulando en nuestra casa. Mi corriente de aire caliente convergiendo con la calma fría de Fede que, en vez de ayudar, jaleaba a los niños con juegos absurdos. Todas aquellas vueltas que había dado se convirtieron en un tornado implacable. Y en el momento en que Lucas abrió una de las bolsas y empezó a sacar fiambreras para meter su coche de bomberos, estallé. Forcejeé con él y le di con mis violentas garras en sus frágiles manitas.

—¡Él solo estaba ayudando, mamá! —le defendió su hermana.

—¡Los dos castigados! —chillé—. ¡Sentaos en el salón! Y no quiero oír una sola voz ni ver una sola mano tocando el equipaje, ¿entendido?

Lucas me clavó los ojos esbozando el puchero que contenía su llanto. Gustavo me empujó para bajarse de mi regazo. Alicia giró la cabeza y alzó la barbilla en un gesto de indignación.

Federico me censuró con la mirada. Con toda la furia de mi temporal, le grité que saliese de la cocina porque alguien tenía que educar a esa tropa de salvajes. Él apretó la mandíbula, me dio la espalda y salió sin decir nada. La peor respuesta. Me quedé sola. No sola de soledad. Me quedé aislada en una prisión voluntaria. Había desatado a un monstruo que no quería en mi vida. No me gustaba gritarles ni enfadarme, pero pegarles de esa manera había sido demasiado.Busqué el móvil entre el caos de la cocina y llamé a Tuna.

—Por favor, discúlpame con papá y mamá. No llegaremos hoy.

—¿Ha pasado algo? ¿Estás bien?

—No ha pasado nada. O sí. Solo que no llegamos. Hasta mañana.

Me senté en el suelo conteniendo unas ganas insoportables de llorar y de pronto sentí los brazos de mis hijos rodeándome.

—Perdón, mamá —decían Alicia y Lucas. Gustavo se colaba entre sus brazos para volver a enredarse entre mi cuerpo.

Y entonces sí lloré. Lloré, arrastrando unas pesadas y lacerantes lágrimas por mis mejillas. Lloré, por estar llorando delante de mis hijos. Y en ese llanto por el llanto ahogué mi dimensión monstruosa.

—No. Perdonadme a mí. —Acaricié la cabecita del niño—. No tenía que haberte pegado, Lucas. Fue el dichoso genio, que lo estropea todo. Lo siento muchísimo. ¡Os quiero tanto! —Combinaba frases con besos y ellos se entregaban a mi regazo y me envolvían en ternura.

—Vamos a ayudarte, mamá. ¡Ven! —Tiraban de mí.

—No tenemos prisa. Le he dicho a los abuelos que iremos mañana.

—Noooo. Mamiiiiiiii.

— Sí. Iremos con más calma. Ahora vamos a hacer una lista con las cosas que creéis que son importantes para las vacaciones y luego nos bañaremos, cenaremos tranquilos y leeremos el cuento de Alicia en la cama. ¿Trato hecho?

—¿El de Alicia y las flores vivas? —canturreó alegre la niña.

—¡No, el de Lucas tiene *supelpodeles*! —se molestó su hermano.

—Leeremos los dos —transigí.

No habían transcurrido ni diez segundos y ellos saltaban, jugaban y cachorreaban, sin mostrar el más mínimo signo de pena o de cansancio. Pisaban alegremente los charcos de mi chaparrón, como si solo hubiese sido una pequeña tormenta de verano.

A mí, sin embargo, me pesaba el alma, vestida de lluvia. El sentimiento de culpa empapa la vida. La inunda toda. Y ese lastre me acompañó durante cada segundo de aquella noche y durante cada kilómetro del viaje del día siguiente.

***

El olor de unos nardos madrugadores me envolvió en una cálida sensación de evaporación cuando atravesé la puerta de mi dormitorio en casa de mis padres. Sobre nuestra mesilla de noche, dos vasos y una botella con agua fresca del pozo empañando el cristal. Calma insolente. Solo entonces me di cuenta de que había perdido varias horas de mi existencia. Posiblemente, había desayunado. Posiblemente, los había ayudado a vestirse y a desayunar. Posiblemente, había terminado la recogida. Posiblemente, había subido las maletas al coche. Posiblemente, había abrochado sus sillas de viaje y los había surtido de entretenimientos. Posiblemente, había recorrido el trayecto oyendo *La Tarara* y otras canciones infantiles

coreadas por mis hijos. Posiblemente, incluso, había traspasado el túnel natural de árboles que preludiaba nuestra entrada a la serenidad. Posiblemente, había saludado a mis padres, a María y a mis hermanas y cuñados. Posiblemente. Todo eso podía haber sucedido en un tercer o cuarto plano. Lejos, muy lejos de mi cabeza infiel a la vida, enredada entre los brazos de la culpa.

—Tienes secos los pensamientos —escuché la voz cálida de mi madre, que abría el balcón con su habitual entusiasmo.

—Sí —reconocí y esbocé un «tengo que contarte algo que hice ayer», pero no llegué a pronunciar mi confesión.

—Vamos a regarlos antes de comer, para que el sol de la tarde no los pille muy encharcados —continuó alegremente. Cogió la botellita de la mesilla y acarició con el agua la tierra acartonada de las macetas —. No me mires con esa cara de susto, que ahora mismo te la relleno.

—No…, es que…

Sí. Definitivamente, sí. Mis pensamientos estaban secos y yo necesitaba aquel riego más que ninguna otra cosa.

—Me parece que esta vez prefieres un vermú. ¡Vamos, que te ayudo a guardar vuestra ropa!

Claro que quería un vermú, un vino o un electrochoque, de haber estado a mi alcance. Por supuesto que agradecí su ayuda con el equipaje, que conseguimos despachar en cuestión de segundos. Sin embargo, al abrir el cajón que albergaría mi lencería, encontré la guinda del pastel. La cereza roja y picante de aquel espacio vacío que no iba a poder llenar. Había dejado todas mis prendas de ropa interior en casa. Algo que no tendría importancia de no ser porque la información llegó a oídos de mis hermanas y mi despiste pasó a ser lo único relevante de aquellas vacaciones en familia. Cuando alcancé la bodega, donde la familia cataba los últimos experimentos vinícolas servidos en carcajadas, empezaron las chanzas.

—Creo que has venido preparada para refrescarte las ideas, ¿eh? —empezó mi hermana Dalí con un gesto de picardía exagerado. Ella, la reina del desorden y el caos, opinando sobre despistes.

—Je, je —asistió Chena al degüello—. Es que le han hablado de los planes de por aquí y quiere estar a la altura.

—A la bajura, diría yo —matizó la otra.

Mi cuñado Paco, el marido de Dalia, un tipo sobrio y poco dado a las ordinarieces, reprobó el comentario de mi hermana, fingiendo cerrar con cremallera su boca.

—Es cierto —volvió al ataque Chena—, tú no opines, porque una vez te dejaste la ropa de baño. Estuviste todo el verano diciendo que los bikinis de la feria no te servían para poder disfrutar de los baños

de sal en ya sabes dónde.

Paco y Javi abandonaron el aquelarre con la excusa de ir a rellenar nuestras copas a la otra esquina. Allí, mi padre le explicaba a Fede las virtudes del nuevo vermú que estaba pensando comercializar con ayuda de Tuna.

Mis hermanas aprovecharon nuestra soledad para retomar su batalla, pero esta vez cargaron sus cañones con pólvora.

—¿Tienes Tinder? —soltó Dalí.

—¿O vas a perseguir a Cándido, como hace Elisa? —siguió Chena.

—¿Tal vez busque un gentil caballero en la verbena? —se mofó enseguida Dalí.

El vermú se me subió a la coronilla y alcanzó el mismo lugar en el que se había depositado el cachondeo de mis hermanas. Hacía demasiado tiempo que no estábamos juntas y me encontraba desentrenada.

—¿Qué coño os pasa? —increpé en un tono más alto del que me habría gustado.

Los chicos se giraron hacia mí con los ojos muy abiertos. Mis hermanas se echaron a reír, como si mi enfado formara parte de su plan.

En ese momento entró Tuna con toda la tropa infantil para avisarnos de que la comida estaba lista. Yo la agarré por el brazo y la atraje hacia mí.

—¿Qué pasa con Elisa y Cándido?

—¡Vamos! —ordenó a los niños—. Decidles a esos pesados que tienen que sentarse a la mesa antes de que contéis hasta diez.

Mi sobrina mayor portaba al bebé en su regazo y los gemelos de Dalí llevaban a Lucas de la mano. Formaban una buena pandilla (cuando no se peleaban).

—¿Qué pasa? —repetí en cuanto la banda infantil se apartó.

—No estoy segura, Olvido, pero por el pueblo dicen que Elisa viene de vez en cuando a encontrarse con el hermano de Celia. Y ahora ya no tiene excusa. Ha vendido la casa. No hay nada que Cándido tenga que arreglar.

—¡Ea, nena! —canturreó Dalí forzando un acento andaluz que llevaba encima desde que vivían en Cádiz—. ¡Que la *shiquilla* tiene *ganah* de *marsha*!

Sombras de rapaces empezaron a sobrevolar mis cavilaciones. Dudaba que Elisa estuviese teniendo una relación con ese chico, pero, dada su afición por las redes de contactos, tal vez estaba más enganchada al sexo de lo que yo había imaginado.

Capítulo XXXIV
San Antonio, san Mamed y una plegaria

> *1. Quien encuentre a un animal perdido deberá restituirlo a su propietario o a quien sea responsable de su cuidado, si conoce su identidad. 2. (…) en el caso de indicios fundados de que el animal hallado sea objeto de malos tratos o de abandono, el hallador estará eximido de restituirlo a su propietario (…).*
>
> Artículo 611 del Código Civil

Agosto siempre había sido el mes destinado al descanso desde que había dejado de opositar, aunque durante mis años en W&R este privilegio se había ido reduciendo. Mi puesto de asociada me otorgaba tres semanas, pero casi siempre se veían interrumpidas. Este año, por fin, me había organizado para disfrutarlas completas. Un acierto. Y un grave error.

Necesitaba el descanso. Mi cuerpo y mi cabeza exigían una pausa al ritmo frenético y demente en el que me había sumergido. Despedir a Amelia no había sido un problema. El problema, realmente, había sido la sucesión de canguros incompetentes que la sucedieron. Estrella, que regresó del parque sin la bici de Alicia y trató de convencerme de que el despiste era de la niña, que se la dejó olvidada. Marlene, que no se ponía gafas por coquetería y dejaba rastros de caca cuando cambiaba el pañal de Gustavo. Jessy duró dos días; el tercer día no se presentó porque «tenía cositas que hacer» y me obligó a cancelar dos reuniones.

—¿Y qué fue de Marianita? —curioseó Tuna—. Era muy rápida recogiendo.

—Sí, solo que después perdía el tiempo contándome historias de telenovela que sucedían entre sus hermanos, primos y vecinos.

Ambas mezclábamos, cubiertas de harina, la masa de una bolla de huevo para el postre.

—Pero jugaba con los niños.

—Y con los mayores, Tuna —ironicé.

Mis hermanas dejaron sus labores con María en la *lareira* y se unieron a nuestra conversación. Aquel cotilleo había despertado el interés de todas.

Una pequeña montaña de ceniza delataba los ahumados de la

víspera en el centro de aquella piedra cuadrada. El gran pote también parecía escuchar, suspendido en su roldana, resplandeciente, como si su par de horas al fuego le diesen brillo. En una repisa de la esquina que quedaba a mi espalda, la vasija de Gundivós rezumaba las últimas pizcas de vinagre casero, ambientando la narración con un goteo de suspense.

—Esta historia promete, María. Ven —invitaron mis hermanas a nuestra tía para que se acomodase entre ellas. Y con ella allí sentada, aún me avergonzaba más compartir aquella intimidad, pero ya no me quedaba otra salida.

—La dichosa Marianita venía algunas tardes y los llevaba al parque. Al principio era muy animosa y me parecía muy resuelta. Pero un día me los encontré con los abrigos puestos todavía a las ocho. Pensé que se les había hecho tarde en la calle, pero ella me dijo que no se los habían querido quitar. Me mosqueó bastante que tuviesen tanta autoridad sobre ella.

—¡Vaya chorrada, Olvido! Esa no es razón para echarla.

—No, si lo bueno viene ahora.

Mi madre se unió al cotilleo. Bajaba de la parte alta de la gran chimenea y descendía los estrechos peldaños de madera sin perderme de vista. Llevaba la cara y las manos algo tiznadas de hollín.

—Esto se pone interesante —anunció.

—El caso es que un día llegué antes de la hora que había previsto. Una mujer a la que le estaba llevando el divorcio, que, por cierto, se complicó por culpa de un arpa…

—¡No te enrolles! Sigue con Marianita.

—Vale. El caso es que esta mujer me anuló la cita y llegué a casa antes de lo previsto.

Mis hermanas abrían los ojos como platos..

—¿Y qué pasó? —quiso saber mi madre, sentándose junto a María.

—Al entrar, vi a Gustavo en el salón, sentado en el sofá, ¡completamente solo!

—¡Bah! Esa es otra chorrada.

—Tenía siete meses y estaba balanceándose sobre su cuerpecito. ¿Te parece poco grave que deje al bebé en una altura? Podría haberse caído al suelo. Pero eso no fue lo más grave.

—¿Entonces?

—Entonces escuché ruido en el baño. Cogí al bebé en brazos y me acerqué. Los niños estaban sin supervisión en la bañera. Ellos jugando y chapoteando como si nada, pero ni rastro de Marianita.

—Y ella haciendo la cena en la cocina… Dime que fue eso —apuró Tuna la historia.

—Me parece bastante fuerte que dejase a los niños solos en la bañera, la verdad —se estremeció Chena.

—Pues eso no fue lo peor.

—¡Vamos, termina, que me estoy poniendo nerviosa! —me urgió Dalí.

—La puerta de la habitación de los niños estaba cerrada. Llamé, más por hábito que por respeto, la verdad, y le di el tiempo justo de incorporarse y tapar a su primo, mientras él guardaba el pajarito.

—¿Tenéis un pajarito? —canturreó, inocente, María.

Mi madre le pasó el brazo por el hombro y mis hermanas se llevaban la mano a la boca.

—¡Eso solo pasa en las películas! —exclamó Chena.

—Me dijo que su primo le estaba ayudando a bajar las cosas del altillo. Pero ya os imagináis. Era ella la que le estaba ayudando a él, y no precisamente en el altillo.

—No entiendo —confesó María.

Mi madre le aclaró que aquel supuesto primo y Marianita se estaban liando allí mismo y habían dejado solos a los niños.

Aquel escándalo fue el nuevo tema de conversación y especulaciones durante varios días. Y mi obsesión por no volver a contratar a nadie se convirtió en una contienda en cada sobremesa. Yo les explicaba que cada nueva canguro me había costado una cerradura y la mano de obra del cerrajero. No apunté en la contabilidad el cachondeo de Federico, que estaba empeñado en que volviese Amelia.

Lo cierto era que en aquellos días iguales, con la custodia de los niños en manos de mis ángeles de la guarda, la vida era mucho más fácil. Todos aquellos asuntos, los domésticos y los profesionales, parecían muy muy lejanos.

Lucas y Alicia dormían en una habitación italiana pegada a la de Tuna. Una estancia muy cuca, empapelada en un elegante estampado de flores que mi hermana utilizaba como somnífero. Le pedía a Lucas que contase cuántos ramos había y nunca llegaba al diez. Mi madre se apropiaba de la cuna del bebé para que no me despertase.

Y esa certeza de entorno seguro me permitió relajarme. Me acostumbré a descansar. Empecé a prolongar las horas de sueño, a dar largas caminatas, a charlar con mi familia en la playa y a dejar que la manada se ocupase de las crías. Y ese fue mi error.

Los niños se asilvestraron en menos de una semana. Solo obedecían a sus primos, que se pasaban todo el día discurriendo juegos y gamberradas para ellos. Gustavo comía a todas horas porque a María le gustaban los bebés llenitos. Cuando no estaba chupando un trozo de pan, estaba untándose la boca con mermelada.

—¡Es casera, mujer! ¡Qué le va a hacer al niño un poco de fruta!

Demasiada calma. Lo más estresante de aquellos días largos era ponerse de acuerdo en las cenas a la hora de elegir el plan del día siguiente. Solo los días de fiestas tenían un plan predeterminado. La jornada fatídica, la que cambió casi todo, fue uno de esos días con programa determinado. El día del patrón.

Nos dirigimos a la iglesia, dejando a un lado el cementerio, y recorrimos la nave central de la capilla en un ruidoso tropel. Los mayores hicimos una genuflexión y los pequeños nos imitaron con todo tipo de variaciones.

—Pregúntale a don Juan si quiere que hagamos las lecturas —sugirió mi madre.

Al volver de la sacristía y cruzar nuevamente el altar, me dispuse a posar de nuevo la rodilla en el suelo y entonces vi a Celia. Estaba sentada en uno de los bancos centrales. La saludé con un gesto de cabeza en el mismo momento en que el *Largo* de Händel arrancaba, ralentizado por el anciano organista. Desde aquella altura en el presbiterio y con el amanerado acompañamiento de la música, mi media genuflexión se transformó en una ridícula reverencia. El tiempo se detuvo de repente. Parecía un saludo artístico. Un telón invisible se alzó a mi espalda. Las cabezas, segundos antes inclinadas en respetuosas oraciones, se levantaron con lentitud. Al mismo ritmo pausado se giraron las personas rezagadas en el atrio. Dos mujeres sentadas en segunda fila interrumpieron su porfiada búsqueda de monedas para la colecta y posaron sus miradas profundas en mí. Con la misma parsimonia con la que parecía saludar a mi amado público, inicié una torpe retirada de puntillas, pero, en lugar de volver a la nave central, crucé el presbiterio para escabullirme en el último banco de la capilla de San Antonio, menos expuesta a las miradas curiosas. Mis hermanas se tronchaban. Cómo no.

El párroco comenzó la ceremonia balanceando el incensario, que olía a tradición y a paz antigua. Lo dirigió hacia las tres imágenes que posaban en el lateral de la nave. Allí estaban los tres santos principales, preparados para salir en procesión.

Tras la lectura del Evangelio, el sacerdote captó toda nuestra atención hablando de san Mamed y su curiosa capacidad para vivir entre las fieras. Por lo visto, sus padres habían muerto devorados en el circo y él sobrevivió en el monte, entre leones que lo protegían de la persecución romana. Pero al santo le duró poco la protección y con apenas dieciséis años lo capturaron y torturaron. Narraba la historia haciéndonos partícipes de la leyenda. Aclaraba que es la devoción popular la que otorga importancia a un santo, y no su verdadera

historia. Me pregunté entonces qué era lo que provocaba esa devoción popular. Por qué unas personas se enaltecen y pasan a formar parte de la hagiografía y otras, santas invisibles, mueren sin que nadie les otorgue gloria alguna.

El *Panis angelicus* me sacó de mis reflexiones y de mis casillas. Un chorro de voz desatinada envolvió la iglesia, acompañado por las notas excedidas del órgano. Mi abuelo lo habría calificado como grosería de grado dos. No soportaba una buena canción en una voz sin cultivar.

Las campanas solucionaron aquel estridente sacrilegio armónico repicando con fuerza. Más alboroto aún que al inicio de la ceremonia. El sacerdote se acercó al atril y procedió a dar las instrucciones de la procesión:

—Saldrá primero san Antonio, seguido de san Lorenzo y, por último, el patrón, san Mamed. Acordaos de que este, sin embargo, entrará el primero.

Aquel galimatías resultó ser un rebato efectivo y un tropel de devotos se precipitó hacia las figuras. A pesar del caos reinante entre los hombres, que se apiñaban en una desordenada aglomeración, cada santo ocupó la posición correcta en cuestión de segundos. Con la excepción de san Antonio, que permanecía abandonado en su baldaquino. El sacerdote se dirigió a Celia y le ofreció ser portadora. ¡Claro! Ese paso debían acarrearlo las mujeres.

—Llévalo— le dijo—, que quienes lo portan, al año siguiente se casan.

—Y tú —señaló hacia mí—, ven tú también. ¿Acaso no quieres casarte?

No era momento para aclaraciones.

Se nos unieron mis hermanas y, tal como había indicado el párroco, salimos de primeras, seguidas de los otros santos y de los feligreses que caminaban tras las figuras saludándose unos a otros.

Una modesta banda de música acompañaba los pasos. Entonaban el *Juntos como hermanos* y algunas personas recitaban la letra arrastrando las vocales de forma exagerada. Una procesión tan humilde como fervorosa. Al finalizar el escaso recorrido, que consistía en bordear la capilla, los santos Antonio y Lorenzo esperaron obedientes a san Mamed para que este entrase el primero. De nuevo, la iglesia se empachó de fervor y explotó en un caluroso aplauso cuando dejamos a las figuras junto al altar.

Me despedí de Celia con un abrazo y la promesa de volver a vernos. Me alegraba sinceramente reencontrarme con ella. No le pregunté por su hermano ni por las visitas de Elisa. No quería estropear nuestro

reencuentro con la suciedad de aquellas habladurías pueblerinas. Quién les iba a decir lo alejadas que estaban de la verdad. Quién me iba a decir a mí lo cerca que estaba de una gran mentira.

Ya en casa, nos abandonamos a la celebración. Nos abandonamos demasiado, de hecho. Corrieron el vino, la comida y el dulce. Por una vez, María no se levantaba a recoger. Era tradición contratar ayudantes para el día del patrón y disfrutar de las largas tertulias. El jaleo de las conversaciones cruzadas, más que incordiar, arrullaba a Gustavo, que dormía en una hamaca junto a la enorme mesa del jardín. Los peques, supuestamente, jugaban al escondite.

Entre tanto alboroto tardé en darme cuenta de que los niños estaban demasiado quietos bajo el cenador. Conté cinco cabezas. Volví a contar y me levanté inquieta. Dalí me siguió con la mirada. Fue la primera en incorporarse al observar mi cara de susto. Mis hijos habían desaparecido.

Los mayores confesaron que hacía un rato que no los encontraban. El escondite se les había ido de las manos.

—¿Cómo los habéis dejado ir solos? ¿No veis que son muy pequeños? —recriminaban mis hermanas a sus hijos.

Pero ya de nada servía aquella bronca. Mi padre organizó la búsqueda. Se dispersaron en grupos de dos o tres personas para recorrer el bosque, alcanzar el molino, subirse al hórreo… Tuna se quedó conmigo y con el bebé, que se despertó de pronto y acompañó mis lágrimas desesperadas con sus hipidos asustados. María daba vueltas desconcertada. La vi tan anciana y tan frágil, despertando viejas penas, que contuve mi angustia para detener la suya.

Ambas nos retiramos al salón, mientras mi hermana preparaba una tila para nosotras.

Bendita infusión.

De repente escuchamos una carrera en las escaleras de la cocina y los gritos desaforados de mi hermana.

—¡Están aquí! ¡Están aquí!

Cuando María y yo llegamos a la cocina, Alicia ya estaba a media altura y Tuna bajaba con Lucas en brazos. Mi hermana, con alguna marca oscura; los niños, totalmente cubiertos de hollín.

—¿No escuchabais que os llamábamos? —besuqueé mis palabras en sus mofletes oscuros.

—¿No nos vas a reñir? —gimoteó la niña.

—Claro que no. Estabais escondidos, ¿verdad?

—Nos dio miedo bajar porque estábamos muy sucios —confesó Alicia.

—*Mía qué susio*, mami. —Lucas enseñaba su pelele negro.

—¡Ay, san Antonio, gracias por encontrarlos! —agradecía María—. A punto estaba de abandonar el responso de lo enfadada que me tenías.

No dejaron de temblarme las piernas y los reproches. Censuraba a mis sobrinos por no habernos avisado antes. Me angustiaba aún la decena de lugares en los que podrían haber aparecido. El altillo de la *lareira* era un espacio inseguro, sin duda, pero el pozo, el río, el molino o el propio bosque habían pasado a ser sitios potencialmente peligrosos. Me reprobaba a mí misma por mi dejadez.

Los días ya no eran tranquilos y adelanté unos días el regreso a la ciudad, con la disculpa de un asunto que resolver.

Y cuando los días tranquilos se extinguen, los días agitados se incendian.

PARTE III

La vida, finita, es infinitamente inspiradora.

Capítulo XXXV
La casualidad, la embriaguez y la risa de los inconscientes

Será castigado con la pena de prisión de seis meses a tres años el que, con conocimiento de la comisión de un delito y sin haber intervenido en el mismo como autor o cómplice, interviniere con posterioridad a su ejecución de alguno de los modos siguientes:

(…)

2.º Ocultando, alterando o inutilizando el cuerpo, los efectos o los instrumentos de un delito, para impedir su descubrimiento.

Artículo 451 del Código Penal

La casualidad me condujo a aquel lugar. La embriaguez me invitó a detener el coche. La torpeza me convirtió en encubridora de un delito.

Pegado al río, el trayecto era un regalo para los sentidos. Laderas opulentas, cargadas de castaños, robles y abedules, a ratos escondían y a ratos enmarcaban el curso del Miño.

A la altura de Os Peares, arruinando el mágico encuentro con el río Sil, sonó el teléfono. No debería haber respondido.

—Olvido —disparó Adán evidenciando un cabreo monumental—, supongo que estarás de camino a la nueva pizarrera de Valdeorras.

Le habría llamado Helios, el dios que todo lo ve. Pero evité el sarcasmo por no enzarzarme en una batalla que estropease el momento.

—Dime —contesté con el tono más seco que encontré. Antibalas.

—Te recuerdo que todavía está vigente tu cláusula de no competencia.

—Tengo buena memoria, no te preocupes por mí. La empresa no es cliente de W&R. No estoy incumpliendo mi compromiso —alegué. Y podría haber rematado ahí, pero me pudo la soberbia—. Además, han sido ellos quienes me han llamado.

—Esto te va a costar caro. Lo sabes, ¿verdad?

Y el enfado que fui masticando el resto del camino desvió mi vista del paisaje. ¿A qué venía su amenaza? Tenía tanto derecho como ellos

a presentar una propuesta de servicios, aunque Watson & Robles también lo hubiese hecho. Me deslicé por aquellos bosques sin ser consciente. Con el ensordecedor ruido de mis pensamientos, desoí el sonido del paisaje. Y en vez de serpentear la sinuosa carretera, la convertí en una pista de bolos para conducir mi boliche a velocidad de competición. Necesitaba hacer pleno.

Mi enojo con Adán funcionó como un resorte. Entré en la pizarrera rodando con toda mi fuerza. *Strike*. A veces, enfadarse da buen resultado.

Lo que no me funcionó fue el entusiasmo posterior. Mi intuición me decía que me había ganado a los clientes y eso suponía un ingreso periódico, una iguala que salvaría la exigua tesorería de mi despacho y me permitiría contratar un asistente. Me emborraché de ilusión.

Encendí Radio Clásica. Empezaba *El jardín de Voltaire* y María del Ser parafraseaba al escritor, acompañada de la *Suite bergamasque*. Paré el motor, extraje el CD de los niños y rebusqué por el coche. Adoraba la emisora. Adoraba el estilo de su presentadora. Pero no necesitaba a Debussy, necesitaba a Wagner. Arranqué de nuevo y conduje un rato con las ventanillas bajadas, atesorando el oro y el cobre de aquellos árboles centenarios. Me arrullaba el *Coro de peregrinos* de Tannhäuser. Acaricié el aire con la mano izquierda y dejé que el otoño se colase por mis venas. Se me subió a la cabeza.

Al llegar a la altura de Pantón, puse el intermitente y tomé el desvío. Inoportuna consecuencia de mi embriaguez. «No debería parar ahora, voy justa de tiempo». Tenía ganas de conocer las obras del balneario.

«Cualquier otro momento será peor; ahora me pilla de camino».

Marqué el teléfono de Manuel. Me extrañó su respuesta fría. Había mostrado tanto entusiasmo, me había insistido tanto, que esperaba otra reacción a mi visita.

La carretera que descendía hasta la fraga estaba cubierta por una cúpula anaranjada de carballos centenarios. Resultaba tan estrecha y sinuosa, que no pude evitar pensar en los camiones de la obra. ¿Cómo rayos hacían para llevar el material a un lugar tan inaccesible?

Al final del último tramo, Manuel observaba mi llegada con la cara demudada.

Una coral de obreros tras él. Todas las miradas se posaron en mí cuando paré el coche. En aquel entorno, mi sucio siete plazas parecía un Ferrari y yo, una estrella hollywoodiense. Me ajusté las gafas de sol en el espejo del retrovisor. Abrí lentamente la puerta del coche y posé los dos pies con dulzura. Los árboles habían extendido una alfombra roja en el pequeño sendero que se dirigía a las ruinas. Parecía la

entrada del teatro Dolby, aunque aquel manto natural llevase, en realidad, a una montaña de escombros escoltada por máquinas de obra. El hada madrina había convertido mi traje y mis tacones en un vestido de gala. Como solía decir Elisa, el Swarovski pasa por diamante en una fiesta vulgar.

Y ese mismo lienzo cálido que acababa de alegrar mis pupilas y despertar mi imaginación empapó mis pantalones cuando se convirtió en un traidor tobogán. Los dos obreros que se encontraban más alejados se dirigieron a la carrera hacia mí. Yo ya me estaba incorporando y les hacía gestos de gratitud con las manos para que se retirasen. Me dolía, sobre todo, el orgullo y se me había torcido el humor. El trasero y los tobillos, sin embargo, no se resintieron con el golpe. Me sacudí un poco las hojas y el barro, tratando de restar importancia al numerito.

Al contrario que sus empleados, Manuel no se había movido ni medio centímetro. Su cara desdibujada era una planicie y me miraba con la transparencia de una luna nueva.

—Manuel, ¿estás bien?

—¡Está de maravilla, abogada! —gritó efusivo un hombre que se cruzó en mi camino—. Yo soy el capataz —continuó, extendiendo una mano más fina de lo que cabría esperar y enseñando unos dientes poco cuidados—. Ya le ha dicho que hemos tenido un visitante, ¿no? Pero no se preocupe. ¡Era un ejemplar más viejo que Carracuca!

—¿Qué ejemplar?

La veleidad del encargado y aquella palidez sobrecogedora de Manuel encendieron una pequeña chispa de sospecha y toda una llamarada de genio. Avivó el fuego mi soberbia caldeada por la caída. Supuse que se habrían cepillado algún árbol milenario habitado por una familia de desmanes ibéricos o alguna otra especie vulnerable. Manuel seguía sin soltar prenda.

Con la determinación de un escuadrón militar, comencé a caminar hacia las ruinas. Mis zapatos se enterraban en aquella tierra húmeda que, tapizada de ocres y tejas, desprendía el inconfundible olor a fraga y paz. Una evocación desatinada para aquel contexto. Una más de las muchas contradicciones que gobernaban mi vida. Yo apuraba el paso, recelosa. Indignada. Incauta, en realidad.

Estaba a punto de llegar a la zona que señalaba el encargado, cuando Manuel pareció despertar de su encanto y echó una carrera para alcanzarnos.

—*¡Sale, demo!*[13] —murmuraba santiguándose.

Me giré sobrecogida.

—¿Qué ha pasado, Manuel? ¿A qué viejo se refiere ese hombre?

Frené en seco y le sujeté por los hombros para que me mirase a los ojos.

—Un…

Manuel chapurreó una palabra ininteligible y se santiguó de nuevo.

—¿¡Un qué!?

—¡Solo son unos huesos! ¡Eso no es nada! Los ponemos con el resto de los escombros y fin de la historia —vociferó el encargado con un tono de cachondeo recién destilado en su mollera inconsciente.

—Vamos a tranquilizarnos un momento —atajé, con el fin de serenarme.

Manuel señaló hacia la caseta de obra y me cedió el paso, recuperando el control. Aquella especie de caja de cerillas atufaba a sudor. Una minimesa hacía las veces de oficina de planificación. Me ofreció sentarme. Examiné aquel desordenado rincón donde convivían planos, cascos y zapatos embarrados de los que asomaban calcetines húmedos. En un vistazo rápido me pareció contar más calzado que pies en aquel espacio entregado a la anarquía.

—¡Madre mía, Manuel! No me esperaba esto. ¿Cómo puedes trabajar aquí?

El joven Saldaña no estaba para explicaciones y su capataz estaba para demasiadas. Corté por lo sano y lo saqué de allí con cajas destempladas. Cerré la puerta y dejé al encargado en un tablón que hacía las veces de felpudo.

—Canta, que esta intriga me está poniendo muy nerviosa.

—Estábamos con el desmonte, para igualar todo eso —señaló hacia un costado— y ampliar la antigua casa.

Dirigió su mirada a los planos y me mostró un anexo a la casona que debió de acoger en su día a los bañistas.

—Mira, aquí. —Apuntó con el índice—. Teníamos que demoler y retirar la piedra de todos estos galpones. Eran antiguos almacenes y cobertizos donde guardaban tumbonas o cachivaches de mantenimiento. Detrás no había nada más que tierra. Monte, ¿entiendes?

Señalaba una zona que, efectivamente, parecía un simple terreno sin construir.

—Creo que te sigo.

—Al arrastrar este tabique con la excavadora, apareció una cava. Una de esas bodegas en las que se conservan los vinos o los alimentos frescos.

—Sé lo que es una cava. ¿Y bien?

—Estaba tapiada con piedras y tierra, y no aparece en los planos. Por eso, me avisaron antes de seguir. Aunque te parezca un bruto, el

capataz es inteligente.

—No lo dudo. Pero ¿por qué te preocupa una cava? Hay restos arqueológicos, ¿verdad? Lo suponía y os lo advertí. ¿Son romanos?

—No, si no es la cava —tartamudeó—. Cuando entré, me di de bruces con los huesos de un fulano. Estaba sentado en una especie de banco, esperando a que alguien lo encontrase. A saber desde cuándo, pero hace muchos años.

Una corriente helada se coló por las rendijas de la puerta.

—¿Y… de quién…? —balbuceé.

—El cráneo tenía una hendidura. Yo creo que alguien se lo cargó, lo dejó ahí y tapió sin más. —Acompañaba la narración con señales de la cruz en cada mención al finado.

—¿Estás seguro de que el cadáver tiene muchos años?

—¡Y tanto! Delante del muro había una higuera veterana, por lo menos tendrá cincuenta años. Y la piedra estaba invadida de musgo.

—Bueno, eso aquí no es difícil.

A través de la pequeña ventana señalé la espesura del bosque.

—Avisaré a la Guardia Civil. De momento no toquéis nada más y veremos qué sucede. ¿Se lo has dicho a tus socios?

—Sí, hablé con ellos. Mañana tal vez venga él por aquí.

Miré el reloj y me di cuenta de que tenía que marcharme, pero no me resistí a la tentación de curiosear.

Manuel me acompañó a la entrada de la cueva. Aquel hueco abovedado bajo el monte me imponía mucho. Parecía difícil que se mantuviese indemne bajo el peso de esos montes. Manuel me dio una explicación sobre el poder de las raíces para compactar la tierra y sobre la colocación estratégica de algunas piedras. Aun así, entré con más miedo a un derrumbamiento que al cadáver.

Los huesos se encontraban desparramados por el suelo, a escasos metros de la abertura. Miré extrañada al constructor.

—¿No me habías dicho que estaba sentado?

—Es que los chicos han estado haciendo bromas con él —se excusó santiguándose.

—Ella.

—¿Era una tía?

—Una mujer, sí. Vamos, supongo. Fíjate en la pelvis. Si fuese un hombre, sería más estrecha —aclaré mi deducción—. ¿Y el cráneo? ¿Dónde está el cráneo?

—Andará por fuera, porque estos jugaron a darle puntapiés.

Quise explotar, pero era tan grande mi indignación, que me callé. Y al enfriar las palabras se me hizo el vacío. No me salió ni un suspiro.

Eché a andar entre el verde intenso de aquellos árboles de fraga,

respirando aquel oxígeno en fabricación perenne, empapándome del olor a tierra fresca. Una construcción de piedra medio derruida (o medio conservada) daba entrada al antiguo balneario. Estaba envuelto en un musgo verde favorecido por la humedad y por la protección del sol. Era un tupido colchón de novia con sus hojas redondas. «Espectacular», acaricié admirándolo.

Nada más adentrarme, descubrí la fuente de aguas sulfurosas. Estaba rodeada por una balaustrada ornamentada con hojas de acebo que el óxido había enrojecido. *Art nouveau* que delataba el carácter burgués de aquel refugio alejado de todo. Aquella familia, probablemente enriquecida al rebufo de la industrialización, había elegido diferenciarse a través de ese arte inédito, rebuscado, aislado de la vulgaridad.

No me atreví a bajar las seis o siete escaleras que llevaban al manantial, por miedo a resbalar de nuevo en la piedra musgosa, y continué con mi exploración absolutamente sometida al hechizo de la morriña. Las estancias abandonadas del antiguo balneario me transportaban un siglo y pico atrás.

Caminé por un corredor que daba acceso a dos salas abovedadas con vistas al río. Las paredes exteriores adornaban sus esquinas con más lágrimas verdes de aquel musgo brillante. El interior, sin embargo, permanecía casi intacto, salvo el visillo de polvo que se adhería al alicatado por la humedad. Los azulejos portugueses se aferraban a su misión de proteger las paredes. Solo dos o tres se habían rendido al aburrimiento. En el medio, una bañera de mármol sobre cuatro garras firmes. Algún día se relajaron en ella, entre barros y chorros, los cuerpos de los propietarios del lugar y de sus amigos. Buscarían un reposo que probablemente no necesitaban. Quizá aquellos huesos, ahora dispersados por la obra, habían descansado allí alguna vez.

Un escalofrío punzante me trajo de regreso al presente. Me agaché a recoger un azulejo del suelo y volví sobre mis pasos.

—Bueno, Manuel —zanjé acercándome al constructor, que había permanecido en la entrada—. Nada que ver con los modernos *spas* o las piscinas de chorros, ¿verdad? Yo lo dejaría tal cual está. Con una manita de pintura y una buena limpieza.

Le entregué el azulejo y aproveché para envolver sus manos con las mías, entregándole el escaso sosiego que me quedaba.

—¿Qué hago? —suplicó Manuel.

—Te digo algo en un rato —respondí.

El capataz no había vuelto a dar señales de vida. Había desaparecido entre el ruido de las máquinas, que continuaban el

desmonte. Ellos seguían ajenos a la gravedad de aquel hallazgo. Como si nada hubiese sucedido.

Hui de allí con una sensación extraña. Cautivada por la belleza decadente de aquel lujo accesible solo para unos elegidos. Fastidiada por el marrón que me tocaba resolver.

Antes de llamar a la Guardia Civil, decidí consultarlo con el marido de mi hermana Dalia, el cabal policía de la familia. Cádiz estaba a suficiente distancia para que no se implicase profesionalmente, pero él sabría cómo actuar.

Tardé en conseguir cobertura. El sinuoso transcurso entre los cañones del Sil se defendía de la modernidad con resistencia natural a la invasión tecnológica. Cuando por fin pude hablar con Paco, su conclusión me tranquilizó. No se podía considerar que hubiésemos contaminado la escena del crimen, porque al ser un occiso tan antiguo, apenas habría huellas o restos útiles para la investigación. Bastaría con el testimonio de los obreros y el análisis de los huesos.

Llamé a Manuel para informarle de mi conversación.

—¡Ah, no! Ya podemos estar tranquilos. Ha telefoneado mi socio y me ha comentado que no es nada. Lo ha solucionado. Lo llevaremos todo al vertedero.

Colgué sin casi darle tiempo a terminar y me detuve en un mirador, alfombrado de hojas de arce y erizos de castaña. Necesitaba telefonear al socio de mi cliente, el diseñador convertido en empresario de la moda y a saber qué otros negocios. ¿Cómo iba a fiarme de ese tipo? Me preguntaba si en realidad él ya sabía que esos huesos reposaban ahí. Según la edad de esa higuera, él posiblemente no había nacido cuando se produjo el asesinato, pero tal vez era depositario de algún secreto familiar.

En una barandilla de madera, peligrosamente asomada a la ladera, me pareció distinguir una mancha de sangre. «¿Qué demonios le pasa a la vida últimamente? ¿Por qué me pasa todo a mí?». Me acerqué despacio, aterrada. ¿Podría haber arrojado alguien un cuerpo por allí? A escasos veinte metros, con mis articulaciones convertidas en mantequilla, pude distinguir un simple racimo de bayas de *sabugueiro*[14] esparcidas por el barandal. La inquietud, calada en la piel, me estaba volviendo susceptible a cualquier estímulo.

Marqué el número del socio de Manuel. Al otro lado del teléfono, su asistente personal me despachó con una excusa de más de tres minutos. O sea, una mentira. Una más. Qué me importaba. Al fin y al cabo, no era mi problema. Traté de robar una panorámica de las vistas con el móvil, pero el resultado era una curvada barriga verde.

Suspiré y llamé a mi cuñado para contarle el final del asunto. No

llegué a hacerlo.

No era el final.

—No te preocupes. Esa zona no es competencia de la Policía Nacional, pero ya hemos avisado a la Guardia Civil. Les he dejado tu número de teléfono como persona de contacto.

Agradecí que nuestro país tuviese tantos cuerpos de seguridad, recé para que el traspaso de competencias fuese lento y me puse a pensar en alguna salida noble.

Realicé el último tramo con el extracto *Lacrimosa* del *Réquiem K.626* de Mozart, interpretado por la Orquesta Nacional y el coro de Radio France y dirigidos por Barbara Hannigan. La banda sonora perfecta para un asunto que apenas empezaba.

---

[13] ¡Vete, demonio!

[14] *Sambucus nigra* o saúco.

Capítulo XXXVI
Memento mori

Los abogados deberán guardar secreto de todos los hechos o noticias de que conozcan por razón de cualquiera de las modalidades de su actuación profesional, no pudiendo ser obligados a declarar sobre los mismos.

Artículo 542.3 de la Ley Orgánica del Poder Judicial

Me costó desperezarme, consciente de que el día no iba a ser precisamente tranquilo. Un mapa púrpura semejante a una corona de laurel se había apoltronado en mi trasero. Me dolía. «*Respice post te! Hominen te esse memento!*[15]», escuché en mi conciencia. El éxito que vitoreaban las hojas de los árboles, aquel desfile de triunfo que había iniciado al salir de la pizarrera el día anterior, habría requerido un esclavo sujetando mi corona y recordándome que era humana.

Cogí en volandas a Lucas, que corría hacia mí por el pasillo. Lo senté sobre mis hombros con bastante esfuerzo y comencé a declamar:

—*Hominen te esse memento!* Mira tras de ti, Marco Aurelio. ¡Recuerda que eres humano!

Él no entendía nada, pero se tronchaba de risa. Alicia estaba ya vestida y trataba de preparar su desayuno y el de su hermano en un derramamiento incontrolado de leche, copos de cereal y migas.

Dejé a Lucas en el suelo y consentí que su hermana ejercitase su autonomía y buena voluntad, mientras yo iba pasando la bayeta por todos los rincones heridos por su desorden. De pronto apareció Fede con Gustavo ya cambiado. Lo puso en la trona y nos sentamos todos a la mesa para desayunar algo parecido a la calma. Les conté cómo desfilaban los emperadores romanos cuando vencían en una batalla. Les gustaba oír retazos de historia siempre que se adornasen con muchas onomatopeyas. Algo a lo que papá y mamá contribuíamos en una compenetración que parecía ensayada. Aproveché que Fede había tenido que llevarlos el día anterior y le pedí que nos repartiésemos el transporte de niños. A él, la guardería solo lo obligaba a desviarse un poco y a mí todo el recorrido me suponía una hora.

—¿Por qué no contratamos el servicio de recogida? —propuso

cuando ya salíamos.

Remangué la respuesta mientras subía las mangas de mi americana.

—Lo pensaremos. No me apetece dejarlos en un transporte.

No puedo decir que se resistía a colaborar, pero tampoco mostraba su mejor disposición. Para él, separarlos tanto tiempo de nosotros no significaba nada. Yo me sentía una mala madre.

Recibí la llamada de la Guardia Civil cuando ya estábamos en el coche. En un arranque de coherencia, les dije que no podía hablar en ese momento y que contactaría con ellos enseguida. Me recorrió un escalofrío que Alicia se encargó de aplacar con una conversación alegre y entusiasta sobre Bob Esponja. Tuve que apurar los limpiaparabrisas para separar una cortina de agua.

—Menos mal que esta tromba de agua me coge en la ciudad y no en la carretera por la que conduje ayer —reflexioné en alto.

—¿No te gusta la lluvia? ¡A Bob Esponja le encanta!

Demasiados dibujos animados, pero de qué otro modo podía tenerlos quietos mientras planchaba.

Al llegar al despacho colgué la gabardina mojada, me descalcé y metí una bola de papel de cocina dentro de cada zapato. No soportaba trabajar con los pies húmedos. Preparé un café doble en mi taza de vidrio templado. Mientras se enfriaba, aproveché para remover los azucareros. Tenía que hacerlo de vez en cuando para que no se apelmazase. Yo no utilizaba. Cuatro recipientes cuadrados con azúcar de caña, azúcar blanco, estevia natural y sacarina. Las cucharitas de plata, ordenadamente abandonadas en un bol, completaban el set de endulzar. Un exagerado y triste despliegue para el tipo de visitas que recibía.

Mis pies agradecieron la calidez de la enorme alfombra persa que cubría el suelo. Templé mis manos (y mi alma) con el café.

Empecé llamando a Manuel. Quería avisarle de que la Guardia Civil estaba al tanto y no podríamos evitar su visita.

—¡Qué va! Ya te dije que mi socio lo arregló todo. Hemos llevado a Brigitte al vertedero.

—¿Qué Brigitte?

—La chica de los huesos. Los chicos han decidido llamarla así.

Ni rastro de los temores de la víspera. Al contrario, parecía que le hubiesen sacado un muerto de encima. En este caso, literalmente.

—Manuel, eres el jefe de obra, tienes responsabilidad penal. ¿Eres consciente?

No pude con esa indolencia y utilicé un tono inculpatorio. Él debió de notar mi preocupación, porque se quedó callado durante unos segundos. Me impacienté. Necesitaba devolver la llamada a la Guardia

Civil cuanto antes.

—Es que si los encontraban allí, nos pararían la obra y se palmaría mucha pasta. Mi socio dice que habló con un juez y le dijo que si eran huesos antiguos no pasaba nada.

—Yo misma lo llamaré para que me diga con qué juez habló.

Intuía que sería el magistrado Juanito Grillo, pariente lejano de Pepito. ¿Por qué seguía ese hombre como interlocutor si la verdadera socia era su hija?

En fin. Prefería no pensar. Y de tanto no pensar, tuve una idea.

Me respondió un guardia joven con un acento andaluz que me hizo separar el teléfono de la oreja para comprobar que estaba llamando al cuartel de Luintra en Nogueira de Ramuín. Enseguida me pasó con su superior, que estaba dispuesto a montar todo un dispositivo de levantamiento del cadáver.

—Bueno, yo creo que es mejor que vayan ustedes primero y luego vean qué dispositivo se monta, porque lo que hay allí son restos de piedra y cuatro huesos que han aparecido entre los escombros. —Suavicé el hallazgo. No mencioné lo de la cabeza, que a saber dónde habría ido a parar con la liguilla que se habían montado aquellos tres energúmenos.

—En un rato la llamaremos para que nos diga la ubicación exacta y mandaremos una patrulla.

Colgué aliviada y me dispuse a llamar de nuevo a Manuel.

—Todo arreglado. Les he dicho que los huesos aparecieron cuando los echabais en el vertedero. Así te libras de explicar cómo los sacasteis de ahí.

—…

Nuevamente, silencio al otro lado.

Un silencio preocupante. Un silencio demasiado largo, de hecho.

—*¡Sale, demo!* —balbució.

—Manuel, ¿te encuentras bien? —fingí preocupación por su estado, cuando lo que me preocupaba era mi implicación en todo ese lío.

—Es que les he dicho a Cristina, mi secretaria, y a los chicos que vayan al vertedero a buscar los huesos. Van a traerlos de vuelta a la bodega. Yo también voy ahora para allá, porque aquello está muy enfangado. Llueve desde esta madrugada y a ver quién encuentra ahora todo.

—Que no toquen nada. Es mejor que sean las fuerzas de seguridad las que se ocupen. Así no pararán la obra y no habrá consecuencias para nadie. ¿Te parece? Dame las coordenadas para que se las pase a la patrulla.

—Ya, pero el vertedero…, el vertedero… Es mejor que no vayan.

—Suéltalo, Manuel. A estas alturas creo que nada podrá sorprenderme.

El bramido del chaparrón apenas me dejaba concentrarme. Me tapé la oreja con el dedo medio.

—El sitio al que estamos llevando los escombros no es… muy legal. Llevar todo desde esa fraga a un vertedero es muy caro, ¿sabes? Estamos usando un monte de un primo de mi socio.

—Un primo, ¡cómo no!

—Un primo, sí. Pero no sabe nada porque vive en Venezuela y de aquí a que vuelva, ya la maleza lo ha cubierto todo.

—¡Caramba! Un vertido ilegal —bramé—. Pues eso tampoco es una tontería.

—Es…, es un espacio protegido —terminó su confesión—. Pero no hace ningún mal, no hay plásticos ni nada…

Colgué sin despedirme. No podía más. No nos bastaba con un cadáver. Además, teníamos que cometer un delito medioambiental de los de dos años de prisión, multa e inhabilitación.

«¿Pero qué rayos tendrá en la cabeza ese estúpido diseñador? ¿Qué tipo de polvo suelta el papel de seda cuando ese señor recorta sus patrones?», rumié para mí misma.

Fui a prepararme otro café y me quedé un rato urdiendo causas para la estulticia de ese malcriado, antes de volver a llamar a Manuel. Quería disculparme por haberle colgado.

No me cogió.

Volví a llamar.

No descolgó.

Sonó de nuevo mi teléfono.

—¿Manuel?

—Guardia Civil de Luintra. Quiero hablar con la abogada Queizán. —El tono del hombre me pareció reprobatorio. Me temblaba todo el cuerpo.

Busqué los zapatos con los pies, pero no podía calzármelos por culpa del dichoso papel de cocina que había introducido para secarlos.

—Sí, soy la abogada Olvido Queizán. Dígame.

Los dedos de mis pies se movían en una danza incontrolada.

—Necesitamos las coordenadas del lugar donde ha encontrado los huesos. En el teléfono que nos ha dado no coge nadie.

—No, no —aclaré de inmediato—. No los encontré yo. O sea —seguí exculpándome—, solo me enteré de refilón. No sé decirle exactamente. Es cerca de un río. Trataré de localizar a mi cliente y les digo algo en unos minutos.

—No tenga prisa. Será mejor que no vayamos hoy. Esta zona no es

segura con lluvias torrenciales.

Me sentía tan aliviada por la prórroga que tuve que ir corriendo al baño.

La lluvia apaga los fuegos en los montes. Bendita lluvia. Amiga leal de nuestras tierras. Siempre despreciada y siempre necesaria. En este caso, además, oportuna. A nuestro incendio le venía fenomenal.

Sentada en la taza del váter, con la placidez del pis aligerado y los agentes despejados, recordé que Manuel, su secretaria y el chiflado del capataz estaban buscando huesos en un lugar que la Guardia Civil había considerado de alto riesgo. Me subí el pantalón a toda prisa.

Manuel seguía sin atender a las llamadas y en su oficina tampoco sabían decirme cómo localizarlo. Tuve que negociar que me facilitasen el móvil de su secretaria. Una petulante locución repetía que el teléfono estaba «apagado o fuera de cobertura».

Intenté concentrarme en otra cosa. Revisé la lista de pendientes. Tendría que hablar con mi clienta del divorcio. La última vez, me había contado demasiados detalles erótico-cómicos de su nueva relación. No me sentía preparada para recibir otra avalancha de intimidad.

«Avalancha. ¡Porras!».

La amenaza de riada voló otra vez por encima de mi cabeza. ¿Por qué Dios había repartido tan mal las dosis de consciencia? Aquel empresario banal estaría deslizando tranquilamente su lápiz en un lienzo en blanco mientras yo sucumbía en una niebla densa de preocupación por los huesos de aquella pobre Brigitte. Y el cadáver era su problema, no el mío.

Coger el coche y dirigirme hacia allí era una insensatez. ¿Y si daba parte de la desaparición? Demasiado pronto. No me atenderían. Daba vueltas por mi despacho como una leona enjaulada.

Localicé al diseñador tras una larga carrera de obstáculos telefónicos.

—¿Por qué se mete en este asunto? Ya tenemos nuestros abogados.

—Solo quiero que me diga a qué juez le ha contado lo del cadáver. La Guardia Civil se presentará en cuanto escampe. Pedirán explicaciones. Deberíamos, al menos, ponernos de acuerdo.

—Insisto en que, si necesita algo, debe hablar con nuestros abogados.

Lo que me faltaba. Llamar a Adán y que me atribuyese a mí todo ese jaleo. Mantuve uno de esos silencios de cinco segundos que parecen cincuenta minutos. «Piensa, Olvido, piensa».

—Sí, hace usted bien, porque está ocultando un cadáver, vertiendo residuos en un espacio natural protegido y dificultando la labor de

investigación de las fuerzas de seguridad. Será mejor que se rodee de los abogados acertados, porque los cuerpos de los ricos también sufren en la cárcel.

Colgué, llena de razón y satisfecha de mi alegato sobre su vulnerabilidad. Totalmente desubicada entre el frío de mis pies humedecidos y el calor de la situación. Me urgía volver a casa.

Abrí el paraguas y caminé hasta el coche inundando mi respiración con aire purificado por esa agua redentora. Noté la vibración del móvil y lo saqué del bolso con dificultad. «Cuándo inventarán un paraguas que no haya que sujetar con la mano».

Álvaro Vera me informaba de que los amigos de su tía estaban realizando maniobras de vuelo sobre los escasos momentos de lucidez de la mujer. El mago Chazaquiel y su amigo del alma la habían visitado acompañados de un notario.

—¿En serio? Esta misma tarde pasaré por ahí a veros.

Me arrepentí enseguida de mi ofrecimiento. Tenía la sensación de estar deslizándome cuesta abajo, envolviéndome como una bola de nieve en problemas que no hacían más que crecer.

***

Los niños no habían llegado aún y aproveché para tomarme otro café y un analgésico. Me iba a estallar la cabeza. Revisé el plan de comida en la nevera y me refugié entre las cazuelas mientras el paracetamol se ocupaba de mis molestias.

El estómago me estalló en mariposas cuando escuché el llavín de la puerta. Necesitaba el saludo curativo de mis hijos.

—¡Mamiiiiiiii!

—¡Mamáááááááá!

Esa algarabía se estaba convirtiendo en mi mayor adicción. Y en la perdición de mi descanso. Al cabo de un rato de trote y de galope sobre mis rodillas, Lucas y Alicia empezaron a arrullarme entre caricias, besos y lametones que actuaron de hipnótico. Tanto que les di permiso para ver *La Bella y la Bestia* por vigesimocuarta vez. Mientras la protagonista cantaba coreada por mis hijos, yo daba pequeñas cabezadas en las que veía cadáveres flotando en el balneario. Me sentía abotargada. La cabeza me dolía cada vez más. Un cuchillo clavado en mi frente. No. No era un cuchillo, era un afilador de acero redondo y grueso empeñado en abrir un hueco en mi corteza prefrontal. Algo grave me sucedía.

La oquedad consiguió que el timbre de la puerta me atravesase de sien a sien.

«Ay, qué bien —me dije—. Ha venido la canguro».

Quise saludarla, pero de mi boca no salía una sola palabra. Afasia. Un dolor inmenso me laceraba. Cogí el bolso y el abrigo y salí sin poder despedirme.

---

[15] ¡Mira tras de ti! ¡Recuerda que eres solo humano!

Capítulo XXXVII
Santa Brígida

Se reconoce el derecho a la protección de la salud.

Artículo 43.1 de la Constitución española

El taxista que me dejó en el hospital se bajó del coche para ayudarme. No pude agradecérselo. No subí a la quinta planta, donde desvariaba la pobre Teresa. Fui directa a la puerta de urgencias y a la primera persona que vi le conté mi preocupación como pude:

—Ictus, creo.

No recuerdo muy bien cómo llegué a la silla de ruedas ni cómo pasé de allí a la camilla. Una vía. Un entra y sal de personas con batas blancas y verdes. Por fin, la mano tranquilizadora del neurólogo sobre mi brazo.

—Ya está. Cuando termine de bajar este medicamento, podrás irte.

—¿Ya? ¿No me muero?

—Pues parece que hoy no va a ser —respondió con un tono de cachondeo.

—Entonces, ¿qué me pasa?

—Si me permites la intromisión, supongo que lo que tienes es cansancio y falta de sueño. También es posible que algo de ansiedad —pronunció este término con cierto tacto, como si temiese mi reacción—. Hemos localizado a tu marido y está de camino. Él nos ha contado que tienes tres hijos muy pequeños y que trabajas. Suficientes estresores para la contractura que ha desencadenado esa cefalea cervicogénica.

—¿Y eso qué significa?

—Que tus cervicales están muy tensas. Eso es lo que te ha producido el dolor de cabeza.

—¿En serio, las cervicales? Si no podía ni articular una palabra.

—Te hemos hecho una analítica, un electro y hasta un TAC y tú solo has dormido.

—¿En serio?

Lo cierto era que no me había enterado de nada de lo que él decía.

—¿No te dolían también el cuello, la zona cervical?

—Bueno, sí. Pero la espalda me molesta siempre, claro. Tengo tres hijos pequeños y los cojo en brazos. ¡Claro! Además, hoy he llevado a uno de mis hijos a hombros. Ha sido eso.

—Habrá ayudado, no te quepa duda, pero creo que el estrés también debes considerarlo. Es muy frecuente que llevemos la tensión a los músculos cervicales. Es una forma algo primitiva, pero muy natural, de reaccionar a nuestros miedos. Cuando esa tensión se pasa de rosca puede producir dolores de cabeza, hormigueos, vértigos… No eres la primera ni serás la última persona que mejora de todos esos síntomas con un relajante muscular. Eso sí, hoy no podrás conducir y mañana deberías descansar.

El médico se giró para salir y yo empecé a esbozar una respuesta dirigida más a mí misma que a él.

—¡Qué más quisiera! Tengo mucho trabajo…

De repente, recordé que Manuel y su equipo habían desaparecido entre los escombros y la riada. ¿O lo había soñado?

—¡Necesito hacer una llamada!

—Será mejor que espere a salir del box —dijo el enfermero que entraba para revisar mi gotero—. Sus cosas están ahí. Si quiere, se las paso, pero no creo que eso ayude a sus molestias.

Manuel y su secretaria seguían sin responder al móvil y por la puerta asomaron dos cabezas: Fede y Elisa.

—¿Os han dejado pasar a los dos? Debo de estar muy grave.

—Llamé al director —respondió ella—, es cliente de Adán. ¿Por qué crees que te vas tan rápido? ¡Hay que tener amigos hasta en el infierno!

Mientras Elisa hablaba, Fede me dio un beso, me cogió la mano y leyó la pulsera, como si quisiese cerciorarse de que la de la camilla era su mujer. Le hice un gesto de confirmación y continué la conversación con Elisa.

—¿W&R también es el despacho de este hospital? ¿Se están especializando en hospitales? —pregunté inquieta. Estaba convencida de que la cadena hospitalaria la llevaba un bufete de Madrid.

—Así no hay quien pueda, Olvido. —Federico salió de su respetuoso silencio—. Estás aquí como paciente. ¡Desconecta un poco!

Me estaban malinterpretando. O tal vez ese era mi problema. No era capaz de desconectar.

—Ahora descansa, *darling*. —Elisa me besó en la frente—. He venido a llevarme tu coche porque tú te vas con tu maridito a casa.

—¡No! —salté—. Es mejor que Fede vaya adelantándose para relevar a la canguro. Se habrá hecho tarde, y entre que este gotero suelta todo el mejunje, me sacan todos estos chismes y me dan el

alta…

—¿Lo ves? —soltó Federico—. Nunca te relajas. Pero tal vez tengas razón. Voy a acostar a los niños y te dejo con la amiga del director, por si necesitáis más enchufes. —Me lanzó un guiño cómplice y se fue.

Esperé el tiempo suficiente para asegurarme de que se había marchado y le pedí a Elisa un favor. Sabía que me pondría pegas, pero conseguí convencerla. Mi argumento era suficientemente sólido. Si dejaba lista mi visita a la vecina, podría descansar al día siguiente e incluso, prometí, no iría a la oficina.

—De acuerdo. Mañana iré con Nadia en cuanto ella salga del instituto. Entretendrá a los niños, que le encanta, y nosotras veremos un programa de esos del corazón que tanto te gustan —resolvió con ironía.

El trato, salvando el plan televisivo, era bastante apetecible.

El horario de visitas había terminado, pero Elisa hizo una llamada y en un par de minutos estábamos dirigiéndonos hacia el ascensor.

—Caray, pues sí que te aprecia este director. Recuérdame quiénes son sus abogados —bromeé.

—Despreocúpate: Adán no lleva el hospital, solo se ocupa de sus temas patrimoniales.

—En ese caso, todo aclarado. No le tiraré los tejos como abogada sino como amante.

—¡Qué tonta!... Fede es tan mono…, ha estado hablando de ti con tanto cariño… Me arrepiento de lo que te dije el otro día. Este es de los que no hay que soltar.

—Ya —evité entrar en el tema de su relación—, pero no está forrado. Puedo seguir con Fede como amante y al director tenerlo como marido. ¿No te parece un buen cambio?

Clin. La campanilla del ascensor nos recordó que habíamos alcanzado la quinta planta, la zona de privados. Centros de flores en el impecable mostrador, sillones de piel y revistas frescas en el área de espera. El hospital estaba bien en términos generales, pero aquel espacio era un verdadero hotel.

Elisa me esperó en la zona de descanso, sirviéndose café en una máquina Nespresso con cápsulas originales.

Teresa se veía minúscula en aquella habitación tan grande. Álvaro se incorporó al verme.

—Santa Brígida —dijo con sus cuerdas vocales arañadas.

Desde mi pubis, un berbiquí comenzó a girar hacia la glotis y me quedé casi muda. Aún no sabía nada de los chicos, y con la lluvia que aún se escuchaba en la ventana, el río seguiría creciendo, sin duda.

—¿Qué sabe ella de Brigitte? —pregunté a su sobrino.

El berbiquí seguía girando y vaciando el eje de mi vertical. Mi cabeza volvía a estar a punto de estallar. Busqué dónde apoyarme y me senté en un mullido sillón de piel. Accidentalmente, toqué un botón que hizo que comenzase a tumbarme. Mi cuerpo realizó un extraño descenso al vacío y en la habitación se inició un movimiento gravitatorio. Cama, gotero, cuadros, un vaso de agua y unas estampitas que Teresa tenía en la mesilla giraban en torno a mi cabeza. En esa extraña rotación recuperé la cordura.

—Casi te matas, chiquilla. Deja de jugar con los botones y tómate una de estas —rugió Teresa señalando sus pastillas—. Se te ve muy pálida.

—Pero… se está recuperando —gesticulé, tratando de que ella no me oyese.

Álvaro respondió con un suave gesto de negación. Me tomó por el brazo para incorporarme y salimos fuera.

Antes de unirse a nosotros, Elisa se asomó a la puerta de la habitación para curiosear. Estaba encantada de conocer a la diosa de la resurrección periódica.

—Esta vez ya no sale, me lo han asegurado —anunció Álvaro—. El causante de sus desvaríos es un tumor y está muy extendido.

—¿Y por qué no se lo detectaron mientras estuvo ingresada?

—Con las coronarias como las tiene, lo extraño es que haya llegado hasta aquí. Así que me imagino que ni se plantearon revisarle la cabeza.

—Te aseguro que en esta planta no se escatima en pruebas —saltó Elisa en defensa del hospital.

Yo estaba demasiado cansada para aclararle que mi pregunta era mera curiosidad y no tenía la menor intención de acusar a nadie de negligencia. Los presenté y volví a indagar sobre lo que me preocupaba. Una cosa era que mi vecina intuyese mis movimientos cuando compartíamos edificio y otra, inquietantemente distinta, que, tumbada en la cama de un hospital, tuviese noticias sobre mis andanzas en la Ribeira Sacra.

—Eh… —No sabía cómo abordar la pregunta—. ¿Por qué se ha referido a Brigitte cuando he entrado?

—¿Santa Brígida? ¿Recuerdas aquel día que yo avisé a la funeraria y ella se despertó milagrosamente? Era 23 de julio, onomástico de la santa.

—¡Qué bonita historia! —exclamó de repente Elisa—. ¿Sabéis que peregrinó a Santiago de Compostela con su marido? Estaba muy enamorada, y eso que casaron a la criatura con trece añitos. El hombre se murió a la vuelta del Camino y ella, que era una reina de por ahí

arriba, Noruega o Suecia, qué sé yo, donó todas sus riquezas a los necesitados y se dedicó a obras de caridad.

—¿Y tú por qué te sabes esa historia? —inquirí sin salir de mi asombro.

—Porque alguien me sugirió que le pusiese su nombre a la fundación. Esa mujer, por lo visto, tuvo muchos hijos.

—Menos mal que no lo hiciste —zanjé la conversación, aliviada por que nuestras Brígidas fuesen tan solo una mera coincidencia.

Le recomendé a Álvaro que solicitase un informe del estado mental de Teresa. Así se garantizaría que su firma no resultase útil a los oportunistas. En el caso de que alguno de aquellos brujos de pacotilla consiguiera un nuevo testamento, sería nulo.

Al salir, me sujeté al brazo de Elisa, agradeciendo su compañía y pensando que en casa me esperaría un hogar normal. Me propuse saborear con ellos cada minuto. El susto parecía haberme hecho más consciente del coste de la vida, pagado al contado, día a día, sin aplazamientos.

Como suele suceder, la reflexión se evaporó enseguida en mi conciencia.

Capítulo XXXVIII
Dos resucitados y una muerta

Los delitos prescriben a los veinte años, cuando la pena máxima señalada al delito sea prisión de quince o más años.

Artículo 131 del Código Penal

Puede que la causa fuese el cansancio en sí o puede que fuese la solución química que me inyectaron en el hospital, el caso fue que al llegar a mi hogar me acosté y no amaneció para mí hasta pasadas las nueve de la mañana.

Salí de la habitación con la cabeza embotada. En casa, un rastro de desorden en baños, pasillos y dormitorios. El salón lo habían respetado. Me apoyé pesadamente en la barra de la cocina para prepararme un tanque de café. Contemplé el móvil, que descansaba boca abajo. Quería darle la vuelta, pero no me atrevía. Girarlo o no. Angustia. Como quien tiene que elegir qué cable de una bomba cortar. Decidí hacer el café antes de nada. Si las cosas se habían complicado más, prefería no saberlo. Aplacé la realidad cinco minutos.

La primera impresión de la pantalla lanzó un rayito de esperanza. Manuel me había devuelto las llamadas de la noche anterior. Solo faltaba saber si su secretaria y el capataz también habían sido agraciados con la lotería de un día más o yacían inertes en la escombrera.

Aún quedaba más de la mitad de la taza, cuando asumí la responsabilidad de la jornada. Hice amago de llamar sujetando el teléfono con el hombro mientras me preparaba una tostada, pero un ligero mareo me recordó que esa era una postura *non grata* y decidí buscar los auriculares.

Enfrentarse al fondo de un cajón es un viaje largo y de final incierto. Estaba segura de haberlos metido allí para que los niños no jugasen con ellos. La caja del teléfono, vacía. Ni rastro de los auriculares. A la derecha, tres cajitas con las medallas de los niños. Un termómetro, dos chupetes, un paquete de clínex. «¡Anda, mira dónde estaba este reloj! ¿Y qué hace aquí una muestra de pasta de dientes?». Un rosario, los pasaportes actuales y los caducados, dos teléfonos

móviles antiguos. Una pistola de plástico por si unos piratas etíopes nos atacan una noche. «¡Mi pendiente de esmeralda! ¿Dónde guardé el otro?». Una libreta de anotar ideas nocturnas que nunca aparecía cuando tenía que anotarlas. Dos bolis con la tinta seca, fotos de carné de todos los miembros de la familia y, cuando estaba a punto de perder la paciencia, un coletero que sujetaba… ¡el cable de los auriculares!

Dejé todo sobre la cama con el firme propósito de hacer limpieza. Al contemplar la pirámide de objetos apilados y el microespacio del contenedor, era obvio que allí no volvería a caber todo aquello. El misterio del fondo del cajón. Una dimensión oscura y mágica donde los huéspedes más antiguos van cediendo espacio a los que se incorporan. Lo ceden con tal generosidad, que desaparecen de la vista y del recuerdo. Ese lugar donde siempre cabe todo lo que metes y nunca sacas nada de lo que necesitas. Me inserté un botón en cada oreja y me dirigí de nuevo a la cocina con el cable colgando y el coletero recogiéndome el pelo en la coronilla.

—Manuel, has vuelto a llamarme y tenía el teléfono silenciado, como siempre. Perdona. Y disculpa también por mi reacción de ayer.

—Tenías razón, Olvido. Lo que hemos hecho no está bien. Anoche me derrumbé después de hablar contigo y me fui al cuartel de la Guardia Civil.

—¿Y? ¿Tengo que ir a visitarte a la prisión de Pereiro de Aguiar o te han llevado a A Lama?

—Pues ha habido suerte y esta vez no vamos a entrar ninguno. El oficial era un amigo mío del colegio y nos hemos llevado tal alegría al vernos, que casi se me olvida a qué iba. Cuando le he contado la movida, me ha dicho que se entiende que no hubo mala fe al manipular los huesos. Que pongamos a Brigitte en una bolsa y que vendrán por la obra a recoger los restos y a hacer el informe. Al ser un cadáver tan…, tan seco, por lo visto, ni siquiera avisan al servicio de criminalística o como se llame. Vendrán un día de estos.

—¿Eso es todo? ¿No hay que buscar a un asesino ni notificar al juzgado?

—Me han dicho que ellos dan parte al juzgado, pero que me olvide. El asesinato de la Brigitte está prescrito.

—¡Claro! —Sentí un alivio repentino—. ¿Y cómo sabes que prescribió?

—La idea de la higuera funcionó.

—¿Perdón?

—Quiero decir… —tartamudeó—, quiero decir que la idea que tuviste de contarlo todo, también lo de la higuera, fue lo que les llevó

a pensar que estaba prescrito. Te prometo que ese árbol estaba allí.

No me ofrecía ninguna seguridad, pero preferí remover mi café que remover mis sospechas a pesar de que en el primero no había nada que agitar.

—¿Y qué te han dicho del vertido?

—Lo del vertedero no se lo dije. Olvido, no te enfades y déjame que te termine de explicar —prosiguió—. Ya he empezado a llevarme los escombros de allí y vamos a dejar ese monte mejor que cuando llegamos, te lo prometo. Ayer hablé con un ingeniero forestal que es amigo mío y lo va a supervisar todo. Le he dicho que no repare en gastos y tú podrás comprobarlo por ti misma.

Cuántas cosas arregladas con amigos y cuántos amigos tenía Manuel.

—Yo no entiendo de bosque, de río ni de espacios protegidos. Tendrá que ser tu conciencia la que supervise el tema. Solo te voy a pedir un favor: que no sean tus socios quienes tomen ese tipo de decisiones.

Él permaneció en silencio.

—Manuel…, conozco a tu padre desde hace una docena de años, y a ti… —No quise decirle que en pantalones cortos, así que me salté esa parte—. Creo que vuestros valores…

—No es necesario que sigas, Olvido. Esta lección no se me olvida.

—Por cierto —dije antes de colgar—, ¿qué pasó con el capataz y con tu secretaria?

—Entre ellos nunca ha habido muy buen rollo, pero ayer se enfrentaron a un marrón y nada une más a dos personas que pasar miedo juntas.

Yo no me refería a su relación, pero estaba claro que sus cadáveres no flotaban en una riada.

El café se había enfriado. Tuve que hacerme otro. No soportaba el café frío.

Sonó el timbre de la puerta antes de que terminase la segunda taza, pero al menos había aplacado mi apetito con una buena tostada untada de mantequilla. Un día era un día y tenía que celebrar la sentencia absolutoria de mis culpas y el regreso del equipo de Manuel al mundo de los vivos.

Trosky Segundo fue el primero en saludar con un gruñido poco amable. La vecina del segundo venía sin su gabardina de Colombo. Ojos hinchados y cara de auténtica pena. Teresa había fallecido. No me atreví a sugerirle que esperase unas horas, por si cambiaba otra vez de opinión, y le ofrecí pasar. Me arrepentí en cuanto vi que el perrito iba soltando pelo y olfateándolo todo. No olía bien. Ella, sin

embargo, desprendía el aroma dulzón de Joya, la colonia de Myrurgia que reposaba año tras año en el tocador de mi abuela Maruja. Le ofrecí una tila que no aceptó. Sollozaba. Jamás me imaginé que aquellas dos mujeres tan opuestas se tuviesen aprecio. En realidad dudé si Teresa habría hecho lo mismo en caso de morir…, vaya, ni siquiera sabía su nombre. Me prometí mirarlo en el buzón en cuanto saliese. Mi teléfono vibraba insistentemente sobre la encimera, junto a los restos de mi desayuno y mi segundo café frustrado.

La despedí en la puerta con la promesa de que nos veríamos en el tanatorio y regresé para devolver la llamada.

—¡Ay, abogada! —Escuché un sollozo al otro lado del teléfono.

«Vaya, hoy es el Día Internacional del Llanto».

—¡Tiene que venir enseguida, mi amiga se muere de pena!

Creí reconocer la voz de Aurora, la mujer colibrí que me había prestado las botas de Caperucita, pero entre los hipidos y que yo no sabía nada de su amiga, estaba desconcertada.

—¿Aurora?

Suspiro y susurro:

—Sí. Doña Olvido, venga, por favor. ¡Mi amiga está taaaan desesperada!

—Creo que será mejor que ahora me adelantes de qué se trata y luego os acerquéis a mi despacho. Estoy… —Iba a improvisar una excusa, pero preferí no liarla—. Tardaré media hora en llegar.

—Venga aquí, por favor. Ella está tan débil que no me atrevo a moverla.

—¿Y no será mejor que llames a una ambulancia?

—¡Eso sí que no! —Tensó el tono y entrecortó la frase—. Por favor, se lo suplico. Venga.

Me llevó algo más de media hora llegar a aquel edificio de las afueras. Jamás había pisado aquella zona. Una calle que, sin ser callejón, resultaba estrecha y sombría. Mi coche desentonaba, a pesar de su suciedad, con las chatarras que ocupaban las líneas de la calzada. Un hombre apoyado en un portalón metálico me hizo una señal.

—Déjelo aquí. No me estorba.

Ojeé el interior de aquel espacio lúgubre. No había coches dentro, pero sí trastos, muchos trastos acumulados. La barriga peluda de aquel hombre se asomó a saludar bajo su camiseta descolorida.

—Gracias. Voy a intentarlo más adelante.

Tres vueltas después, acepté su ofrecimiento. Cuanto más conocía el lugar, menos tranquila me sentía. Al menos, aquel individuo era alguien a quien localizar si desaparecían mis llantas o, quién sabe, el

coche entero.

El hombre lanzó una nueva invitación:

—Hágame caso, que como aquí no va a estar en ningún sitio. Yo se lo vigilo.

Los desconchones del portal hacían juego con el olor a humedad. Angosta, oscura y sórdida, la escalera me inundó de miedo. ¿Por qué rayos había aceptado ir a su casa? No conocía de nada a aquella mujer ni a su supuesta amiga. Aquel sujeto mugriento anunciando a saber qué. Aquel galpón escondiendo objetos obtenidos a saber dónde. La calle gris e inhóspita. Sobrepasé el primer descansillo. Silencio total. Demasiado silencio. Me di cuenta de que había sido una imprudente. Me di cuenta demasiado tarde.

Capítulo XXXIX
Alguien lloró sobre el nido del cuco

Los poderes públicos aseguran la protección integral de los hijos, iguales estos ante la ley, con independencia de su filiación, y de las madres, cualquiera que sea su estado civil. La ley posibilitará la investigación de la paternidad.

Artículo 39.2 de la Constitución española

Un pequeño ventanuco de pavés filtraba una luz pobre en la escalera. El vidrio, opaco por el polvo y por los vapores de guisos antiguos. Telarañas ancianas, aburridas, negras de suciedad, abandonadas por sus tejedoras, cansadas de una existencia vacía de insectos.

El silencio seguía siendo la única señal y mi alerta rayaba en miedo. Todavía no había alcanzado el segundo descansillo cuando decidí dar la vuelta. Quién escucharía mis gritos. Empecé a descender aquellos peldaños. Me temblaban tanto las piernas que reforcé el apoyo en una barandilla sin limpiar. Mi mano derecha rozó una pared que rezumaba miseria y la aparté instintivamente.

En la primera planta se abrió una puerta. Pegué el cuerpo a aquella pared asquerosa, permitiendo que la humedad empapase mi miedo. Me peiné las cejas en un impulso estúpido, como una necesidad irracional de que el ataque me pillase arreglada. Sentí unas ganas increíbles de estornudar, pero no quería moverme, así que me apreté con fuerza la nariz, que emitió un quejido ahogado. Con los oídos ligeramente taponados, escuché:

—¿Abogada? ¿Olvido?

La voz de Aurora sonaba amable y francamente extrañada.

—¡Espere, que tengo que abrirle yo! Mi amiga no puede moverse de la cama. —El colibrí aleteaba con su naturaleza espiritual, absolutamente ajeno a mi recelo—. Deje que coja la llave y subimos juntas.

Descendí las escaleras, todavía estremecida, y esperé en la puerta a pesar de su insistencia para que entrase. En el pasillo de entrada, un perchero clásico de madera de castaño acogía dos o tres bastones en el paragüero. Sobre el estante superior, varios sombreros y una bolsita de

papel con las asas unidas por una lazada roja. Todo parecía ordenado, cuidado y limpio.

Aurora salió aderezada con su maquillaje impecable, como si fuese a una sesión fotográfica para la portada del *Vogue*. A su lado, la escalera no parecía tan abyecta.

—¡Ay! —exclamó, volviendo sobres sus pasos—. ¡Sus zapatos!

Me entregó el paquetito que reposaba en el perchero. Dentro de la bolsa, una pulcra caja de cartón.

—¡Porras! Yo he olvidado tus botas.

Omití que no estaban tan curiosamente preparadas. Tampoco le conté para qué las había usado, pero algo en mi interior me aseguraba que tendría tiempo de conversar con ella.

—¿Te sirvieron? Creo que eran pequeños para ti.

—¡Me encanta caminar descalza bajo la lluvia! —gorjeó con un guiño de sus enormes ojos.

Una vez arriba, me percaté de que había exagerado tanto el colorete como el estado de su vecina. Triste, frustrada, angustiada, sí. A punto de morir, no.

Ambas relataban la historia a borbotones, atropellándose en un tránsito desordenado, por lo que tuve que dirigir la circulación de sus conversaciones como un agente de tráfico en un cruce de cuatro calles.

—Bien. Entendido. El primer hijo sí querías darlo en adopción —traduje de la expresión *deshacerme de él*—. Y te pagaron por ayudarte a hacerlo. ¿Es así?

—Sí, siniorra. Sí. Me pagarron, pero no tanto como la segunda vez.

—¿Y cómo volviste a quedarte embarazada? ¿No has dicho que empezaste un tratamiento para que no te pasase más?

—Ya te lo he contado —contestó Aurora—: ¡porque le pagaron mucho!

—Aurora, ahora tiene que hablar ella. —Toqué el silbato y di paso a Sonja—. ¿Quién te pagó y por qué?

—El mismo ányio que me había ayudado cuando el primerr *vuquidush*…

—¿Otro aborto?

—Noooo, siniorra, ese que no aborrtí porque me lo comprarron. Vinierron a verme y preguntarron si quería muuucho dinerro a cambio de tenerrr otro bebé. Y luego, eso que ha dicho Aurora del hombre guapo con el que tuve que follar —curiosamente, sabía pronunciar esa palabra a la perfección— sin cobrarr, porque ya me habían pagado antes la mitad.

Entre el acento eslavo y la forma de contarme la historia, tuve que

ir hilando que aquella mujer había venido con una promesa de vida mejor y se había encontrado prostituyéndose para sufragar su viaje al primer mundo. El relato empezaba en una migración a Kaliningrado desde Uzbekistán en busca de trabajo. La joven Sonja recibió la invitación de una «amiga de Facebook» para trabajar como camarera en la empresa de *catering* de su tía. Un camión de mercancías se encargó de traerlas a ella y a otra amiga, Ekaterina, a Barcelona. Ambas habían entrado en nuestro país escondidas entre toneladas de queso que, según Sonja, las dejó impregnadas de ese olor para siempre. Tres, cuatro o más días, no era capaz de recordarlo, encogida en aquel espacio oscuro sin respirar otra cosa. Lo cierto era que la casa de aquella mujer desprendía un extraño aroma ácido o sulfuroso, como a cría de cuco. Una vez en España, ni la supuesta tía ni la empresa de *catering* hicieron acto de presencia, y la «amiga de Facebook» la alojó en un piso donde ella misma ejercía la prostitución. Para pagar aquel cómodo y estimulante viaje lácteo, les sugirió que la ayudasen en el trabajo.

«Jurro que yo no quierre puta. No quierre. No gusto».

Por lo visto, en varias ocasiones la policía acudió al piso, pero la madama y su chulo les enseñaron a temer a los agentes: «Si os descubren, os detienen y os mandan directas a una cárcel de vuestro país». Sonja no quería disgustar a su madre, a quien imaginaba trabajando prósperamente de camarera. Les enseñaron a esconderse en una azotea sin moverse, y ella cumplía antes que permitir que la descubriesen.

Me resultaba curioso que la amenaza no fuese la cárcel sino su propia familia. En ese temor a defraudar a sus progenitores coincidía con su amiga Aurora. Colibrí y madre cuco, unidas por sus vergüenzas.

Un día de redada, la policía llegó al edificio alertada por los gritos de una paliza. Uno de aquellos depredadores sexuales estaba maltratando a una chiquilla y ellas decidieron salir de la azotea por la escalera de incendios. Sonja y Ekaterina, con los eurillos recién cobrados del servicio interrumpido, se subieron al primer autobús que salía de la estación y, cosas del destino, peregrinaron a Santiago, donde enseguida encontraron trabajo «de lo suyo».

Según su narración, ella había tratado de abortar un «accidente», pero un supuesto «ángel» la había visitado en el hospital para ofrecerle dinero a cambio de tenerlo. Meses después del primer parto, le habían propuesto un segundo embarazo a cambio de una cantidad indecente con la que podía alquilar un apartamento y buscar un trabajo mejor. Pero había perdido el bebé y la habían dejado tirada, sin dinero y sin

oficio.

Además de haber pasado meses sin trabajar, con tanto «lío ahí abajo, le dolía su trabajo». Un pareado dramático e inoportuno con el que yo habría bromeado de no estar en semejante situación. Ahora era su amiga Ekaterina, la otra mujer que había venido con ella en el camión, la que esperaba un bebé y se iba a llevar el dinero.

La mujer no tenía buen aspecto, desde luego. A saber por cuál de sus desgracias. Aunque ella culpaba a la pérdida del dinero, Aurora se lamentaba por ella, convencida de que la causa de su enfermedad era la otra pérdida, la del bebé.

—¡Tan avanzado el embarazo y tan ilusionada ella con el niño! —plañía.

Portadora de una empatía trascendente, de una capacidad de sentir, incluso, lo que su amiga no sentía, Aurora argumentaba que le habían matado al hijo. Decía que la habían envenenado, en el momento en que Sonja se mostró dudosa. Estaba segura de que por esa razón, por el riesgo de que Sonja se negase a entregarlo, «esos demonios» le habían dado algo para que lo perdiese.

Acudir a la policía no lo barajaban como alternativa porque, si su vida aquí era turbia, la posibilidad de que la deportaran a su país la consideraba terrible.

¿Y yo qué pintaba en ese asunto? Me tocaba un trabajo para el que nadie me había preparado ni en la carrera de Derecho ni en mi experiencia profesional: investigar quiénes eran los «ángeles de Sonja» y los «demonios de Aurora» y cómo podía ayudar a aquella mujer a salir de ese agujero.

Les pedí tantos datos como pude. Entre tanta imprecisión, recabé la información con la mayor delicadeza de la que fui capaz. El hospital del aborto era «uno grande con mucha luz». La consulta era «pequeñita pero muy cuidada, y estaba por el centro». El tocólogo era «un señor muy experto y la enfermera, muy amable». Y así se iba apilando en mis notas un elenco de referencias ambiguas o insustanciales.

Volví a casa sin ganas de comer, sin saber por dónde empezar y con el cuerpo tan descompuesto como la información.

Una madre cuco, castigada por una criadora corneja y cuidada por un colibrí.

Capítulo XL
Una invitación, una notificación y una batalla en el parque

Se garantiza el derecho (...) a la intimidad personal y familiar.

Artículo 18 de la Constitución española

Después de una tempestad no siempre viene la calma. Hay que dejarse de gaitas. Es más, a menudo viene un chaparrón, una borrasca, un tifón o una fuerte marejada. Sobre todo, si tienes goteras u organizas un evento al aire libre.

El portal de mi casa se presentaba amplio, luminoso y limpio. Calma total. Contemplé todo como si emergiese a la superficie tras haberme sumergido en el inframundo del fondo del océano.

Oxigenada por la normalidad, decidí ojear el nombre de la vecina en el buzón y, ya que estaba, abrí nuestro casillero. Dos o tres cartas escondidas entre una pila de folletos que delataban el abandono. Hacía miles de años que no me preocupaba la correspondencia en papel. Hacía siglos que subía demasiado apresurada o demasiado cargada o demasiado ocupada para detenerme en aquellas cajas obsoletas.

Vertí el follaje publicitario en la bolsa que me había dado Aurora. Papel reciclado, con logotipos demasiado vistos y fotografías demasiado cutres estampadas en colores demasiado tristes. Una de las cartas, cuadradita y coqueta, saludó alegremente entre tanta ordinariez, vestida en un esmerado papel lokta. «¿Por fin un *marketing* más logrado o de verdad tenemos correspondencia?», me pregunté.

La escalera sacudía sus plumas blancas de cisne recién bañado y regalaba un extra de luz artificial en cada tramo cuando el sensor detectaba mi presencia. Olía a fresco. ¿Tal vez detergente de lavanda? Se anunciaba un sonido familiar en cada descansillo.

Aunque el silencio del primero no era nuevo, esta vez me recordó que Teresa ya no volvería a asomar por aquella puerta. En el siguiente tramo, escuché el gruñido de Trosky Segundo y me detuve. Timbré en la vivienda de Francisca. «Paquita», me aclaró cuando quise hacer gala de mi cercanía.

Continué el remonte cargando con el correo, con todos los detalles del velatorio, el entierro y el funeral y con el cuerpo derrengado. Tenía ganas de echarme a dormir. Me pesaba la densidad de la historia de Sonja y Ekaterina. No me apetecía ir a un entierro.

Puse la bolsa sobre la mesa, saqué los zapatos, más limpios y más brillantes que cuando se los dejé a Aurora, y arrojé la correspondencia al cubo de reciclaje. Un histérico sobre amarillo comenzó a dar saltos y a hacerse hueco entre los demás papeles. «Pst, pst», me llamaba. Era el clásico aviso de llegada de la oficina de Correos. Lo rescaté de la basura y lo coloqué sobre la cesta de la fruta, junto a la carta cuadrada. Uno tan seco y la otra tan alegre.

Busqué un frasco en la alacena y salteé unos grelos con una ajada. «Qué lástima». Tendría que encontrar un hueco para comprar las verduras en el mercado. Miré el reloj y salí disparada. Me tocaba recoger a los niños. Me arrepentía terriblemente de haber despedido a Amelia.

Empujé cuesta arriba la silla, una bolsa con las meriendas y mi propio cuerpo de trapo. Lidié como pude con el recuerdo de la conversación de esa mañana. Recé por que mi hija no utilizase jamás las redes sociales. Agoté mi energía solidarizándome mentalmente con la madre de Sonja, tan lejana y tan ajena a la desgracia de su hija. Qué insensata. ¿Cómo había podido dejarse engañar de ese modo?

Alcancé el escaparate de una tienda de electrodomésticos y me detuve a mirar como si me interesase. Necesitaba descansar un poco los brazos y los glúteos doloridos de luchar contra la gravedad de la pendiente. Mi reflejo era desolador. Qué pinta tan espantosa. Seguí remontando, llaneé un poco en la siguiente paralela y tomé impulso para subir el último tramo.

Llegué extenuada, con los músculos tensos, las greñas relajadas y la cabeza centrifugada. Como siempre. No me quedaban fuerzas para aguantar la conversación baladí de la profesora que me entregó al pequeño y menos aún la bronca de la directora que me entregó al mayor.

—Lucas está portándose muy mal últimamente. ¡Ha mordido a una niña!

—Vaya, lo siento —respondí algo seca.

—¿Les pasa algo en casa? Tal vez no está teniendo la suficiente tranquilidad en el hogar. A veces sucede, cuando hay un nuevo bebé. No es que yo sea contraria a que ustedes tengan muchos hijos —señaló con cierto retintín—. ¡Cómo voy a ir yo en contra de la maternidad! Je, je, je. Pero es que tantos…, y tan seguidos…, y trabajando… A veces no hay tiempo de atenderlos. ¿Comprende?

No pude más. Metí a Gustavo en el portabebés y a Lucas en el asiento del Phil and Teds doble que acababa de comprarles. Les di un sonoro beso a cada uno, les peiné las cejas y me giré sin despedirme de aquella bruja. Tomé la firme determinación de sacarlos de ese antro y buscar una guardería más amable. Y en un sitio más llano.

Tuve que dar un buen rodeo para evitar rodar por la cuesta con el peso de los dos niños. Eso me obligó a llegar algo justa de tiempo a la siguiente parada. Tarde, de hecho. El auxiliar del bus escolar me reprochó el retraso con un mohín de desaprobación.

Cogí a la niña de la mano y le pedí que se agarrase a la silla para caminar hacia el parque. Ella estaba malhumorada y quería «colito».

—No puedo llevarte en brazos. ¡Eres una chica muy mayor!

—Pues en la sillita, como los niños.

Cedí a su insistencia dejando que se tumbase en el portaobjetos y continué la marcha. Al llegar al parque, Alicia dormía como un tronco. Las demás personas nos examinaban, dirigiendo a la niña una mirada de conmiseración y a mí, un claro gesto de desprecio. La ventaja de que Alicia estuviese frita en la cesta inferior fue que yo conseguí dedicar a Lucas un ratito de columpio, hasta que Gustavo reclamó atención y lo saqué para darle la fruta.

Busqué con la vista. El único banco de aquel espacio se encontraba ocupado por dos personas mayores y una madre que no parecía inmutarse ante mi clara necesidad de asiento. Me senté en un incómodo cubo de plástico que ningún niño estaba utilizando… hasta que puse en él mi trasero. En ese momento, todos parecían necesitarlo con urgencia. Ningún ocupante del banco se compadeció de otra cosa que no fuese la necesidad de los niños de destronarme. Me fusilaban con sus miradas prejuiciosas.

Decidí permanecer de pie, con Gustavo acomodado en mi cadera, ligeramente apoyada en una barandilla y peleando para que las manos del bebé no estrujaran el plátano. Alicia se despertó y salió escopeteada a abrazarme las piernas. Me rendí a la gravedad, maniobrando en una extraña pirueta para que Gustavo no se golpease. Plátano y bebé acabaron desparramados en mi cara.

—¡Hala! Te has caído, mami —se reía ella, ofreciéndome la mano para que me incorporase.

—Coge a tu hermano, que ya me levanto yo sola. ¿Te parece?

La niña, obediente, sujetó al bebé por las axilas y tiró de él hacia arriba como si fuese un saco. Ni sombra de culpa en su actitud. Ni asomo de ayuda por parte de nuestro público.

Me sacudí el polvo y le entregué a Alicia la bolsa de la merienda para que la repartiese con su hermano. Mis riñones me sometían a un

verdadero tormento que eclipsó cualquier resquicio de ridículo y empecé a preparar la operación vuelta a casa.

Cuando estaba atando a Gustavo en su asiento, Lucas asestó un mordisco a la portadora de su bocadillo. «Pues sí que muerde». Y entonces, mi rabia adelantó por la derecha al dolor de riñones, el estómago subió en ascensor hasta la glotis y le grité mi propia dentellada: «¡No se muerde!».

Senté al agresor en la silla gemela e inicié la marcha, acompañada de tres llantos. Ella, dolida por el mordisco. Lucas, dolido por el grito y por la fuerza con la que le ordené que se sentase. Gustavo, contagiado por sus hermanos. Yo, sin embargo, me mantuve altiva, para alejarme de las miradas críticas de los mirones.

Alcancé la calle aliviada, no por el placer de llegar al hogar, sino por las ganas de desahogarme. Y lo hice. Vaya si lo hice. Les recité a voces la lista entera de malos comportamientos y comencé la rutina de baño y cena conduciendo mi enfado a toda velocidad. Mi tanque de paciencia, completamente vacío. El de culpa, lleno.

Cuando llegó Fede, estaban callados en su habitación. Tal vez dormidos o tal vez amedrentados. Él admiró mi diligencia y yo escondí mi sentimiento de culpa en un reproche por no haber llegado antes.

En la cocina, me esperaban la invitación de Elisa para el cincuenta cumpleaños de Adán y el aviso de Correos para recoger una notificación.

Capítulo XLI
El beso de la serpiente

El trastorno mental transitorio no eximirá de pena cuando hubiese sido provocado por el sujeto con el propósito de cometer el delito o hubiera previsto o debido prever su comisión.

Artículo 20 1.º del Código Penal

Serpiente. El rostro de Adán era similar al de una serpiente. Cuando lo vi por primera vez en la tarima del aula magna, le encontré cierto parecido con una rana y bromeé con Elisa acerca de eso. La boca ancha, sin apenas labios, y el rictus caído le daban un aspecto muy peculiar. Con el tiempo me di cuenta de que sus ojos, distanciados entre sí, no eran saltones como los de un batracio. Empecé a descubrir en él la cara de la serpiente.

Adán besó a Elisa. Luego a mí.

Hay cosas que realmente importan poco y cosas a las que es mejor no prestar atención para que el tiempo descargue todo el plomo que arrastran y puedan desvanecerse para siempre. Aquel episodio se había quedado enterrado, no porque a mí no me hubiese importado, como opinaron algunas de las personas que nos vieron ese día, sino porque yo no le hice el más mínimo hueco en mi memoria.

Durante mi primer año de adoctrinamiento en el despacho de Watson en Londres, me asignaron un gerente en Inglaterra y otro en España. La finalidad era formarme en fiscalidad internacional, sin perder de vista mi destino definitivo. Elisa y Adán ya eran oficialmente pareja, así que ella había renunciado a su puesto en el despacho para formar un hogar con su príncipe de oro. Oficialmente, su renuncia había sido voluntaria. En la práctica, había una regla no escrita que prohibía las relaciones entre abogados del despacho. Ellos no eran los únicos que tenían un rollo, lo que sucedía era que los demás lo ocultaban. Normalmente, además, porque estaban casados con otras personas. Supongo que era la consecuencia de pasar tantas horas de tensión en un lugar extraordinario para trabajar.

No voy a decir que me extrañase la decisión de Elisa. Ella nunca estudió Derecho por vocación, sino por la posición social que

acarreaba. Era su pasaporte a la planta superior. Cuando empezamos en la facultad, ella insistía en ir a estudiar a la biblioteca de Medicina, porque alguien le había dicho que médico y abogado formaban el dúo social perfecto. Y podría haber estudiado lo que quisiese, porque su inteligencia era realmente fuera de serie.

Adán era mi tutor en España y, aunque solo vino un par de veces a Lombard Street, en ambas ocasiones me invitó a cenar. La primera vez me llevó a The Mercer, uno de los únicos lugares con mantel que visité en Londres. Me pareció la cortesía de un superior y no le di mayor importancia, aunque su homólogo londinense jamás había hecho algo similar. Se había ocupado también de pedir que me sirvieran vino demasiadas veces. Por supuesto, yo me había negado a partir de la segunda copa. Obviamente, rehusé su ofrecimiento de acompañarme a casa. Londres no me parecía la ciudad más segura para volver sola, pero en aquel momento su compañía tampoco me ofrecía ninguna confianza. La segunda vez que me visitó, volvió a intentar invitarme, pero fui yo quien se ofreció a hacer de guía y lo llevé a un sitio que empezaba a resultarme conocido, el Blacklock. Estaba a doscientos metros del despacho y yo sabía que estarían allí mis compañeros. Me hice la encontradiza y él no pudo negarse a compartir mesa. Por supuesto, en aquella ocasión también evité el alcohol. No había nada concreto que me hiciese sospechar de él, pero tampoco había nada que me permitiese relajarme.

Su tercer acercamiento se produjo de vuelta en España, en mi primera cena del Colegio de Abogados. Yo aún no salía con Federico. Él se casaba la semana siguiente con Elisa. Algunas personas nos habíamos refugiado en la terraza, escapando del humo y de las conversaciones tediosas. Yo estaba apoyada en la barandilla, charlando con alguien, y le vi acercarse muy decidido. Supuse que venía a saludarme; tal vez a despedirse. Allí, sin ningún pudor, sin preaviso, sin disimulo, me robó un beso.

Tuve la lucidez suficiente para comportarme como si no hubiese pasado nada. Como si hubiese sido un cálculo erróneo. Lo ignoré para que aquella escena se borrase no solo de mi memoria, sino de la de aquellos testigos casi anónimos. Confié en que el alcohol se convirtiese en aliado de mi silencio.

Me callé aquel beso. Me callé su persecución durante años. Me callé todo lo que podía dañar mi amistad con Elisa. No me sentiría bien si ella sufriese. Siempre la había encontrado tan frágil… Cuando viajamos a la República Checa, un país que vivía todavía ajeno al asalto del turismo, ella se empeñó en traer toda una cristalería que nos costó mucho (mucho esfuerzo y mucho dinero) proteger de los golpes.

Trajo también varias campanillas para llamar al servicio cuando lo tuviese. Todo de Bohemia. Coleccionaba un ajuar delicado y quebradizo, a su imagen y semejanza.

Cuando sucede algo así, cuando la verdad hiere, quién sabe qué es mejor: hablar para liberarse del secreto o callar para liberar a alguien de una pena infinita. Nunca supe si mi silencio era egoísta, pero sí tenía claro que la sinceridad iba a golpear en dos direcciones. Evitar la franqueza era esquivar el guantazo.

Conocimiento no siempre es sinónimo de *sabiduría*. A veces, ignorar ciertas cuestiones nos convierte en personas sabias. Adán me dio un beso de serpiente, pero yo lo ignoré. No comí la manzana ni se la ofrecí a Elisa. Y porque Elisa no se atragantó, yo viví más tranquila. Y menos libre.

Hasta que en mi buzón apareció esa puñetera —con perdón— notificación.

Capítulo XLII
20 reproches de amor y una verdad absoluta

El que matare a otro será castigado, como reo de homicidio, con la pena de prisión de diez a quince años.

Artículo 138 del Código Penal

Que el cuadrado de la hipotenusa de un triángulo rectángulo es igual a la suma de los cuadrados de los catetos es una verdad absoluta. Que la ropa de plancha tiende a infinito, también. No lo sabemos por haber planchado muchas veces y haber visto que es así. Es decir, no lo sabemos por experiencia, sino porque toda cesta de la ropa, por el mero hecho de serlo, se llena a un ritmo mayor del que se vacía. La verdad de esta ley radica, precisamente, en la absoluta certeza de que toda cesta de plancha ha de cumplirla para serlo.

Aquella noche me costó dormir, aunque no me desvelaron las pesadillas ni los terrores nocturnos de mis hijos ni las molestias de mis huesos. Me levanté de la cama porque recordé que no tenía nada que ponerme al día siguiente.

Empecé por un par de blusas con las que podía arreglarme hasta el fin de semana, pero me asaltó un terrible sentimiento de culpa y me puse con las camisas de Fede y un vestido de Alicia. La ropa de los peques se apañaba tan rápido que me enganché. Con el propio calor de la tabla y la palma de las manos, se doblaban en un santiamén. En media hora tenía tres torres perfectamente ordenadas: Alicia, Lucas y Gustavo. Recoloqué un poco las prendas que hacían juego.

A las dos de la mañana enrollé el cable de la plancha, prometiéndome buscar una solución menos exigente. Sobre la encimera, el «pst, pst» del aviso de Correos. «Carta certificada», respondió a mi curiosidad el inoportuno papel. «¿Quién rayos me envía una carta certificada?», y el reverso desembuchó: «El juzgado». ¿Por qué recibía una notificación en mi casa y no en el despacho? Preferí no seguir dialogando con aquel absurdo documento.

Visité la habitación de los niños para peinarles las cejas, tocar sus manos relajadas y húmedas y reprenderme a mí misma por mi mal carácter. Revisé sus ropitas del día siguiente. Mudas de la guardería,

mochila y merienda del cole.

Control. Continué rezando mis buenos propósitos. «No volveré a perder los nervios». Y caí rendida en la cama. Completamente marchita.

Al día siguiente, aunque no salimos temprano, llegamos a tiempo. Y solo levanté un poco la voz. Solo un poco. Me mordí la lengua, de hecho, cuando Alicia insistió en abrochar ella las sillas de sus hermanos.

Entregué a Alicia en el autobús con un beso en la mejilla. Entregué a los niños en la guardería sin prodigarme en gestos amables con la auxiliar. Ella sí fue dulce y cariñosa con ellos. Parecía alegrarse sinceramente de verlos y eso hizo que me sintiera un poco mal. Solo un poco. Ella no tenía la culpa de las estupideces de su jefa, pero yo no disponía de tiempo para ñoñerías.

Bajé hasta la oficina de Correos. Paré en doble fila y entré directa al mostrador. Frenazo.

—Tiene que coger número.

—¡Pero si tengo un aviso urgente!

—Allí tiene el dispensador —señaló en un tono demasiado seco.

Un aparato digital poco intuitivo me entregó la última posición en la larga cola. Ridículo. A pesar de que la fila avanzaba a buen ritmo, el depósito de mi serenidad aún no se había recuperado y el corazón me latía como si estuviese ante la actuación más compleja de mi vida. Tampoco andaba muy lejos.

Salí arrojando humo por las fosas nasales, que tuve que aspirar con fuerza al ver a los dos agentes de tráfico que estaban rodeando mi coche. No me libré de la multa, pero al menos lo desengancharon de la grúa.

Conduje en *rally*, cambiando de carril para adelantar a los lentos. Esquivé a dos peatones en un paso de cebra. Superé un semáforo en ámbar oscuro (casi rojo). Y a unos centímetros de la entrada tuve que dar mi segundo frenazo de la jornada. La falsa piedra de granito que disimulaba la puerta del garaje no se inmutó ante mi presencia. Había olvidado que ya no tenía plaza en aquel noble edificio. Di la vuelta para entrar en el aparcamiento público después de ojear las ventanas y comprobar que nadie se hubiese percatado de mi despiste.

Atravesé la enorme puerta principal conteniendo mis llamaradas. Subí las escaleras de dos en dos. Crucé el vestíbulo golpeando el suelo con mis tacones. No me paré en recepción. Atravesé el foso de los júniores sin verlos. Sobrepasé la puerta de mi antiguo despacho. Alcancé el cubículo de Adán. Esta vez empezaría yo la conversación.

—Ave María Purísima. —Alcé el machete.

Adán se levantó a cerrar la puerta. Había captado mi declaración de guerra.

—¡Qué sorpresa! Siéntate. ¿Te has arrepentido y quieres volver?

—No me hagas perder el tiempo, Adán. Te has pasado. Has excedido la línea y no pienso quedarme atrás. Todo lo que yo he hecho ha sido siempre con arreglo a la legislación. Y además, cada una de las acusaciones que estáis vertiendo sobre mí está firmada por este despacho.

—No sé de qué me estás hablando, Olvido. Nosotros no te hemos acusado de nada.

—¡Claro! Y esa demanda me la he inventado yo, ¿no es así? —dije arrojando la carta sobre su escritorio.

Adán tomó el folio arrugado y lo leyó con cara de sorpresa.

—No tengo ni idea de quién ha hecho esto. Te aseguro que no he sido yo. No tengo ninguna intención de hacerte daño.

—¿Por qué lo has hecho? —continué, inmune a su expresión de inocencia—. Tal vez porque te fastidia que una pizarrera enorme haya contratado a una simple abogada sin apellidos anglosajones. O es porque Manuel Saldaña confía más en mí que en todo este elenco de asesores del foso que le habríais asignado. —Señalé al foso con desprecio—. Tal vez porque Sedano empieza a sospechar que no estáis haciendo las cosas bien… O es, sencillamente, porque fui la única que no sucumbió a tus coqueteos.

—¿De verdad crees que he sido yo?

—¡Por supuesto que lo has hecho tú, Adán! Eres un pésimo perdedor —grité alterada por esa forma de fingir y ese autocontrol que le hacían parecer sincero.

—¿Pero qué te pasa? Nunca te había oído gritar. Estás…, ¡estás al límite, Olvido! Supongo que es mejor que salgamos a tomar un café. ¡Te va a dar algo!

Mi cabeza hervía ante su entereza de psicópata. Su intención con el café podría ser envenenarme. Lo veía capaz de todo.

—No voy a tomar nada contigo. Quiero que retires esa demanda. Y por si tienes alguna intención perversa, has de saber que he dejado a buen recaudo una declaración con todo lo que sé sobre este despacho, por si me sucede algo —improvisé—. ¡Te lo advierto!

Adán se acercó a mí con un gesto diferente. Su mirada me produjo una reacción extraña. No sabría definirla. Toda mi furia se convirtió en un pequeño aleteo de mariposas entre el estómago y el esófago. Me abrazó cariñosamente, sin comentarios obscenos ni amagos sexistas. Me abrazó con ternura. Me derrumbé y acepté su oferta de café como una propuesta de negociación.

Un ligero error de cálculo.

Los siguientes veinte minutos fueron la situación más violenta de mi vida. Rectifico: la segunda situación más violenta de mi vida.

No fuimos a la cafetería más cercana. Bajamos unos metros más, enfilamos un callejón y entramos en un local escondido con bastante encanto en el que yo jamás había reparado. Abrió la puerta para dejarme pasar. Ni me rozó.

Eligió una mesa redonda en una esquina y comenzó a hablar con el tono de voz con el que se había dirigido a mí años atrás. Mucho antes de que empezásemos nuestra silenciosa guerra fría.

—¿Adónde hemos llegado, Olvido? ¿En serio crees que podría hacerte daño? Yo no quería que te fueses del despacho. Te propuse como socia.

—¿Me propusiste para qué? ¡Tú frenaste mi ascenso cuando os dije que estaba embarazada! Me lo negaste entonces y me lo seguiste entorpeciendo a base de zancadillas. Algo típico de tu machismo trasnochado.

—¡Eso no es cierto! Fue Robles quien dio marcha atrás. Yo te quería a mi lado. Te propuse como socia —insistió con la mirada fija en mí; la bajó durante unos instantes y continuó—: Te propuse como socia y te habría propuesto matrimonio si no hubieses rechazado una vez tras otra mis acercamientos.

—¡Pero qué…! ¿Llamas acercamiento al acoso al que me sometiste desde que llegué a Galicia?

—Si enamorarse de una mujer y tratar de conquistarla es acoso, empecé mucho antes. Llevo haciéndolo, de hecho, desde que te vi por primera vez. —Se interrumpió—. Los profesores nos habían hablado de tu prodigiosa memoria y de tu inteligencia, pero no me habían advertido de tu atractivo. Entre todos aquellos chicos y chicas que se levantaban de sus pupitres invisibles, yo solo vi a una persona. Una mujer segura, fuerte, elegante. ¿Recuerdas lo que respondiste en mi entrevista?

—¡Ja! ¿Tu café lleva gotas? ¿A qué entrevista te refieres? ¡No quise participar!

—Y no lo hiciste. Pero acompañaste a Elisa. Yo te pregunté quién era tu modelo de abogado y me respondiste Victoria Kent. ¡Victoria Kent! Yo ni siquiera sabía bien quién era y tú lo sabías todo sobre ella.

—Pues ya ves, ahora soy abogada de barrio y encuentro el discurso de aquella mujer un poco pasado. ¿Qué te parece?

Mis palabras cayeron en el vacío. Adán continuó con su evocación:

—Te vi moverte por aquellos pasillos de la facultad y fantaseé con tus andares por el salón de mi casa. Desde ese momento, no podía

imaginar mi vida con nadie que no fueses tú.

—¡Dios, estás completamente trastornado! Elisa es cien veces más elegante y más guapa que yo.

No sé por qué respondí esa estupidez.

—Elisa siempre va a ser una versión enriquecida de ti, porque es su forma de andar por la vida: mejorándote.

—¿Cómo te atreves? ¿Alguna vez le has dicho esto a ella?

—A Elisa le da igual lo que yo piense o sienta, siempre que su proyecto de vida no se altere. Para ella soy un recurso más, créeme. Me persiguió, como un paso más de su plan. Y a Nadia, también.

Lo peor era que, en cierta medida, Adán podía tener razón. No en lo de imitarme, pero sí en la búsqueda obsesiva de la vida que ahora llevaba. Aun así, el discurso de víctima de una persecución no le pegaba nada al marido de mi amiga.

Yo no salía de mi perplejidad. Tampoco el camarero, que se acercó disimuladamente con una bayeta y permaneció limpiando la mesa contigua mucho más tiempo del necesario. La bandeja vacía, aburrida de su inútil equilibrio. El oído lleno, entretenido en la caza del chisme. Le herí con la punta de mi pupila y se distanció un poco. No lo suficiente.

El café se enfriaba en nuestras tazas. Pese al escaso descanso de esa noche, me sobraba la cafeína. Todo aquello me parecía una extraña pesadilla. Una locura más. A pesar de todo, no quería dejar de escucharle.

—Eres la persona más importante de mi vida.

El camarero dejó de girar la bayeta. La suave música del local cesó. Las dos únicas personas que había allí, sentadas en una mesa del fondo, callaron también. La máquina de café emitió un suspiro. Bajé mucho la voz para responder.

—Elisa es mi mejor amiga y la mujer más inteligente que conozco.

—No sabes cuánto —replicó con un gesto aún más desconcertante.

Sentí el impulso de peinarle la ceja, que se había desordenado cuando dejó reposar su sien entre el índice y el corazón de la mano derecha para inclinar la cabeza ligeramente. En esa postura, sus ojos claros y separados parecían dulces.

Nos quedamos en silencio. Yo había perdido el sentido de la realidad. Había olvidado por qué estaba allí. No entendía nada.

—Haré lo posible por que se retire esa demanda.

Aquella frase me devolvió al punto de partida y a mi objetivo.

—Más te vale. Tengo demasiada información. Me temo que alguno de esos negocios que me negué a continuar está fuera de lo que el despacho considera un riesgo asumible.

No me hizo falta referirme a Gonzalo Sedano. Adán apretó los labios en una mueca de resignación.

—Vuelve con nosotros, es lo mejor para ti y para esos asuntos.

—Es tarde, Adán. Ahora estoy a gusto por mi cuenta y dispongo de algo que W&R no me puede dar: libertad y tiempo. Yo decido a quién atiendo y cuándo —afirmé de corazón—. Ya no tengo que aceptar asuntos que me desvelen —mentí de corazón—. No voy a volver y vosotros vais a dejarme en paz si no queréis que ahonde en esos negocios mal diseñados —amenacé de corazón.

Debí de representar muy bien mi discurso, porque Adán se alteró un poco.

—No hagas ninguna tontería —contestó en voz baja, poniendo su mano sobre la mía—. Recuerda que si denuncias al despacho, te acabará salpicando. Eres tú quien ha realizado la mayoría de las operaciones que pueden ponerse en tela de juicio.

—Te equivocas, Adán. Jamás he puesto mi nombre en una firma. Es una regla del despacho que cumplí estrictamente mientras estuve allí.

Traté de retirar la mano, pero él la sostenía acariciándola ligeramente con el pulgar.

—Aunque hayas tenido la precaución de no firmar, en tu ordenador hay rastros de tus recomendaciones, de tus consejos, de los contratos que redactaste —repuso en tono paternalista.

Me solté con brusquedad. Empezaba a sentirme insegura. Siempre había efectuado mi trabajo con la certeza del cumplimiento legal. Optimización financiera sin fraude fiscal. Elevaba al Risk Monitoring Committee cualquier operación dudosa. Me cercioraba de conocer la trazabilidad del dinero para evitar capital sucio.

Repasé cualquier posible grieta. Mi bandeja de correo siempre limpia. Limpia de cantidad y, sobre todo, de cualquier comentario que pudiese resultar comprometedor. Respondía con criterio jurídico. Me mordí ligeramente el labio tratando de recordar si mi gloriosa salida del último día… Pero no, le había pedido a Alfonso que cerrase por mí. Estaba completamente segura.

Adán leía mi reacción como si mi cara tuviese un lector electrónico. Y así, con el reflejo de mis dudas, recuperó sus ojos de serpiente. El manipulador de costumbre. ¡Vaya montaje! Había conseguido descolocarme con su declaración de amor y de inocencia. Me estaba amenazando. Su escenita había sido el auténtico y genuino preludio de una advertencia, un cínico aviso para que yo no utilizase el as que siempre llevaba en la manga.

Giré el reloj para ver la hora en la pantalla. Una notificación del calendario me recordaba que en menos de veinte minutos tenía una

reunión en la notaría.

Me levanté. Miré a Adán desde la altura que me otorgaban los tacones de mis BB y no necesité decirle nada. La distancia y la indiferencia le dieron la respuesta. Cuando estaba llegando a la puerta, me giré y volví sobre mis pasos. Él estaba a punto de ponerse de pie, pero yo me dirigí al camarero. Esta vez no le di un toque. Me situé a cincuenta centímetros de su cara y, sin decir una palabra, atravesé con mis pupilas su hueca cabeza y su entrometimiento.

Cayó fulminado.

Escuché el ruido de vasos, platos, tazas y cubiertos chocando estrepitosamente contra el suelo a mi espalda, pero no me volví.

Necesitaba todas mis energías para la siguiente batalla.

Capítulo XLIII
El carnaval de los animales

El testamento hecho antes de la enajenación mental es válido.

Artículo 664 del Código Civil

Las personas tienden a agruparse por afinidades. Es fácil ver a pandillas de adolescentes idénticas en altura y estilo de peinado. Hombres jugando al dominó en un bar que obligan al camarero a examinar bien cada una de sus caras para saber dónde poner el café con gotas o el coñac. Chicos y chicas agrupados delante de un pabellón deportivo cuyos padres no son capaces de diferenciar hasta que se sacuden el flequillo de la cara. En la facultad me gustaba observar la congregación que esperaba ante el aula magna. Trescientas o cuatrocientas crías de la abogacía perfectamente arracimadas en conjuntos homogéneos no solo de vestimenta o de peinado: también uniformes en estatura, talla o incluso el color del cabello.

Los amigos de Teresa Vera compartían, del mismo modo, una afinidad: la discrepancia. Todos diferentes, peculiares, dispares. Allá donde fuesen llamarían la atención por su extravagancia, su excentricidad, su ridiculez. Por la bufonada de sus atuendos; por su llamativa manera de moverse. Todos juntos, sin embargo, se diluían en un conglomerado. Formaban una especie de estampa fauvista. O mejor aún: un carnaval de animales. El día que los vi en la notaría, la gramola de mi cabeza arrancó con el movimiento número 4 de la *suite* musical de Saint-Saëns. Aunque a ratos pinchó también la banda sonora de Harry Potter.

El derecho sucesorio me resultaba familiar, desde luego. La mayor parte de aquellos empresarios cuyos patrimonios había gestionado también pedían asesoramiento en sus testamentos. El caso de Teresa, sin embargo, había resultado bastante peculiar. Yo la había ayudado tras su primera resurrección, pero las siguientes excursiones al notario las había hecho sin encomendarse a Dios ni al diablo, después de su segunda resurrección.

Aquel despacho clásico y cubierto de librerías ordenadamente iguales se había poblado con una docena de personas que bien

podrían haber salido del cuadro de *La danza*, de André Derain. Espectadores chiflados extrañamente inmovilizados ante nosotros para la lectura del testamento. A la reunión no faltó la mujer con sombrero de Matisse, luciendo una especie de turbante cargado de adornos multicolores. Y, cómo no, la *Femme au chien* de Maurice de Vlaminck, también llamada Paquita (o la ladrona de gabardinas), con Trosky Segundo reposando en su regazo.

Aquella especie de galería de arte fauvista era el fruto de una mente singular. La brillante excentricidad de una ingeniosa lunática. Planificada con una esmerada agudeza que empezaba en el propio hecho de designarme como albacea e incluir una cláusula que obligaba a la lectura del testamento en presencia de todos los herederos.

—¿En qué momento aceptaste esa locura? —le pregunté al notario cuando me enteré de la voluntad de mi vecina de reunirnos allí a todos—. ¿Por qué no puede ir cada uno con su DNI a que le des su copia del documento?

Cualquier testamento puede ser leído en la intimidad. Cada beneficiario puede leer su copia bajo la cálida luz de la lámpara del salón, sentado en un taburete de la cocina ante una taza de tila o en el banco de un jardín otoñal estratégicamente situado junto a un sauce llorón. En cualquier caso, el derecho otorga a los herederos la libertad de esquivar las muestras de envidia o de compasión de sus coherederos. Teresa había planeado su momento de gloria. Una chifladura. Y no era la única.

—Pobre mujer —se justificó él—, estaba muy sola. ¿Por qué no concederle ese antojo?

Colgué irritada y fue creciendo mi indignación al mismo ritmo que aumentaban las dificultades para poner de acuerdo las agendas de aquellas personas.

Mi estrambótica vecina no se había limitado a incluir a su sobrino o algún pariente lejano. Como albacea, me había organizado una especie de Cluedo: había diseminado unas pistas con las que había que encontrar a los destinatarios de su gratitud. En aquel documento figuraban personajes desconocidos y me vi obligada a requerir el DNI de cuanta persona conociese a la finada. Vecinos, compañeras de baile, el sacerdote y el monaguillo de su parroquia, la asistenta, el médico de cabecera, la cardióloga que la operó por primera vez, las brujas e ilusionistas que habían acudido a su primera cena de resurrección… La única ventaja de aquel absurdo juego es que nadie ponía peros cuando les explicaba para qué necesitaba sus datos. Al final, solo una docena de decepciones y otra de potenciales herederos.

Un rebaño colorista congregado para una ceremonia absurda e innecesaria.

Lo curioso fue que ninguno de los allí presentes la había llamado para saber cómo estaba aquel fatídico día que soplaba una armónica imaginaria. Ninguno había acudido a verla al hospital, salvo la sospechosa visita de Chazaquiel con otro notario. Ninguno, salvo su entregado sobrino y la vecina Paquita, había acudido al tanatorio. Muy pocos se presentaron en el entierro. La mujer había muerto sola, aislada de las personas, como si el cariño fuese una enfermedad altamente peligrosa para ella. Sin embargo, todos estaban allí, celebrando su muerte como habían celebrado su resurrección. Charlando con la misma ligereza con la que habrían acudido a un baile de máscaras. Alegres. Despreocupados. Intercambiando susurros cómplices y señalándose entre ellos.

—Mira, aquella es su vecina; qué le habrá dejado a la pobrecita —comentaba, tapándose la boca en un torpe gesto de disimulo, una cacatúa de Las Palmas con su pelo morado bien cardado y un exceso de rubor en las mejillas.

—Pues a mí me dijo que iba a desheredar al sobrino y míralo, ahí está, que algo le habrá caído —respondía una periquita dulce y chismosa con su jersey de *mohair* azul celeste.

Las aves exóticas se habían agrupado en un rincón del fondo.

—Nunca pensé que le dejaría algo a esa rata, si se llevó todas sus joyas buenas —escuché decir a Chazaquiel con su plumaje blanco peinado hacia atrás y la cara anaranjada por los polvos bronceadores. Quebrantahuesos. Señalaba a una mujer de pelo blanco muy corto, ojos ámbar, un cuello largo rodeado de plumas blancas y una chaqueta parda de hombreras marcadas. Buitre leonado, sin duda.

—¡¿Cómo?! —se sorprendía la bruja de las hierbas con una larga melena negra y lisa y envuelta en un traje negro con un top blanco. Urraca.

—Ya ves —aclaró el quebrantahuesos—, la cameló diciéndole que podía comunicarse en el más allá con su pobre marido y que necesitaba diamantes para poder entrar por la puerta del paraíso.

La urraca no fue la única sorprendida. Yo también levanté la antena para terminar de escuchar la historia que se cocía entre las aves carroñeras.

—¡Será posible! —exclamó—. La muy ladina le contaba cuatro cosas que supuestamente sabía del más allá. Y la pobrecita Teresa, que estaba deseando comunicarse con su marido…

—Pues con el ansia de hablar con su marido, se lo tragó todo. Y nada que hacer. Por mucho que le advertí, ella seguía dándole sus

alhajas, convencida de que con las gemas se entra bien en el cielo. Le advertí de esa y del sobrino. Ese no hacía más que hacerle la pelota por interés.

Ese comentario me dejó helada. El notario, elegante, enjuto, de aspecto circunspecto, me hizo una señal para que cerrase la boca que se me había quedado abierta como si fuesen a extraerme una muela. Bajo su imperturbable apariencia severa asomaba una sonrisa cómplice.

—¡No me lo puedo creer! —le expresé mi asombro cuando ambos nos escondimos a chismorrear en su despacho—. Ese fulano de las gafas del revés ha estado esquilmando su dinero durante años y está poniendo verde a los demás. El pobre sobrino es el único que la ha cuidado.

Él me escuchaba sin opinar.

—Ese tipo que ahora se erige en juez de los demás lleva años fingiendo su amistad con la testadora, para intentar que lo nombrase heredero universal.

—¡Ja, ja, ja! —se mofó el notario—. No va a ser el primero ni el último de la historia en aprovecharse de una millonaria, te lo aseguro.

—¿Sabes?, llevo tiempo… Ya no sé cuáles son mis creencias. Cumplo con mis ritos católicos, como me han enseñado, pero dudo si habrá o no un cielo o un purgatorio esperándonos al otro lado de esta vida. Dudo de todo.

Él me miraba perplejo. No se esperaba ese giro repentino de la conversación. Yo tampoco.

—La última vez que fui a visitar a Teresa… Allí sola…

Me emocioné y me desplomé en un sillón de cuero mordiéndome el labio inferior antes de continuar. Ni siquiera se lo había contado a Fede, a Tuna o a mi madre.

—Creo que conocí el color, el olor y el dolor del purgatorio.

El notario se sentó a mi lado y se enlutó conmigo.

—Hoy estamos descubriendo dónde está el infierno. Pienso que todas estas personas que están en esa sala son fieles soldados del ejército de Lucifer. Ni siquiera hay que morir para llegar al averno empapada en orines, con la mirada perdida y la mente divagante. Completamente abandonada.

Los ojos del hombre me escuchaban con atención.

—¿Sabes a qué me recuerda esta ceremonia? Es como la alimentación de las aves carroñeras en los parques naturales. Como si alguien hubiese arrojado aquí, en este comedero, los restos de Teresa. Y se han lanzado en picado todas las especies necrófagas de su ecosistema, creado a base de egoísmo y de manías. Teresa habita las

tinieblas encadenada a las mezquinas conversaciones fútiles de esa bandada de buitres.

Y entonces fui yo quien hizo un gesto para que mi oyente cerrase la boca.

Entramos de nuevo a la sala de reuniones. Había sucedido algo muy curioso. Todos habían tomado asiento y esperaban nuestra entrada como a los novios en el altar. Caras compungidas. Tal vez habían escuchado mi desahogo o tal vez, sencillamente, alguno tenía prisa y había impelido la acomodación de aquellos personajes dantescos. Álvaro, el sobrino, permanecía de pie. La única nota discordante. El único que realmente estaba triste; el único que la había apreciado. Y algo me decía que ese aprecio no había sido correspondido. Miré hacia él compasivamente antes de empezar la lectura del testamento más absurdo y más injusto que había tenido jamás ante mí.

Capítulo XLIV
Mariposas sobre ruedas

La lavadora emitía su *show* vespertino ante la mirada expectante de los niños. Sentados en el suelo, contemplaban las prendas que se movían dentro del tambor, proyectando formas impredecibles de diferentes colores, matizados por la espuma del detergente. Alicia, que sujetaba la espaldita de Gustavo con su propio cuerpo, les señalaba a sus hermanos lo que debían ver.

—Mira ahora: ¡un conejito!

Ellos aplaudían como si realmente hubiese algo relevante en aquella pantalla improvisada.

Yo los contemplaba a ellos, el verdadero espectáculo de mi cocina.

—¡Chicos, tenemos que marcharnos o me cerrarán el taller!

—¡Noooo! —empezó a encapricharse Alicia—. No queremos ir a ningún taller. ¡Queremos ver la película!

Sus hermanos jalearon la protesta.

Yo hice caso omiso y empecé a ponerles los abriguitos. A intentarlo, al menos. Me sentía mal por no poder alargar su divertimento, pero había quedado con el mecánico en llevarle el Jaguar esa tarde. Era mi legado. El absurdo regalo con el que Teresa había agradecido mi tiempo y mi dedicación en aquel engorroso albaceazgo.

Las inseparables, alegres y adorables amigas de baile, por poner un ejemplo, se agarraron de los pelos, literalmente, cuando tocó el reparto de su parte: un piso para cada una. Si no era por la zona, era por el portal o por el tamaño. Alguna estuvo dispuesta a perderlo todo, antes que permitir que otra se llevase diez metros más de vivienda. Ni tasaciones ni diálogos ni monólogos; nada parecía contentar a aquella jauría de hienas. Pero la disposición del testamento era condicionada: *un piso para cada una, siempre que se pusieran de acuerdo.* Y yo, en mi fuero interno, estuve convencida de que Teresa lo había hecho a propósito. Esa absurda disposición era su forma de perpetuarse en el grupo. Y lo había conseguido. Estuvo en el centro de cada uno de sus encuentros hasta que la pandilla se extinguió. Cogieron sus respectivas llaves y se despidieron sin más celebraciones ni más bailes.

Los magos, las brujas y otros duendes tampoco se quedaron atrás en

discusiones. Al bueno de Chazaquiel lo pilló la vecina Paquita colándose en casa de Teresa para llevarse cosas. En realidad no fue ella, sino Trosky Segundo quien olió la jugada y alertó a su amiga. Ella observó desde el descansillo cómo el vidente y su pareja sacaban de la casa varias bolsas.

—Tiene que bajar. ¡Tiene que bajar! —Subió Paquita a mi casa una noche, con un ataque de histerismo.

Y yo la seguí en pijama y zapatillas, sin ser demasiado consciente de lo que me quería decir. El perro encabezaba nuestra procesión. En el vestíbulo, ni una señal de alerta.

—¿Qué pasa, Paquita?

—Tenemos que entrar. Se han llevado cosas. Los he visto.

—Por Dios, mujer, esto está cerrado; aquí no ha entrado nadie. Tendría que estar forzada la puerta.

—Le digo que los he visto salir. En cuanto Trosky me lo ha dicho, yo he venido y he vigilado hasta que han salido.

Me convenció para que entrásemos y, efectivamente, allí no quedaba ni una sola joya, ni un objeto de valor. Por la cantidad de cosas que faltaban, estaba claro que habían hecho varios viajes. De dónde sacaron las llaves, nunca lo supimos. Lo que sí supimos fue de dónde había sacado el nombre artístico.

—Ezequiel Álvarez no me daba credibilidad.

—Ninguna —corroboró su pareja.

—Y elegí un *grigori*, un ángel caído. Insisto, cielo, tú puedes llamarme Chaza —dijo mirándome a mí para excluir expresamente a mi vecina de esa muestra de confianza—. Es como me llaman los amigos.

Y así siguió, desviando la atención, durante todo mi interrogatorio. Jamás pudimos demostrar la sospecha de mi vecina. Y había que reconocer que la única que tenía llaves era ella. Así que casi era mejor no remover más.

—Yo ya sabía que esto iba a pasar. Alguien la iba a traicionar. Lo presentí y se lo advertí. ¿A que sí, cariño? Yo le dije que un hombre joven, muy cercano a ella, le iba a jugar una mala pasada. ¡Se lo dije!

Su amigo trató de disimular una ráfaga de guiños de aviso, pero la que entendió la advertencia fui yo. Y me di cuenta de su jugada.

El idiota de Ezequiel Álvarez, Chazaquiel para los crédulos, lo veía todo menos sus meteduras de pata. Así fue como consiguieron que Teresa cambiase su testamento. Le había hecho creer que su sobrino la traicionaría. Se lo puso blanco y en botella. Por eso Teresa desconfiaba de su sobrino. Vamos, que de no haberse agravado su tumor, el líder de los cuervos podría haber escalado al pódium de heredero universal.

El pobre Álvaro, sobrino, chófer, asistente y casi hijo, se había quedado con las participaciones en Bicifood como única herencia de su millonaria tía. Comparada con ese desaire, mi injusticia solo era un engorro. Una fuente de gastos de la que debía deshacerme cuanto antes. Entre la plaza de garaje, el permiso de circulación y el seguro, disponer de aquel cacharro inútil me iba a costar un dineral.

—Venga, Lucas, ponte esto. ¡Ya!

Cada intento de insertar un brazo en una cazadora estaba resultando una batalla. El dueño del abrigo que yo tuviese en la mano salía corriendo o gateando. Los otros dos me retenían y jaleaban la huida.

—¡Nos van a cerrar!

Para ellos era un momento más de diversión. Un juego. Como todo. Y me rendí.

«Jaque mate», me resigné. Dejé que los tres mocosos doblegasen mi voluntad. Tal vez por su resistencia. Tal vez porque estaba distraída en mis cavilaciones. Tal vez por mi agotamiento. O tal vez, lo más probable, porque yo misma estaba cuestionando mi propia decisión de que me acompañasen.

No lo sé. Me dejé vencer. Empecé a calcular el tiempo y el engorro de montar y desmontar sillas de un coche a otro y luego en el taxi de vuelta.

—Es absurdo —solté en alto y rebusqué en mi bolso hasta dar con el móvil.

Nadia, que respondió con su voz dulce de cascabel, tardó menos de quince minutos en aparecer por casa con su casco rosa y su sonrisa blanca. Ella sí que era una bendición. Tal vez tenía razón Elisa. El fruto de su dedicación serena y decidida, desde luego, era una niña increíblemente alegre, dulce y responsable.

Llegué al taller por los pelos. El lector de Lorca ya no llevaba el mono de trabajo, sino unos vaqueros y una camiseta blanca. No me atrevería a describir su físico sin caer en tópicos.

—La esperaba —saludó y sonrió con la mirada.

Extrajo de un cajón unos guantes blancos y fue encajando lentamente cada dedo con un gesto mimoso. Sus manos inmaculadas acariciaban suavemente cada centímetro de la chapa. Se movía alrededor del coche en una coreografía voluptuosa. Sus movimientos sugerían una exploración de otro tipo. Ese rito preparatorio, esa forma de contemplar el coche y la *Gimnopédie No. 1* de Erik Satie. Nunca llegué a saber si la música sonaba en el taller o en mi cabeza, pero la atmósfera resultaba increíblemente seductora. No me sentía dueña de mis deseos. Necesitaba irme, pero cuando despegué mi espalda del

mostrador donde me había apoyado, él cesó su danza y se dirigió hacia mí. Sus pasos eran decididos y su mirada dulce y penetrante. Tragué saliva y noté cómo cientos, miles, millones de mariposas revoloteaban en mi vientre. Mis músculos, convertidos en improvisadas crisálidas, hacían que temblasen mis brazos y mis piernas. Lepidópteros de diferentes tamaños, colores y formas buscaban salida en la cintura de mi pantalón.

Sacudí la cabeza, cerré los ojos y los abrí de nuevo más tensa y más indispuesta. El lector de Lorca me esquivó y accedió de nuevo al cajón del mueble para guardar los guantes blancos y sacar otro par, más corriente.

—Inmaculada.

—¿Perdón?

—La chapa. Está perfecta.

—Ah, ¡qué bien! —mascullé.

—El motor, sin embargo… No le han hecho mantenimientos recientes —sentenció enseguida—. A primera vista, habría que cambiarle la correa de distribución y probablemente la batería, el aceite, filtros. Es probable que algo más. El problema es que las piezas de este coche no son baratas y, sobre todo, son difíciles de conseguir, salvo que lo lleve a un taller especializado en este tipo de vehículos.

—¡No! —casi grité—. Quiero decir que lo entiendo y me da lo mismo. Hagamos lo que te propuse por teléfono. Si consigues venderlo, te quedas la parte que consideres y listo.

—¡Uf! —exclamó con un gesto de fastidio—. Yo creo que no van a dar por él lo que vale. Es una pieza especial. Un XK8 4.0 del 99. No debería desprenderse de él, y menos si tiene algún tipo de interés personal.

—¡Ninguno! —Salió otra vez histérica mi respuesta—. Quiero decir, no me une nada especial a este coche. ¿Y qué voy a hacer con él? ¿Invertir todo lo que cuesten esas… esas cosas que hay que hacerle para tenerlo aparcado en un garaje? ¿Dónde meto aquí a mis tres hijos? —rematé señalando el estrecho habitáculo trasero.

—¡Es verdad! Su coche tenía sillas de bebé. ¡Quién diría que con ese aspecto es usted madre! —respondió sin ningún atisbo de cortejo en el tono de su voz. Yo, aun así, me sentía halagada. Halagada y atraída por aquel mecánico lector de poesía.

—No sé. Quédatelo aquí y me lo pienso. ¿Te parece?

Por supuesto, acepté su ofrecimiento de llevarme a casa. En mi descargo debo alegar que yo no sabía que iba a ser en moto.

Tampoco sabía que Nadia y los niños estarían asomados a la ventana observándome llegar.

—Nadia, reina, ¿cómo se han portado?

—¡Genial, madrina! Se han bañado ya y les iba a dar la cena ahora. ¡Son tan buenos! Hemos jugado a un montón de cosas. ¿A que sí, chicos?

Los tres la contemplaban sonrientes. Colocó a Gustavo en su trona y los mayores se subieron a las banquetas de la cocina sin rechistar. Alicia, ayudando a Lucas. Colaboración, eficacia y armonía.

–¡Caray, contigo siempre se portan genial!

—¡Je, je! Eso es porque vengo poco. Si no, también me cansarían, madrina —dijo dándome un beso y poniéndose su casco de Penélope Glamour.

—¡Ah! Ya me dijo Alicia que les tocaba champú especial. Hemos usado el antipiojos que tienen en el baño.

Me avergoncé un poco. Pero ella siguió con naturalidad:

—Por si te vale de algo, mamá me ponía esencia de árbol del té. La odiaba. No me gustaba nada, pero tengo que reconocer que me contagiaba menos.

—¿Tú has tenido piojos alguna vez? —respondí perpleja.

—¡Siempre! He debido de ser una buena anfitriona. Probablemente, su favorita. De hecho, ¡creo que los piojos me siguen adorando! —soltó muerta de risa.

Le metí un sobrecito en el bolsillo trasero de los vaqueros. Disimulé con una broma acerca del historiado logotipo de cristales de Guess, pero ella sabía lo que yo estaba haciendo. Su madre no me dejaba pagarle. Yo no le dejaba decírselo a su madre. Todas en paz. O casi.

Sentí el impulso de llamar a Elisa, pero primero les di la cena a los niños y les conté su cuento, aprovechando la paz risueña que Nadia les había impregnado con su frescura. ¡Era tan especial!

Cuando fui a hacer la llamada vi su mensaje. Se me había adelantado.

—«Así que en moto con un tío cachas, eh???»

¡Qué rabia me daba que se hubiese sumado a esa moda de no poner bien los signos ortográficos!

—«¡Era el mecánico, malpensada!»

—«El poeta????»

—«Hasta mañana» —rematé la conversación.

De pronto me fijé en un aviso de llamada perdida de un número desconocido. Con el culpable aleteo de algunas mariposas rezagadas aún en mi interior, decidí devolverla.

Capítulo XLV
Hipidos amargos y un limón dulce

El juez de instrucción o tribunal podrá acordar excepcionalmente, mediante resolución motivada, la detención o prisión incomunicadas cuando concurra alguna de las siguientes circunstancias: a) necesidad urgente de evitar graves consecuencias que puedan poner en peligro la vida, la libertad o la integridad física de una persona, o b) necesidad urgente de una actuación inmediata de los jueces de instrucción para evitar comprometer de modo grave el proceso penal.

Artículo 509.1 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal

Es muy difícil escuchar algo coherente entre sollozos y gimoteos. Celia, mi amiga de la aldea, lloraba desconsolada. Entre un hipido y otro, pude deducir que su hermano Cándido estaba en la cárcel.

—¿Valdemoro? ¿Estás segura? Es que me parece casi imposible.

—Me llamó hace unas horas la policía. Me dijeron que estaba detenido y que ya me dirían algo, porque pasaba a disposición judicial.

En un par de llamadas pude confirmar que se encontraba en prisión preventiva incomunicada, decretada en un juzgado central de instrucción esa misma mañana. No podían darme más datos. Ese tipo de medida era excepcional; si además era la Audiencia Nacional, apuntaba a un delito grave.

Preparé las maletas más rápidas de mi vida. En menos de una hora empaqueté todo aquello que me pareció útil para que los niños pasasen un par de días con los abuelos y un montón de *porsiacasos*. La mía se redujo a una muda de camisa y ropa interior (esa ya no se me iba a olvidar jamás).

Mientras volvía en una carrera a por los pañales, oí cómo alguien infligía dolorosos golpes al ascensor, que yo había retenido unos segundos. Resopló cuando entré, pero no tenía tiempo de escuchar sus protestas e hice el descenso en silencio, repasando mentalmente mi ruta. Me sobresaltó el brusco frenazo que dio en la segunda planta. Abrió la puerta, encolerizado por la paliza, pero la vecina ni se inmutó. Yo sí. La dueña de Trosky Segundo vestía la gabardina de Teresa Vera.

—¿Se muda? —preguntó, haciéndose un sitio con los codos, perro en ristre.

Revisé los bultos. Tres maletitas perfectamente ordenadas y, acomodado en la sillita, un bolsón con juguetes, pañales y un variado de *porsiacasos*. Coronando el conjunto, e indignada por el trato, estaba mi coqueta bolsa de viaje de Louis Vuitton.

—¡No! —zanjé sin darle más explicaciones e intercambié una mirada cómplice con la gabardina de Teresa, que asumía con resignación el servicio a su nueva y desaliñada portadora.

—No piense mal —empezó a cantar la *Femme au chien*—. Doña Teresa, que en gloria esté, siempre decía que entrase a por lo que necesitase y, claro, he pensado que esto, que ya no se lo va a poner…

Por suerte, el ascensor se alió conmigo y abrió enseguida la puerta del bajo, invitando a Paquita a salir. Tampoco disponía de tiempo para recrearme en mis sospechas.

Cuando llegué al colegio, última parada prevista en la ciudad, recordé que tenía que avisar a Fede. Le pilló tan de sorpresa que al principio lo entendió como una amenaza de divorcio. Estábamos tensos, pero no teníamos tiempo para hablar.

—No te hagas ilusiones, solo será un día; a lo sumo, dos. Tengo que acompañar a Celia a Madrid. Han detenido a su hermano.

—¿Su hermano el tonto?

Colgué. No soportaba que lo llamasen así.

—¿Por qué le has colgado a papi? —Escuché la voz de Alicia como si fuese mi conciencia.

—No he colgaaaado —entoné con fingida vehemencia mi respuesta —. Es que aquí no hay cobertura. Luego hablo con él.

Puse su maravillosa cinta de canciones infantiles y se olvidaron del asunto. Gus fue el primero en dormirse. Lucas cayó segundos después. Cuántas noches llegué a plantearme darles una vuelta en coche para conseguir ese efecto sofrológico. Alicia, sin embargo, se resistía y me pedía que la siguiese en los estribillos. El co-co-co-codrilo me costó un poco, pero al cantar *A mi burro* me sentí tan identificada con aquel pobre animal que me dejé llevar. Se durmió a la altura de la bufanda blanca para el dolor de garganta. Yo permití que la canción terminase por solidaridad. Y también por si acaso ella se despertaba.

Aproveché la paz de sus sueños para poner la radio. Salté de una tertulia de *todolosés* a un parte de *todovamal* que me generó bastante ansiedad. Acabé refugiándome, como siempre, en la paz de Radio Clásica. La barcarola *Nuit d'amour,* ya empezada, adormeció mis preocupaciones y mis hombros se mecieron a ritmo de seis por ocho. Remé sosegada. El diálogo de soprano y *mezzosoprano* acompañaba el

movimiento de los árboles en la autopista. Las hojas se movían ajetreadas en Dios sabe qué conversación paralela. Mi hemisferio derecho se enredaba en el timbre cálido de Elīna Garanča y el izquierdo lo hacía con las notas y los vibratos de Anna Netrebko, y en ese entredós armónico vagué durante un rato hasta que comenzó el *Dúo de las flores*. Un viento invisible e inquietante agitó las ramas y provocó un terremoto de luz entre los tallos verdes al ritmo que se agitaban mis emociones trenzadas. Cuando estaba alcanzando mi destino, Lakmé declaró a Malika su temor, *«Mais je ne sais quelle crainte subite s'empare de moi»*[16], y me estremecí. La placidez de Morfeo se había acomodado en el asiento trasero y la agitación se había instalado en mi corteza prefrontal. ¿En qué lío se habría metido Cándido para que lo tuviesen incomunicado?

No me entretuve demasiado con mis padres. Un par de instrucciones y un beso. Ellos no ocultaban su cara de preocupación mientras yo desabrochaba las sillas de los niños. Me vi obligada a aclararles que debía viajar con Celia por un problema de su hermano. No especifiqué nuestro destino exacto. Ellos se ocuparon de meter a los niños en casa mientras Tuna y yo bajábamos su equipaje. Mi hermana me dirigió una seria advertencia:

—Sabes a qué vais, ¿verdad?

—No puedo decírtelo.

—No hace falta. Celia me lo contó cuando vino a pedirme tu teléfono. Ella cree que es algo relacionado con tu amiga Elisa. Recuerda lo que te dije: no es trigo limpio y las dos deberíais cuidaros de ella. A saber en qué habrá involucrado a ese pobre Cándido. Nunca mejor dicho —chanceó ya de espaldas.

La cancela del jardín de Celia estaba abierta. Abrí y entré sin más en aquel vergel natural y acogedoramente desordenado que tan a menudo había visitado de niña. Arbustos de boj, acebo y laurel hilvanados con hiedra y salpicados de espadañas, geranios, begonias, hortensias y quién sabe qué más plantas diseminadas a su capricho. El portal de doble hoja de su casa tenía abierta la parte superior y cerrada la de abajo. Me bastó con asomarme ligeramente y abrir el cerrojo para acceder a un vestíbulo estrecho con una puerta de cristal esmerilado que no dejaba ver el interior, pero enseguida intuí su figura acercándose por el pasillo, como en su día había hecho su madre. Nunca teníamos que llamar; ella nos abría en cuanto nos escuchaba acceder al jardín.

Extendí los brazos y acogí los pómulos húmedos de Celia, que se derretían sobre mi pecho. Quería emitir alguna expresión de consuelo, pero no me salían las palabras y opté por seguir abrazándola. Me

sujetaba la cintura con los antebrazos sin soltar algo que apretaba entre los puños.

—Iba a darles pan a las gallinas. —Me mostró las manos con un puñado de migas en cada una—. Si tardamos en volver, no quiero que pasen hambre, que están muy ponedoras.

Y otra vez me parecía ver a Celia madre, dulce como un algodón de azúcar, con su sonrisa entre hoyuelos y siempre con algo que hacer.

—¿Seguís teniendo animales? —repuse, sujetando la manilla que ella torpemente trataba de abrir con la mano ocupada. Entramos.

—Qué va. Solo las gallinas. Las mantengo por los huevos… y para que Cándido tenga algo que hacer.

—Es que… ha sonado fatal, perdón. —Me reí sin querer.

Ella tardó unos segundos en rescatarme con unas sonoras carcajadas

—Ja, ja, ja. ¡Por los huevos! Menos mal que no está mi madre, nos untaría la boca con jabón. Ja, ja, ja.

—¿Y las vacas?

—A las vacas hay que ordeñarlas dos veces al día. Eso me obligaba a perseguirlo el doble de ocasiones. Y con el precio que nos pagan por la leche, no compensa contratar a nadie. Me estoy planteando dar otro uso a los establos, pero de momento están vacíos.

Acepté un café mientras ella cerraba las contraventanas de la planta alta. Aquel rincón de la casa era un viaje en el tiempo. Sobre la campana extractora reposaban las cazuelas de loza; debajo, colgados en ganchos, los cucharones y otros utensilios de cocina. La ventana sobre el fregadero se abría al jardín, donde se podían distinguir el antiguo hórreo, aún diligente, un pozo cubierto y un depósito de agua. En la pared, colgaban unas macetas de coloridas calibrachoas.

Cerré la ventana y aclaré mi taza en el fregadero de granito. Me llamó la atención una extraña fruta que reposaba en una esquina. La cogí y acaricié su rugosa piel cítrica. El color amarillo brillante recordaba al limón; su aroma, algo más dulzón, semejaba el de una flor de azahar. La dejé en sus sitio cuando oí pasos en la estrecha escalera de madera. No quería perder ni un minuto más. Con el tiempo que nos habríamos ahorrado si le hubiese preguntado por el origen de ese extraño limón.

---

[16] Pero no sé qué temor súbito me invade.

Capítulo XLVI
High way to hell

> *La ley regulará un procedimiento de* habeas corpus *para producir la inmediata puesta a disposición judicial de toda persona detenida ilegalmente.*
>
> Artículo 17.4 de la Constitución española

Dejé que la música acompañase nuestro silencio la primera media hora. Ventajas de esa confianza espesa y antigua que no exige conversaciones de relleno. Aún no habíamos salido de Galicia cuando Celia giró el dial.

—Ya nos hemos relajado mucho. ¿Me dejas poner algo más movido?

Y su pregunta me aflojó del todo. Volvían su energía y su vitalidad contagiosa. Dos canciones y me lancé al interrogatorio. Necesitaba saber con quién compartía Cándido su tiempo y en qué actividades estaba involucrado. Celia no perdió la entereza esta vez. Me contó que su hermano se dedicaba a las tareas del campo, que no eran pocas, y que ingresaba algo de dinero haciendo pequeñas chapuzas para los vecinos. Cándido siempre había sido un manitas. Recordé que de niño le encantaba tallar la madera, montar cabañas y hacer inventos. El cuarto de las herramientas, una de las pocas cosas que conservaba de su padre, estaba siempre meticulosamente ordenado. Martillos, llaves inglesas, destornilladores, alicates, sierras…, todos colgados por tamaños con una silueta pintada detrás para que nadie se equivocase al devolverlas a su sitio. El banco de trabajo, despejado y ansioso por recibir el siguiente encargo. En una esquina del fondo, una docena de cachivaches que nunca llegué a saber para qué servían. Cándido arreglaba cañerías, cisternas, cerraduras… Había construido él solo el gallinero y se dedicaba a mil pequeñas faenas que a su familia y a mí nos parecieron siempre un signo de inteligencia. A pesar de que apenas hablase con nadie. A pesar de que en el colegio lo hubiesen tratado como a un idiota. A pesar de las burlas de los insensibles. Él era listo, muy listo, pero a su manera. Y tremendamente guapo.

—Tuna me comentó que estaba viéndose con Elisa. ¿Sabes algo? —

pregunté ya sin pudor.

—A mi hermano venían a buscarlo. Ya sabes que él no conduce. A menudo son mujeres, sí. Entre otras cosas, porque son ellas las que se preocupan de tener la casa a punto, pero no se molestan en aprender a usar un taladro. En eso, como bien sabes, la aldea sigue en el siglo XX.

—Es parte del encanto del lugar, ¿no?

—Supongo. Pero eso le ha generado a Cándido la fama que supones. En este pueblo que no tiene secretos, los paseos de mi hermano en coches de mujeres han aportado entretenimiento a la imaginación de muchas personas aburridas. Si alguna de las escritoras a las que yo traduzco charlase con nuestros vecinos durante un mes, sacaría argumentos para varias novelas. —Su risa era contagiosa.

Y tenía razón, aunque estaba claro que esta vez las escritoras tendrían un buen hilo del que tirar.

—Pero solo lo contratan como manitas, ¿verdad? —continué sin reparos.

—¿Entre nosotras? —Me miró con sorna—. Creo que Cándido es muy atractivo, incluso por su silencio. Esa forma profunda de hablar con los ojos puede volver loca a cualquiera de esas mujeres invisibles a sus maridos. Lo llaman para reparar un hórreo o un lavabo y vete tú a saber. Algunas personas lo necesitan con tanta frecuencia que yo misma dudo.

Si fuese un delito relacionado con las visitas a esas mujeres, no tendría sentido que estuviese instruyendo la Audiencia Nacional, reflexioné.

—¿Te suena si en alguna ocasión esas mujeres eran extranjeras? No sé, se me ocurre que Portugal está a la vuelta de la esquina, podría ir y volver.

Ella negó con la cabeza y yo seguí descartando posibilidades.

—¿Y alguna persona vinculada a la *fariña?*

—Pues no lo creo, la verdad. Los peces gordos están todos en chirona y los pequeños los conoce todo el pueblo. La Guardia Civil, también.

Y no me quedó otro remedio que volver al ataque con nuestra común amiga.

—¿Por qué crees que lo llamaba Elisa?

—Sé lo que ella me contó, que tenía que poner la casa de sus padres un poco vistosa para poder venderla. Eso sí, le pagaba mucho más que otras personas y le hacía muchos regalos. A veces le traía cosas que a él le ilusionaban más que el dinero: una pulidora automática, un taladro más moderno. ¡Hasta le trajo una tele! ¿Por qué lo preguntas? ¿Crees que puede tener algo que ver?

—No lo sé. No se me ocurre —respondí, sin ser del todo sincera. Pasó fugaz por mi cabeza la idea de que Elisa fuese un brazo de Adán para algún chanchullo. No quería ni pensar en esa alternativa. Tampoco tenía mucho sentido.

Repasé con ella las posibles faltas que se instruían en la Audiencia Nacional. Un delito contra la Corona nos pareció bastante improbable; narcotráfico a gran escala, difícil, con el tipo de vida que llevaba Cándido; un chanchullo económico, no se correspondía con su perfil; y, salvo que viajase a espaldas de su hermana, también era improbable un delito en el extranjero. Todo apuntaba a una confusión, como en el caso de mi cliente colombiano. Le conté aquel asunto del falso sicario.

—¿Puedo hacerte una pregunta? Después de haber estado metida en un despacho tan grande como W&R, ¿no te resulta difícil llevar ahora estos temas?

Tardé unos segundos en contestar, pero sé que no le resultaron incómodos.

—Técnicamente, digamos que estoy empezando de cero. En el despacho anterior solo trataba cuestiones mercantiles y económicas, y ahora estoy adaptándome al derecho civil, al penal… ¡Hasta estoy en el turno de oficio! Pero supongo que es algo más parecido a lo que yo esperaba cuando estudié Derecho.

Durante un rato compartí con ella mis dudas, mis meteduras de pata. Me sinceré con la misma confianza con la que habíamos compartido confidencias de adolescentes. A la altura de Verín se habían borrado los casi quince años que llevábamos sin vernos y le confesé mi frustración por no haber llegado a socia a pesar de mis méritos.

—¿Recuerdas *La costilla de Adán*? —me soltó de repente—. Resulta proverbial que el marido de Elisa comparta esa actitud machista además del nombre del protagonista.

La mención de mi exjefe me generó un nuevo cosquilleo en el estómago y Celia detectó mi desasosiego. Giró la vista hacia un montón de pacas de forraje acumuladas en un enorme llano y siguió:

—Te encantaba Amanda Bonner, siempre quisiste ser como ella. Creo que en el fondo estás consiguiendo lo que querías ser, solo que has dado un pequeño rodeo.

Sentí ganas de llorar.

—¿Y tú? ¿Cómo va tu carrera de escritora?

—Apenas he publicado un par de cuentos. He traído algunos, por si quieres llevárselos a tus hijos. Aunque son pequeños aún para mis relatos.

Hizo asomar un par de ejemplares de su bolso. Me sentí

abochornada por no haberme enterado. Y ella siguió hablando como si esa vergüenza se hubiese reflejado en mi cara.

—No te preocupes, no lo comenté con nadie cercano. Me daba apuro.

Estábamos alcanzando Puebla de Sanabria cuando empezó a desgranar lo que había hecho durante los años que no nos habíamos visto. Lo último que yo sabía es que se había ido a Heidelberg para hacer el doctorado. Pero en aquella época no había redes sociales ni mensajería instantánea. Solo nos habíamos cruzado un par de veces en las fiestas, y Celia nunca había sido muy dada a hablar de sí misma. Sin embargo, algo en aquel viaje le soltó la lengua. Me contó que se había quedado como investigadora en la universidad y haciendo traducciones para una editorial de Mannheim. Su pasión era la literatura juvenil; amaba su trabajo. Me impresionó que hubiese renunciado a su puesto de investigadora para hacerse cargo de su hermano al enfermar su madre.

Dejé de hacerle preguntas durante un rato. Me sentía fatal por haberla tenido tan abandonada.

Escoltaban nuestros pensamientos los inmensos campos teñidos de un ocre apagado. Tallos ancianos segados meses atrás. El silencio nos dio un respiro. Le señalé las nubes del horizonte. Empezaba a atardecer.

—¿Y cómo llevas el regreso al campo?

—¿Cómo te organizas con los tres niños?

Ambas preguntamos a la vez y nos echamos a reír. A carcajadas. Risotadas de compuertas abiertas. Dos cascadas exageradas inundando el coche en aquel paisaje seco. Una risa floja, desahogada, generosa, derramándose por las rendijas del coche, como una olla a presión con la tapa mal cerrada.

Alcanzamos así, empapadas de hilaridad, un campo de girasoles a punto de perder los pétalos casi secos. Un ejército de flores escandalizadas mostrando sus pipas ya maduras hacia un sol en retirada que nos daba la espalda y teñía nuestra piel de naranja.

En la radio, *Don't stop me now* poniendo la puntilla a aquel derroche de incoherencia.

—¡Empiezas tú! —solté con la autoridad de quien lleva el volante, y a continuación bajé el volumen casi al mínimo.

—Una de las veces que acompañé a mi madre a su tratamiento, ella se derrumbó. Me dijo que sentía dejarme con «esa carga». Se lo dije a ella entonces y te lo puedo asegurar a ti ahora: Cándido no es una carga, es un compañero maravilloso. Contribuye muchísimo y nunca pone peros a lo que le pides. Es solo que nunca lo hace por sí mismo.

Hay que recordarle cada cosa. Si va a la tienda y no anotas en la lista el pan que comemos todos los días, él no lo compra.

Guardó silencio varios minutos con la cabeza girada hacia la ventanilla.

—Y yo pierdo la paciencia. ¡Pierdo la paciencia! Estoy trabajando tranquilamente en el salón. No hago prácticamente otra cosa que lo mío, y, sin embargo, me desespero cuando él no trae el pan.

»Su cabeza, capaz de encontrar una solución a cualquier problema de mantenimiento complejo, no es capaz de asumir las necesidades más cotidianas. ¡No puede vivir solo! ¿Cómo voy a volver a Heidelberg? Menos mal que las tecnologías me permiten trabajar a distancia con las traducciones. De otro modo, ¿de qué viviríamos? A mi madre la salvó la pensión que nos dieron con el accidente de mi padre. Se mantuvieron los dos con ese dinero y el escaso ingreso que daba la leche. Él con el ganado se manejaba bien y le entretenía, pero es insostenible —se justificó e hizo un breve paréntesis antes de continuar. ¿Sabes que Cándido aprendió a inseminar a las vacas y se encarga de preñar a toda la población bovina de nuestro pueblo?

De repente giró la cabeza hacia mí. Yo trataba de comprimir en mi cerebro la ocurrencia que se estaba cociendo a demasiada velocidad. Ella siguió mirándome y me pareció ver cómo sus labios apretados abrían la válvula invisible de aquella olla en la que se había convertido el coche. Esta vez la carcajada fue más intensa, más cómplice y más cargada de lágrimas. No tuvimos que aclarar de qué nos reíamos, pero yo solo deseé que no hubiese preñado nada más que a las vacas.

—¿Sabes?, no eres la única que pierde la paciencia. Mis tres pequeñajos son adorables. Alicia es la niña más espabilada que he conocido en mi vida, y cuando nacieron los pequeños me di cuenta de que no podía haber nada mejor que tenerlos. Pero me resulta casi imposible mantener la templanza. Alicia y Lucas se pasan el día enredados y el pobre Gustavo se une a sus gamberradas con una naturalidad increíble. Aunque se duerme solo y es un santo, ha descubierto que si llora fuerte, consigue más atención, así que a veces mi casa es una locura. Dan muchísimo trabajo.

—¿No tienes ayuda?

—Cuando trabajaba en el despacho, tenían una cuidadora que se ocupaba de ellos y de la casa, pero no limpiaba a mi gusto. Tal vez soy un poco maniática. Y, en fin…, que…, que me parecía que le tenían más cariño que a mí, así que decidí despedirla y ocuparme yo de todo.

—¿Estás loca?

—Muchas mujeres lo hacen.

—No lo niego, pero con tres hijos tan pequeños, supongo que se apoyarán en su entorno. ¿Y Fede?

—Fede es un padre excelente, cuando está en casa.

—Olvido, ¡no me lo creo!

—Tú siempre has sido una defensora del feminismo y de la igualdad. ¿Desde cuándo no descansas? ¿Cómo vas a tener paciencia si tú te ocupas de todo?

Yo escuchaba su regañina consciente de que ese discurso me lo había aplicado a mí un millón de veces, pero necesitaba librarme de la sensación de abandono a mi familia. Les debía muchos años. Nuevamente, pareció escuchar mis sentimientos y siguió:

—No me digas más: como nunca estabas en casa, les debes tiempo, dedicación, cariño… Y pagas tu deuda a base de horas y agotamiento.

Esta vez fue mi silencio el que invadió el coche con una presión espesa y grisácea.

—Prométeme que, en cuanto vuelvas, te sentarás con Fede a repartir las responsabilidades de casa y buscarás ayuda.

Silencio. Silencio con lágrimas de dibujo japonés bajo mis ojos.

Respondí con una afirmación contenida de mi barbilla temblorosa.

Quien hubiese visto el vehículo desde fuera posiblemente habría visto salir un enorme chorro de vapor a través de todas las rendijas.

En Villanueva de los Infantes, otra enorme plantación segada mostraba las huellas del paso de un tractor. Me contuve unos segundos. Dos segundos más y confesé:

—No soporto esas huellas que despeinan el campo.

—¡Yo tampoco! —gritó Celia entusiasmada.

No tuvo que decir más. Puse las luces de emergencia, orillé el coche y aseguré el freno de mano con la fuerza que había estado guardando durante días, meses o años. Nos lanzamos por el arcén, saltamos una estrecha acequia y echamos a correr peinando con las manos los tallos doblados. Corríamos en paralelo.

Dos locas peinando el campo. Supongo que eso fue lo que pensó la pareja de la Guardia Civil que nos esperaba junto al coche cuando recuperamos la cordura. Ninguna explicación pareció disuadirlos. Me cayó una multa en condiciones. Y no me pesó nada.

Llegamos a Madrid tarde y aparcamos nuestros cuerpos cansados y nuestras mentes vacías en el primer hotelucho que encontramos en Pinto. Nos dieron una cama de matrimonio con un colchón de muelles que nos hacía rodar hacia el centro todo el tiempo. No pudimos descansar.

Con lo que lo necesitábamos.

Capítulo XLVII
Libertades frustradas y una promesa de *entroido*[17]

> *En los casos en que (...) se trate de investigaciones que afecten a actividades propias de la delincuencia organizada, la incomunicación podrá prorrogarse por otro plazo no superior a cinco días.*
>
> Artículo 509.2 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal

El intermitente con el que había señalizado el desvío hacia San Martín de la Vega, en dirección a Pinto, se había quedado palpitando en mis sienes, angustiándome. Sin embargo, en aquella situación me tocaba animar a Celia. La obligué a un desayuno al que se negaba y ambas despachamos el trámite con un café.

Apenas diez minutos en coche nos separaban de nuestro destino. Los diez minutos más largos de toda mi vida. Cada dos o tres segundos, el intenso tic-tic de mi cabeza. Cada dos o tres metros, el trayecto más seco y más duro. Dejamos a la derecha una especie de almacén descubierto, cerrado con ladrillo de hormigón. Dos o tres contenedores de algún producto químico ocupaban la estrecha acera. Varias garrafas de agua suplicaban orden junto a una caseta de obra. Una mesa de plástico rojo desafinaba en el conjunto. Una ocupación anárquica. Fea. Pero no sentí el impulso de ordenarla.

Cuarenta o cincuenta metros más, con sus obstinados latidos intermitentes; sequedad y dureza en aumento, hasta que avistamos una atalaya. Nos estábamos acercando.

En los márgenes, espectadores de nuestra llegada, unos arbustos de cabellos secos, descuidados, abandonados por la cordura. Público lunático de crecimiento desordenado que observaba el paso lento de nuestro vehículo.

Llegamos a una pequeña rotonda sin indicaciones. No eran necesarias: la prisión no se escondía. A la izquierda, una impecable y solitaria parada de bus vestida de rojo. A la derecha, el inconfundible muro de caliza rematado por una malla ciclónica que bordeaba aquel inmenso espacio yermo. Alrededor de la tapia, una pista de circulación interna rodeada a su vez por otra verja de hierro rematada con alambre de púas. Aparcado en la pista, un coche de la Guardia

Civil.

Celia se echó a llorar. Y yo con ella.

Dejamos el coche en el aparcamiento y nos dirigimos a la puerta de acceso. La primera mala noticia, de las tres que recibimos, fue que no podíamos entrar sin haber solicitado antes una cita. Me identifiqué como abogada de uno de los presos, pero el funcionario insistía en el requisito de la cita.

—Hemos venido desde Galicia, en cuanto me han comunicado la detención. ¡Es mi hermano! —suplicó Celia.

El vigilante levantó la vista. Hasta ese momento creo que no había reparado en nuestra pinta de desesperadas.

—Yo también soy gallego —dijo.

—A mi hermano lo han traído aquí y no sabemos nada más. Él es…, es… Él no es muy listo y no sé en qué lío puede haberse metido.

La actitud de aquel chico pasó a ser más que diligente. Hizo una llamada y nos pidió que esperásemos. Unos minutos después, estábamos en la puerta principal. Una vez traspasados los muros, el centro no resultaba tan inhóspito. Parecía la entrada a un instituto.

La segunda mala noticia es que no podía recibir visitas, algo que en mi caso se habría solucionado de no ser por la tercera mala noticia: yo no podía ser su abogada. Ya disponía de una.

—Sí, es lógico que le hayan designado un abogado de oficio, pero quiero que le comuniquen que yo asumiré su defensa.

—Él ya ha designado un abogado —respondió, revisando el expediente. —Sí, aquí está: Cándido Muiños nombró a alguien que ya estuvo con él ayer.

—¡¿Cómo?! —exclamamos Celia y yo al unísono.

—Es lo que pone aquí.

Tardé en reponerme de la noticia. Si ya había nombrado a una defensa particular, es que ya conocía a alguien.

—Al menos podremos saber de qué se le acusa.

—Yo no puedo decirles nada más. Hablen con su abogada.

No salíamos de nuestro asombro.

—¿Puede decirnos quién es y darnos su teléfono, por favor?

—Me temo que esa información es confidencial.

Casi todo el camino de vuelta lo hicimos con el silencio como banda sonora. Solo una parada técnica. Gasolina y pis. El café y el disgusto habían cubierto nuestro apetito para varios días.

Un abombamiento pesado había sustituido al latido intermitente. Mi cabeza recibía *flashes* de información inconexa que por algún motivo, sin tener relación entre sí, me parecían importantes. Veía ante mí un montón de lonchas de queso, otro montón de fiambre y un

tercero de rebanadas de pan. Esa era mi sensación: debía montarlas por telequinesia. O no.

El accidental tropiezo con Sedano y sus sospechas en relación con el despacho. El repentino giro que había dado Adán cuando me apartó de Joaquín Gutiérrez. El cielo lucía salpicado de nubes en el horizonte. Se distinguía ya la cordillera galaica. Los recuerdos seguían presentándose en mi cabeza como fotogramas de una película sin montar. Manuel, su socio y su Brigitte. El hecho de que Miguel, mi amigo del despacho, evitase que nos viesen juntos. El mensaje de Joaquín exigiendo mi complicidad y mi secreto.

La autopista empezaba a formar una pendiente elevada; el paisaje se había teñido de un húmedo verde oscuro; las nubes, de un púrpura intenso. Las piezas del Tetris seguían bajando lentas e inconexas. Un puzle incoherente. O quizá me estaba volviendo loca. La interesada y repentina declaración de amor de Adán. No me sentía capaz de reconocer qué era importante y qué no en aquella especie de intuición que estaba a punto de estallar en mi cabeza.

Al salir del túnel de Padornelo, me vino a la mente un elemento más para sumar a aquel batiburrillo.

—Celia, el otro día en tu cocina tenías un limón con una forma extraña, como dedos de bruja. ¿Sabes a qué me refiero?

—Claro. No tengo ni idea de lo que es. Cándido trajo un par de ellos una de las veces que fue a ayudar a Elisa. Parece un limón, pero la piel es dulce y es muy aromático. Lo usamos para un bizcocho y olía de maravilla. Creo que dijo que se llamaba algo así como limón de Buda. Llévate el que queda y hazles un dulce a los niños. ¡En el tiempo que te sobra! —soltó con ironía en un intento de rebajar nuestra frustración.

Seguimos en silencio hasta la altura de Verín.

—¿Has venido alguna vez al *entroido* de Os Cigarróns[18]?

—Jamás.

—Cuando pase todo esto, vamos. ¿Quieres?

La miré con una falsa pero cariñosa sonrisa de conformidad. Ambas sabíamos que me iba a costar hacer una escapada en solitario por mera diversión.

—Solo si me dejas bailar *twerking* con los cencerros colgando del cinturón.

—Hecho.

Silencio verde montañoso.

—¿Cómo se llama la chica que iba a tu casa?

—Amelia.

Silencio.

Cara de gamberra. Volvía la Celia de siempre.

Silencio.

Cara de reflexionar.

Silencio.

—¿Me prestas tu móvil un momento? —preguntó a la vez que cogía mi teléfono de la guantera—. ¿Clave?

Después de reñirme por usar mi fecha de nacimiento como código de desbloqueo, hizo la llamada más surrealista del mundo.

—¿Amelia? No, no soy Olvido; soy Celia, una amiga suya. Posiblemente, la única amiga capaz de hacer lo correcto —farfulló.

Y continuó con la conversación con un desparpajo más propio de Tuna que de ella. En el fondo, se parecían mucho. Creo que mi hermana habría hecho algo similar si yo le hubiese confesado que estaba rendida. Pero quién quiere dejarse ver abatida y débil. Quién se atreve a dejar a la vista su vulnerabilidad. Qué mujer puede reconocerse frágil sin temor a quedarse fuera. En el trabajo, doblemente profesionales para conseguir la capa de visibilidad. En la sociedad, doblemente madres para no perder la competición de mejor progenitora del año. El peor tribunal, la propia conciencia, una implacable inquisición que condena el más mínimo fallo en cualquier ámbito a una pena de rumiación y autoflagelación perpetuas.

Celia me miró azorada.

—Perdón, ¿me he pasado?

—No, qué va. Me he perdido en mis elucubraciones.

Celia había zanjado la negociación con un contrato de cuatro horas por las mañanas que a mí me daría un desahogo con el arranque de la jornada. Podría dedicarme a mis hijos por las tardes y, si necesitábamos algún extra, vendría encantada.

—¿Quieres que llame también a Fede?

—¡Ni se te ocurra! —contesté riéndome—. Te prometo que hablaré con él un día de estos.

—Tengo una idea. Los niños se quedarán con tus padres esta noche y tú organizas una cena romántica con Fede para distribuir responsabilidades y…, ¡bueno, lo que os apetezca para celebrar el acuerdo! ¿Qué te parece? Mañana podemos ir Tuna y yo a llevarlos.

Me quedé pensando. No sonaba mal su oferta. Celia estaba siendo para mí como una lluvia de primavera. Una pulverización fina y fresca que espabila el sueño seco de los árboles.

—Y no olvides anunciarle que en carnaval iremos Elisa, tú y yo a Verín —apostilló, entendiendo mi silencio como una afirmación.

Elisa. Mi silencio pronunció su nombre, más lejano que todas las estrellas. Y con el limón de Cándido bajó una pieza más, igual de

inconexa: la conversación con Miguel que contemplé desde mi balcón.

El paisaje azuleaba. Era esa hora extraña en la que no se sabe si es casi de noche o casi de día y el titiritero enrosca el tapón del tubo de pintura roja.

Mi ánimo azuleaba también.

La incauta Elisa. Empezaba a entender. Adán la estaba utilizando. ¿Para qué y por qué había metido a Cándido en la ecuación? No me resultaba difícil deducirlo. Me reservé mis sospechas y le mostré a Celia una sonrisa de aprobación.

---

[17] Carnaval gallego.

[18] Os Cigarróns constituyen la figura emblemática del famoso carnaval de Verín. Una artesanal máscara de madera y un cinturón hecho a base de cencerros dan un colorido y una sonoridad muy pintorescos.

Capítulo XLVIII
Una lámpara con dos caras

Está exento de responsabilidad criminal (...) el que obre en defensa de la persona o derechos propios o ajenos.

Artículo 20.4 del Código Penal

Theia expresaba todo su ascetismo cuando entré en el despacho. Dos semiesferas, una en vertical y otra en horizontal, la convertían en un sol atravesado por un eje de coordenadas. No sé por qué dejé de ver de repente aquel inteligente juego de luz y sombras que me había fascinado en Marset cuando adquirí la lámpara. Solo se representaba ante mis ojos un cruce de abscisas y ordenadas. Cartesiana, como yo.

Eso había dicho Fede en nuestra conversación. Mi comportamiento cartesiano dificultaba la colaboración conmigo. Según él, mi obsesión por hacer las cosas de determinada manera le impedía ayudarme sin temor a equivocarse.

Giré la lámpara sobre su esbelto pie de hierro lacado y dirigí la esfera vertical hacia la pared. Necesitaba cambiar de tema. Me urgía aclarar qué estaba pasando con Cándido.

La mañana sin nadie a mi cargo se presentaba ante mí como un lujo. Un montón de horas por delante. Mañana vacía, como el despacho. De repente lo sentí más frío de lo que correspondía a la época del año. Frío e inhóspito. Echaba de menos a los niños. Y Fede volvía a mi cabeza. Lo malo de no discutir nunca es que cuando se pone un problema sobre la mesa, no se sabe cómo abordarlo. Falta entrenamiento. Un mensaje del mecánico y un nuevo aleteo en mi abdomen. Me urgía saber qué estaba pasando conmigo.

«Céntrate, Olvido».

Primera misión: averiguar quién era la persona que Cándido había designado como abogada.

¡LinkedIn! Por fin iba a encontrar una utilidad a aquella tontería de las redes sociales. Pero antes de lanzarme al ordenador, cogí un folio y dibujé el aula de la facultad. Traté de colocar de memoria a los compañeros que era capaz de recordar. Apenas me salía una veintena de nombres. ¿Y si probaba directamente en la aplicación? ¡Genial!

Tras más de media hora buscando, encontré los filtros de búsqueda. «¿Toda esta gente se licenció con nosotras en la facultad?». La mitad de las personas que me señalaba la red social no me resultaban familiares. Una frustrante pérdida de tiempo, de no ser porque en ese vagar por los nombres recordé a alguien.

—¿Adela? ¡Cuánto me alegra hablar contigo!

La procuradora con la que trabajábamos en W&R en Madrid había compartido conmigo más de un café y más de una confidencia cuando teníamos algún asunto allí. Comprendí su sorpresa, acepté diez minutos de actualización acerca de su pareja actual y la invité a venir a Galicia con ella.

—Necesito un favor enorme. Quiero averiguar quién es el abogado designado en un asunto.

Me costó poco convencerla, aunque no era un dato demasiado comprometido. La promesa de marisco y excursión en barco a las Cíes con tu pareja recién estrenada siempre resultaba un buen aliciente. Le garanticé que no era nada turbio y le facilité los datos de Cándido.

Y continué encadenando llamadas.

—¡Miguel! ¿Miguel?

Me extrañó que tras un solo tono saltase el contestador.

—Celia, ¿tienes acceso a la cuenta bancaria de Cándido?

Ni a Celia le extrañó mi pregunta ni a mí su respuesta.

—Elisa, necesito verte.

A Elisa le sorprendió mi llamada, pero a mí no su rechazo.

—Tengo mucho lío estos días con el cumpleaños de Adán. ¿Por qué no vienes a ayudarme y hablamos? Me vendría genial tu opinión en muchos detalles. ¡Vamos, ven!

Y sin saber cómo, Elisa estaba consiguiendo invertir el juego.

—Solo dime una cosa. Adán te ha pedido que Cándido firme contratos, ¿verdad?

—A saber en qué estará metido ese pobre incauto, cariño, pero lo soltarán en dos o tres días.

Silencio al otro lado de la línea. Dos segundos. Tres. Cuatro.

Yo no le había dicho que Cándido estaba en Valdemoro. Ella se dio cuenta y derrapó.

—Me…, me he enterado por casualidad y enseguida nos hemos hecho cargo. No queríamos que se asustase Celia, porque el tema es delicado, ¿sabes? Con tanto asunto de faldas, en algún lío se tenía que meter. No debo decirte nada. Ya te imaginas. —Elisa encadenaba frases sin respirar y yo no conseguía entender su ceguera.

Tenía la sensación de que había ido modelando unas lentes opacas para continuar viviendo con Adán sin conocer sus chanchullos. Y ese

vidrio velado la volvía aún más frágil.

—Por favor, no dejéis de venir a la fiesta. Te necesito, Olvido. Especialmente ahora. Por favor —insistía con un hilo de voz.

—Iré yo sola. Fede se queda con los niños —cedí.

Era la excusa perfecta para mi marido, que tampoco soportaba a Adán. Yo, de hecho, ni me plantearía ir a esa verbena de cuatreros de no haberme autoerigido en hermana mayor de Elisa.

No sabría decir en qué momento de nuestra infancia asumí ser su *film* alveolar, el plástico que la protegía de los golpes a los que se exponía con su ingenuidad. O su temeridad. Tal vez ni siquiera lo había decidido yo. A veces incluso tenía la sensación de que a ella le gustaba explotar mis burbujas.

De pronto recordé que no tenía nada que ponerme para la fiesta y que disponía de una mañana de libertad. Dejé todo y salí. Dispuesta a no perder más de una hora, fui directa a la única tienda en la que sabía que me encontraría cómoda. La dependienta habitual no estaba y en su lugar me atendió un chico joven, extremadamente delgado y extremadamente amable. Demasiado delgado y demasiado amable, de hecho. Le conté lo que necesitaba y sacó un chaleco y un pantalón negro de Devota y Lomba. No terminaban de convencerme, aunque él seguía asegurando que me sentaban estupendamente. De ahí saltó a una falda de Fendi de lana en pata de gallo beis con un empalagoso volante de gasa y un top de chifón rosa claro ribeteado con el mismo volante. Definitivamente, echaba de menos comprar en una gran capital con variedad y gusto. Él no debió de captar mi cara de aburrimiento, porque seguía sacando prendas sin acierto.

Dirigí mis antenas hacia un vestido lencero de Saint Laurent que dormía plácidamente en su percha, ligeramente marginado de los demás. El hombre me miró algo turbado. Se dirigió hacia el perchero y señaló.

—¿Este?

Asentí.

—¡Es de la temporada pasada! Está de saldo.

Y me alegré. Todos aquellos precios que hasta entonces no me habían importado se revelaban disparatados ahora que mi cuenta bancaria no engordaba de forma automática e imparable mes a mes. Recordé que tenía que reclamar varios pagos pendientes. «Qué violento».

El vestido despertó de su sueño, abrió ligeramente los párpados y me suplicó que le diese una oportunidad.

—¡Estás diviiiina! —admiraba el larguirucho vendedor—. Debo reconocer que esos hombros altos y firmes lucen la prenda. ¡Qué

tipazo!

Me sonrojé y le confesé que aún tenía algo de barriguita por mi tercer hijo.

—¿En serio tres hijos con ese cuuuutis y ese tipo? —Seguía conquistándome con sus lisonjas.

Supongo que las necesitaba. No lo sé. Salí de allí con el vestido y unas sandalias de Fendi de tacón generoso en forma de efe invertida. Preciosas. Aunque empezaba a estabilizar mis ingresos entre el balneario de Manuel y la pizarrera, me arrepentía un poco del gasto. Tanto, que me contuve cuando vi en un escaparate un colgante que me llamaba insistentemente sabiéndose ideal para aquel conjunto.

Volvía pletórica. Los falsos halagos de aquel vendedor le habían dado una mano de visibilidad a mi autoestima.

Subí las escaleras de dos en dos y entré de nuevo en un despacho que de pronto me parecía más luminoso y más cálido. Arrojé las bolsas al suelo con urgencia. Esa dichosa necesidad de orinar que se convierte en acuciante en cuanto se pisa el descansillo de casa. Siguiendo un impulso insensato, me paré a girar de nuevo la lámpara del recibidor. Con las piernas cruzadas dejé que la esfera vertical proyectase la luz.

Entré a saltos en mi cubículo. Saqué de la mesa el autobús vudú que llevaba meses en el hangar de un cajón. No por falta de ganas, sino por falta de tiempo.

Busqué papel adhesivo y bolígrafos. Comencé a trazar líneas lógicas. A dibujar la estructura que habría diseñado si no me hubiesen apartado del proyecto de Sedano. Un pósit para cada una de las sociedades, incluida Panama Green Projects. Un pósit para cada persona codiciosa de mi entorno. Casi se me acaban los papeles. Al sacar a Maxi, empecé a agitar la pierna izquierda. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? ¿Cómo no me había parado a dibujar esto cuando Sedano me contó sus sospechas? Cabían todos, hasta Cándido. Aunque no entraba en la categoría de codiciosos: se encontraba accidentalmente en la ecuación.

Adán había encontrado la forma de sacar un rendimiento personal a las muchas oportunidades que pasaban por nuestras manos; y es que era realmente sencillo si daban con una persona con experiencia en un *haven*. La ventaja de los mal llamados paraísos nunca ha sido solo la fiscalidad, sino el hecho de que su legislación no los obliga a revelar datos de las sociedades que operan en ellos. *Paraíso (heaven)* es una traducción errónea de *refugio (haven)*. Y en un refugio también puede esconderse alguien como Adán si tiene a un Máximo que le abra la puerta. Entonces me puse a repasar las leyes de los negocios impuros

que había ido aprendiendo durante mi trabajo en aquella incubadora de delincuencia.

Primera regla, un clásico de la estrategia: brinda con tu enemigo. A Máximo deberían haberlo despedido para que no tuviese información sobre el nuevo negocio que Joaquín estaba montando al margen de sus socios. Pero, en lugar de hacerlo, lo habían involucrado.

Segunda regla, la más típica de la manipulación social: si quieres ganarte el respeto de alguien, pídele un favor. Para llevar a Máximo a su terreno, solo habían tenido que pedirle ayuda y hacerle ver lo importante que era para ellos. Pobre primo. Eso explicaba sus caras de complicidad y de suficiencia de mis últimos días en el despacho.

Mi pierna se agitaba cada vez más fuerte.

Tercera regla de los negocios impuros: que nadie gane menos de lo que podría ingresar por su cuenta. A Máximo le ofrecen una buena cantidad a cambio de su silencio y de hacer cuatro gestiones. Una vez que tengan eso, le dejan contento, y entonces Joaquín y Adán pueden montar solitos cualquier entramado de compañías con las que desviar pequeñas o grandes cantidades y enriquecerse sin esfuerzo. Ocultos al fisco y a su entorno. Panama Green Projects posiblemente era una más de esas sociedades. Y quien estaba extorsionando al político no era ningún pirata, eran esos dos. Todo cuadraba. Casi. Faltaba el papel de Cándido. Si Miguel me contestase, podría ayudarme a contrastar información. Mi pierna izquierda podría haber batido por sí misma un récord de quinientos metros.

Dos tonos de llamada y, de nuevo, el contestador.

Llamada perdida de Adela, la procuradora de Madrid. Dos de Tuna. «¡Los niños!». Qué desastre, me había olvidado de que venían. Y también de comer.

Marqué el número a la vez que recogía mis cosas. Se cayó el teléfono. Lo recogí. Recogí el maletín. Volví atrás. Hice una foto a la mesa. Doblé los papeles, los tapé con el autobús vudú y los metí en un cajón con llave. Salí corriendo. Vuelta atrás. Me dejaba las compras.

Mi hermana me explicó que los niños estaban ya en casa con Fede. ¡Vaya, nuestro pacto empezaba con buen pie!

De camino a casa no podía pensar en otra cosa. «Los problemas más complejos se resuelven del modo más sencillo». Esta vez era mi padre quien acudía a mi memoria explicándonos cómo las abejas son capaces de hallar la mejor ruta para libar cientos de flores de una forma más rápida y fiable que un ordenador.

¿Y cuál podría ser la explicación más sencilla? Que Cándido actuase como inconsciente testaferro para traer el dinero a España. Pero algo no me cuadraba. Ningún miembro de la Agencia Tributaria pasaría

por alto que un manitas tuviese semejante volumen de ingresos y gastos.

«Piensa, Olvido, piensa».

Entré en el portal como un cohete. Quería compartir mi hallazgo con Fede. Por una vez, él iba a convertirse en mi frontón.

Escuché las risas desde la escalera. Lo que quiera que estuviese pasando, era bueno. Apoyé las compras en el suelo, encendí la luz y… ¡No! Las paredes estaban completamente manchadas de algo anaranjado. Parecían rayas hechas con las manos. ¿Pintura de dedos? Con la bilis negra trepándome por piernas y brazos me desprendí del abrigo y lo eché sobre una silla del salón. Seguro que había sido idea de mi hermana. Y entonces lo vi. Vi la mesa cubierta de salsa de tomate, los espaguetis desperdigados por el suelo, los mantelitos, las sillas… y grité entre los dientes un tenso «¡qué rayos ha pasado aquí!» que podría haberse oído siete manzanas más lejos si hubiese permitido a mi voz salir de la garganta.

Entonces las risas cesaron. Me dirigí al cuarto de baño y todos empezaron a jalear.

—Mamiiiiiiii, mamiiiiiiii. Mira lo que ha hecho Gustavo con el tomate. —Le tocaban la cabeza y se reían—. Mira, tócale, tócale. ¡Es suave!

—*¡Fuave!* —repetía Lucas y me cogía de la mano para que me uniese a la fiesta.

Yo estaba paralizada.

—Conclusiones del experimento de hoy —empezó a hablar Fede—: primero, la salsa de tomate en el pelo produce brillo; segundo, con tres champús no se eliminan los restos de grasa; tercero: se producen algunos daños colaterales como paredes, sofás, toallas y ropa del sujeto experimentado y de sus ayudantes. Definitivamente, no compensa usar salsa como mascarilla.

Lo explicó así, en broma. Como si no hubiese pasado nada. Y todo el aire que yo había estado conteniendo en mis pulmones, todos los silencios de las discusiones que no habíamos mantenido, toda la rabia que había estado fraguándose en mis frustraciones (y algunos otros fracasos que encontré por el camino), salieron disparados sin control por mis cuerdas vocales.

Y grité y reproché y lloré con furia. Y froté las manos de los niños con el quitagrasas de la vajilla y los obligué a coger el estropajo y a frotar las paredes. Y ellos lloraron y frotaron sin entender nada. Fede no lloró, pero frotó la pared hasta que no quedó ni una gota de grasa, ni un atisbo de transigencia.

Capítulo XLIX
Me soñé diferente

Las personas tienen la capacidad y el derecho de imaginar, desear y diseñar el mejor modo posible de vivir su vida, sin que, en ningún caso, puedan ser sometidas a la tortura de la autoexigencia.

Artículo 2 de la Constitución de la vida próspera

Me soñé diferente. No imaginé jamás esta realidad inabarcable.

Me soñé en un hogar sereno, hablando dulcemente con mis hijos, persuadiéndolos para el orden, cantándoles para el sueño, mirándoles a los ojos para comérmelos a besos o peinando con cariño sus mechones rebeldes. Me soñé jugando, envuelta en sus juegos, escuchando sus historias, riendo sus chistes. Me soñé leyendo en paz con el piano de Chopin o el de Debussy inundando los espacios, enredado entre sus voces infantiles. Los imaginé descalzos en el suelo simulando personajes con piezas de juguete. Los soñé en la seguridad de un salón sosegado con aderezo de flores frescas. Me soñé haciendo bizcochos entre risas, moldes, ralladuras de limón y guerras de harina.

Me soñé madre y resulté monstruo. Tiamat. No sé cómo ni por qué ni desde cuándo habita en mí este ser deleznable. Cuando lo escucho, me aterra y huyo, pero no tengo adonde ir sino a mí misma, y allí está él. No deja hueco para mí. Esa bestia tiene la capacidad de encontrar los peores olores, de rebozarse en el fétido baile del desorden o restregarse en el cuadro inclinado y en el filtro atascado del lavavajillas. Mi monstruo dispara llamaradas de odio a través de sus fauces iracundas, paradójicamente hambrientas de paz. Y se alimenta de sus propias contradicciones. Se nutre de la distancia insoportable entre lo que persigue y lo que procura, entre lo que yo soñaba ser y lo que realmente soy. El monstruo que me habita se expande cuando quiere y ocupa todos mis espacios, sin dejar el menor hueco para una respiración profunda o una reflexión sensata. Rebasa los límites de mi yo e invade mi entorno convirtiendo todo lo que toca en ceniza y lava. Si mis hijos a veces me queman, es porque mi monstruo los ha convertido en ese magma incandescente. Observarlos así me refleja en mi escoria despreciable. Cada vez más lejos de la fantasía que quise

ser; cada vez más cerca del delirio en el que me he convertido.

Me soñé diferente. Me soñé equilibrando la balanza de la justicia. Me soñé abogada sobre alfombra roja por valía y sin consciencia de género. Imaginé una toga ansiosa e impaciente clamando su presencia en cualquier sala. Planchada, impecable, orgullosa. Me soñé estudiando, instruyendo, analizando cada asunto con la dedicación prudente de quien quiere asegurar todos los frentes. Imaginé nuevas perspectivas, nuevos conceptos y nuevos matices en tertulias y debates de cafés con bizcochos caseros y charlas con colegas. Me soñé Victoria Kent. Me soñé Amanda Bonner. Me soñé Atticus Finch. Y solo soy una picapleitos metida en líos descabellados de necios irracionales.

Me soñé sonrisa y soy grito.

Me soñé fuerza y soy llanto.

Una lágrima inoportuna salpicó el papel y, al querer secarla, esparcí la tinta en un borrón aún más espantoso y empujé la botella de agua que tenía al lado. Cristal de Bohemia a punto de caer. La sujeté en el aire.

Arrugué el papel, dejé el bolígrafo en el escritorio y lloré. Lloré el amor, la serenidad, el éxito, la valentía. Lloré todo lo que creía haber perdido. Y la noche se anegó de angustia salada, se sumergió en la gigantesca desilusión que se derramaba desde hacía semanas, meses o tal vez años.

Y en la calle rugía un temporal implacable.

PARTE IV

Lo más contradictorio del ser humano es que necesita la muerte para apreciar la vida.

Capítulo L
Un café de contrición y una fiesta de víboras

Los reos de toda clase de delitos podrán ser indultados, con arreglo a las disposiciones de esta ley, de toda o parte de la pena en que por aquellos hubiesen incurrido.

Artículo 1 de la Ley para el Ejercicio de la Gracia de Indulto

Ninguna decepción pesa tanto como el desengaño. Nada vacía tanto como perder la ilusión en uno mismo. Y con ese peso del vacío me levanté la mañana de la fiesta. Me levanté medio muerta para morir del todo.

Examiné mi conciencia. Sentía la pérdida de control de la víspera y me atormentaba aún más que estaba exagerándolo todo. Los niños eran niños. Fede era un buen padre y yo tal vez no era tan mala madre. Necesitaba un café.

Mi taza no estaba en su sitio. Abrí el lavavajillas, que estaba sin recoger. Cuatro o cinco minutos de tiempo me provocaban una gran pereza. Como si guardar aquellas piezas de loza constituyese un esfuerzo de semanas o de meses. Notaba una presión intensa en las cuencas de los ojos. La enorme cueva del dolor de mis pecados.

Me subí a una banqueta para alcanzar el molinillo en un altillo. No me bajé. Utilicé la misma banqueta para coger el último bulto del fondo de la alacena. El paquete de café Blue Mountain reservado para ocasiones que nunca llegaban. Cerré la puerta del armario. Cerré la puerta del pasillo. Cerré la puerta de la cocina. Abrí el paquete y respiré. Aspiré su intensa fragancia frutal y achocolatada y se me llenaron los pulmones de la calma que necesitaba. La boca del molinillo se abría ansiosa. Vertí en ella el café grano a grano, disfrutando la sonoridad del deseo. El olor más presente y más intenso. Y giré la manivela con la fuerza pausada del propósito de enmienda.

La vibración del café quebrado sacudía mis tendones. Giré. Espié a través de la portezuela sin dejar que la luz estorbase aquella deglución mágica. Giré hasta que el sonido se volvió rumor y pude susurrarme honestamente mis pecados. Giré para que aquel polvo aromático

infusionase. Vacié el cajoncito de madera con la frente menos marchita. Y apreté en un abrazo opresor que estrujó la cafetera liberándome a mí.

Y cuando Fede entró descalzo en la cocina y me envolvió en sus brazos, yo lo rodeé con los míos y dejé que me estrujase liberándonos a los dos. Intenté contarle todas mis culpas. Él me cerró los labios con dos dedos.

Y cuando los niños empaparon la casa de risas, los abracé y los envolví. Ellos me habían absuelto con el perdón más puro. Con la contundente amnistía de la desmemoria. Para ellos, no había sucedido nada. Al menos, no lo mostraban.

Y cuando salimos a la calle, la pisé. Escuché el ruido de mis zapatos. Dejé que Fede empujase la silla del bebé y corrí con Alicia en una competición por alcanzar el columpio. Y me senté. Posé mis nalgas en una piedra para recuperar el aliento y disfrutar la jarana que estábamos montando.

Y contemplé la ciudad. Cuánto más brilla una hebra de sol después de un chaparrón.

Comimos en la falda de una colina. Emparedados pringosos de una bocatería. Grasas e hidratos indultados. La sala de vistas, abierta a la bahía. Barcos de pasajeros cruzando al otro lado. Veleros ligeros retando al clima. Un buque de carga saliendo a mar abierto. Se avecinaba otra tormenta. En el flanco norte, un batallón de nubes agazapado entre las montañas; en el contrario, las tropas de la luna ocupaban el campo de batalla. El sol se batía en retirada. Un majestuoso cielo en guerra.

Demoré esa versión redimida de mí misma que habría querido eterna.

—No debería ir a la fiesta —confesé.

—Si tus sospechas son ciertas, la verdad, no sé a qué vas. Pero ya que lo haces, aprovecha y lúcete. Tómatelo como una fiesta de despedida.

Me arrepentía un poco de haber compartido con Fede mis conclusiones. Al fin y al cabo solo eran conjeturas.

Me arreglé para la fiesta con los niños trotando a mi alrededor. Perdiendo la paciencia a ratos.

—No subas a Gustavo a esos zapatos. Se romperán.

—¡Mira qué guapo estás! —Alicia señalaba al espejo—. ¡Ahora yo!

Resolví el juego simulando que les ponía el mismo maquillaje que yo estaba utilizando. Ahora la base, ahora el maquillaje, ahora el colorete, ahora el iluminador, ahora las sombras… Ellos se disputaban el primer turno en cada paso entre risas y empujones. En la ventana

volvía a arreciar la lluvia.

Y me puse el vestido. «No debería haberme gastado tanto». Le di un último toque al pelo soltando el rulo con el que había tratado de moldear la coronilla rebelde. Me subí a los zapatos y me vi más pequeña. Me achataba la culpa.

El mecánico tenía razón: debería haber conservado el Jaguar de Teresa. Mi coche estaba realmente sucio. Eché un vistazo por el retrovisor. Sillas llenas de migas, un chupete o dos, una bolsa de gusanitos de maíz vacía. Más migas, algún juguete… Accioné el limpiaparabrisas.

Al llegar al túnel que me sacaba de la ciudad, bajé el parasol. Incongruencia consciente; quería revisar mi aspecto en el espejo. El maquillaje estaba bien; yo, regular. «Cuántas cosas podría hacer la mujer del Nesquik con lo que yo me he gastado en este vestido para una sola noche».

Una nueva grieta empezó a abrirse en mi piel. «Al menos no he ido a la peluquería». Puse una tirita en mis pensamientos y busqué en el retrovisor la forma de mi pelo.

Plegué el parasol y encendí la radio. Ed Sheeran entonaba con su timbre dulce y bondadoso «*Baby, I'm dancing in the dark*…» y entendí que yo no estaba bailando en la oscuridad sino con ella. Y así continué abriendo canales hacia mis abismos. *«Darling, you look perfect tonight»*. Aumenté el ritmo del limpiaparabrisas. Aunque la tormenta había cesado, una lluvia torrencial se derramaba sobre el salpicadero desde mi pecho.

«I found a woman, stronger than anyone I know».

Y se inundó mi empeño en parecer una mujer perfecta.

Sonó el teléfono.

—Olvido, perdona que te moleste. Estás en la fiesta, ¿verdad? —Escuché la voz de Celia.

—No me molestas, tranquila. Voy de camino.

—¿Estás llorando?

—¡Qué va! —fingí.

—¿Ha pasado algo? ¿Estás bien?

—Sí, claro. Solo es que acabo de estornudar y se me ha taponado la nariz.

Ella respetó mi embuste.

—Acabo de llegar a casa. He estado con Paco Pacheco. ¿Te acuerdas de él? Es el director de la sucursal.

—Claro, Paco Pachético, el ligón incorregible. —Recordé su mote forzando una risa que necesitaba—. ¿Y bien?

—Al principio lo entendió mal y trató de conquistarme. Patético,

como siempre. Pero ha acabado cantando. Lo amenacé con denunciar su complicidad. No entiendo por qué le permitió a mi hermano hacer esas operaciones, sabiendo…, bueno, conociéndolo.

—Tendremos que solucionar ese tema —omití la palabra *incapacitación*— cuando lo saquemos de donde está —omití la palabra *cárcel*—. ¿Qué te ha dicho?

—Por lo visto, lleva tiempo recibiendo dinero en una cuenta que comparte con otra persona extranjera. Dice que mi hermano no la abrió aquí sino en Madrid. Te juro que mi hermano no ha ido allí, salvo que disponga de una máquina de teletransporte. ¡Es imposible!

—Bien, Celia. Eso confirma nuestra teoría de que alguien lo está utilizando. Y estoy casi segura de quién es. Te prometo que vamos a sacarlo de allí.

Y me llené de la fuerza de mi monstruo, pero esta vez pensaba conducirla yo. Estaba convencida de que Adán estaba usándolos a todos. A Cándido, como testaferro. A Elisa, como secretaria. Y ella, la muy boba, dejándose liar, como siempre.

La lluvia había cesado cuando alcancé el último tramo de carretera. Al llegar al portón que daba acceso a la finca, decidí continuar unos metros. El estado del coche no acompañaba al resto de mi atuendo. Remonté una empinada curva para aparcar en el único espacio donde la calle lo permitía, un solar cuya incipiente edificación había sido abandonada hacía décadas. Junto a la acera y ennegrecido por la humedad, aquel habitáculo fantasmal cantaba su abandono con el chop-chop de sus goteras. Do - mi bemol - sol. Sentí una corriente helada en la nuca y apuré el paso. El coche emitió un chui-chui de reproche cuando pulsé el botón del mando, confirmando que lo abandonaba junto a la ruina de una vivienda que nunca llegó a existir.

Se oía un leve hilo de música *indie*. Tal vez Charlotte Gainsbourg, que a Elisa le encanta porque «tiene clase». Una línea de enormes velas huecas y cuadradas dibujaba un camino de luz, abierto en forma de ye, para dirigirte hacia el porche o hacia la carpa. Cuando estaba llegando a la bifurcación pude identificar *Time of the assassins*. Otra broma del titiritero.

Me invadieron los miedos, hasta que escuché la voz de Elisa llamándome desde el porche y provocando que varios grupos de personas se girasen a darme la bienvenida.

—¡Estás guapísima! —Las más falsas. Y Joaquín.

—¡Qué bien te ha sentado dejar de trabajar! —Las desinformadas.

—¡Mira qué tipo conservas con tantos hijos! —Las que no saben contar.

—¡Qué vestido más mono! —Las observadoras.

—¡Llevas el mismo collar que te pusiste en mi boda! —Elisa.

Era cierto. Porque era el mejor que tenía y porque le iba muy bien. No me importó. Casi.

—Mira, mira. —Me condujo hacia la carpa, donde había dispuesto unos biombos espectaculares con las fotos ampliadas de los momentos más importantes de la vida de Adán—. Aquí está. —Señaló el collar y varias personas pudieron recrearse en otro de mis pecados: había repetido joya.

—¡Al final no me has necesitado! Está todo perfecto —reconocí, supervisando con la mirada todo aquel montaje. Un ejército de camareros y camareras ofrecía bebidas y canapés; ellas, con el cabello cubierto por una cofia; ellos, libres.

La piscina, iluminada. La fiesta, deslumbrante.

Activé el modo radar, pero rebajé el nivel de mi objetivo. No eran el momento ni el lugar. Eso sí, cuando localizase a Miguel, trataría de sonsacarle sobre el despacho. Probablemente, Alfonso, mi antiguo asistente, no estaba invitado; estatus social insuficiente.

Adán interrumpió mi búsqueda deslizando su mano por mi cintura.

—Creí que no vendrías.

—Felicidades.

—El otro día me dejaste con la palabra en la boca.

—No tenía nada más que decir. El lunes hablaremos y ya no será sobre mi demanda. Ahora disfruta de tu fiesta.

—Estás muy guapa. Te sienta bien ese vestido.

—Gracias. Tu mujer está espectacular.

—Lo sé —respondió, y dirigió hacia ella una mirada tierna.

Silencio.

Yo no habría querido. De verdad estaba dispuesta a contenerme. Pero sucedió así, como ocurren todas las inconveniencias. Él me persiguió durante toda la fiesta. Yo mantuve el equilibrio como pude. Me deslicé sobre el tapiz húmedo de la carpa. Sostuve conversaciones ligeras y escurridizas. Escapé de su persecución insistente. Hasta que me rendí.

—¿No lo pillas, Adán? Estoy tratando de evitarte.

—Es mi fiesta. Tengo derecho a pedirte conversación.

—¡Cómo has evolucionado! ¡Del derecho de pernada al de tertulia!

—Vamos, ya te he dicho que se ha retirado la demanda, que me alegro de que estés trabajando con empresas grandes. ¿Qué más puedo decirte? ¿Quieres que me arrodille?

—No hace falta. Pero si estás tan dispuesto a hablar, dime: ¿qué le habéis hecho firmar a Cándido? No pienso meterme en vuestros asuntos, Adán, pero voy a sacar a mi amigo de ese agujero donde lo

habéis encerrado. Y si para ello tenéis que caer Máximo y tú, así será.

—¡Mi consejera personal ha salido de su escondite! —Apareció Joaquín y nos liberó de una reunión inoportuna, apremiándome para acompañarlo—. Vamos. Tienes que probar el *gin-tonic* que están preparando allí. Verás por ti misma el poder de la fruta exótica. —Un aleteo ligero agitó mis entrañas. Las piezas de mi Tetris adquirían una velocidad vertiginosa.

Adán aprovechó la interrupción para escabullirse dentro de la casa. Nosotros nos dirigimos hacia una coctelería móvil situada peligrosamente en la frontera del toldo. Tras un carro repleto de botellas, vasos y recipientes de vidrio, un mixólogo preparaba bebidas moviendo los brazos de una forma un tanto histriónica.

El trayecto entre el porche y la carpa se convirtió en un pasillo helado por una repentina niebla. Encogí el cuerpo y me froté los brazos desnudos deseando alcanzar las oportunas estufas que estaban repartidas por aquel espacio enorme. Tan bonito. Tan elegante. Joaquín daba pasos amplios y me costaba seguirlo. Tan guapo. Tan alegre. La luna asomó una estrecha sonrisa entre aquella bruma incoherente. Tan blanca. Tan cínica.

Me quedé paralizada cuando distinguí, entre las coloridas frutas que adornaban el mostrador, aquel extraño cítrico. Y las imágenes de mi cabeza encajaron, formaron hileras. Me giré, perpleja. Joaquín cogió la mano de Buda y me la mostró orgulloso. Ni media sombra de culpabilidad en su semblante.

—Tú también estás en esto, ¿verdad?

Él palideció.

—Te refieres a lo de Latam Green Projects, ¿verdad? Tú tampoco lo ves muy claro. ¡Máximo nos convenció!

«¿Latam Green Projects? ¡Pero qué poca imaginación tiene ese cretino! Primero Panamá, después Costa Rica y ahora Latinoamérica, pero siempre con su firma».

—Imbécil por concurso-opsición —verbalicé, de nuevo, sin quererlo.

—¡¿Qué?! Yo solo he hecho lo que me decía Adán que debíamos hacer. —Bajó la voz—. Pero siempre le dije que era más seguro trabajar contigo.

—Perdón, no me refería a ti. ¿Y qué papel juega Cándido en esto? ¿Es vuestro testaferro?

—¿Cándido? ¿Quién es Cándido?

O era un gran actor o no sabía de qué le estaba hablando. Pero era evidente que la fruta que Elisa le estaba llevando a Cándido salía de la empresa de Joaquín.

Solo confírmame una cosa: Latam Green Projects está en Road Town y te han pedido una comisión por las gestiones, ¿es así?

—¿Cómo lo sabes?

Me habría gustado exponerle toda mi teoría. El imbécil de Máximo se había dedicado a constituir sociedades de fideicomiso para canalizar comisiones a funcionarios, a políticos y sabe Dios a quién más, a cambio de ampliar negocios en otros países. Todo, por supuesto, gestionado en un país opaco, pero con tanta transparencia que se delataba solo.

Mis palabras se diluyeron en el aire y su pregunta quedó flotando bajo el toldo inmaculado. Laura apareció a nuestro lado. Natural. Fresca. Feliz. Vestido ideal. Con mangas. Un acierto.

—¡Enhorabuena! —le dije nada más ver su barriga perfecta—. Tienes que estar a punto de dar a luz.

—¡Sí! En dos semanas. Está programado para el 27 de octubre si nada se tuerce esta vez.

No me atreví a preguntar a qué torcedura se refería, pero no era difícil de imaginar. O Laura era una elefanta o ese bebé ya debería haber nacido meses atrás. Salió mi instinto maternal y toqué su barriguita sin pedir permiso. Tan redonda y tan perfecta. Tal vez demasiado lisa para tener dentro tres kilos de bebé. Luego observé su escote; pecho pequeño y relajado. Tal vez demasiado relajado para estar a punto de amamantar. Un pequeño calambre en mi cabeza.

Y todo cambió.

—Prueba este *gin-tonic*. Está aromatizado con mano de Buda. La trae Joaquín de por ahí —dijo Laura señalando aleatoriamente un círculo imaginario. Se llevó el vaso a la nariz e inspiró profundamente antes de alargar su brazo hacia mí.

El globo de cristal que sostenían sus manos finas y blancas contenía una rodaja de aquella fruta nadando en una bebida. Una bebida alcohólica. Y todas las imágenes dejaron de moverse. Paralizadas en mi cerebro. Carentes de sentido. Yo solo veía una copa, un escote, una mujer a punto de dar a luz… y un *gin-tonic*.

No probé la copa. Di dos pasos atrás y barboté una torpe despedida.

Busqué a Elisa. No estaba en la carpa. Me dirigí hacia la casa. Pisar el porche y sentir la urgencia del pis fue todo uno. Cuarto de baño perfecto, toallas impecables, flores. Y al salir del baño los vi bajar las escaleras. Adán colgaba el teléfono y me miraba con la misma risa cínica de la luna. Sentí el impulso de huir.

Salí con paso apurado, agradeciendo el halo tímido de las velas. Escuché el estornudo del portalón cerrándose tras de mí. La niebla fría se había vuelto más densa y sentí algo a lo que no podría poner

nombre. Una emoción entre el miedo y la impotencia que me obligó a cerrarme el abrigo antes de emprender la subida. Paso ligero, con el hilo suave de la música a mi espalda y el eco intenso de mis pisadas.

Y de repente lo oí. Tilín-tin-tin. Tilín-tin-tin. Tilín-tin-tin. El campanilleo inconfundible de las llaves de Gabriel Andrés. Un pellizco agudo me quemó el pecho. Me ardía el corazón y se me heló el cuerpo. Sentía aún sobre mi nuca la sonrisa de Adán. Hielo de fuego corriendo por debajo de mi piel. Y me hería el rostro receloso de Elisa. Tilín-tin-tin. Me resultaba imposible distinguir de dónde venía el sonido. No me giré.

Tilín. Eché a correr. Tin-tin. Él me llamó por mi nombre y yo hui. Escapé sin importarme el valor de las sandalias que dejaba abandonadas. Tilín-tin-tin. Galopé con el calvario de mis pies sobre la acera mojada y arenosa. Mis pulmones, doloridos por la humedad helada. Tin-tin. No oía sus argumentos, solo aquel campanilleo amenazante.

Y fui consciente de mi desigualdad, porque el resuello me ahogaba al tratar de escalar aquella cuesta imposible. Tilín-tin-tin. Él repitió mi nombre y yo solo oía el ruido de las llaves chocando contra sus articulaciones.

Y, a pesar de que me ahogaba, corrí. Corrí con la hiriente punzada de lo que me habría gustado decirles a mis hijos. Corrí entre lágrimas de escarcha. Corrí pisoteando todo lo que perdía. Corrí con la certeza de que me iba a alcanzar.

Entre el blanco de la niebla creí ver la sombra del edificio en ruinas donde aguardaba mi coche. Traté de cruzar con la esperanza de alcanzarlo.

Y cumplí la penitencia.

SEPARAR

«En cualquier circunstancia, suele haber alguien cuyo poder no deberías subestimar».

Alguien voló sobre el nido del cuco, Ken Kesey

Capítulo LI
Lluvia fina

Todos tienen derecho a la vida.

Artículo 15 de la Constitución española

¿Y dónde está ahora la puñetera Constitución con sus estúpidos y absurdos derechos? ¿Dónde está el Tribunal Constitucional? ¿Quién condena a la muerte?

La muerte siempre es culpable. La muerte es una mierda imperfecta. Es la verdad. No elige bien. Circulan por ahí personas sin vida, zombis que ni siquiera se enterarían de su paso al otro lado, y ella no se acerca. Camina junto a bestias que van haciendo el mal por donde pisan, y se lleva a las víctimas y no a sus verdugos. La muerte se equivoca con tanta frecuencia… La caga demasiado. Y las nubes lloran.

—«Como me ves, te verás.
Como te ves, me vi.
No ofendas a Dios, que estás
muy cerca de estar aquí».

Con tocado de luto y sus alas de colibrí presas en la reja de un velo negro, Aurora leía en alto para su triste amiga rusa. El aforismo presidía la entrada al cementerio de mi aldea. Junto a la fuente, bajo una cruz de piedra.

Sonja y Aurora lloraban sus propias penas entre el bullicio anárquico de otros pájaros en el entorno. Al fondo, el tráfico rítmico de los coches. La vida seguía su curso allá fuera.

Inacabables ramos y coronas de flores frescas desfilaban hacia un nicho demasiado humilde. No, desde luego, el que yo habría elegido. El camposanto, abarrotado de almas penitentes, cultivaba su contradicción.

Algunos antiguos compañeros de W&R. Ni sombra de Miguel ni de Alfonso. Tampoco estaban Adán ni Elisa, pero sí muchos amigos y conocidos cargados de un cariño improvisado.

Gonzalo Sedano y su mujer, con sus imponentes figuras, habrían aparcado bien. Esta vez no podían robarme el sitio.

Fátima, mi querida Sandra Bullock, se presentó a Celia. Celia se

presentó a Amelia. Se fundían en abrazos. Ni sombra de Cándido.

El señor Saldaña y su engalanada mujer íntegramente de luto. Manuel y sus hermanas a juego. Familia unida.

Joaquín y Laura con su pecho escaso, su barriga tensa y un carrito de bebé. Familia nueva.

El *Ave verum corpus* cantado por el Colegio de Abogados. «Gracias, Toño».

Tuna saludando en nombre de todos. Los demás, sin fuerzas. Familia destrozada.

Mierda de muerte.

Silenciosas idas y venidas de personas saludándose entre sí sin hacer ruido. Arqueos de cejas, golpes de barbilla, sonrisas apretadas. Y la quietud de las piedras insensibles.

La gruesa manta de flores terminó de cubrir de incoherencia aquel espacio. Y fin del final. Una lluvia fina, vapor liviano casi irreal, empezó a calar los huesos de los asistentes. Su persistencia disolvió la manifestación.

Sola al fondo, en una esquina, la sombra de una mujer aferrada a un ramillete de flores que no llegó a reposar sobre la tumba. Encrespado su cabello húmedo. Rezaba envuelta en una gabardina rosa, con un cachorrito bajo el brazo.

Capítulo LII
Somos de agua

La personalidad civil se extingue por la muerte de las personas.

Artículo 32 del Código Civil

Pero su alma permanece en la memoria de sus seres queridos.

Artículo infinito de la Constitución de la vida próspera

—Voy a echarla de menos —gimió Alicia, abrazada a su padre en la cama.

—También yo, cariño.

Lucas los miraba con una pena indiferente, desidiosa. Contagiado por empatía. Un pequeño libro descuajaringado reposaba en sus brazos esperando turno, sin comprender aún cuál era su pérdida. Gustavo dormía.

Cuando la tristeza baña a una familia, lo cotidiano parece dolorosamente indiferente. Vasos supervivientes esperando a la puerta del lavavajillas. Restos de la cena esparcidos por la cocina. El tablero macizo de quebracho, elegantemente apoyado sobre la encimera, impasible. Las cosas siguen igual, pero nada es lo mismo. Hay un vacío cortante que lo llena todo. La normalidad duele.

Con esa oquedad lacerante que deja la muerte, me colé entre las sábanas de Alicia para sentir su respiración dormida. Aspiré su piel de hierba luisa y lloré sobre su vida fresca. Bañé sus sábanas con mi tristeza. La niña se giró para abrazarme. Aún no dormía.

—¿Por qué lloramos? —Cogía mi cara entre sus manos y la limpiaba con caricias suaves.

Esperé un poco a recuperar la voz.

—Somos de agua —acerté a decir y descansé.

Ella esperó paciente mi explicación.

—Lloramos porque somos de agua y al morir nos derramamos calladamente en cada una de las personas a las que hemos querido. La vida de las que se van inunda a las que se quedan y así pasa a fundirse con ellas. Y mientras se acomoda, mientras se cuela por cada una de

nuestras rendijas, mientras encuentra el espacio donde habitarnos, nos desbordamos.

Alicia, con la boca ligeramente abierta, parecía procesar la información.

—Papá tiene muchas personas muertas dentro.

—¿En serio? ¿Por qué? —le pregunté sonriendo.

—Porque suda un montón cuando corre.

—¡Ah! —Le seguí el argumento—. Puede ser.

—Entonces, ¿no se van al cielo?

La imagen fría de aves secas esperando el testamento de Teresa se presentó en mi recuerdo. Y el contraste con el entierro de mi madre me hizo sentir lástima de su infierno.

Alicia esperaba la respuesta y buscaba mis ojos perdidos. Tomó mi cara nuevamente y me obligó a mirarla.

—¿No vamos a ver a la abuela cuando vayamos al cielo?

—La abuela ya está en el cielo, y supongo que ese cielo está también aquí, entre nosotras. Cuando yo te pido que camines derecha, la abuela está aquí. —Acaricié su columna—. Cuando ordenamos los cubiertos y las copas sobre la mesa o ponemos un centro de flores, en realidad es ella quien los está colocando. Cuando rezamos, cuando damos las gracias, cuando nos reímos de chistes malos.

—Como el de las tablas.

—¡Como ese de las tablas que tanta gracia le hacía! Y también está aquí cuando nos paramos a observar una planta o un insecto y tratamos de averiguar a qué especie pertenecen.

Y callé. Mi madre se había dormido así, en medio de su jardín, con sus flores en la mano, contemplando a saber qué planta o qué bichito. Imaginé cómo había encontrado una forma de marcharse razonable y coherente. Y me adormecí.

El timbre de la puerta me sobresaltó. Aún no era tarde, pero mi cuerpo ya estaba acomodado entre el sueño de los niños y acudí a la llamada de Fede dando tumbos por el pasillo.

La vecina Paquita pedía disculpas una y otra vez, acompañada del ladrido quejumbroso de su cachorro, Trosky Tercero.

Acaricié al animalito, una bonita mezcla entre ratonero andaluz y algún tipo de terrier. Me explicó que Trosky Segundo se había dormido unos días antes y no había despertado. «Como tu mamá», me dijo. Por eso no había ido a verme al hospital cuando me atropelló «aquel desgraciado».

—Lo atropellé yo a él, Paquita. Había mucha niebla y crucé sin mirar.

—¡Ay! Qué susto tan grande. Yo pensaba en estos niñitos y en su

marido. Aunque él es tan bueno y tan guapo, que enseguida encontraría una nueva mujer, ¿verdad?

Madre mía, iba a tener que andarme con ojo con la ladrona de gabardinas. Parecía mostrar interés también por los maridos.

—Gracias, de verdad. Si quieres pasar…, nosotros íbamos a acostarnos, pero puedo prepararte un café —solté una indirecta. Me moría de sueño y quería rematar cuanto antes aquella visita de cortesía.

—No, por favor, que estarás cansada. Toma. Te he traído estas flores que le iba a dejar a tu mamá. Pero había allí tantos ramos que este pobre se avergonzó. —Tres o cuatro margaritas bajaron sus párpados en un gesto de autocompasión.

Le di dos abrazos, uno para ella y otro para su humildad, y cogí con cariño y gratitud sincera aquel ramo de flores desordenadas.

—Es tan bonito que merece estar aquí. A los niños les encantará —le respondí con sinceridad—. Es parecido a los que hacía su abuela cuando salía al campo.

—Yo las he cogido en el parque —confesó un nuevo hurto.

Esperé a que el ascensor iniciase su descenso y suavicé el ruido de nuestra puerta al cerrarla. Entré en la cocina. Localicé en un estante un jarrón pequeño de cristal labrado. Saqué el ramo de su envoltorio de periódico y lo coloqué dentro. Las flores se desperezaron en unos segundos. Sentí una mirada familiar asomando entre el papel que acababa de tirar a la basura. Adán. Esta vez su imagen no aparecía de forma accidental como adlátere de algún empresario de actualidad. Era el retrato de un protagonista. Estiré con curiosidad ansiosa el papel arrugado y húmedo. «El despacho Watson & Robles, investigado en un proceso de corrupción». El titular me dejó perpleja y seguí leyendo. «El socio principal de este despacho en Galicia ha declarado esta mañana en el Juzgado de Instrucción n.º 5 acerca de la trama en la que se ha visto implicada la conocida firma de abogados». Del resto de la noticia apenas se leían algunas palabras salpicadas.

—No he encontrado el momento de decírtelo —confesó Fede desde la puerta—. Has estado tan…

—¿Por eso no han venido al entierro de mi madre?

—Elisa te acompañó en la ambulancia cuando te atropelló ese coche.

—No recuerdo nada, salvo… Creo que alguien me perseguía. —Un zumbido de moscardón atormentó mi cabeza dolorida.

—¿El colombiano?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque también estuvo en el hospital. Él fue quien avisó a los

servicios de emergencia. La mujer que te atropelló estaba en *shock*. Por lo visto, ibas tambaleándote, saliste corriendo y dejaste atrás las sandalias. Él trató de devolvértelas, pero tú solo corrías —titubeó antes de seguir—. ¿Tal vez… habías bebido demasiado?

—No recuerdo apenas nada. Solo que tenía miedo.

Volví a observar la imagen de Adán en el periódico y esa sonrisa…, una luna cínica estampada en su cara. No tenía pinta de perdedor. «Todo va según lo planeado», me pareció leer en las arrugas de sus ojos entornados. Un psicópata socialmente integrado no se dejaría pillar tan fácilmente. Adán no se equivocaba nunca.

—¡Cuánto me alegra que esto no haya pasado contigo en ese despacho!

—No soy capaz de saber qué fue lo que me asustó.

—¿Te parece poco haberte visto envuelta en ese lío?

—Hay algo aquí dentro —señalé mi sien— que está intentando salir y no puede.

Solo sé que hay algo más allá de lo evidente.

Capítulo LIII
Precipitaciones

Se adquieren por la ocupación los bienes apropiables por su naturaleza que carecen de dueño (…), el tesoro oculto y las cosas muebles abandonadas.

Artículo 610 del Código Civil

Amelia llegó haciendo ruido, como siempre, pero más cariñosa conmigo que otras veces. Venía empapada y con el paraguas chorreando. Y, cosas de la vida, yo me sentía feliz con su llegada. Tanto que no me importó que los niños la recibiesen con una fiesta.

Antes de salir de casa, envié un mensaje a Celia. «¿Ya?». Con la investigación de Green Projects, Cándido debería estar al fin en casa, pero, según Fede, aún no lo habían soltado. Revisé el chat. Sin respuesta.

Al llegar al garaje terminé de valorar un detalle importante que no había tenido en cuenta cuando leí el artículo. El escaso texto superviviente del periódico hablaba del Juzgado de Instrucción n.º 5. El asunto de Cándido estaba instruyéndose en la Audiencia Nacional. Me urgía hablar con la procuradora de Madrid. Le envié un mensaje y arranqué.

La cafetería donde esperé a Aurora olía a bayeta sin aclarar. La barra de formica, casi despoblada, albergaba un pequeño escaparate de latón donde se guardaba un trozo de tortilla reseca y una rebanada de pan con un poco de ensaladilla amarillenta y grasa. Ambos huéspedes parecían llevar varios días alojados bajo la vitrina. Restos rasgados de sobres de azúcar salpicaban el suelo y daban conversación a unos cuantos palillos. El camarero, camisa blanca y pantalón negro de tergal, se apoyaba en una estantería repleta de botellas. Su coronilla calva se reflejaba entre los vidrios coloridos del alcohol sin consumir. Nada parecía activarse con mi presencia.

Me acerqué al mostrador y le pedí un café a aquella especie de maniquí.

—En la terraza, por favor.

Cara de perplejidad.

—No. No me importa que llueva.

El suelo mojado y el fresco del otoño recién inaugurado ganaban con creces en calidez. Elegí una de las dos mesas de acero cobijadas bajo una sombrilla roja condecorada con el logotipo de una marca de helados. Fue fácil decidir teniendo en cuenta que la otra acogía aún restos del ocupante anterior. Abrí el bolso y hurgué entre el millón de cosas prescindibles hasta que encontré un paquete de toallitas higiénicas. No conservaban la prometida humedad, pero sí un penetrante olor a perfume. No soportaba ese olor. Bebé a bebé, caca a caca, había ido asociando ese tufo industrial a la limpieza de pañales de los niños. Hediondo. Pasé uno de esos odiosos trapos de celulosa por los brazos de la silla. Otro por la mesa. El último me sirvió para secar el asiento de algunas gotas despistadas. Coloqué la toallita vacía en un cenicero sucio y me senté a esperar.

El camarero apareció casi enseguida con una desproporcionada bandeja y una taza blanca de loza barata. La reposó sobre la mesa y me dejó un tique de caja sujeto a la pinza de latón de un platito negro y cansado. Me acerqué la taza a la boca y el aroma del café me hizo olvidar su desabrido contexto. Tostado, fresco, profundo, casi sonoro. Puse los labios en posición, un primer sorbo tímido para no quemarme. Café prodigioso.

Frente al local, una fila de hombres. Uno de ellos, cincuenta y tantos, la barriga rebosando sobre el cinturón. Jersey de pico a punto de estallar y una camisa que desde mi distancia no parecía sucia. A su lado, un carro de supermercado lleno de cachivaches. Hombre y carro esperaban junto a la puerta metálica de un local que ya me resultaba conocido. A continuación, un chico más joven. Su cabeza encastrada en la capucha de una sudadera sostenía una especie de pértiga y varios cables. Tras él, otro encapuchado se removía incómodo con un objeto indistinguible entre los brazos. Parecía un tanto trastornado; no dejaba de remover algo en un saco y golpeaba a los demás ligeramente con cada uno de sus movimientos. Llevaba el pantalón sin cinturón, descolgado sobre sus nalgas de una forma grosera que dejaba ver sin ningún pudor un calzoncillo oscuro y ajado.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! —gritó uno de ellos agitando los brazos como un molino.

—¡Vamos, tío, apártate! —saltó otro casi a la vez.

El trastornado sacó un aparato y lo golpeó con fuerza contra el suelo como queriendo desprender alguna pieza con más fuerza que maña. Empezaba a alterarse el gallinero. De pronto el portón se abrió con la voz aguardentosa de una resaca y los hombres se recolocaron, como la fila del colegio cuando llega un docente con autoridad. El

hombre del saco guardó todo de nuevo y enrolló un cable blanco para ponerlo a macerar bajo su sobaco mientras esperaba obedientemente su turno. Su paranoia parecía calmarse ante la expectativa de traspasar aquella puerta. Levanté la vista: chatarrería Freire.

Miré el reloj. Faltaban aún diez minutos para que llegasen Aurora y su amiga. Tiempo suficiente para echar un vistazo a las noticias. Tal vez saliese algo más sobre Adán. Sin perder de vista mi bolso, entré en la cafetería a buscar un periódico. El único que había, de hecho. ¡Máximo en portada! El artículo remataba una buena parte del puzle que yo estaba tratando de montar.

El inocente y pánfilo júnior de W&R aparecía como presunto cabecilla de una operación de fraude fiscal que incluía extorsiones a políticos en Panamá. Por las iniciales de otros posibles implicados, deduje que estaban involucrados varios conocidos del despacho, pero al llegar a A. M. V. tuve que repasar mentalmente varias veces hasta darme cuenta de que no podía ser otro que Alfonso. ¡Alfonso! «Hijo de la gran…». No era mi fiel cómplice, sino el fariseo acólito de ese delincuente.

La luz en la pantalla del móvil interrumpió mi reveladora lectura. Uno de los socios de Bicifood.

Respondí algo sorprendida.

—Ajá. —Anoté la cifra.

—…

—Entiendo. —Conté los ceros—. ¿Puedes repetirlo? —Volví a contar los ceros. Miré al frente. La fila de hombres se había disuelto.

Pedí que me enviase la información por *e-mail* para valorarlo con mi cliente. Pedí a san Raimundo de Peñafort, el santo patrono, que no se tratase de una broma. Me pellizqué una pierna con disimulo. A veces la justicia sobreviene a pesar de los injustos.

Colgué y empecé a escribir un mensaje en WhatsApp:

«Álvaro!!! No te lo vas a creer!!!».

Tres signos de exclamación y dos copas de champán. Me escocía el esófago al tragarlos, pero algo en mi interior empezaba a transigir. El malhadado sobrino de Teresa Vera iba a cobrar una pasta gansa con la venta de Bicifood.

«!!!», repetí.

Si el correcto y servicial Alfonso podía ser un delincuente de medio pelo, yo también tenía derecho a expresarme con emoticonos y exclamaciones.

Aurora me saludaba desde la acera de enfrente con el brazo en ángulo recto. Como una reina, giraba levemente la mano derecha. La izquierda, de ganchete en el brazo de su amiga Sonja. Ambas sonreían.

Labios pintados de un rojo intenso y dientes irregulares. Adorables.

Entré a pedir otro café para mí y dos desayunos con zumo y magdalenas. Esta vez no se obró el milagro y la bandeja traía unos bizcochos industriales embolsados y un par de zumos de bote. El café compensó la balanza.

—¡Ay, cielo! Me urge saber cómo estás. Cómo están tus bebitos con tanta pena. —Fruncía los labios con un gesto forzado, pero su tono era realmente cariñoso.

—Lo llevamos lo mejor posible, Aurora. Muchas gracias.

No quería ser seca, pero tampoco podía explayarme o dejarme llevar por mi profunda tristeza, de modo que desvié la conversación hacia aquellos amasijos de grasas saturadas que ellas mordían con mucho gusto.

—¡De algo hay que morir! —dijo Aurora, e inmediatamente se autocensuró—. ¡Uy, perdón! ¿Cómo he podido ser tan inoportuna? ¿Estás bien?

Batía sus pestañas a más de cincuenta aleteos por segundo.

Me hizo gracia su comentario y Sonja me miró buscando aprobación para acompañarme. Las tres acabamos moviendo los hombros al ritmo que marcaban nuestros diafragmas con la risa.

En la segunda magdalena entré en materia.

—Sonja, no quiero precipitarme y tal vez no sea más que una falsa impresión, pero podría saber quién es la persona que te debe el dinero de… —No me atrevía a decir la palabra.

—Del bebé —remató ella la frase.

—Necesito que averigües cuándo va a dar a luz tu amiga…

—¿Ekaterina? ¡Ella ya en bollitsa!

—Hospital —le corrigió Aurora.

—Gueves… ¡Maniana cortan! —Dibujó una raya horizontal en su vientre.

—¿Una cesárea?

Comprobé la fecha en la pantalla del teléfono: 26 de octubre.

Toc-toc.

¡Plop! Tras un breve zumbido, mis sienes estallaron como el corcho de una botella de champaña. La imagen que había borrado de la fiesta salió disparada.

En mi pantalla, un mensaje de la procuradora de Madrid. Abrí el chat y terminé de encastrar el puzle. Toc, toc, toc. Continuaron unos golpes livianos.

—Perdona. Te llamé la semana pasada, pero no me cogiste. Es una abogada de aquí, pero no la conozco ni sé dónde tiene el despacho. Se llama Elisa Munín. Sobre el proceso no he podido averiguar nada, lo

siento.

Toc, toc, toc, toc… Un goteo intermitente sobre la lona de la sombrilla. Un repiqueteo que aumentaba el ritmo cada segundo, toc-toc, toc-toc, toc-toc-toc… En menos de un minuto se convirtió en una cascada de agua nueva, descarada y refrigerante.

Un viento repentino hizo peligrar la terraza y el camarero despertó de su sueño de maniquí para desmontar las sombrillas. La lluvia salpicaba en todas las direcciones. Se había puesto en marcha la centrifugadora. También en mi cabeza.

Corrimos hasta mi coche sin decir nada. Las sandalias con plataforma de Aurora chancletearon acomplejadas por el uso que ella les estaba dando.

Nos sacudimos el agua y nos recompusimos un poco antes de emprender nuestra ruta de hospitales.

—Por cierto, Aurora, no olvides coger la bolsa con tus botas rojas. Está en el maletero.

Sus sandalias hicieron un extraño ñeeec-ñeeec de celos. O del roce de sus pies húmedos en las plantillas. Ella se sonrojó como si hubiese sido otra la causa del ruido.

En el segundo intento fallido, Aurora incriminaba a su amiga por no ser más precisa. El coche, empañado. Nosotras, frustradas. Tres vueltas a una rotonda y caí en la cuenta. Siempre había estado delante de mí. Di una vuelta extra, observada por al menos cuatro de los cinco caballos de bronce de la glorieta.

En el vestíbulo del hospital, nuestro aspecto no resultaba indiferente a casi nadie. Despeinadas y mojadas había unas cuantas personas, pero con sandalias de plataformas y pestañas postizas, solo mis acompañantes.

Las conduje hacia la planta de privados. Subí por las escaleras desoyendo sus protestas. Señalé las inscripciones que decoraban cada dos o tres peldaños: «Cada paso cuenta», «Tu corazón agradece este gesto». Y llegamos. Con la lengua fuera, alcanzamos la zona que buscábamos.

Me quedé plantada en la puerta. Las miradas del control de enfermería nos dejaron claro que no iba a ser fácil acceder a la habitación, y reculé.

Una parte de mí necesitaba ayudar a esas mujeres y denunciar la extorsión y la vejación a la que estaban siendo sometidas. Quería destapar la trama con la que estaban abusando de su debilidad. A mi otra mitad le aterraba la idea de encontrarme con una verdad que no deseaba descubrir.

Bajamos al vestíbulo cediendo a sus súplicas de utilizar el ascensor

y nos dirigimos al baño para secarnos. Al acercarme a la puerta, tuve que cruzar las piernas para que no se me escapase un pis que hasta ese momento no parecía tan urgente. Una mujer miró con desdén a Aurora, que batió las alas y enderezó los hombros. Yo encogí las pupilas para ajustar mi puntería y la mujer salió del baño sin secarse las manos.

—Cochina —mascullé displicente.

Retocadas, limpias y organizadas, volvimos a la carga. Ascensor. Sala de espera y orden de permanecer calladas.

—Venimos a visitar a Ekaterina Bogdánov. —Me costó pronunciar el apellido.

—¿Es usted familiar?

—Ella es hermana de Ekaterina —mentí, señalando a Sonja. «Mamá, no me lo tengas en cuenta, al fin y al cabo su migración y sus huidas las han unido mucho. ¡Son casi hermanas!».

Con la sensación de llevar a mi madre conmigo a todas partes, se me iba a hacer imposible la más mínima infracción.

—No pueden visitarla ahora. Están haciéndole unas pruebas para la intervención.

—Claro, me lo imagino. Yo he tenido tres hijos, ¿sabe? Nos gustaría hablar con su médico —contesté.

Ella levantó la vista hacia alguien que llegaba por el pasillo, a mi espalda. Me giré y la vi. Los vi. Me vieron.

Elisa se acercó con el paso acelerado y una sonrisa rigurosa, persistente, perfecta, congelada. Como yo. Ni una arruga alrededor de los ojos. Demasiada perfección para ser auténtica.

—¿Otra vez en el hospital? ¿A quién has atropellado esta vez? ¿O es que vas a tener otro hijo?

Yo no respondí y ella no encontró más estupideces con las que enmascarar su presencia allí.

El médico que la acompañaba llegó a nuestra altura y saludó. Supongo que sin ser consciente de lo que pasaba.

—¿Es usted la hermana de Ekaterina? —preguntó.

—No. Es ella. —Señalé hacia la sala de espera—. Mi amiga Sonja. Probablemente la conozcan.

Ambos palidecieron.

La rusa asomó por la puerta con timidez al oír su nombre.

Un chaparrón implacable aporreó tejados y ventanas.

Capítulo LIV
Un arcoíris y una confesión

La confesión del procesado no dispensará al juez de instrucción de practicar todas las diligencias necesarias a fin de adquirir el convencimiento de la verdad de la confesión y de la existencia del delito.

Artículo 406 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal

No se puede despreciar la lluvia, porque es vida. Cada pinga de agua es una oportunidad reparadora. La lluvia solo nos estorba hasta que aprendemos a bailar con ella.

Elisa habría empezado su ristra de excusas allí mismo, en el pasillo del hospital. Pero le pedí que se callase. El doctor nos ofrecía su despacho con el claro deseo de esfumarse.

—Nosotros vamos a la habitación de Ekaterina. Entiendo que, en fin, claro…, está usted al tanto de todo —dijo él, señalando hacia el pasillo para que Sonja lo siguiese.

—¡Yo también! —Apareció Aurora con su voz ronca.

Colibrí y cuco siguieron al obstetra que, tras una breve explicación, se escabulló con la excusa de seguir viendo pacientes en la planta.

Elisa y yo entramos en su austero despacho. La camilla de exploración ginecológica me amenazó con sus perneras de poliuretano. La ignoré. Me encontraba demasiado decepcionada.

Me acerqué a la ventana para calmar mi furia. Varias personas caminaban apresuradas por la acera. Algunas con katiuskas, casi todas con paraguas. Los densos nubarrones se tomaron un descanso y una tímida cinta de colores inició su arco hacia el infinito.

—¡¿Una barriga postiza, Elisa?! ¿No recuerdas la impresión que te dio palpar los pies de Alicia cuando los sentiste por primera vez? Tendrías que habérselo advertido. Además, los pechos de una gestante se tensan y crecen durante el embarazo. Especialmente cuando estás a punto de dar a luz. Y Laura tampoco bebería alcohol si estuviera realmente embarazada.

—Supongo que estás pensando que lo que hago no está bien —contestó Elisa.

Mi cara respondió por mí.

—No sé cuánto sabes, Olvido, pero no es lo que te imaginas. Son adopciones legales. Ellas tienen a sus hijos y se los dan a personas que no pueden tenerlos. Así de sencillo.

—Elisa, lo que estás haciendo tiene un nombre, gestación subrogada, y no está permitida en España.

—Las primeras veces no fue así. Simplemente, me enteraba de mujeres que iban a abortar y les ofrecía tenerlos.

—¿Las primeras veces? ¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto?

—¡Muy poco, te lo prometo! —se defendía con la voz de campanilla de siempre, como si de verdad creyese que aquello estaba bien—. Solo que, una vez que pagué a la primera, empezaron a venir otras.

—¡¿Cuántas, Elisa?! Hicisteis que Sonja abortara porque quiso quedarse con el bebé, ¿verdad?

—¡Y le hicimos un favor! ¿Adónde iba ella con un niño? ¿Cómo iba a criar a ese bebé si no tiene dónde caerse muerta? —objetó con vehemencia—. Mira esto como lo ven ellas: una diversificación de su empresa. A esa mujer no le convenía quedarse al niño.

Tuve que volverme de nuevo hacia la ventana para no ver sus dulces facciones envueltas en tal delito.

—¡Olvido, mírame! —Ella me giró, tomándome de los brazos. Yo le aparté las manos—. Algunas prostitutas han visto que en sus úteros pueden acoger un negocio más rentable que el que obtienen en sus vaginas. Es cuestión de aprovechar bien sus recursos, ¿o no?

—Y tus prepotentes adoptantes también utilizan bien sus recursos, ¿verdad? —respondí, cada vez más enojada—. Dime, ¿quién pone el semen? ¿Borrachos, juerguistas, machos alfa sin escrúpulos, o son los futuros adoptantes quienes tienen que «sufrir» follándose a esas… «empresarias»?

—Ja, ja, ja. ¡Olvido, has dicho *follar*!

Ella misma se dio cuenta de que esta vez su simpleza no encajaba. Aunque, efectivamente, a mí se me hubiese escapado una grosería.

—Muchas veces son ellos los que no tienen soldaditos, pero los mandamos a la guerra para que se sientan partícipes. Es una forma de integrarlos en esto, ¿sabes? —continuaba su exposición, como si realmente yo fuese a comprenderla.

No me creía lo que estaba sucediendo. Una cosa era ser una inocentona y otra, una idiota redomada.

—Pones esa cara porque no entiendes nada. ¡Ellas lo eligen! Siempre son las mujeres quienes deciden si se les informa a sus parejas de la mala calidad del esperma o se les deja suponer que el hijo es suyo.

Negué con la cabeza.

—Aunque yo, como es lógico, recomiendo que les permitan pensar que han contribuido. Los hombres son muy fríos, y es el único modo de implicarlos. ¿No ves lo que hacen los peces y otros animales con sus crías? ¡Se los comen! Y nuestros machos no son mejores que los de otras especies. Nosotros… ¡Vaya, nuestra especie no es mejor que las otras!

—Elisa, los padres pedirán las pruebas de ADN. ¡No son imbéciles!

Y de pronto me di cuenta de que estaba cayendo en la trampa de siempre. Estaba tragándome su fragilidad y tratando de ayudarla. Recordé las palabras de Adán cuando le dije que su mujer era muy inteligente: «No sabes cuánto».

—¿Y el hermano de Celia? ¿Qué papel juega Cándido en tu negocio? ¿Es él el semental?

Elisa se dejó caer en uno de los confidentes.

—Lo de Cándido se me está yendo de las manos, lo reconozco. Necesitaba que alguien pagase a las mujeres sin que el dinero saliese de la fundación. ¡Si esto se sabe, me la quitarán!

—¿Ese es el problema? ¡Lo que le suceda a Cándido no te importa, solo que te roben tu juguete! Es eso, ¿verdad?

—Un día me preguntaste si me estaba drogando y no tuve la valentía de decirte que sí. Esta fundación me da todos los subidones que nunca me dio ninguna otra cosa. Ver a esas madres salir exultantes con sus bebés me da más energía que una raya de diez gramos de cocaína aspirada con caña de bambú.

Se puso de pie como si realmente se hubiese chutado algo y siguió:

—Tú siempre has creído que Adán me utilizaba, pero te equivocas radicalmente. Soy yo quien ha empleado su codicia para obtener mi dosis. Él vio el negocio; yo vi la oportunidad de aprovecharlo.

Y entonces entendí la cara de triunfo de Adán.

—Así que el asunto de corrupción en el despacho le ha venido fenomenal —solté mi deducción—. Era vuestra cortina de humo. ¿Desde cuándo me estabais entreteniendo? Fue cuando te recordé que Laura no podía tener hijos, ¿verdad? Necesitabas distraerme para que no hiciese preguntas.

—Para ti es muy fácil hablar: eres la mujer perfecta, la hermana perfecta, la abogada perfecta y, desde hace cinco o seis años, también la madre perfecta. —Elisa arrojó su reproche como si lo hubiese estado guardando bajo presión—. Desde tu bastión no puedes entender a quienes tenemos que construir esa perfección a base de escayola.

Sentí cómo me sonrojaba. Ella siguió, sin darme la oportunidad de

responder.

—No necesito recordarte cómo era mi vida con mis padres, en la aldea. —Bajó la voz y posó el trasero en la camilla—. Con Adán no he encontrado cariño, no he sentido admiración, no he tenido… sexo.

La miré perpleja.

—Por eso no tuve hijos, salvo Nadia, que llegó por el mismo medio que obtengo todo. Con dinero. El dinero con el que compro todo lo que me falta.

Me pregunté si también el sexo lo compraba. Y me tentó la compasión.

—Elisa, ¿por qué está Cándido en Valdemoro? ¿Por qué está incomunicado? ¿Y por qué el dinero está en Lituania?

—Ese es el problema. —Y se derrumbó. Se echó a llorar con truenos y relámpagos—. Una de las chicas que me llamó está metida en una especie de mafia. Trae a las otras mujeres desde Georgia, Rusia, Ucrania. Los contratos se firman en países donde la gestación subrogada es legal. Bueno, ya me entiendes, firmamos aquí, pero con papeles de allí. El despacho con el que hacemos las gestiones está en Lituania.

—Elisa, estamos hablando de trata de mujeres. ¿Eres consciente de lo que estás haciendo?

—Nos hemos metido en un buen lío.

Hipidos y más llanto.

—¿Nos hemos metido? Elisa, Cándido no se ha metido en nada porque no tiene capacidad para hacerlo. Lo único que tenías que haber hecho para sacarlo de la cárcel era pedir que lo examinase un forense y dictaminase su incapacidad. Él solo ha sido tu monigote, es lo que tienes que decirle al juez.

Elisa me miró con sus ojos de panda, sintiendo lástima de sí misma. Y dio el paso definitivo.

—¿Por qué crees que se lo pedí a él? ¡Porque es inimputable!

No pude soportar más sus sandeces. Elisa había dejado de llorar.

—Dime solo una cosa más: ¿cómo has conseguido que el médico te siga el juego?

—Adán lo ayuda con el patrimonio que tiene en el extranjero.

—¡Madre mía! —Me llevé las manos a la cabeza—. ¿Le estáis extorsionando?

—Qué va. A él le pareció bien desde el principio que salvásemos a esos niños de un aborto. Nos lo puso fácil. Simulamos el embarazo de la adoptante y…

—No me cuentes nada más, Elisa. Prefiero no saber. ¿Se lo dices tú al juez de la Audiencia Nacional o lo hago yo?

—La juez —me corrigió con una naturalidad ajena a la gravedad de lo que estaba pasando—. Es una mujer.

Al llegar a la puerta me volví hacia ella.

—Págale a Sonja lo que le debes y algún curso que le permita incorporarse al mundo laboral, por favor. Es lo último que te pido.

Capítulo LV
Esos peces son mis ojos

Todas las personas tienen derecho a aceptar la imperfección de su vida y de todo lo que la rodea. Ningún ser humano debe ser sometido al exceso de autoexigencia, de autocrítica o de condena propia o ajena.

Queda abolida la perfección.

Artículo 1 de la Constitución de la vida próspera

Una luna alta, blanca y muy redonda, se equivocaba en el medio de la bóveda azul. Cielo claro (demasiado claro para esa luna). Nubes pálidas (demasiado pálidas para ese cielo). El sol empezaba a retirarse hacia su almohada en algún lugar de la costa. Olía a mar. Hacía frío.

En la arena, Alicia dibujaba muy concentrada, bajo la estricta vigilancia de su hermano.

—Sí. Así. Bien —la animaba el pequeño.

Ella levantaba la mirada, me observaba y continuaba su afanoso retrato.

—No mires aún —suplicaba muy seria, como si aquello fuese realmente el mayor de los secretos. Y lo era.

—¡Es *ibualita*! —festejaba él.

Gustavo lo celebraba todo desde su mantita. Apestaba y Fede buscaba un pañal en la bolsa mientras mascullaba una protesta por tener que cambiarlo. Yo me escaqueaba buscando una excusa en el teléfono.

Desde el muro, alguien que nos había estado mirando empezó a bajar las escaleras de piedra. Directo hacia nosotros. A escasos metros, conseguí distinguir su figura.

—¡Barbosa!

—Estaba observando a esta familia maravillosa, cuando me he dado cuenta de que eras tú la matriarca.

Volvió a echar un vistazo a todos desde la cercanía.

—Qué guapos son tus hijos, y qué risueños. ¡Da gusto veros!

—Te presento a mi marido.

Llamé a Fede, que se acercó con el bebé subido a sus hombros, tratando de limpiarse las manos con las fétidas toallitas.

Ambos se saludaron con cierta precariedad. Juan Barbosa rompió el hielo.

—Os confieso que hace unos días me extrañó saber que habías rechazado una propuesta de volver a W&R como socia principal.

—Han hecho una buena avería con ese escándalo, la verdad —siguió cortésmente Fede.

—A mí lo que me ha dejado de piedra es que un mindundi como el tal Máximo consiguiese camelar a peces gordos de una forma tan tonta —replicó él.

No respondí. Era obvio. Adán no cometía errores. Un par de hilos bien movidos y en las investigaciones él solo resultaba ser una víctima más, junto a Joaquín y media docena de empresarios supuestamente engañados. Pagarían sus multas por la infracción tributaria y a seguir durmiendo en sus comodidades. Al fin y al cabo, los «malos» ya estaban fichados: el abogado de Panamá, que había liderado toda la operación con dos adláteres de pacotilla: Alfonso y Máximo. Ambos, por cierto, ya en libertad y paseando alegremente en sus descapotables horteras mientras esperan el juicio. Conscientes de que apenas pisarán la prisión. Sabedores de que saldrían pronto y con sus guantes aún más blancos.

Miguel, mi adorable amigo y confidente, también se había embarcado en el encargo de bebés que «ampliaba el negocio» de aquellas mujeres olvidadas. Úteros de pago. Pero esa noticia había pasado desapercibida para Barbosa y para todo el mundo. Una más. «Trata de esclavas para la prostitución», resaltaban los titulares de los periódicos. «No es mi hija, no es de mi país, no me interesa», toleraban los silencios de los lectores. Y casi al final del artículo, una breve e invisible referencia a que algunas de esas mujeres habían sido utilizadas como vientres de alquiler. La noticia no decía nada del pobre Cándido, que había tenido que soportar un encierro injusto. Casi mejor.

Elisa había sido la más lista. Nos había utilizado a todos nosotros a su antojo. No se había forrado, como Adán esperaba. Solo había jugado a las casitas con muñecas de verdad. No sé si realmente creía que ayudaba a otras personas. Es posible. Lo que es seguro es que en su fuero interno se sentía útil, completada. El hecho de que una mafia hubiese tomado el control había sido un mero accidente, según ella. Y en el fondo de su delito, en el lodo más denso y movedizo, en la profundidad de su infierno, nadaba el deseo. Como en cualquier crimen. Una perversa inclinación de la voluntad. El brillo de eso que aún no poseemos y nos impide ver y disfrutar lo que está a nuestro alcance. El capricho de Adán estaba claro: más dinero y más poder. El

de Elisa…, creo que ni ella misma sabía qué deseaba.

Barbosa se incomodó con mi silencio y fue abriendo torpemente su sonrisa y apretando los dientes, hasta convertirse en el emoticono de una metedura de pata.

—En fin. Je, je. Bueno… Pues creo que has hecho bien en priorizar tu libertad, querida Olvido. ¡Tienes una familia perfecta! Nos veremos por los juzgados. ¡Todo profesional! —aclaró innecesariamente, volviéndose hacia Fede y abriendo los brazos con las palmas hacia arriba, como si mi marido fuese a cachearle.

Contuve las ganas de mandarle a la porra y observé cómo se marchaba.

—¡Espera un momento, Juan! —grité, en un impulso irracional.

—Dame una alegría y dime que te vienes a trabajar conmigo —respondió, girando su desmañada figura hacia mí.

—¿Por qué te pidió Adán que me siguieras?

—¿Crees en serio que yo te seguía? —repuso, despreciando mi sospecha.

—¿Por qué? —insistí.

—No me dijo que te siguiese. Me ofrecí yo —confesó—. Adán solo me encargó que te contratase. Quería pasarme asuntos cuando hubiese conflicto de intereses. Ya sabes: *win-win*, gana-gana —tradujo, como si yo fuese idiota—. Tú mantendrías tu orgullo y tu independencia y…

—Y él podría jugar a dos bandas. ¡Madre mía!

Juan Barbosa me miraba y asentía, satisfecho de sí mismo.

—Pero eso no responde a mi pregunta, Juan. ¿Por qué me seguías?

—Pensé que si conseguíamos acorralarte un poco…, si le veías las orejas al lobo…

—¿Fuiste tú quien envió al supuesto sicario?

Las orejas de Barbosa emitían luz en un intenso rojo bermellón.

Bermellón o cinabrio. Mineral de la clase de los sulfuros. 85 % mercurio, 15 % azufre. Aquel pobre incauto había trabajado con el diablo. «Diosito castiga si se miente». Recordé la frase del chico de las llaves que tanto miedo me había producido.

—Supongo que ahora da igual —me despedí y sonreí.

Sonreí a pesar de su estupidez. A pesar de todas las decepciones. A pesar de la tristeza con la que aún arrastraba la pérdida de mi madre. A pesar del reto que se me presentaba cada mañana para sacar adelante el despacho. A pesar del cansancio enredado entre todos los músculos de mi cuerpo.

Sonreí y escuché las voces alegres de mis hijos.

—¡Ay, ay, ay…, que ya casi está! —canturreaba Lucas, excitado con la emoción.

—¡Estás muy guapa! —aseguraba Alicia—. Has quedado igualita.

—¿Puedo verlo ya? —supliqué, asomando la cabeza por encima de las suyas.

Mis ojos eran dos peces nadando en la misma dirección. Sus pequeñas colas formaban las patas de gallo. La aleta superior, mis pestañas. Dos curvas, las cejas, podrían haber sido las alas de una gaviota. La boca era una pequeña cordillera reflejada en un lago.

—Pues sí que tengo un aire, sí.

Las olas se acercaban por turnos hacia aquella obra de arte. Trayectorias asimétricas con ritmo musical y armónico. Amenazas.

—¿Le sacamos una foto antes de que se borre?

—¡No puedes borrarlo! —protestó Alicia.

—¡No, no, no! —le siguió Lucas, golpeándome las piernas como si yo tuviese la responsabilidad de detener la marea.

Acepté su rabia envolviéndolos en un abrazo y disfruté de aquel cielo ya violáceo, del aire fresco de noviembre y de la arena mojada que palpaban mis pies descalzos.

Y enmarqué la imagen de aquel dibujo efímero para no olvidarme de la belleza de su imperfección.

Agradecimientos

Nobody tells this to people who are beginners, I wish someone told me. All of us who do creative work, we get into it because we have good taste. (...) But your taste, the thing that got you into the game, is still killer. And your taste is why your work disappoints you. (...) It's gonna take awhile. It's normal to take awhile. You've just gotta fight your way through.

Ira Glass

Este capítulo es el más difícil de todo el libro. La dificultad no reside en el objetivo sino en su magnitud, en la extensión de las páginas que debo escribir, en la cantidad de personas a las que debo expresar mi agradecimiento por haber llegado hasta aquí. El reto reside en asegurarme de no pasar por alto a nadie.

Comienzo con la persona que me envió la cita de Ira Glass que encabeza este apartado, mi sobrino Carlos. Él me la hizo llegar cuando yo estaba a punto de tirar la toalla. Carlos aportó su genialidad al estilo y al guion de esta obra.

Mi agradecimiento se extiende, como es lógico, a toda mi familia, por tolerar con maravillosa condescendencia cada una de mis ausencias, cada una de las veces en las que me sumerjo en mi mundo interior para escuchar los diálogos de mis personajes. Mi marido, Julio, y mi hija Carmen pueden considerarse coautores, ya que comparten conmigo el diseño de las tramas y de sus giros. Sin ellos, esto no habría sido posible.

Maru de Montserrat, mi agente literaria, alentó la idea desde el primer momento y creyó en mi faceta de novelista mucho antes que yo misma. Maru ha sido el hada madrina de todos mis libros, pero en esta novela le debo mucho por su orientación, su paciencia y su cariño. ¡Gracias!

A Fernando Paz, a Marina Mena y a todo el equipo de Alianza Editorial les debo un sincero agradecimiento, tanto por publicar este manuscrito como por sus valiosas contribuciones para mejorarlo. Cualquiera puede depositar confianza en una autora consagrada, pero ellos han demostrado su capacidad para asumir riesgos adicionales. Es algo que siempre agradeceré de corazón.

A mis amigos y amigas les debo chispas en los ojos, palabras

alentadoras, recomendaciones cabales, paseos inspiradores, ánimos oportunos y, sobre todo, todas y cada una de las celebraciones. Cada pequeño tramo alcanzado ha sido motivo de ilusión, y son esas pequeñas alegrías las que han mantenido mi entusiasmo. Gracias y sigamos celebrando. (Amiga, amigo, cuando leas esto, llámame para una cañita o un paseo de los nuestros. Si no lo haces, sabré que aún no has leído los agradecimientos).

Debo hacer mención a la persona que me hizo la primera entrevista sobre la novela[19], porque no esperó siquiera a que estuviese terminada. Javier Cebreiros no cree en mí, me crea. Y no es un juego de palabras. Mi querido amigo y compañero apreció esta historia mucho antes de que yo terminase el primer boceto. ¿Cómo puedo agradecer ese efecto Pigmalión?

Me siento afortunada también por los lectores y lectoras del primer borrador, cuyo papel fue esencial en la evolución de este libro. Mi madre, una entusiasta seguidora de Olvido y sus peripecias; mi madre política, María Elena, y mis amigas y amigos Yol, Conchi, Pilar, Mónica, María, Pelayo y Rocío. Cada una de sus contribuciones fue de un valor incalculable para mí.

Merece un reconocimiento especial mi amiga Ana Castromil por su generoso ofrecimiento para corregir el texto antes de la impresión. Su ojo meticuloso no pasó por alto ni un solo error tipográfico, ni una incoherencia, ni una coma mal colocada. Si encontráis algún tropiezo, será porque yo, sin quererlo, habré omitido alguna de sus sugerencias. ¡Un millón de gracias!

Finalmente, a cada una de las personas que tiene esta novela en sus manos, me gustaría expresarle mi agradecimiento y admiración. Leer no nos hace menos imperfectas, pero nos abre la mente.

---

[19] https://www.cebreiros.com/post/lacafeteriabelenvarela.

Edición en formato digital: 2024

© Belén Varela Romero, 2024. Los derechos de la Obra han sido cedidos mediante acuerdo con International Editors & Yáñez' Co. Agencia Literaria.
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-18945-97-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Contenido

Parte I
Parte II
Parte III
Parte IV
Créditos